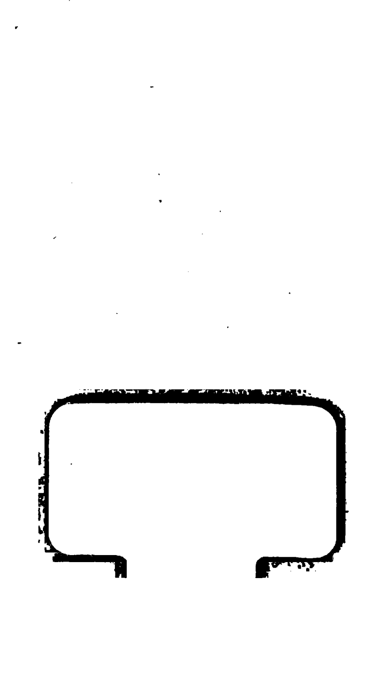
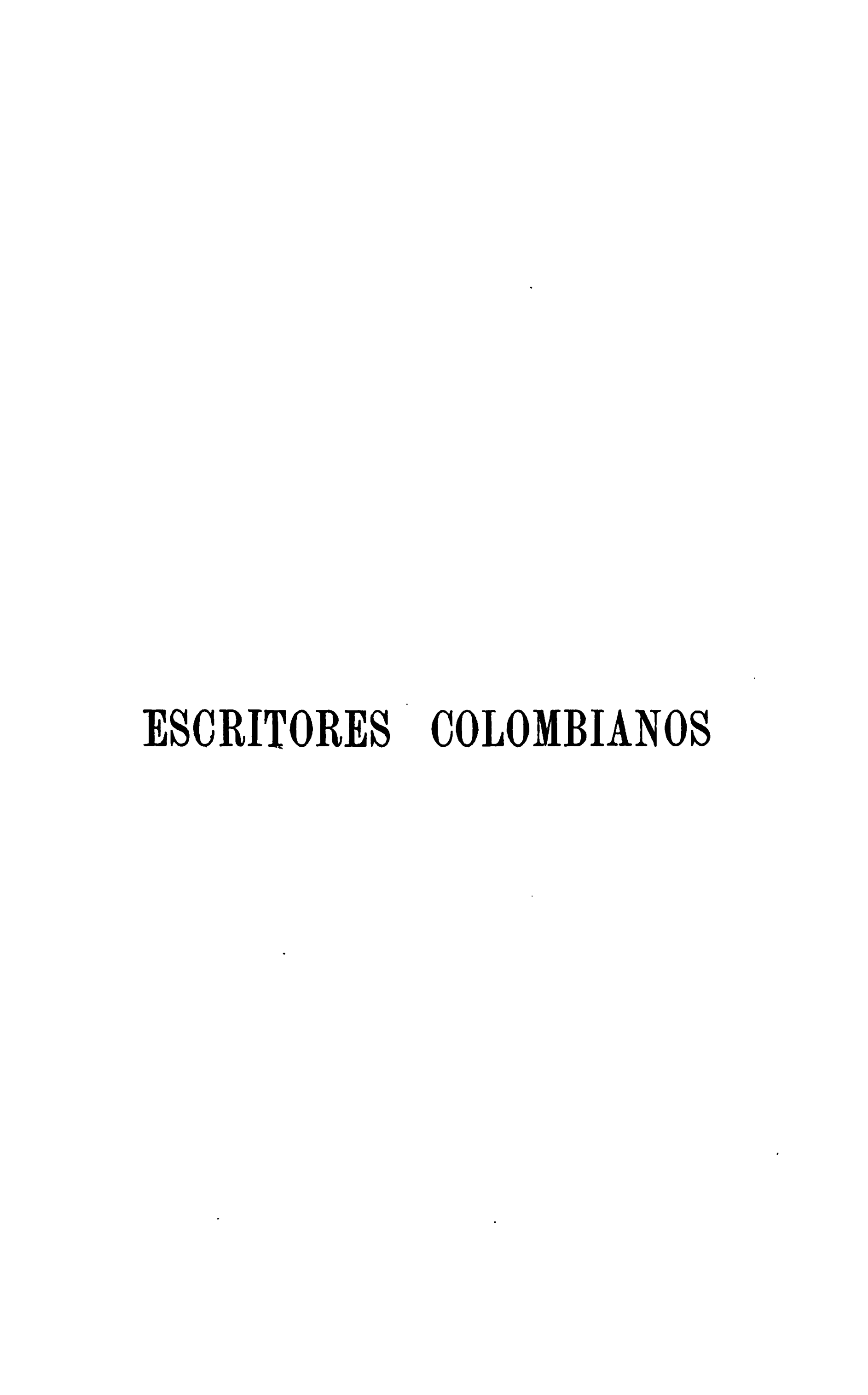

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437001 0





42

Vergera



ESCRITORES COLOMBIANOS

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA



J. M. Vergara y Vergara

ESCRITORES COLOMBIANOS

ARTÍCULOS LITERARIOS

DE

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA

PRIMERA SERIE

CON UN RETRATO DEL AUTOR Y UNA NOTICIA BIOGRÁFICA POR

D. JOSÉ M. SÁMPER

LONDRES
PUBLICADO POR JUAN M. FONNEGRA
M DCCC LXXX V

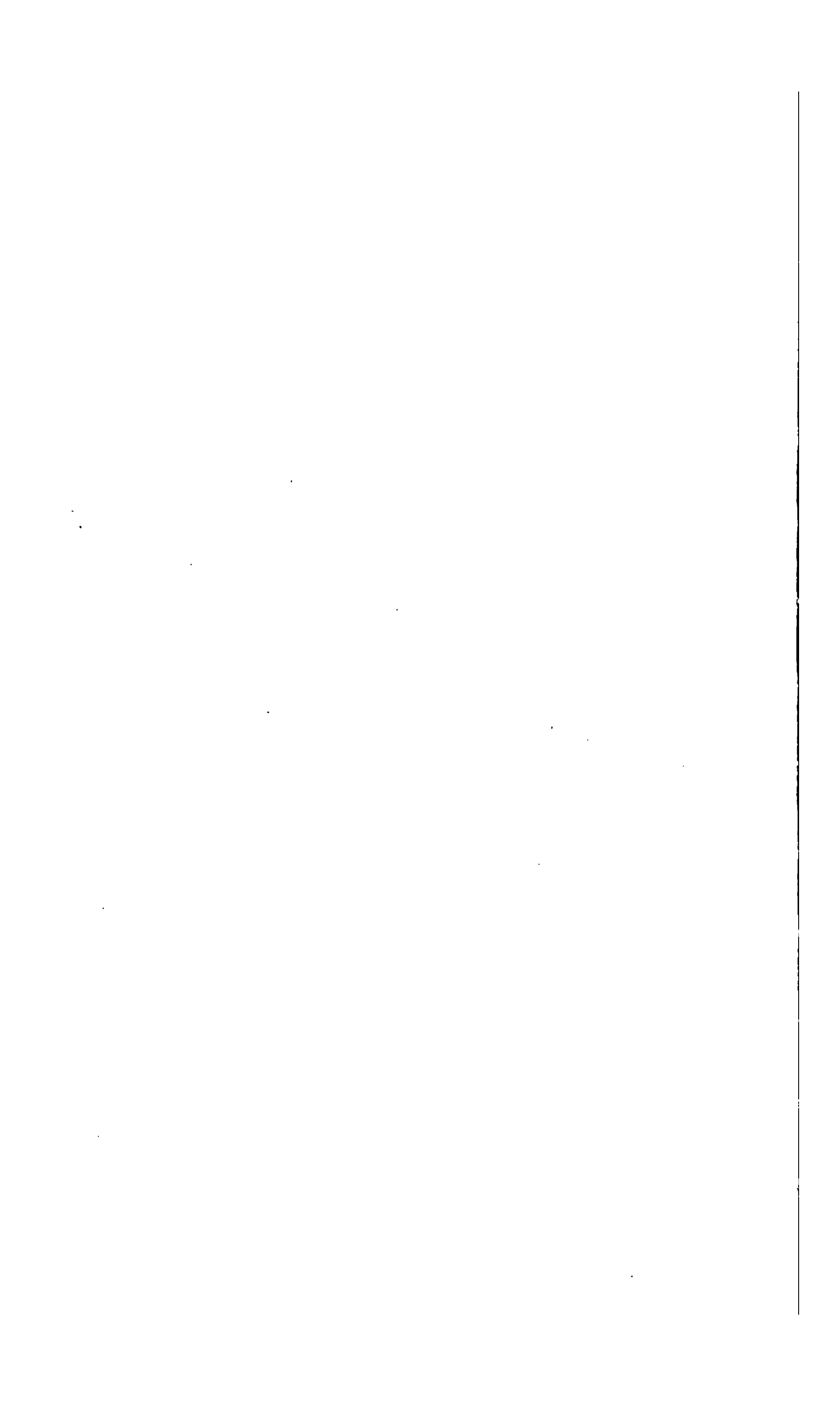
AL SEÑOR

D. MIGUEL ANTONIO CARO

En testimonio de profunda admiración dedica respetuosamente la edición de este libro

J. M. FONNEGRA.

LONDRES, 20 de Mayo de 1885.



ADVERTENCIA

Y yo, cronista del viento que hasta ahora me ha sido amigo, confío á sus alas este papel que he escrito para olvidar un instante borrascas en que el viento no ha tenido parte. Lanzo este papel al mundo: dónde irá á caer? quién lo recogera?

¡Séale el viento ligero al pensamiento que en él sepulto!

(Vergara y Vargara.—*El Viento.*)

Presentamos hoy al público, en este volumen, la *primera serie* de los *Artículos Literarios* del distinguido y simpático escritor colombiano D. José María Vergara y Vergara. Tan pronto como tengamos listos los materiales necesarios para darlos á la estampa, completaremos la edición de las obras de este excelente literato.

Al recoger de multitud de publicaciones periódicas en que vieron la luz pública los diversos artículos que forman esta colección, así como los que llenarán los volúmenes que han de seguirla, hemos sido movidos, en primer lugar, por el deseo especial de honrar la memoria de Vergara y Vergara, dando á sus publicaciones una forma adecuada, elegante y duradera; y en segundo, por la idea de servir en algo á las letras castellanas.

No hemos ahorrado trabajo que haya podido contribuir á la mayor corrección del libro. Hemos revisado escrupulosamente todo su contenido con vista de los escritos originales, á los que hemos sido fieles, introduciendo tan sólo las variaciones que la uniformidad ortográfica ha hecho absolutamente necesarias.

El nombre de VERGARA y VERGARA es bien conocido en los países que hablan la lengua castellana, y basta por sí solo para recomendar las obras del que, en vida, supo honrarlo, y muriendo, lo legó ilustre á la posteridad. En prueba de ello véase lo que nos dice, entre otras cosas, en carta particular el eminente escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien nos dirigimos en solicitud de un juicio crítico que deseábamos poner al frente de esta edición de las obras de VERGARA y VERGARA.

"Bien desearía yo (y mucho me honraría) poder responder á la cortés invitación de U.; pero son tales mis ocupaciones que en largo período me sería imposible cumplir el compromiso que contrajera con U., y como yo de ninguna manera quisiera detener la publicación, que ha de ser tan interesante para los amigos de la literatura española en Ambos Mundos, me resigno con mucho sentimiento á excusarme del encargo. Yo soy quien más pierde en ello, porque siempre es cosa grata unir su nombre á nombres queridos y estimados de todos los lectores de lengua castellana."

Si se tiene en cuenta que los artículos literarios de

VERGARA Y VERGARA han sido recogidos y dados á la prensa en Londres, á una inmensa distancia del país donde aparecieron por primera vez, hace ya largos años, y que su colección se ha hecho durante un período de tiempo en que ha reinado la más completa incomunicación con Colombia, por causa de la guerra civil que hoy azota á aquel país, se comprenderá fácilmente que quizá de lo único de que no hemos carecido es de una voluntad enérgica para llevar adelante el noble propósito que hemos querido realizar; y se nos excusarán, así lo suplicamos, las faltas que se noten en cuanto á la elección de los artículos y al orden en que aparecen.

JUAN M. FONNEGRA.

Londres, Mayo 20 de 1885.



J. M. Vergara y Vergara

ESCRITORES COLOMBIANOS

ARTÍCULOS LITERARIOS

DE

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA

PRIMERA SERIE

CON UN RETRATO DEL AUTOR Y UNA NOTICIA BIOGRÁFICA POR

D. JOSÉ M. SAMPER

LONDRES
PUBLICADO POR JUAN M. FONNEGRA
M DCCC LXXX V

resumen en esta enfermedad sublime: el amor á lo *bello*, á la *verdad*, á las *letras*, á la *luz* . . . . Andaba siempre á caza de libros, periódicos, opúsculos y hojas volantes nacionales: pedía regalado lo que no tenía precio á los ojos de los poseedores; compraba lo demás, y muchas gentes pobres almorzaban ó comían con alguna antigualla, pero VERGARA iba así menoscabando su muy escaso patrimonio.

¿Por qué y para qué compraba él todo aquello? Lo compraba por satisfacer sus dos grandes pasiones, las dos más grandes, porque pequeña no tuvo ninguna: el patriotismo y el amor á las letras. Quería formar una rica y completa Biblioteca *nacional* que contuviese todos los frutos del ingenio colombiano; que reflejase todas las glorias literarias y científicas de Colombia; que le sirviese para escribir él mismo, aprovechando su laboriosidad incansable, la historia completa de la literatura nacional. Así puede decirse que VERGARA convirtió casi toda su vida, casi todo su patrimonio y sus más constantes esfuerzos en aquella Colección ó Biblioteca. VERGARA mismo vivía en este monumento, que era su mayor encanto y la pasión de su espíritu; y amaba tanto su Biblioteca, que ella fué para él la fuente de sus mayores alegrías, así como de sus mayores pesares, salvo el amor á su SATURIA y á sus hijos.

Era VERGARA hombre de talla bastante más que mediana, y vigorosa y correctamente conformado; y no obs-

AL SEÑOR

D. MIGUEL ANTONIO CARO

En testimonio de profunda admiración dedica respetuosamente la edición de este libro

J. M. Fonnegra.

Londres, 20 de Mayo de 1885.

timos de su carácter. Para estimar debidamente á un hombre es necesario conocerle; y VERGARA, por mucho que en todas partes se le viese, no era conocido sino por sus íntimos amigos. Ricardo Carrasquilla, José María Quijano Otero, José Manuel Marroquín y yo, sondábamos todos los secretos de su alma, todas las bellezas de su admirable carácter; así como en el trato familiar y en los *Mosaicos* (nuestras reuniones íntimas) le habían sabido apreciar otros amigos dignos de él, como Ricardo Silva, Salvador Camacho Roldán, Manuel Pombo y Diego Fallon.

El VERGARA del periodismo político y religioso era tan distinto del VERGARA del *Mosaico* y del *Hogar*, como eran distintos en él el hombre político y el literato. Como *político*, ni había hecho estudios ni tenía ideas claras y lógicas; lo que como tal tenía era solamente una mezcla de patriotismo y espíritu de partido, de amor al prójimo y espíritu de contradicción oposicionista, de *ideas* añejas y *aspiraciones* modernas, de anhelos progresistas y culto por las viejas tradiciones.

Por eso, cuando obraba ó escribía como político aparecía contradictorio y descontentaba tanto á los liberales como á los conservadores; y como tenía el instinto de la polémica y una marcada inclinación á la sátira, la contradicción y la burla, que llamaré *volteriana* (sin ningún sentido antirreligioso ni filosófico), se granjeaba enemigos, como *polemista*, aun entre los mismos cuya causa deseaba defender.

VERGARA no tenía en política sino un programa muy elemental y sencillo: defender al vencido. Jamás preguntaba: ¿quién tiene la razón? porque le bastaba saber quiénes eran los vencidos ú oprimidos. Para él, los débiles tenían siempre razón; la causa de los oprimidos era siempre la buena; el oficio de ministerial se le antojaba ser el más insípido y soso de este pobre mundo. Sólo la oposición le parecía ofrecer buen terreno para un hombre de corazón; y de ordinario, aun en las cosas más pequeñas, era oposicionista de sus interlocutores y de casi todo lo que le rodeaba, particularmente si era *nuevo*.

Su espíritu de amable controversia llena de aticismo, de inocente burla de casi todo lo mundano, hacía que se formasen algunos una idea falsa de su carácter, teniéndole por inconsistente y ligero, y á las veces por *maligno*. VERGARA maligno! oh falta de perspicacia para *ver* una alma y de seso para calificarla! Y todavía más: había hombres de los que se llaman políticos, que *odiaban* á aquel hombre de corazón de paloma amigo de la risa! Sí! cuando el 9 de Marzo de 1872 comencé á pedir limosna para el entierro de VERGARA y para mantener á sus cuatro hijos por algún tiempo, hubo más de diez suscritores que me dijeran: "Yo lo aborrecía por sus ideas de *beato político*: pero me suscribo por sus hijos y en obsequio del *literato* . . . ."

¿Por qué tan rudos sentimientos respecto de un hom-

bre tan esencialmente bueno? Lo diré sin empacho: VERGARA, como polemista, se creaba antipatías, pero no se hacía *temer*. ¡Ay de los que *luchan* por alguna causa pero no se hacen temer! ¡Ay de los que están siempre del lado de los débiles! En toda lucha hay que estar, no solamente armado, sino saber manejar las armas y descargar á tiempo y fuertemente los golpes. Pero VERGARA, especie de *Bayardo platónico*, mostraba el brillo de la espada, ó á lo sumo la punta amenazante y chispeante, más no descargaba los mandobles ni daba estocadas. Cuando más, agresivo en apariencia, batallador con el ingenio más que con el alma, y siempre generoso, rasguñaba al adversario con la punta del acero, sin derramarle ni hacerle derramar más de una gota de sangre. Y aun esa gota, él mismo la enjugaba y la cubría con las hilas de su caridad y el ungüento de su encantador aticismo . . . .

Había entre las *creencias* y las *ideas* de VERGARA una contradicción permanente, una falta de lógica, á los ojos de aquellos que le juzgaban por sus apariencias; y en realidad, una verdadera armonía: la del corazón siempre amante. Desconocía casi todas las ciencias y ni sus creencias ni sus ideas eran razonadas. Unas y otras le venían del sentimiento. No *comprendía* la libertad moderna ni el progreso democrático, pero los *sentía* y *amaba*. El instinto era su ciencia y el amor su criterio. Era profundamente religioso y creyente, y lo era hasta el

fanatismo (inofensivo) y á las veces hasta la superstición sentimental; y al propio tiempo soñaba con todos los primores del arte, y daba á su espíritu un vuelo inmensamente libre, independiente y aun audaz, siendo con frecuencia una especie de libre pensador original, sin caer en la cuenta.

Su cabeza era *conservadora* y su corazón *gólgota* (como nos llamaban aquí á los radicales); y era católico ortodoxo por la fe, las creencias de la infancia, la educación, los recuerdos y afectos de familia, al propio tiempo que *volteriano* en literatura, si así puedo expresarme, por su ingenio burlón y epigramático, su inquietud de espíritu y su tendencia á la crítica de todo.

Había entre los estudios, la educación literaria, el estilo y las tendencias de VERGARA, como prosador, un curioso contraste: su alma era española, su corazón colombiano y su ingenio francés. Era un *santafereño* español y un parisiense castellano. Sentía como patriota, pensaba como francés y escribía como descendiente de la raza de Rioja, Herrera, Garcilaso y los Moratines. Su estilo era una mezcla de imitaciones, en que Fernán Cabellero, Trueba y Selgas y Carrasco estaban barajados con Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Enrique Conscience.

Conocía á fondo la lengua castellana, y sin embargo prodigaba los galicismos, así en los giros como en las palabras. Escribía francés en castellano, si así puedo decirlo, porque en lugar del período amplio, extenso y com-

pleto de los prosadores clásicos de España, empleaba las frases breves, sacudidas, amartilladas, incisivas, chispeantes, y frecuentemente paradójicas de los modernos escritores franceses.

Si Fernán Caballero era su modelo para la novela y el cuento, por la sencillez de los cuadros y la descripción fotográfica de los caracteres, en poesía procuraba imitar el estilo de Trueba, y en los artículos de costumbres y de travesura el de Selgas y Carrasco.

Grave defecto era, de suyo, el de la imitación de estilos, puesto que un ingenio tan rico, fecundo y original como el suyo debía tener un estilo propio. Y más grave aún el haber escogido para su imitación el menos español de todos los estilos posibles. Ni las contraposiciones y paradojas son propias del espíritu español, ni la frase francesa que Selgas ha adoptado, entrecortada y como hecha á brincos, se acomoda á la sonora amplitud, la seriedad y majestad, la riqueza y austeridad de la lengua de Solís y Jovellanos, de Herrera y Quintana.

¿De qué provenía el gracioso amaneramiento de VERGARA como escritor de costumbres y crítico burlón? De que él, cuando escribía, era humilde en sus propósitos: no se proponía ilustrar ni convencer á nadie, ni discutir cosa alguna, sino divertir al lector, reir él mismo con lo que escribía y burlarse de todo lo burlesco, mezclando la burla con el sentimiento y la sátira inofensiva con una poesía moralizadora pero constantemente retozona.

El rasgo predominante de VERGARA, perezoso en apariencia, informal de ordinario, era la travesura. Travieso con el espíritu, travieso con la lengua y la pluma, travieso con las manos, con el corazón y hasta con el apetito. Á las veces comía con gula (dulces y golosinas de muchachos) por la travesura de comer de todo. Sentado junto al costurero de una señora, todo lo hurgaba y revolvía, en todo metía la mano, sin dejar de charlar deliciosamente, sobre todo hacía preguntas, observaciones y comentarios, y todo lo dejaba en desorden. Los papeles de su mesa andaban siempre tan revueltos como su ropa y sus negocios.

Inquieto de pensamiento, viejo por los pesares y los desengaños, pero niño por el candor, las ilusiones y las esperanzas, traveseaba siempre en cuanto pensaba, hablaba y escribía. En todo momento su conversación era juvenil, es decir, viva, variada, retozona, chistosa, ingeniosa, original, ligera como una seguidilla, fácil como una redondilla de Bretón de los Herreros, sentimental como un idilio, picante como un artículo de Larra y afectuosa como una cántiga de amor. Tenía el corazón de un San Vicente de Paúl y la chispa de un parisiense de gran raza, y con igual facilidad soltaba expresiones que eran suspiros y tenían lágrimas, ó frases graciosas y juegos de palabras tan oportunos como llenos de agudeza. En su lenguaje se confundían siempre ó alternaban el idilio y la burla, el gemido y la sátira, el madrigal y el

ingenioso equívoco. Y, circunstancia digna de ser notada: jamás pronunciaba una palabra descompuesta, jamás un chiste inmoral ó deshonesto, ni el más insignificante cuento colorado.

La fecundidad de VERGARA era verdaderamente asombrosa, y aun más que la fecundidad, la facilidad de la improvisación, en prosa y en verso. No sólo llenó los periódicos de artículos de polémica moral y religiosa, de artículos literarios, de costumbres y de sátira ó de filosofía retozona; no sólo fué fecundo en composiciones poéticas, particularmente del género sentimental; no sólo escribió con laboriosa erudición una infinidad de biografías nacionales; no sólo compuso varias novelas primorosas, sino que, levantando mucho el aliento, emprendió grandes trabajos históricos. Su primer trabajo de este género fué su libro de *Cronología* nacional, relativo á los Presidentes y Virreyes del período colonial y á los Presidentes de la época revolucionaria y de la República. Publicó después el tomo primero de su *Historia de la Literatura en Nueva Granada* (época colonial); y tenía ya preparado el tomo segundo (época republicana), así como dos volúmenes de biografías, cuando le sorprendió la muerte, frustrándole la ejecución de sus más bellos proyectos literarios é históricos.

Para conocer por completo las bellas cualidades y aptitudes de VERGARA, era necesario estar en su compañía, en alguna de aquellas reuniones íntimas que teníamos,

llamadas *mosaicos*, ya en mi casa ó en la de Quijano Otero, ya en la de Ricardo Silva, de Camacho Roldán, ó del mismo VERGARA, ó de Marroquín ó Carrasquilla. Nos reuníamos sin distinción de creencias religiosas ni opiniones políticas á departir en la intimidad sobre todas las cosas imaginables, y particularmente sobre historia patria y literatura, y todos hacíamos lecturas sometidas á la afectuosa pero severa y franca crítica del *Mosaico;* sin perjuicio de pasar largas horas en hacer las más variadas y chispeantes improvisaciones, así escritas como verbales, en prosa y en verso, en dibujos y caricaturas, y hasta en música, canto y representaciones cómicas.

En aquellas reuniones, VERGARA se llevaba casi siempre la palma, no sólo por la agudeza de la conversación, por lo ingenioso y oportuno y picante de los diálogos, sino también por la gracia y belleza de las improvisaciones escritas y el chiste de las zumbas y caricaturas. Su palabra salía chispeante como si le brotaran de los labios sartales de ópalos y perlas: y nos entretenía horas enteras sin desmayar un instante, sin que ni por un momento se estancase el inagotable manantial de su ocurrente charla, impregnada de las más ricas emanaciones de sal ática.

En tanto que los demás improvisábamos una estrofa, una décima ó un soneto sobre asunto y pies forzados, VERGARA componía dos ó tres, variando los metros y el estilo; y siempre nos sorprendía con la novedad de sus

imágenes, nos encantaba con la gracia de sus formas y la originalidad de sus ocurrencias. Y cosa bien rara! en medio del bullicio, en tanto que Mercedes Párraga de Quijano cantaba ó tocaba el piano: ó que Diego Fallon nos hacía desternillar de risa con sus admirables imitaciones mímicas de tipos humanos ó de voces animales; ó que yo leía algo de *mi fábrica;* ó que Camacho narraba con elocuencia y erudición bellos episodios de la guerra de la independencia; ó que Carrasquilla disertaba sobre crítica; ó que Quijano Otero contaba anécdotas interesantes, recitando con prodigiosa memoria; ó que otros charlaban ruidosamente, VERGARA se estaba componiendo una serie de seguidillas, ó de redondillas, ó algún romancito en verso penesílabo, sin dejar, mientras escribía, de atravesar algunas palabras en la conversación, por vía de oportuno comentario. Cuando levantaba la pluma y daba por concluído el trabajo, íbamos á ver lo que había escrito, y era algún sublime desahogo de la melancolía de que su alma estaba repleta, pero que él encubría con la risa ó disimulaba con las agudezas de su conversación. En medio del mayor bullicio era que VERGARA componía, mejor dicho, *producía* ó manaba como un manantial, las cosas más delicadas y sentimentales, las más tiernas y conmovedoras revelaciones de su corazón de niño y su alma de poeta . . . .

VERGARA era . . . . muchas cosas á una vez, porque su talento variadísimo y soberanamente fecundo á todo se

prestaba, excepto á las ciencias exactas y á los graves problemas de la política y la filosofía; pero era sobre todo un poeta, en toda la acepción de la palabra. Aun criticando las costumbres y burlándose de las flaquezas humanas, era poeta; y lo era como historiador, y como polemista religioso, y como bibliófilo, y como novelista, y como biógrafo, y hasta en sus *negocios* y en su conversación íntima, y en su vida de familia y en sus prácticas religiosas. El poeta, y el gran poeta, no sólo está de manifiesto en su volumen de *Versos en borrador*, y en los nueve ó diez tomitos que Quijano Otero formó con las improvisaciones de los *mosaicos*, llenos de poesías líricas de VERGARA, sino también en sus novelas como *Jacinta* y *Olivos y aceitunos todos son unos*, y en sus primorosos artículos de costumbres y variedades, entre los que descuellan los *Buitres*, el *Aire*, el *Humo*, los *Caballos*, las *Tres tazas* y las *Casas*.

Nadie en nuestro país, inclusive el delicioso Gutiérrez González, ha *sentido* tanto como VERGARA aquello que escribía. Puede decirse que él pensaba con el corazón, ó que su pensamiento se confundía con su sentimiento en un solo acto, de suerte que impresión y concepción eran dos movimientos inseparables y simultáneos de su alma . . . . Su sensibilidad era tan delicada y profunda, como era inquieta su fantasía y rica su imaginación; y en todas sus creaciones la espontaneidad de la poesía, esencialmente amante, religiosa y tierna, pre-

dominaba sobre el razonamiento y sobre toda convicción. En realidad, la persuasión y la convicción, que son movimientos distintos del alma humana, eran en la de VERGARA como uno solo; ó mejor dicho, la persuasión avasallaba á la convicción.

Si las cualidades de su ingenio se caracterizaban por excelencia con el sustantivo *poesía*, las de su carácter se resumían en el adjetivo *humano*. Sí; el corazón de VERGARA era prodigiosamente *humano*, porque su caridad era inmensa, su amor inagotable, su patriotismo inextinguible, su fe en el bien incontrastable. Amaba por el placer y la necesidad de amar; era un *Don Quijote* de la caridad humilde y silenciosa; daba lo que tenía y lo que no tenía; andaba siempre á caza de miserias para aliviarlas, de tristezas para consolarlas, y nada le afanaba tanto como la suerte de un huérfano ó el duelo de un desgraciado sin amparo . . . . Vivía para los demás, y poco ó nada para sí, y se desvelaba constantemente con patrióticos proyectos, á las veces casi irrealizables.

Y aquel hombre de simpática figura, aquel joven de limpia y distinguida cuna, miembro de una de las primeras familias de Colombia; religioso y caritativo en supremo grado; patriota hasta los cabellos y los huesos; laborioso en extremo, aunque sin sistema ni buen orden; generoso y valeroso sin ostentación para aceptar riesgos y sufrimientos; incapaz de hacer mal á nadie á sabien-

das; ilustrado y hasta erudito en muchos ramos del saber; admirablemente inspirado y prodigiosamente fecundo; amante como pocos, y como pocos amado y estimado por los que le conocían de cerca; aquel hombre, una de las más bellas criaturas de Dios producidas en Colombia, murió abatido, con muchos malquerientes, lleno de angustias y zozobras, probado por la mala fortuna de mil modos, abrumado por mil dolores y tristezas: y más que de enfermedad ó muerte repentina murió de amargura y de pobreza, porque el dolor, la amargura y la pobreza habían minado irremediablemente su poco antes lozana existencia....

Ah! cuántas lágrimas han llovido sobre el humilde sepulcro de JOSÉ MARÍA VERGARA, y, cuán vasto, y profundo é imposible de colmar es el vacío que su muerte dejó en el corazón de muchos, y particularmente en el mío, para siempre viudo de un amigo incomparable, hermano por el alma, es decir, por la fe, la ilusión y la esperanza....!

JOSÉ M. SAMPER.

Agosto 10 de 1876.

(De LA PATRIA, de 15 de Marzo de 1878.)

ARTÍCULOS LITERARIOS

LOS BUITRES

I

CUANDO era niño tuve decidida curiosidad por tratar de cerca á los buitres. La pintoresca casa en que me crié demora al pie de un cerro erizado de piedras, pero qué piedras! Los buitres, que se sienten atraídos por los peñascales, como los toches por la selva, adoraban ese cerro salvaje y áspero, y venían á él revolando en sesgos caminos á posarse sobre las agudas y altas puntas de las rocas. Preciso es confesar que no era sólo las rocas lo que les llamaba la atención: parados en ellas, veían al pie la casa con sus grandes cercados llenos de volatería, sus corrales llenos de ovejas, sus árboles cuajados de pajarillos, y las orillas del río pobladas de garzas y de gansos. Ante aquella abundancia de carne tierna se les hacía el pico agua; y se hubieran relamido los condenados si su lengua les sirviera para lamer.

No eran sólo los buitres los únicos habitadores del cerro. Había en mayor abundancia pardas y pequeñas águilas; negros gavilanes, que eran el primer designado para cuando se separaba el buitre del poder ejecutivo: pintados é inofensivos carracos; lúgubres guales, y pequeños pero bravíos halcones, que se habían adueñado de los bosques de pencos, como de cosa que les pertenecía por derecho de abolengo. No era raro encontrar entre algún sombrío hueco, bien escondido y escarpado, nidos de insociables lechuzas, siempre reñidas con el claro sol. Pero á causa precisamente de que los buitres eran en menor número, y de que ejercían un predominio de terror sobre las demás aves, eran los que yo prefería y buscaba, por más que desaprobase aquellas ideas.

Subía por ocultos caminitos al cerro, me deslizaba entre las rocas, me desollaba con las piedras; y allí echaba á volar como cometa mi imaginación de niño, y me daba á fabricar aquellos castillos cuyos cimientos no más he podido hacer: moriré sin haber alzado sus paredes! En mis excursiones logré con mil adulaciones rastreras, puesto que iba á gatas, que los buitres se familiarizaran un poco conmigo y no me huyeran. Jamás dejaron que me acercara á dos varas de distancia; pero en cambio puedo vanagloriarme de que á ningún hombre le han permitido que se acerque tanto: yo he estado á diez varas de distancia de sus nidos, cosa desconocida en los anales de los buitres. Para mis ojos de lince, diez varas eran como dos pulgadas: hubiera podido leer á esa distancia en cualquier libro; pero es el caso que entonces no sabía leer. Casualmente la lectura y tal vez algunas lágrimas que he derramado escondiendo la frente entre mis almohadas, son la causa de que ahora ya no vea ni á

diez pulgadas de distancia. Pero, en qué íbamos de los buitres?

Ah! Toma! cuando yo me acercaba á sus nidos.

II

Cierta ocasión un invierno desmedido me había impedido subir en muchos días á mi cerro favorito. Al aparecer los primeros albores del verano, trepé otra vez á las altas rocas de *La Letra*, llamada así por las inscripciones de los indios que en ellas se encuentran. Divisé un nido, y á poca distancia un buitre parado en una piedra. Tomé puesto á mis consabidas diez varas de distancia, recostándome de medio lado. El buitre, al sentir el ruido que hice, volvió á verme y á calificarme; y viendo mi cara en que se pintaba la admiración y la curiosidad, encogió sus alas, y leí en su ojos estas palabras: *Pedazo de bruto!* Dicho esto, siguió ocupado en sus observaciones, y yo me embebí reparando su figura. Hermoso estaba en aquel momento, por vida mía! El ojo avisor, clavado sobre un pollo cebado que picoteaba en el corral de casa: su hirsuto y pardo y áspero plumaje, erizado: un ala plegada, la otra medio abierta, á manera de un hombre que tiene la pierna un poco doblada y el pie medio levantado, en actitud de dar un salto al llegar un momento que aguarda: el pico medio abierto por la cólera y el hambre, como se entreabre la nariz del hombre al empezar una lucha: inmóvil, atento, sin pestañear: las garras adheridas, casi clavadas en la dura piedra que lo sostenía: puesto así, era una notable figura, el tipo de un pájaro distinguido ó de un pájaro público. Qué veía con tanto interés? Ya lo he dicho, un pollo cebado.

Yo había adquirido la costumbre de encontrar y seguir el rayo de luz que reconcentraba en su ojo negro y pronunciado, y podía decirme con toda seguridad: "ahora está mirando aquel cordero, pero lo pesa mentalmente y conviene en que no puede alzarlo: ahora ve á aquel lechoncillo que en este momento pretende desquiciar con su poderoso hociquillo la puerta del chiquero para largarse á hacer de las suyas en el jardín, cuyos claveles y dalias le parecen un desayuno sano y nutritivo: ahora deja de mirar el lechoncillo porque le ha calculado 16 kilogramos de peso, y ha fijado toda su atención en la clueca nicaragua que sale al sol con sus diez pollitos, hablando sin cesar, regañando á sus niños por cualquier cosa, insultando á los pasajeros porque cree, en su maternal y respetable fatuidad, que todo el mundo se fija en sus hijos y quiere robárselos." Válgame Dios! oigo desde aquí el latido del corazón del buitre. Qué bocado tan rico y tan fácil! Un pollito en el llano! Ruum! suenan las alas del buitre al desplegarlas y herir el aire diáfano y azul de la mañana de verano, como suena una tela nueva y delicada al romperse. El muchacho guardián del corral grita *uhujú!* para introducir el alarma, á lo que oye el ruido de las alas del buitre: la nicaragua castañetea diciendo: aquí, muchachos, pronto, corran; el coco, el coco! Los pollitos corren y se esconden bajo las alas que abre cuan largas son la asustada gallina: los cobija á todos, los estrecha, quisiera esconderlos entre su corazón! Pero ay! todas estas escenas que pasaron con la rapidez de la mirada no impidieron el más clamoroso atentado que desde Herodes hasta hoy haya presenciado el mundo. El buitre llega, sorprende dos pollitos fuera aún del ala maternal; clava su pico en el uno, su garra

en el otro y se alza triunfante . . . . La clueca corre, grita: mis hijos! mis hijos! Los ocho pollitos llorando también corren en pos de ella, el silencio de muerte se ha establecido en el corral, un momento antes tan bullicioso y tan alegre. Pero el peligro pasó: media hora después todas las incautas aves andan picoteando otra vez, y están alegres todas, menos la pobre madre, que registra todos los rincones dando gritos de dolor: su dolor afectó al principio la bandada de aves, porque temían el mismo peligro; pero pasado éste, pasan picoteando junto á la desgraciada madre, loca de dolor.

"Que haya un cadáver más, qué importa al mundo?"

Esta escena parece increible y digna solamente de los pájaros, que no tienen alma. Engaño, loco engaño! Entre los hombres sucede lo mismo.

Cuando el Herodes de los aires llegó á su nido, yo, pálido de dolor y horror, estaba aún en mi puesto. Vile llegar con su presa ensangrentada, devorar el uno de los dos pollitos, y botar el otro entre sus polluelos, quienes se lanzaron gozosos á devorar los palpitantes miembrecitos. . . . . . Horror causa esto y parece increible! ¡Un padre quitándole los hijos á una madre, y llevándolos para alimentar á sus hijos, dándoles este criminal ejemplo, y avezándolos al crimen! Esto sólo se ve entre los pájaros de rapiña! Y entre los hombres también, conciudadanos!

III

El buitre, después que devoró su presa de un picotazo y vió que sus inmorales hijuelos habían hecho otro tanto,

volvió á su piedra de observación, á fisgar otra presa. Ya había provisto para el desayuno: faltábale para el almuerzo. Se puede decir que lo que había tomado era una tacita de café. Incansable era el tal buitre! Yo seguía también en mi mismo puesto.

Media hora se pasó así, cuando de repente un ruido sordo se oyó; y el buitre y su piedra, yo y mi asiento y todos nos vimos lanzados al abismo. Dí un grito: íbamos á caer á setenta varas de profundidad, porque el cerro de *La Letra* es tajado á pico; pero no había acabado de salir el grito de mi boca, cuando sentí que se detenía nuestro vuelo, y reposábamos blandamente á pocas varas de distancia del punto en que un momento antes nos encontrábamos. Quién nos había lanzado? Quién nos había detenido en el mortal descenso? He aquí la explicación de aquella aventura, mucho más temerosa que la de los Batanes, en la que Sancho cometió una falta de urbanidad. He dicho que acababa de pasar la estación de las lluvias, y que estábamos en una mañanita de verano: las lluvias se habían colado por una grieta y habían roto la cohesión que existía entre un gran pedazo de terreno y la madre tierra: el terreno, atraído por el vértigo del abismo y por su fuerza de gravedad, había estado preparándose para rodar. Qué le importaba á él caer, si era tierra y abajo había de ser tierra otra vez? Debiera habérmelo avisado; porque si á él no le importaba, á mí sí, á mí que allá arriba era carne, y de la buena, y abajo me iba á convertir en tierra, que era cosa que me repugnaba de antes. Ahora no me repugna: aunque me convierta en lacre, lo mismo da. El polvo de uno es querido para la primera generación: para la segunda, tan curioso es el esqueleto de un orangután como el de su abuelo. Al

desenterrarlo á uno dice el hijo: *santos huesos de mi padre!* y los besa; pero si es el biznieto, dice: *mire usted qué quijadas tan grandes las de mi abuelo!* y las aparta. Yo no sé para qué diablos tienen orgullo y quijadas los hombres, si uno y otras son

Monumentos de vana ostentación.*

Decía yo que la tierra en que estaba sentado estaba preparándose para rodar; de golpe hizo *pum!* y cayó. Entonces fué cuando dí un grito. Pero el aluvión no contaba con la huéspeda: abajo había un seno y en él una especie de plazoleta: allí nos detuvimos, y ¡cosa rara! todo quedó en la misma disposición: el buitre sobre su piedra, y yo de codos sobre mi tierra, y seguimos mirando el horizonte: él buscando presa, yo haciendo castillos literalmente en el aire. Á eso de las once volví á ver la creación desde mi alto observatorio: la encontré buena, como la encontró Dios el día sexto, y bajé en busca de mi almuerzo.

Entonces había en la blanca casa que demoraba al pie del cerro, unos ojos que adivinaban los porrazos que me había dado: unas manos que curaban las heridas que me hacía en mis tontas aventuras: una boca que me besaba: un espíritu que me amaba y que me amó hasta la muerte, y muerte de cruz! mi golpe fué adivinado: se me curó, y no hablemos más de esto. Volvamos á los buitres.

* BYRON, *La Lágrima*, traducida por el doctor P. Pereira G., así:

Mármol no quiero yo para mi tumba,
Monumento de vana ostentación,
Que levantan los hijos del orgullo
Á la imagen fugaz de su dolor.

IV

La cocinera de la casa se llamaba Dominga. Era y es de aquellas personas á quienes Dios da doble caudal de amor y benevolencia. Nos servía por paga que ella nunca pedía, sino que había de dársela casi por la fuerza: nos hubiera servido sin paga, y nos hubiera servido pagando, es decir, hubiera trabajado para mantenernos. Su familia era antigua servidora de la mía, de padres á hijos: sus abuelos habían sido criados de los míos, sus padres de los míos, y ellos, á su turno, lo eran nuestros. Era de aquellas familias que figuraban entre los bienes vinculados, que á trueque de no mudar de amo, eran capaces hasta de ser felices á la sombra de sus poderosos protectores: que hacían criar sus hijos con los hijos de sus amos, y cuyas hijas casadas daban de mamar á sus amitos. Daba risa ver á una honrada y dichosa criada decirle al hijo de sus entrañas que apenas balbuceaba, estas palabras: *éste es tu amito*, mostrándole un rapazuelo que aun no hablaba claro. Y daba más risa aún ver á la noble castellana amamantar indiferentemente, ora á su hijo blanco y rosado, ora al humilde criadito cuyos ojitos negros reverberaban como los de la golondrina recién cautivada, al verse en el regazo de su señora, bajo la rica gargantilla de oro que colgaba de su cuello. Criados así, bajo la hermandad de una misma leche y con los lazos de la felicidad y de la benevolencia, qué tenía de extraño que el criado se apegara á los muros del solar hidalgo, y que el joven amo amara como suya la choza de su nodriza? Amo y criado significaban padre é hijo ó hermano y hermano.

Hoy el indio y el negro dicen al blanco: conciudadano,

compatriota! Pero, ay! que en vez de subir los indios hasta los blancos, han bajado los blancos hasta los indios! Qué de acciones hidalgas hacían los criados de entonces, y qué de ruines y plebeyos actos he visto cometer á los caballeros de ogaño!

Dominga no se contentaba con querer á sus padres, á sus hermanos, á sus hijos (era viuda ya), á sus amos, á sus amitos, á los perros; sino que, como todavía le rebozaba el cariño, dió en querer hasta á las gallinas, hasta á los pollos piones. Entre éstos era su favorito un pollo giro, que llevaba trazas de hacerse pronto gallo, y que había comprendido desde temprano que la dicha ó la desgracia de un pollo está en dos cosas: primera, en ser hermoso á fin de que lo dejen para gallo; segunda, en vivir cerca de una cocina cualquiera. Son verdaderamente fabulosos los tesoros que desentierra un pollo entre una cocina. Si el pollo no sirve para gallo, sirve para un día de apuro ó de fiesta, para el día que llega un amigo á la casa! Pero el pollo giro había dicho á Dominga: *tú serás mi padre y mi madre;* y á los desperdicios de la cocina: *vosotros seréis mis hermanos!* Y, más ducho en la vida que el Santo Job, á quien plagiaba, se pasaba una vida de hombre que no puede elegir ni ser elegido, es decir, estúpidamente dichosa.

Cuando el giro estaba en el corral, eran las amarguras de Dominga, entregada á este desgarrador pensamiento: *si vendrá el gavilán!* De vez en cuando se asomaba á la ventana de la cocina, que caía al corral de las gallinas, y gritaba: *uhujú!* para alarmar á su giro, ponerlo en guardia y enseñarlo á ser previsivo. El giro, efectivamente, al oir aquel grito, corría, no desalado, porque hubiera sido una tontera dejar las alas por tan poca cosa,

sino alado y muy bien alado, á ponerse bajo el alar de la casa. En esta vida, haciendo alas arriba y alas abajo, como en las contradanzas de los bípedos implumes, pasó la infancia y parte de la juventud. Á propósito de esto, me acuerdo de una duda, que siempre he tenido: para qué sirven las alas á las gallinas?

Últimamente, un sabio de aldea dió á Dominga el consejo de que hiciera usar á su pollo giro chaleco de bayeta, y le explicó el por qué. Cuando vi á Dominga poniendo tan raro adorno al pollo, no lo comprendí; pero el resultado fué una revelación para mí. Al día siguiente estaba yo en mi puesto de observación, tratando de hacerme amigo con los buitres, cuando divisé al pollo que coloreaba desde lejos, orondo con su chaleco de bayeta colorada. El buitre, encantado con el color de aquella ave nueva para él (y eso que las conoce á todas), se previno, espió un momento favorable, y cayó como rayo á plomo sobre el pisaverde. Cuando el pollo gritó, ya estaba á cuarenta codos sobre las casas más altas. El buitre, que nunca había hecho una presa más gorda, revoló largo rato en elegantes espirales, siguiendo la costumbre de esos animales, antes de irse á su comedor, para despistar así á los que quisieran ir á quitarle la presa. Por fin llegó á su piedra, sin hacer caso de mis risas, porque yo estaba riéndome como un loco, y Dominga como una loca. Paróse Herodes; y después de mirar en derredor para asegurarse de que no había quien lo estorbara, procedió á desgarrar su presa. Válgame Dios! qué espanto! Traía entre sus garras de acero bien cogido el botín: no había entrado á ninguna parte, no se había detenido ni hablado con nadie, y sin embargo, no encontraba más que un innoble trapo, que él volvía y revolvía

sobre la piedra. Yo, desde que vi que el pollo había sacado, por un movimiento natural, sus alas de entre el chaleco, y había caído otra vez en su corral, sano y salvo, comprendí todo y me reí; pero al ver al buitre que venía tan ufano con sus diez centímetros de bayeta de cien hilos, alimento que yo sabía que él no había de comer, por mucha hambre que tuviese, me revolcaba de alegría.

Sea por fatuidad de pájaro público, sea por estupidez ó por cualquiera otra causa, ello es que el buitre no tomó á mal mis risotadas, y que continuó permitiéndome verlo á diez varas de distancia; es decir, que vivía yo casi en la intimidad con él. Había una circunstancia por la cual no podíamos ser tan amigos que partiéramos de un confite: él tenía pico, yo dientes. Cuándo dos seres tienen cualidades tan distintas, no pueden ser tan amigos que digamos. Sin embargo, volviendo á mi don buitre, él y yo constituíamos el mismo grupo que Pílades y Orestes: él era la uña y yo la carne.

V

Dejemos en paz á este buitre á quien no volví á ver nunca, y cuya suerte entra en el mismo número de las cosas que ignoro, y hablemos de otro buitre con quien también quise tener relaciones. Este otro, más pardo y más viejo que el anterior, era, sin disputa, un buitre distinguido: era en estatura, no un hombrón, sino un buitrón; y por su parte moral y su edad provecta, era prócer. Tenía su nido entre dos piedras abiertas en forma de libro, pero inclinadas hacia adelante y dejando un hueco en el lomo de aquellas dos pardas páginas de pie-

dra. En el fondo piaban dos buitricos implumes, feos como un remordimiento, hediondos á almizcle, y que, según cuentas, daban unas noches de perros á la calva buitra, porque ésta estaba durmiendo siempre que yo la veía. He aquí cómo logré introducirme en aquel hogar por medio de la astucia, y sorprender los más íntimos secretos de su vida nidesca. Como el nido estaba en el ángulo de las piedras, yo me ponía tras ellas y miraba por la rendija que formaban, previa la precaución de cubrir mi busto con una rama de salvia, al través de la cual veía perfectamente el nido á media vara de distancia. Paso por alto algunas cosas que oí y que vi, y cuya relación sería una novela; referiré solamente una escena de que fuí testigo, y que me causó honda emoción.

Una mañana de Diciembre estaba yo de bruces sobre las piedras con mi pantalla de hojas de salvia, viendo el nido, viendo el cielo, soñando despierto, durmiéndome también, en un estado de beatitud de que hay pocos ejemplos. Hacía más de tres horas que estaba en mi puesto; el sol se acercaba al cenit, y el buitre padre no se había dejado ver por su casa. La suerte de aquellos polluelos ayunos, de aquella madre vejancona, que tras una trasnochada vigilando á sus empalagosos niños, estaba sin almorzar á las doce, me llenaba de compasión. Tenía dinero en mi bolsillo; pero, qué haría un buitre con dinero, si lo que necesitaba era carne? Lo mismo que haría con carne un hombre que necesitara dinero.

Yo dormitaba apoyado contra las piedras: desperté, porque el aire removido hirió mi frente, y oí el ruido de unas alas. Era el buitre padre que llegaba, con tanta prisa, que en lugar de dar sus acostumbradas volteretas para despistar á sus gratuitos enemigos, llegó derecho á

su nido llevando en su pico un alón de pato. Fué recibido con cordiales chillidos, y la madre y los hijos se precipitaron sobre la presa.

Es una del demonio,
Una que se la doy al más pintado,
Hallarse un matrimonio
Sin un solo real para el mercado.
Si con pasión celosa
La esposa vela en la internada puerta,
¡Cómo espera la esposa
Á su amado, si el hambre la despierta!
Calculad, pues, el gozo
Que la familia aquélla sentiría
Al llegar el esposo
Con el almuerzo, aunque era medio día!
Satisfechos del don
(Todo en ayunas nos parece bien),
Cayéronle al alón
Y lo engulleron en un santiamén.

La carne de la víctima, cebada en los opulentos pantanos de Puente-Grande, ricos en gusarapos, debía de estar de treinta y cinco grados, porque aunque era poca, la ilustre y picuda familia se declaró satisfecha. Yo les hubiera deseado, y aun aconsejado, si no hubiera temido perder mis pocas relaciones por una indiscreción, un pedacito de pan, ó por lo menos de galleta, algo de dulce, un sorbo de agua; pero ellos no echaron de menos nada, según mi humilde opinión. En la digestión de aquel parco almuerzo, comenzó el bienestar que viene sobre toda digestión. El buitre padre, que había ganado la subsistencia de su familia honradamente con su pico, estaba cariñoso y expansivo. Púsose á acariciar con la mayor delicadeza á su vieja compañera: se leía claramente en sus ojos que le decía: " va á hacer ya dos años que somos felices: ¡cómo pasa la vida! Es verdad que

estamos viejos, y que, hervidos, no daríamos una jícara de caldo; pero la vista de nuestros hijos nos rejuvenece!" Y los feos polluelos, haciendo peninos delante de sus padres, que los miraban enternecidos, parecían hermosos! ¡Tal es el imperio, la fascinación de la inocencia y de la virginidad! El buitre viejo, cerrando sus corvas garras, rascaba blandamente el piojo á sus hijitos; y la madre, nadando en dulzura, pasaba su vista de su noble esposo á sus hechiceros hijos.

VI

Muchos años después, al presenciar de cerca los frenéticos odios de la política, al oir á un pueblo entero maldecir un hombre, al participar yo de ese odio engañado por mi entusiasmo incauto, me he dicho: "ese hombre que pintan tan odioso y carnicero, tan depravado y tan sin corazón, cómo será entre su casa? ¿Será como mi viejo buitre, manso, amante, cariñoso con su esposa y sus hijos? Tal vez con esas mismas manos que nos figuramos tintas en sangre, acariciará á sus hijos! Cosa rara! Aquí unos desean matarlo, y allá otros rogarán á Dios por su vida!" Y siguiendo mi campesina costumbre de observar los nidos por detrás de las piedras, observé á ese hombre en su casa, inerme, grande, más grande mientras más lo cercaban tanto sus hijos que amaban tanto aquella figura, que afuera aborrecían! Y me he dicho: "Yo he visto á los buitres en la vida privada cerrar sus uñas para acariciar sus hijos: así son y serán también los hombres. Para destruir un odio, vencer una enemistad, no hay como ir valientemente á buscar al enemigo en el seno del hogar doméstico. Á la

luz de la llama del hogar que congrega en su redor la familia, no se puede aborrecer á nadie. Bien lo saben los hombres; por eso se buscan en las plazas y en los campos, y no se desarman sino en el rincón que todo hombre posee y en donde tiene comprado el derecho de quejarse y de amar."

Esto me curó de los odios políticos.

Mas, en qué íbamos de mis buitres? No me acuerdo, y además, no quiero acordarme.

Si dudáis de que estas escenas de la vida íntima de los buitres sean ciertas, os pudiera llevar, para convenceros, á cada una de las piedras á cuyo pie había nidos; os mostraría aun fresco el derrumbo en que íbamos pereciendo; el libro de piedra; el corral donde campó por su respeto el pollo giro: iría con los ojos cerrados, y subiría sin equivocación en un paso.

Mas, á qué conduciría esto? Por otra parte, ya no puedo pisar ese querido suelo; porque ya no es mío, y ya no está en su alegre y pintoresca casa la santa mujer que tiñó de rosa mi vida hasta el día en que murió, y de negro hasta el día en que muera yo! Con que así, hablemos de otra cosa.

(De La Patria, de 15 de Marzo de 1878.)

EL PACTO DE UNIÓN

(Novela traducida . . . del francés.)

AL SEÑOR S. PÉREZ

I

—No se canse usted, Federico, en probarme que lo negro es azul, porque no hará sino agravar su causa, haciéndome ver que se puede sostener con elocuencia una mentira, y obligándome á dudar de las verdades que yo le haya recibido como tales. Le repito que usted no piensa ya en mí, sino en otras.

—Es muy fácil acusar cuando no hay intención de probar: de acusaciones vagas están llenos los periódicos, y de verdades probadas apenas estarán llenos dos pequeños expedientes. Por qué no nombra esas *otras ?* Quiénes son ?

—Pruebas me pide usted ? Tiemble de que se las dé, y pues las quiere, escúchelas. Me negará que el otro día escondió un billete perfumado, cuando entré á su estudio ? Que no me quiso llevar al baile de las Tancos, por irse solo al de las Rodríguez ? Que entre sus sortijas falta una, y no sabe decirme qué se ha hecho ? Que encontré en un bolsillo de su levita una rosa marchita, y no se acuerda ó no quiere acordarse quién se la dió ? Que . . . .

Por lo visto Amalia, porque Amalia se llamaba la

encantadora energúmena de diez y nueve años, no llevaba trazas de acabar su letanía; y Federico, su marido, que era un guapo mozo de veinte y cinco años, no habría podido contestar sino *ora pro nobis* á la acalorada oración de su consorte, si en este momento no hubiera sonado un golpe en la puerta de la calle, y en seguida pasos en el corredor, que anunciaban una visita. Amalia apenas tuvo tiempo de reparar su traje, un poco desordenado por el calor oratorio, y de traer á su rostro una expresión más apacible; y Federico, que estaba parado en la mitad de la sala, jugando con los dijes que había en la mesa redonda, apenas alcanzó á borrar la expresión de disgusto que había en su semblante, cuando se abrió la puerta, y se presentaron Luis y Eufemia, otra pareja de recién casados, que venía á hacer una visita de confianza á sus amigos. Las dos mujeres se arrojaron en los brazos una de otra, confundiendo el cuello blanco de marfil torneado de Eufemia, con el cuello moreno y sin par de Amalia, quien para mayor abundamiento tenía un lunarcillo sobre el hombro, y que ayudó mucho á enamorar á Federico cuando la pretendía.

Mientras las dos parejas se entregan al abandono de una alegre conversación, nosotros tenemos tiempo de describir á los héroes de esta novela, porque el principio de ella, demasiado belicoso, debe de haber alarmado ya al lector, predispuesto á la paz por el título que hemos escrito en la cabeza.

Dos años largos hacía que Federico y Amalia se habían casado, previa la dispensa de las proclamas. Se casaron enamorados: se durmieron idólatras, el sueño había pasado, y al despertarse se encontraron, como si hubieran dormido á la intemperie, resfriados. Amalia que era un

cordero cuando estaba de amante y de novia, había sacado no sé de dónde, probablemente de su costurero, un geniecillo .... vaya con el geniecillo! Si hubiese tenido uñas largas habría arañado á Federico; pero eran tan cortas sus rosadas uñas, adornos de sus dedos tornátiles, hijos de una mano henchida y llena de hoyuelos!

Federico que era con Amalia un almíbar, un azúcar rosado antes de casarse, se había convertido poquito á poco en un guijarro áspero, que á pesar de su varonil hermosura, daba ya dentera á su linda y joven esposa. Mutuamente se acusaban, se juzgaban, se condenaban; y se veía bien claro que al paso á que iban llegarían bien pronto al divorcio, al suicidio, á cuanto los románticos quieran.

Entre paréntesis, ó entre renglones: todas las escenas que hemos descrito y describiremos, pasan en Bogotá.

Si acaso tenemos que trasladarnos con nuestros personajes, lo avisaremos al lector para que tome el *ómnibus*.

Federico y Amalia, decíamos, se iban desamorando rápidamente, y descubriéndose al lente de la intimidad mil lunares mucho menos graciosos que el que Amalia llevaba en el cuello, sobre el hombro, y que fué el que aprisionó á Federico y le hizo arrostrar las consecüencias del matrimonio, previa la dispensa de las proclamas. Mas, quiere el lector que se lo digamos todo de una vez? Hasta aquel adorable lunar del cuello ya lo encontraba Federico mal colocado: le hubiera deseado sobre la mejilla, el ingrato.

Ella le acusaba de libertino: él de celosa: ella de duro y cruel: él de impertinente y malcriada: ella de corto talento, y él de poca inteligencia. Parecíale Federico á Amalia muy cerrado de barba: Federico, en cambio,

había observado que Amalia no tenía dos dedos de frente. Federico que no agradecía los esmerados platos que Amalia le preparaba con sus bonitas manos, sino que los engullía con frialdad sin decir esta boca es mía, había provocado el odio de su ofendida y bella cocinera, quien se había dejado de ruidos, y no queriendo trabajar más para un ingrato, había dejado que la cocinera presentase en la mesa coles ó lechugas, que todo le era indiferente. Pero Federico que no caía en cuenta de los bocados sabrosos y delicados que le servían, cuando ya no los hubo entonces sí notó la detestable comida de su cocinera. Rabiaba y su esposa triunfaba. Por su parte, hacía tiempo que había interrumpido los regalillos que con frecuencia traía á Amalia, ya un juguete de sobre mesa, ya una joya, una tela ó cualquiera muestra de que al salir á la calle no la olvidaba: regalos que al principio recibía gozosa Amalia, pero que después tomaba con frialdad; y los ponía á un lado, sin decir más, con lo cual se fué fastidiando Federico, y concluyó por no volver á traerle nada. Amalia para quien eran indiferentes las mil bujerías curiosas y costosas que diariamente le presentaba su marido, no las echó de ver sino cuando él llegaba con las manos siempre vacías y los labios siempre mudos. Federico no daba á su mujer sino dinero, cuando ella le avisaba que le faltaba un traje ó cualquiera otra cosa; y Amalia al recibirle plata, en vez del regalo que esperaba, se mordía los labios, y no perdonaba esa injuria mortal para una mujer. En fin, en el último mes la guerra había pasado á palabras mayores, y la risueña casa en que habitaban, llena de flores y de cuadros, era un verdadero presidio, un infierno para ambos.

Amalia era una buena muchacha, tenía sólidas y ex-

celentes cualidades; pero era hija de rico, y por lo tanto, mimada. Sus padres no la habían sujetado á la prueba atroz de la vida, y tenía una crasa ignorancia del curso de las pasiones, de sus contrariedades y sacrificios, por lo cual no se impuso ninguno. Bajó de su pedestal, coronada de flores, á los brazos de Federico, creyendo que el delirio del primer momento era eterno. Pasó el primer momento y en la larga intimidad de dos años, se descubrieron uno á otro los dos ídolos y aparecieron un poco menos adorables. Federico por su parte era víctima de la misma inexperiencia, y no tuvo piedad por el impertinente y exigente amor de su consorte. Ambos se exageraban sus malas cualidades. Un hijo hacía una evidente falta en su frío hogar; pero el cielo había negado ese perfume y esa alegría á la rica habitación de los dos esposos.

La tarde en que se abre esta escena Amalia había echado en cara á Federico no sé qué pruebas de su infidelidad, como lo habrá visto el lector. Pero aquellas pruebas no valían nada. El billete perfumado que escondió Federico, era una carta reservada de un amigo íntimo que hablaba de un asunto de honor que Federico no podía descubrir á su esposa. Si no la quiso llevar al baile de las Tancos fué porque tenía un compromiso de sociedad para ir al de las Rodríguez. Si entre sus sortijas faltaba una era que se le había perdido; y últimamente, la rosa deshojada que Amalia encontró en sus bolsillos, se la había dado la misma Amalia, y él no recordaba su procedencia. Le había dado tantas! La primera flor que recibió de sus manos la había guardado en un relicario; pero las mil que le regaló cuando ya estaban casados las había colocado en sus libros y bolsillos; y una de ellas, acaso

la que servía de fecha de un tierno recuerdo, era la que había despertado tan furiosas sospechas.

Poco rato después de que entró la visita, se levantó Luis del asiento, diciendo que dejaba á Eufemia con Amalia mientras iba á abrir su almacén, y que volvería por ella á las seis de la noche. Federico aprovechó aquella ocasión para salir también, y se despidieron los dos amigos de las dos amigas con la mayor ternura. Á las seis de la noche vino Luis y se llevó á Eufemia: Federico no parecía, y Amalia á quien había hecho desbordar la copa la escena de la tarde, se fué con una de las criadas dejando este recado con la cocinera.

—Dile á Federico que no me aguarde, que dormiré en casa de mi mamá.

Federico volvió á las once de la noche y recibió este recado, que para él que estaba en los antecedentes tenía mucha significación. Su matrimonio iba á romperse.

El ancho corredor de la entrada de su casa, que tenía una cortina de flores al lado del patio, albergue querido de multitud de pajarillos, le vió cruzar su extensión con largos pasos y por largo tiempo. Una tempestad cruzaba su cerebro: un volcán bramaba entre su pecho. Aquella despedida, porque como tal consideraba el recado de que se quedaría en casa de su mamá, era un cerro que pesaba sobre él, sin dejarlo mover, y al mismo tiempo una espuela que lo impulsaba al movimiento. Recordaba que ayer no más, (dos años se pasan en un momento) se había casado tan enamorado, tan feliz, tan envidiado! Un momento había pasado, y aquella mujer tan linda, tan amante, tan deseada, huía de su lado dejando su hogar yermo y vacío, imagen de su existencia futura! Y por qué habían sido tan desgraciados? Por qué se separaban?

Federico repasaba en su imaginación todos los disgustos que habían tenido, y no le encontraba la razón á ella, ni tampoco se la encontraba á sí mismo. Si ninguno de los dos tenía razón, qué les impedía volver á encontrarse, volver á amarse? Por qué, se decía Federico, no voy ahora mismo á traerla, á perdonarla, á unir nuestra cadena rota? Iba á hacerlo, y encontraba su corazón sin fuerzas: se sentía desamorado.

Las doce de la noche sonaban en el reloj de la vecina iglesia, cuando Federico abandonó el corredor y se dirigió á las piezas. Pero en vez de tomar á la izquierda, cuando entró á la sala, para llegar á su departamento, como lo hubiera hecho si Amalia estuviera en el suyo, por una veleidad propia de las pasiones, se dirigió á los aposentos de su esposa, y poniendo la luz sobre un escritorio, se dejó caer en un diván que había cerca del gabinete. Tendió en derredor la mirada. Al frente estaba el casto lecho nupcial, y al pie las ropas que esa misma tarde había dejado Amalia para tomar el vestido con que salió á la calle: las ropas estaban tibias aún, y conservaban ese conocido y dulcísimo perfume que guardan los objetos de la mujer amada. Sus guantes estaban inflados aún, sobre un taburete: un pañuelo y un vaso de agua en el velador, al alcance de su mano: el bordado de ese día interrumpido, y con la aguja prendida y enhebrada, demostraba que su dueña la había dejado hacía un momento. Ese aposento era suyo, se decía Federico; el ángel hermoso que lo habitaba era suyo también.

Sin embargo, el ángel lo había abandonado . . . . quizá para siempre!

De golpe se fijó su mirada errante en los dos retratos al óleo que estaban juntos sobre el escritorio, al frente

del diván, y que era su propio retrato y el de Amalia, el de Amalia sonreída, enamorada, con su vestido de boda, obra admirable de nuestro artista Torres que había copiado fielmente al hermosísimo original. Aquella Amalia que fijaba sobre él sus apacibles y amorosos ojos negros, lo enloquecía. Aquellos dos retratos juntos, bien juntos, y escondidos en el santuario nupcial, simbolizaban *unión eterna!* Sarcasmo! ironía! La eternidad de esa unión había durado dos años!

Federico se acostó vestido sobre el lecho de Amalia: ocultó su frente encendida entre el fresco lino de la almohada, y al volver su cara, fué como si hubiesen estado llenos de lágrimas sus ojos, porque vertió muchas y la aurora lo sorprendió en el mismo estado.

* * * * *

Mientras tanto Amalia, reclinada en una cama tendida al pie de la de su madre, le hacía en esa hora solemne, y en el silencio más profundo, las confidencias de su vida de casada. Le contaba las infidelidades de Federico, su mal genio, su despego, su abandono cruel de todas las horas del día, so pretexto de negocios, y de las de la noche, so pretexto de visitas forzosas, ó de correo qué despachar. La madre la consolaba y lloraba con ella, último y precioso consuelo que ofrece el amor maternal á las desgracias de sus hijos. Y la aurora del nuevo día que alumbraba ya el insomnio y las lágrimas de Federico, mostraba con un rayo de luz que penetraba por una rendija del balcón la cara pálida y hermosa de Amalia, que dormía en el suelo con un sueño inquieto, sus ojos enrojecidos por el llanto abundante, y su respiración anhelosa, semejante á un sollozo, mientras que la anciana que velaba á su hija (porque el propio dolor alguna vez

duerme, pero el amor materno nunca) con los ojos clavados en la hermosa niña, murmuraba plegarias y oraciones familiares.

II

El despertar de Federico y Amalia fué bien amargo: cada uno se consideró viudo por su parte: él vagó largo espacio por la desierta casa buscando algo, sin saber qué le faltaba; y ella se sentó en su antigua silla, bajó á su jardín, cogió sus flores pretendiendo sentir alegría al cogerlas, como le sucedía cuando era niña; pero cuando ya tenía algunas en la mano, las dejó caer sobre el suelo y rompió en amargo llanto. Federico almorzó de prisa, y salió á la calle hosco y meditabundo. Amalia pasó el día pálida y muda.

La segunda noche fué igualmente amarga: cada uno de los dos había esperado vagamente, sin confesárselo á sí mismo, una insinuación de parte del otro: ambos aguardaron en balde. Tal vez la más ligera demostración hubiera terminado aquel divorcio naciente, y derretido la frialdad de ambos: empero, la nieve permaneció intacta, dura y fría, porque de nieve se habían vuelto ambos corazones. Los padres de Amalia inquietos sobremanera con aquel brusco rompimiento, no sabían qué hacer, ni qué pensar. Un suceso inesperado vino á poner término á tantas inquietudes.

Era la tarde: Amalia reclinada en su sofá bordaba distraída y preocupada: de repente cubrió su rostro una mortal palidez que dió lugar al punto á una oleada de carmín que subió á su cara. Una expresión indefinible se pintó en sus hermosos ojos, y dejando caer en el suelo

el bordado, se quedó suspensa con la mirada vuelta al cielo. El fenómeno que produjo su asombro debió de repetirse, porque sus ojos brillaron con un brillo extraordinario, y un no sé qué de alegría, pero de alegría loca, profunda, pintó una sonrisa en todo su semblante. Levantóse echando sus cabellos para atrás, y se fué á buscar á su madre, á quien encontró afortunademente sola en su aposento.

—Mamá, le dijo apenas la vió, anoche le he contado á usted mil locuras, mil niñerías: olvídelas, por Dios!

La señora la miró con asombro.

—Que las olvide? Si tú lo haces, por qué no he de hacerlo?

—Anoche me aconsejaba usted que perdonara mucho, y que no tratara con ligereza asuntos tan graves.

—Es cierto, hija mía, pero . . . .

—Pues bien, mamá, me voy!

—Que te vas? Á dónde?

—Á casa, al lado de Federico.

—Bendito sea Dios, hija: toda la noche se lo he pedido á Dios; pero si has de volver á sufrir, no te vayas.

—Sufrir, yo! Jamás! Soy tan dichosa, tan dichosa!

Segunda mirada de asombro.

—Es que . . . . mamá, si usted me lo adivinara, sin que yo tuviera . . . . que decírselo.

—Es que . . . . contestó ella sonriéndose, y acercando la boca al oído de Amalia, le dijo una palabra tan pasito que no pudimos oirla.

—Sí, contestó Amalia con la cabeza, y abrazando á su mamá.

—Cuándo lo has sabido?

—Ahora mismo.

—Recibe mi bendición, hija de mi alma, y vete á la casa de tu marido. Allí están tu deber y tu felicidad.

Y media hora después, Amalia estaba de regreso en su casa; su madre la acompañó breves instantes y se volvió á la suya.

III

Eran las seis de la noche cuando Federico, más hosco y más preocupado que el día anterior, volvía á su casa lleno de despecho y de amargura. Su orgullo, su dignidad de hombre, le impedía ir á buscar á esa mujer que había huído de su lado, sin haberla ofendido, y que con su conducta le había arrebatado para siempre su felicidad; pero su amor, su antiguo amor, hablaba alto entre su naturaleza caballerosa y benévola, y presa de tan encontrados sentimientos, estaba desgarrado. Golpeó impaciente en la puerta de su casa: riñó á la criada que le abrió, se enfadó al ver luces en el corredor y las piezas, como si en su casa viviera una familia tranquila y feliz; las atravezó sorprendido del arreglo en que las encontraba, y al entrar á su pieza, tan desgreñada esa mañana como su alma, paróse inmóvil y pálido en la puerta. Todos sus muebles estaban arreglados; su ropa recogida cuidadosamente en los almarios, su lecho tendido y resplandeciente de blancura. Una mujer hermosa, con flores en los cabellos, cruzaba su aposento y volvió la cara al sentir que se abría la puerta; pero, qué cara! La primavera es menos hermosa, el cielo menos sereno que aquella cara hermosa, sonrosada, alegre, con dos ojos brillantes y húmedos, llenos de amor y de bondad. Aquella mujer era Amalia. Federico se sintió cogido por el despecho, casi

por el odio: aquella mujer que volvía sin que él la llamara, era el triunfo de su orgullo, é iba á abusar de su triunfo; pero Amalia vió ese ceño, adivinó esa ira, y abriendo los brazos le dijo con el acento más dulce: me perdonas?

Federico quiso hacerse fuerte, golpear el suelo con el pie, dar una respuesta desdeñosa y dura; pero cuando iba á hacer todo eso, contestó: *qué he de perdonarte, ángel mío!* y cayó en los brazos que lo esperaban.

Un instante de orgullo lo hubiera perdido: la bondad lo salvó, y los salvó á ambos. Herida en su orgullo la mujer que volvía á él, rechazada cuando abría los brazos y consumaba el sacrificio de su amor propio, ya no hubiera perdonado nunca.

La nieve se había derretido.

* * * * *

Sentados en el canapé, enlazados los brazos, y embebecidas las miradas, interrogaba Federico á Amalia, queriendo saber á qué debía esa vuelta de la felicidad: Amalia le contestaba á todo con un *te amo!* y él se olvidaba entonces del interrogatorio, por saborear su dicha nueva, embriagadora.

Los regalos tornaron de parte de Federico; pero Amalia duplicó sus cuidados. Cuando es cuestión de amor y delicadeza cualquiera mujer vence á cualquier hombre. Los días se enlazaban como una cadena de flores siempre frescas y olorosas. Si Federico volvía tarde á la casa, encontraba á Amalia con la sonrisa en los labios y la bondad en la mirada, lo mismo que si volviera temprano. Las preguntas indiscretas se habían acabado: las exigencias impertinentes habían corrido igual suerte. Federico encontraba en su casa una felicidad que nunca había en-

contrado: sentía en su horizonte una bonanza eterna. La dicha borrascosa de sus días de amante y de novio, era nada en comparación de esta calma de felicidad inalterable, que veía bien que le llegaría hasta el sepulcro. Y como su naturaleza era buena y noble, comprendía que Amalia había hecho un sacrificio por él, el sacrificio de sus pasioncillas, y esto lo llenaba de admiración, y la admiración doblaba su amor. Así era que multiplicaba los cuidados y las coqueterías de un amor entrañable para pagar el sacrificio, y á cada nueva atención creía haber pagado; pero Amalia daba más y más de sí, y siempre se reconocía deudor.

En vano se preguntaba á quién ó á qué debía ese milagro. La impertinente y atolondrada niña no había podido convertirse en ese mar de bondad, dulzura y amor sino por un prodigio que él desconocía. La única falta que tenía que echar en cara á su adorada compañera era su encierro absoluto en la casa: ni las visitas ni los convites la arrancaban de su hogar, cuando antes era tan disipada, tan mundana. La reconvenía por ese encierro tenaz, que no había interrumpido en dos meses ni una vez; pero ella se disculpaba con una caricia, y le hacía olvidar sus argumentos con una dulce y obediente mirada.

Los ojos son el espejo del alma; pero pocos sentimientos se expresan mejor con los ojos que la rebeldía ó la obediencia: la impaciencia ó la resignación.

Sabía Federico que cuando venía alguna visita á su casa, en ausencia suya, Amalia se hacía negar; y que desde que él salía á la calle hasta que volvía, Amalia, después de arreglar toda la casa se encerraba en su costurero ó en su gabinete. Quiso entrar á este gabinete para des-

cubrir el misterio; pero la mano más bonita del mundo, la de Amalia, se lo impidió; y si él se obstinaba en entrar tenía que habérselas con unos ojos que sabían hacerse obedecer, á fuerza de miradas dulces. Rogaba tiernamente á su esposa que le descubriera el misterio de su encierro, el de su vuelta y el de su mutación: ella prometía descubrírselo, pero negando que estuviera cambiada, porque, decía, siempre había sido la misma para él, y lo había adorado desde que lo conoció hasta ese momento en que le hablaba.

—Si esto es así le preguntaba Federico, por qué te fuiste de casa?

—Porque ya no me amabas.

—Y por qué volviste?

—Porque te amo mucho.

Y de ese terreno no la sacaba; y el lector convendrá en que en ese terreno Federico era vencido.

Tres meses se habían pasado: todas las amistades, los deseos, las pasiones, los negocios y los pensamientos de Federico se habían convertido en una sola pasión, en un solo pensamiento: Amalia.

Y tenía razón: era tan buena y tan linda!

La sociedad le señalaba ya con el dedo como á un marido enamorado de su mujer, cosa ridícula, incomprensible. Á la sociedad no le gustan los idilios ni las pastorales; lo que le encanta es el jamón, el brandi, el adulterio, el juego, la pólvora, el escándalo y las traducciones del francés: jamás perdona á la virtud feliz. Consiste en que la sociedad está compuesta de tunantes, con perdón de los tunantes, pues los creo mejores que la sociedad. Ya verá usted, lector amigo, cómo no acepta la sociedad esta novela sino porque es traducción del

francés; y aun así, verá usted cómo la reputa sosa porque no encuentra en ella una muerte tan *poética* como la de Adriana y Djalma, ni una venganza tan *caballerosa* y cristiana como la de Monte-Cristo.

Se acercaba el cumpleaños de Federico.

—Qué me darás? preguntaba á Amalia.

Y la linda joven le contestaba:

—Te regalaré la llave de mi cuartico.

Su cuartico era el gabinete misterioso.

Llegó por fin el gran día. Tras de un almuerzo espléndido, como si hubiera un convite, y en el que no debían sentarse sino los dos esposos, que por cierto no comieron sino muy poco, Federico pidió su cumpleaños á Amalia. Ésta le dijo que desde la noche anterior le había puesto en la cabecera de su cama un regalo. Voló Federico á su aposento, y encontró efectivamente una canastilla llena de objetos ricos y de prendas de hombre, todas con su cifra: besólas enternecido, pero lo que más agradeció fué una pulida llave, brillante por el uso, que encontró en el fondo de la canastilla. Fuése con ella á abrir el gabinete: Amalia se había quedado en el comedor. Abrió la puerta con impaciencia febril, y tendió sus miradas. Parecía el cuartico un almacén; encajes, juguetes, lino, tal era lo que se veía por todas partes.

Un brazo se deslizó bajo el suyo: era el de Amalia que lo había seguido en las puntas de los pies. Amalia lo abrazó estrechamente, y ocultando su cabeza en el ancho y noble pecho de su esposo, para ocultar su rubor, le señaló con la mano tendida á la aventura, y guiada por el grito de amor y felicidad que salió de los labios de Federico, un objeto riquísimo que había en la mitad del primoroso gabinete.

Aquel objeto, que lo explicaba todo, y que encerraba el pacto de unión de dos esposos, aquel objeto que Federico devoraba con los ojos, era . . . . una cuna.

1863.

(De EL HOGAR, número 75, de 10 de Julio de 1869.)

EN LA TESORERÍA

(Escenas de la vida práctica.)

AL DOCTOR TEODORO VALENZUELA

Me diste una suma en oro
Dedicandome á *María:*
Te doy en pago, Teodoro,
Simples *billetes de Tesorería.*
Están . . . . casi no me atrevo
Están . . . . al *treinta por ciento!*
Cobra, pues, lo que te debo
Y pásame la cuenta del descuento.

J. M. VERGARA Y VERGARA.

I

Hallábame en Cartagena en 1848, donde mis negocios me hicieron permanecer la mitad del tiempo que en ella estuve: de la otra mitad responden el mar, las murallas, los baños, las *mecedoras*, las azoteas y algunas otras cosas que me mantenían enclavado en aquel viejo y venerable

suelo, á semejanza de los famosos cañones de la ciudad que habían visto pasar por encima carros y carretas, godos y patriotas, sin moverse de sus puestos. Entre las cosas que he mencionado supongo que se dará por sentado que entraban en un cincuenta y nueve por ciento los saraos, ó mejor dicho, las hermosas *piringas* de quince años que á ellos concurrían.

Mas, al fin tuve que desamparar el suelo de los Torices, y más tarde supe que los cañones me habían imitado, cuando, durante la Administración Mallarino, fueron vendidos á mal precio. ¡ La carcajada que soltarían en los infiernos Drake y los otros filibusteros al saber que estaban vengados ! ¡ Lo que se reiría Morillo al saber que estaban convertidos en olletas y estribos sus gloriosos enemigos, aquellos que defendieron á Cartagena en 1815 !

Á mí no fué ninguna orden de la Secretaría de Hacienda la que me hizo salir : fué simplemente la prosa de la vida, que me obligó á buscar otro rumbo, otro modo de encontrar lo que los cristianos piden : *el pan nuestro de cada día.*

Durante mi permanencia en la amurallada ciudad contraje relaciones con el General Peñuela, soldado de la guerra de la Independencia, en la que hizo tal cual hazaña, que hoy sería grande, pero que entonces se perdía entre las que ejecutaba aquella generación de colosos, que abordaba á nado los navíos y desbarataba con rejos de enlazar los cuadros españoles.

Peñuela consiguió trabajosamente los primeros grados militares : lo hicieron Teniente Coronel en Ayacucho por haber seguido á Córdoba *á paso de vencedores*, paso que no se podía ejecutar impunemente, pues el que lo em-

prendía llegaba derechito á la tumba, abierta por las huestes españolas de Laserna y Canterac. Allí pelearon los nuestros en proporción de uno contra sententa: y . . . vencieron.

Peñuela consiguió el coronelato en la guerra de 1830, el grado de General en Aratoca y sus letras de retiro en 1842. Era hombre de florida imaginación y buen talento: majestuosa talla y retorcidos bigotes, que le daban su airecillo de matón, incompatible con su imaginación poética y su inofensivo carácter. Yo, al ver aquel aspecto de león envejecido, le había dado el nombre de Dagoberto, aludiendo al hermoso tipo descrito por E. Sue; tipo de valiente veterano, arrullando paternalmente á un niño, y haciéndose perdonar de él sus temerosos bigotes, en fuerza de su apacibilidad y complacencia. Á despecho de sus charreteras, de su nombre y de su capital, que consistía en una casa propia, permanecía soltero. Y no se podía adivinar á qué se debía su celibato: yo supe entonces, ó pude adivinar, que se debía á una pasión desgraciada de su juventud.

En las frescas noches de verano, el General iba á buscarme y me conducía á las murallas de Santa Catalina. Allí, entre uno y otro cigarro habano, y paseándonos á lo largo de los vetustos bastiones, oyendo romper las olas contra la escollera, semejando una tormenta incesante, hablábamos dos y tres horas. Una noche de Agosto estábamos en nuestro paseo acostumbrado. La luna lucía espléndida en el cielo tropical, y rielaba en el mar Atlántico, terso y apretado como un espejo, que se extendía á nuestros pies. Seis buques anclados en la bahía estaban inmóviles, presos entre la calma soñolienta de las aguas, como los de Franklin entre sus grillos de nieve polar. Al

lado de la ciudad se veían las luces que cruzaban por las ventanas ó por el interior de las casas, y las personas que coronaban las azoteas, tomando el fresco. El cerro de la Popa cerraba aquel cuadro magnífico, oriental.

—Qué brisa tan fresca y tan dulce! me dijo el General, aspirando con todos sus pulmones la veñtolina que venía del mar. Esta brisa me enloquece: jámas la aspiro sin estremecerme: así sentía yo el aliento de Rosita!

—Comprendo la imagen, aunque no es de lógica explicación. La brisa nocturna de la zona tórrida produce el efecto del aliento de una joven bonita y amada. Y supongo que sería muy bella esa Rosita que usted nombra á propósito de la brisa.

El General estaba, al acabar de hablar yo, inclinado sobre la ciudad, evidentemente preocupado.

—Aspire este ambiente, me dijo. De aquel jardín que está á nuestra derecha, y donde hay una enorme masa de flores, viene un olor tal de narcisos, azucenas y rosas, que es capaz de volverse uno mahometano. Tal sentía yo el olor de los cabellos negros de Rosita la noche que, hablando conmigo, inclinaba su frente sobre mi pecho, avergonzada con las palabras de amor que yo le dirigía.

—General, van ya cien veces que me ha nombrado usted esa Rosita, á quien compara usted con todos los objetos de la naturaleza. Convengo en que una muchacha bonita tenga aliento de brisa perfumada y huelan á flores sus cabellos; pero usted el otro día que estaba el mar alborotado y que parecía que se venía sobre la ciudad, me dijo que así, borrascosas como el mar, eran las horas que había pasado con Rosita. Otro día, al ver el sol que nos quemaba, dijo usted que brillaba como los ojos de Rosita;

y hace pocos días que acarició enternecido mi diván de tafilete, porque diz que tenía una blandura semejante al cuerpo de Rosita, cuando usted oprimía su espalda con su mano al bailar con ella. ¿ Quién es esa Rosita que tanto compara ? ¿ Es un mito de la belleza universal, es una parábola de la juventud, es una personificación de la naturaleza tropical ? Si así fuere, á hereje y panteísta me huele usted, mi General, y me alegraría entonces de la soledad de ese palacio de la inquisición que desde aquí vemos; que al estar habitado por sus santos fundadores, me olía usted á chamusquina ó á ceniza.

—No, me dijo: Rosita no es un mito: es una historia, aunque pudiera servir para la alegoría del amor.

—Confiéseme una cosa, mi Dagoberto. Usted ha sido siempre romántico, y ni las calenturas de los Llanos en la campaña de Serviez, ni los cañones de Ayacucho pudieron sacarle á usted la poesía de entre los cascos, así como le quitaron el oído á mi buen General París, á quien ensordeció una batalla, pues tanto ruido así hacíamos, en virtud de que tanto necesitábamos para que la Europa se convenciera de que éramos hombres; usted ha sido y es poeta á despecho de sus charreteras; y su Rosita es su imaginación que ha tomado cuerpo.

—Pluguiese á Dios que así fuera! Si yo hubiera soñado, inventado á Rosita tal como era, y como debe ser todavía, yo sería Lamartine en vez de Peñuela.

—Persisto en mi incredulidad. Apostemos á que usted no tiene que contar sobre esa Rosita sino que era bella, le dije por picarlo, y ver si le arrancaba una historia.

—Para que usted no sea incrédulo, voy á contarle mi historia.

—Que me place!

—Siempre que usted se comprometa á una cosa. . . .

—Á creérsela? De mil amores, con tal que me la cuente en prosa y le dé apellido, padres, patria y figura corporal á su Rosita invisible.

—No: á lo que se debe comprometer usted es á recoger minuciosamente noticias de Rosita cuando vaya á Bogotá.

—Cómo! De veras vivirá Rosita? Con que podré yo verla y comparar el olor de sus cabellos con el del nardo y su aliento con las brisas marinas de la noche!

—Ay! sí! Usted podrá verla y gozar del encanto de su presencia. Á mí me fué vedado por el cielo.

—Esto me sabe ya á drama, General, y me cuenta usted esta historia, ó conmigo sois en batalla.

—Escuche usted.

Y sacando dos cigarros de su tabaquera, que encendimos en una garita, empezamos otro paseo á lo largo de la muralla, y poniendo el General los brazos cruzados por detrás, comenzó así su relación.

II

Yo entré con Bolívar á la ciudad de Bogotá en 1821. Tenía el grado de Teniente y merecía alguna aceptación de mis jefes.

Usted no puede figurarse lo que fué la guerra de la Independencia, esa edad homérica, que no ha tenido un cantor digno de ella. Todo lo que se ha escrito son sandeces. No ha habido, ni se ve quién pudiera serlo, un pintor de ese cuadro, cantor de esa epopeya altisonante,

original, grandiosa. Unas veces éramos seiscientos hombres desnudos, perseguidos, maldecidos, que comíamos carne de caballo en Venezuela, y que no teníamos ni por dónde escapar. No teníamos ni elección siquiera para volver atrás ó seguir adelante.

Atrás, el banquillo: adelante, las balas. De una manera dirían los españoles: *ayer se fusiló á un insurgente;* y de la otra, escribirían: *ayer matamos á un insurgente.* De todas maneras, la muerte y la ignominia de ser llamados insurgentes, bandidos, rebeldes, enemigos de la sociedad, ingratos hijos del más humano de los monarcas etc., etc. Necesitábamos vencer para que hubiera quien nos llamara patriotas, mártires, próceres, etc. Si no, éramos perdidos, aun después de fusilados.

Así, pues, cuando no nos quedaba otro recurso para comer, ó para dormir, ó para descansar, vencíamos, por lo pronto, mientras se determinaba otra cosa, añadió el General candorosamente, echando una bocanada de humo.

Al oir yo esta sencilla y enfática exposición de la guerra magna, creí que era una bonita frase del poeta; pero me acordé que el poeta era soldado, que de veras había peleado en aquella gran guerra y su figura creció ante mis ojos. No pude hablar: tan conmovido estaba! Él continuó, como si tal cosa hubiera dicho.

Después de ese cuadro oscuro y temeroso, venía otro. Vencedores, entrábamos á una ciudad. Nos regalaban oro, las viandas más delicadas, nos coronaban de rosas y de laureles, nos preparaban lechos de seda, y hacían, en fin, los contrastes más enloquecedores con nuestra vida anterior. Tal era el entusiasmo, que en algunas ciudades las señoritas más hermosas y más distinguidas acari-

ciaban á los jefes, y creían que era poca, pero merecida cosa, darnos media hora de amor, entre oro y seda, en cambio de un año de campaña entre carne de caballo y balas.

—General, le interrumpí: otro compañero de usted me había dicho algo sobre eso; pero yo no había querido creerlo. ¿Es cierto, palabra de gentilhombre, que en algunas ciudades colombianas les sucedió ese afortunado percance?

—Cierto, contestó, con una fatuidad encantadora digna de la campaña que había hecho.

Volviendo á mi narración, usted no puede figurarse qué momentos eran aquéllos. Nada podrá rivalizarlos.

En 1821, como llevo dicho, entramos á Bogotá con el Libertador. Nos dieron bailes espléndidos y comidas suntuosas: nos tenían en las palmas de las manos: el último de los soldados era mirado como si hubiese sido el primero de los Virreyes.

Yo asistí una noche á un baile encantador, en que no había tanto lujo como en los que se hacían para convidar al Libertador; pero en cambio, había menos seriedad y más locura de alegría. Las parejas pasaban de treinta, y había algunas que ya se las quisiera usted.

—Para servir á usted, le contesté.

—Había algunas primorosas: rubias de ojos azules y melancólicos, que parecían decir: *amadme!* y morenas, de redondas formas y ojos negros, que se emboscaban en lo oscuro de sus pupilas para travesear con más libertad, y parecían decir: *comedme!*

—Y á cuáles se apuntaba usted, á las de *amadme* ó *comedme?*

El General me lanzó una mirada de indignación, retorciendo su mostacho con airecillo de crueldad.

Yo bajé los ojos y callé con aire compungido.

—Una había entre todas: ésa fué mi segunda pareja. Tendría unos veinte años: no era blanca como las inglesas, ni morena como las españolas: era color de perla. Su cuello era largo para mayor elegancia, la cabeza pequeña y abundantemente provista de cabellos negros y sedosos, que olían á azucena. Sus ojos eran negros y expresivos: su nariz aguileña, su boca, de labios húmedos y purpurinos, dejaba ver la doble hilera de brillantes perlas. Su seno turgente y agitado se alzaba cerca del mío con una elasticidad, que parecía que era blando cojín de algodón. Yo oprimía, loco de ventura, su talle delgado y gentil, y sentía que mis dedos se hundían suavemente en el mullido colchón de su encarnación riquísima.

Hablamos, hablamos mucho. Le hice una declaración, que fué correspondida con un silencio adorable, y una oleada de rubor que invadió su cuello desnudo y subió á sus mejillas.

Bailamos toda la noche y nos separamos.

—Me parece que ya es hora de que me diga su nombre, apellido y patria.

—Rosa Buendía, natural de Bogotá, mayor de diez y ocho años, y sin generales, me contestó con una indignación creciente por mi prosaica pero imprescindible pregunta.

Mi exigencia era natural y lógica: yo buscaba la historia para poder saborear el drama.

—Y se separaron ustedes? Para volverse á ver?

—No, contestó suspirando el General. Dos días después partí en comisión á Venezuela, y de allí al Perú,

donde me reuní con el ejército libertador. Cuando salí de Bogotá no había podido aún hacerme introducir en su casa; y cuando volví, el año de veintiocho, mi fada de una noche no estaba en Bogotá. No pude volver á verla.

Después, desde Santamarta, donde he residido, he preguntado sin cesar por ella. Supe con la pena que usted podrá imaginar, que se había casado con el Sargento Mayor Laureano Jiménez. Más tarde supe, por las bajas del ejército, que Jiménez había muerto en comisión, y que se había señalado á su viuda la mitad de la pensión del marido.

Pobre Rosita! Cuánto habrá sufrido la angelical virgen, la incauta avecilla que se inclinaba sobre mi brazo tan descuidada y gentil! Debe haber conservado su expresiva figura, sus sentimientos vivaces y poéticos, su exquisita delicadeza, sus castos y románticos ensueños! No fué creada para mí, como en un momento inolvidable lo creí; pero, ah! cuando yo vuelva á verla, cuando pueda, con treinta años de ausencia, recordarle lo que ni ella ni yo hemos olvidado!

Usted, amigo mío, el único confidente de mi larga é ignorada pasión, va á cumplir ese sueño de oro de mi vida, ya que el primero, el de unirme á ella, no pude realizarlo. Va á enviarme noticias suyas, porque la buscará, no es cierto? la verá, y me escribirá una larguísima carta.

—Pero, Dagoberto, usted que me confía tan peligrosa misión, si me acercara á su Rosa del año de veintiuno, ¿no comprende que el peligro será para usted cuando le escriba que su hurí es una matrona y abuela de ribete, cascada por la edad y las fatigas?

—No sueñe usted en eso. Usted verá en Rosita esa

hermosura admirable, ese encanto sin rival que yo encontré en ella. Los años habrían pasado sobre su frente deshojando flores, pero sin arrebatarle las que tenía. Su belleza será diferente, no lo niego; pero será admirable. El tiempo no pasa sobre el amor y la hermosura. Prométame usted que verá á Rosa, y que me escribirá largamente.

Yo se lo prometí, y un mes después salí de Cartagena.

III

Pregunté por Rosita á los cuatro vientos que reinan en Bogotá: la demandé á los ecos y la pedí en las rejas.

Vanos esfuerzos, Rosita no parecía. Nadie había oído hablar de aquel serafín de cuello de cisne.

Últimamente supuse que la heroína de mi romántico amigo, en caso de que hubiera existido, habría sido alguna provinciana, que permaneció pocos días en Bogotá y se volvió á su lugar nativo, llevándose á su rincón, *como los indios á sus sepulcros, todos sus tesoros: sus gracias y su juventud.**

Se lo escribí al General Peñuela, duplicándole en mi narración el mérito de mis esfuerzos, y pidiéndole un grado en atención á la habilidad que había desplegado, aunque el destino envidioso me había negado la victoria.

Peñuela, sin embargo, no quiso creerme: continuamente me escribía, hablándome sin cesar de Rosita, instándome para que desplegara mayor actividad, y ofreciéndome el pedazo de corazón que tenía libre, en caso

* T. VALENZUELA.—*María.*

de que diera al fin con la dueña del resto. Contábame nuevos y nuevos pormenores que, en gracia de la brevedad, había omitido la noche del paseo por la muralla de Santa Catalina. De repente se acordó de que no me había hablado de su voz; y en ese correo ocupó tres pliegos para hacerme comprender cómo era de dulce, sonoro, argentino, celestial, vibrante, conmovedor, hiriente, penetrante, azucarado, meloso, inolvidable su acento. Aquello era una ópera.

Después, en capítulo aparte, me habló de sus ojos negros, dormidos, hechiceros y expresivos; y seguramente en esa carta fué donde un poeta, paisano suyo, encontró para un verso á una sílfide de ojos imposibles, esta idea:

"Tienen tus ojos música, armonía."

La pasión de Peñuela me parecía á veces profunda y devoradora: otras, sublime, original: otras, monomanía y quizá caducidad. Pero al fin me era ya tan familiar Rosita, como si la hubiera conocido y presentádole mis respetos como presunta, deseada é ignorada señora de Peñuela.

La correspondencia al fin fué entibiándose. Las últimas cartas que yo le dirigí parecían estereotipadas, y la comunicación vino á quedar como cortada con tijeras, como dice el buen Fernán Caballero.

Últimamente vino la guerra de Bolívar en 1859. Yo acerté á aficionarme á un partido, y después supe que era contrario al que seguía el General Peñuela. Esto fué el epitafio de nuestra amistad.

IV

Una mañana del sereno Agosto salía yo de casa para la plaza de la Constitución, plaza que ha tenido tres nombres, una pila y una estatua, todo por orden sucesivo y cronológico. Sin embargo de estos cambios radicales, tan radicales y graves como los de la República, pues tan diferente es pasar de *mono de la pila* á estatua de Bolívar, como del centralismo á la federación; sin embargo de eso, repito, aquellos cambios y revoluciones se llevaron á cabo sin que se armaran los partidarios de la legitimidad, es decir, del Gobierno anterior, en contra de los defensores del nuevo régimen. Hágame usted el favor de decirme si hubo quién. Dirigíame yo á la plaza. En ella supe que en palacio se había desmontado un comisionado que acababa de llegar de la Costa. Las gentes *chisperas** agregaban, al dar la noticia, que el comisionado era *un tal General Peñuela.*

Yo, leal siempre á mis amistades, aun al través de la política, sentí vivísima y alegre emoción al saber que mi veterano estaba en la ciudad; me fuí á la esquina de palacio, y aguardé pacientemente. En la misma esquina había quinientas personas más, que aguardaban la noticia que hubiera traído el comisionado de charreteras, que, á juzgar por éstas, debía ser de magnitud aquélla. Yo no aguardaba la noticia sino la persona. Al cabo de larga espera, apareció por fin en la puerta, y volvió á tomar su caballo. Yo me acerqué á estrecharle la mano, y conmigo, cien Generales y Secretarios que iban á ofrecerle

* Chispero, voz provincial. El que comunica las nuevas del día, ó las inventa.

sus casas para alojamiento. Peñuela, conmovido con mi solicitud amistosa, aceptó el mío, y seguimos juntos. La noche se pasó agradablemente: tuvimos el juicio de no hablar nada de la política actual, y por lo tanto, nuestra amistad no terminó allí; pero le fué fatal la reserva, porque sentimos que se entibiaba.

Es que la amistad es un afecto muy caprichoso: la prudencia lo mata.

Al día siguiente me suplicó que lo acompañara á los lugares donde tenía que ir, porque ya no conocía á Bogotá. Díjele con una risa forzada, que con tal que no fuera á los altos círculos de la política reinante, donde lo recibirían mal por ir conmigo, estaba dispuesto á acompañarlo hasta el salto de Tequendama.

Él me contestó con una risa fingida, que no me llevaría á los altos círculos, sino simplemente á la Tesorería, donde tenía que cobrar una orden, cuyo dinero necesitaba para hacerse ropa, y á la calle real para comprarla.

Nuestros dos modelos de risa diplomática nos habían separado bonitamente sus buenas trescientas leguas. Mas la cosa no pasó de las risas, y salimos juntos. De la casa de la primera esquina de la tercera calle real, á donde se iba á entrar, creyendo que todavía era allí la Tesorería de la República, lo llevé á los portales del correo, donde están las oficinas de la Tesorería actual.

Al pasar por la primera calle real me mostró el quinto portón de tienda, á mano izquierda, donde el Coronel Bolívar rompió de un apretón de manos los dedos de un eminente granadino, el doctor Azuero. Después me habló de Sucre; al subir al *altozano*, le advertí que la obra de llevarlo hasta la otra esquina, y hacer aquel hermoso paseo, tan favorito hoy, se debía al señor Alfonso Acevedo

Tejada, cuando fué Gobernador de Bogotá, y que ese altozano sería famoso, andando el tiempo, porque en él se estaba decidiendo de la suerte de la República.

—Cómo ! me dijo : ya no es en el Congreso ?

—No : ahora es en el altozano.

La plaza mayor le preocupó profundamente.

—Cuántos recuerdos ! Aquí nos reunimos, me decía, cuando tomamos la ciudad en 1819. Aquí fueron afusilados los treinta y nueve de Santander, los del 25 de Septiembre, y aquí se proclamó el 20 de Julio la Independencia, que tan cara nos ha costado ! No existe ya el palacio del Virrey, ni el de la Audiencia ! añadió volviéndose á la izquierda. En su lugar esos ruinosos cimientos de una obra que jamás se concluirá.

Cuando concluyó con sus meditaciones, que para mí eran históricas, y para él personales, le dije, llevándole del brazo en dirección á la Tesorería :

—Para mí no tiene esta plaza sino un recuerdo que valga la pena.

—Cuál ?

—El día que vi al pie de la estatua de Bolívar á Mosquera, López, Herrán, Arboleda, Gutiérrez, Obaldía, Ospina, Canal, etc., etc., etc., con todos los gólgotas y todos los beatos unidos en una misma causa. Fué el 4 de Diciembre.

—Por desgracia ese día no tuvo sino doce horas : el almanaque lo trató como un día vulgar.

—Y á pesar de eso, no faltó un Secretario de Estado á quien le pareciera muy largo, y que, en desquite, volvió á desunir el país.

Y entramos á la Tesorería.

V

Samper ha descrito un *Día de pagos*: el lector puede volver á leerlo y refrescará sus ideas sobre aquel espectáculo, curioso en demasía. Doscientas personas se agrupan ante el mostrador del Cajero: hay allí viudas que cobran la mezquina pensión que les dejó en herencia su marido, militares retirados, militares en actividad: empleados que alargan sus nóminas sobre las cabezas del grupo más inmediato á la mesa, y uno que otro logrero que se acerca provisto de un compacto rollo de papeles, compuesto de nóminas y títulos de pensión, que ha comprado á bajo precio á pensionados hambrientos.

Tal era, poco más ó menos, el concurso que llenaba la oscura pieza de pagos, cuando el General y yo llegamos. Su orden de pago pasó de manos del Cajero á las del Tesorero para que la revisara y diese la orden de que fuera cubierta. Una hora tardó esta operación, y cuando vino con el *dése* respectivo, ya se había agotado el escaso fondo que tenía el Cajero para hacer frente á la enorme lista civil y militar que estaba presente. Pero no anticipemos los sucesos.

En medio del ruido de la conversación en voz baja y en voz alta, y del que hacían las pisadas de las personas que entraban y de las que salían, se percibió la voz áspera y chillona de una vejezuela que subía penosamente las escaleras, pidiendo paso, y diciendo como refrán de cada frase: *qué hago yo!* Tanta era la impertinencia de aquella mujer en sus modales y palabras, que alcanzó la victoria de la necedad entre tantos necios, y triunfó su

interés sobre tantos intereses, porque, gimiendo, clamando, murmurando y penetrando desvergonzadamente por entre los grupos más apretados, á pesar de haber llegado la última, dentro de pocos momentos fué la primera al pie del mostrador, y alargando su orden decía al Cajero:

—Qué hago yo! Niño, despácheme pronto... Qué hago yo! Estoy sin almorzar.... qué hago yo!

Por lo visto, su *qué hago yo* se había convertido en su único lenguaje: muy débil debía de ser su espíritu, ó muchas las amarguras de su existencia, ambas cosas tal vez, para haber hecho un refrân de esa voz de agonía, de miedo, de vacilación incesante. Y el tono de la voz, quejumbroso y precipitado, estaba perfectamente de acuerdo con el sentido de su frase.

Mientras tanto, yo, reclinado sobre un brazo en el mostrador, después de haber observado todas las fisonomías que se me presentaban, clavé mi mirada en la mujer del *qué hago yo.* Era una anciana de sesenta á setenta años, al parecer. Sus ojos, de mirada estúpida, no revelaban sino hambre y angustia: su cara, llena de arrugas que se cruzaban, quitando á los ojos y á la boca la forma que debían tener. Su nariz era de tipo muy común: su cabellera escasa y con muchas canas, estaba desarreglada: su pecho flaco y mal cubierto, tenía más arrugas aún que la cara, y las manos tantas como el pecho. En uno de los dedos lucía una sortija lisa, de plata, muy poco limpia. Una saya de alepín muy vieja, muy raída, y un mal pañolón, eran su único vestido; y cuando extendió su brazo indeciblemente flaco y arrugado, para dar su orden de pago al Cajero, el pañolón cayó de la cabeza sobre sus hombros, y dejó descubierta toda aquella figura de Me-

guera, profundamente fea, pero que no inspiraba repulsión sino tristeza.

Se comprendía por instinto que esas huellas y esa fealdad no venían de los vicios sino de las miserias y amarguras: había descoco é impudencia en sus modales y exigencias; pero no era el cinismo de la cortesana vieja, sino la prisa y el dolor de la mujer que está vencida por una larga penalidad y que pide limosna con *necesidad*, como dicen los pordioseros vergonzantes.

Repugnante era la miserable anciana, como un espejo de dolor y de experiencia, como una lección de filosofía de bulto: aquello era el fin de la vida, y de la vida pobre. Espantaba como espanta un cadáver con el doloroso recuerdo que despierta: *yo también seré así; yo moriré algún día, y á mi turno espantaré á los vivos.*

VI

Volví á ver á Peñuela, y le llamé la atención sobre la miserable anciana, que en ese momento duplicaba sus ruegos al Cajero. Peñuela la miró con asombro, y la observó con menos calma que yo, pero con más intensidad. En ese instante gritaba más y con creciente angustia la anciana, porque el cajero había contestado que ya no había plata.

Qué hago yo! decía la vieja volviendo á mirar á todos, y buscando en los ojos de los espectadores una respuesta. Al oir su voz angustiosa, Peñuela, conmovido, me preguntó:

—Quién es esa vieja?

—Es la primera vez que la veo.

—Moléstese en pedirle el papel que tiene en la mano.

Yo lo hice así, y ella lo dió al punto calorosamente, esperando, sin duda, que no se le podía pedir el papel para otra cosa que para darle el dinero que aguardaba, y se quedó preguntando con los ojos : qué hago yo !

El General desdobló el mugroso papel lentamente y más conmovido : pasó los ojos sobre él, y me lo devolvió, pálido como un muerto.

Yo leí : *ocho pesos de pensión á Rosa Buendía, viuda del Sargento Mayor N. Jiménez.*

Rosa estaba hallada : Rosa la de cabellos olorosos á nardo, la del talle garboso y cimbreador, era la mezquina y repugnante anciana que tenía por delante.

Alcé los ojos, y abracé con una sola mirada aquellos dos desposados del año de 1821, que había vuelto á encontrar ante el mostrador de la Tesorería. Tuve piedad del General, que bajaba la cabeza abrumado, y no le miré más.

Peñuela sacó de su bolsillo una onza de oro, y me la dió silenciosamente : yo comprendí, y devolviéndole el papel, que él guardó apresurado, alargué la rica moneda á la anciana Rosa, á tiempo que ya me preguntaba con los ojos otra vez : *qué hago yo !*

Recibió gozosa su moneda ; y sin preguntar quién la daba, como perro que recibe en boca un hueso y come sin volver á mirar ; sin adivinar que era la limosna de un amor de su juventud ; sin volver á mirar al amante que tenía á su lado, volvió á emprender la tarea de penetrar por entre el apiñado gentío, repitiendo al abrirse paso : *qué hago yo !* Se me hace tarde, y estoy sin almorzar ! *Qué hago yo !*

VII

Seguí con la vista á la anciana, y volví á mi compañero. Pregunté al Cajero si podría ser despachado ese día y obtenida la respuesta de que volviésemos al siguiente, recogí los papeles del General, le presenté mi brazo y lo saqué: él me dejaba hacer todo, sin oponer obstáculo ninguno. Estaba mudo y sombrío como en un entierro.

Al bajar la escalera me dijo:

—El tiempo pasa sobre todo, sobre la hermosura lo mismo que sobre el metal. Sólo Dios es eterno!

1863.

(De LA PATRIA, de 10 de Marzo de 1878.)

LA FELICIDAD

QUÉ es la felicidad, Dios mío?

Hay tantos pareceres, tantas tesis é hipótesis sobre ella, que, seguramente, á causa de lo mucho que se ha hablado sobre la felicidad será que no se la encuentra.

Y en verdad que aunque sea lo más carretero del mundo ir de París á Marsella, si se ponen las gentes á dar al viajero distintas señas: váyase usted por Lyon; otro, no, por Londres; otro, por San Petersburgo; y un cuarto le aconseja que dé la vuelta por el Cabo de Hornos; el re-

sultado sería que no se podría ir á Marsella. Qué digo á Marsella; pero ni siquiera á la cocina de la casa.

En esto y no en otra cosa consiste el que no se encuentre la felicidad.

Para encontrarla es menester seguir un solo camino, y el más derecho es el mejor.

En qué consiste la felicidad?

En el dinero, dice el codicioso.

En la gloria, dicen el héroe y el poeta.

En el amor, dicen la mujer y el amante.

En el poder, contesta el ambicioso.

Y los medios de conseguirla?

"That is the question," como dijo algún poeta inglés, que de seguro no fuí yo.

La felicidad es, pues, una cosa desconocida á la cual se va por caminos desconocidos.

Se obtiene á veces por casualidad, como rifa.

Yo, con el objeto de poner á los hombres en posición de conseguirla, me propuse estudiarla por sus huellas, para saber qué cosa es y en dónde está.

He descubierto lo siguiente, que pongo á disposición del público, sin pedir el privilegio que me concede la Recopilación Granadina, que garantiza las invenciones literarias y algunas otras.

Entre esas otras debe estar la felicidad, porque en las invenciones literarias sí no está.

La felicidad es coja: nunca la he visto subir escaleras.

Es miedosica, porque no reside en casas grandes, y porque huye del ruido, como los perros de los cohetes.

Es muy aseada: huele á alhucema.

Es friolenta: le gustan los rincones.

Es india brava: gusta de los bosques y aborrece las ciudades.

Es religiosa, y muy religiosa, puesto que algunos la han encontrado en los claustros.

Madrugadora insigne: cuando se despierta tarde, es porque ha muerto.

Siendo religiosa tiene que ser muy moral: jamás ha residido entre los bandidos.

Los elementos de la felicidad son dos *yoes*, un hombre y una mujer.

Á esto se agrega gloria, dinero, poder, en las proporciones que á cada uno le parece, y en eso está el quid. Nadie acierta con las proporciones debidas para que resulte bien hecha la píldora.

Mucha gloria mata el amor; mucho dinero mata el corazón; y poco dinero mata la felicidad.

En cambio, mucho amor mata la gloria; y sin dinero, por lo menos, no espere usted felicidad.

Qué hacer en semejante caso? Tomar un puesto en la rifa y aguardar la suerte.

Dicen que el principio de esa rifa está en el nacimiento del hombre; y por eso dicen aquellito de nacer uno de pies, de cabeza, etc., etc.

Falso: ¿no se han visto algunos príncipes jorobados cuya joroba consistía precisamente en que no habiendo podido nacer de pies, ni siquiera de cabeza, habían nacido en etcétera?

En cambio, de niños felices que nacieron de pies, se sacan viejos pordioseros que mueren estrellados contra una esquina.

La rifa donde empieza verdaderamente es en una media hora que tiene cada cual en la vida, y que lo decide todo.

Probablemente esa media hora suena por ahí á los veinte años.

Al primer hervor de la sangre juvenil, es cuando mete uno la mano en la urna aleatoria, y saca su suerte.

El uno, una mina de oro; el otro, que sacó tras él, tomó una boleta de recluta.

Unos sacan entre su mano otra mano suave y blanca, la de su amada, y héteme un par de felices. Otro, la mano de una princesa ó de una rica . . . . gran felicidad! pero fea ú odiosa, gran desdicha! y héteme dos ricos más y dos felices menos.

Otros sacan una corona de laurel llena de espinas, y ahí tiene usted el extracto de la gloria.

Otros una cruz y se vuelven santos, ó bien una charretera y se vuelven generales.

Otros agarran bien, y abren con cuidado la mano después de que la han sacado de la tenebrosa urna; ábrenla, digo, á la luz del día, y qué encuentran?

Dioses inmortales! No se puede decir ni en latín, ni en griego lo que encuentran.

Ahora bien: el lector pregunta ya cómo le fué en la rifa al que sobre ella está escribiendo?

—Á mí me fué muy bien: mil gracias, para servir á usted.

Tengo aquí, á dos varas de donde escribo, tantas flores, que puedo florear hasta á la desgracia, que es una vieja mendiga. Esto tengo al Occidente.

Al Oriente tengo mi medida de afectos completa. Amo y me aman. Cuando duermo me velan; cuando me ausento me piensan; cuando regreso me abrazan; cuando muera me llorarán.

Al Norte y Sur vecinos y vecinas, con quienes no me tocan las generales de la ley.

Por lo demás, hay una pobreza magistral, de la cual me río siempre que me acuerdo.

En resumen: soy feliz; luego la riqueza no es indispensable para serlo.

Lo que deseo no me hace falta: luego hay un hombre que pueda echarle un piropo á la suerte.

Ahora bien; por qué no me hostiliza la pobreza siendo, como es, tan impertinente? Por una razón muy sencilla: siempre que ha venido á casa le he dicho llevándola á mi mesa: "aquí hay para todos."

Y ella, satisfecha con la buena voluntad, me deja mi pan libre. Y se va y vuelve, pero torna á irse.

Cuando se le arroja con mal modo, no haya miedo que vaya.

Quién me enseñó este procedimiento? primero mi madre y luégo mi esposa.

Diciembre de 1866.

(De El Hogar, número 48, de 19 de Diciembre de 1868.)

JUICIO CRÍTICO

MARÍA

NOVELA POR JORGE ISAACS

(Imprenta de Gaitán.—Bogotá, 1867.—Un vol. en 8.° de 320 págs.)

I

CUANDO aparece un joven en la sociedad y se hace conocer por el imprescindible comienzo de unos articulones de política, bien atestados de palabrotas, la sociedad se rasca tras de la oreja y sin embargo acepta con benevolencia al nuevo escritor, porque se le figura que aquel mal principio es una mera equivocación, y que, andando los tiempos, tendrá en el nuevo *politiquero* no un insecto más que se asile en sus ropas y viva de su sangre, sino un escritor que acreciente la herencia intelectual de nuestros padres. Por desgracia esta esperanza sale fallida las más de las veces: el político en embrión se hace político de profesión, gasta su vida en fraguar artículos que no resisten segunda lectura, y muere sin dejar de ser un muchacho de esperanzas, exactamente lo mismo que el primer día de su carrera. Tal es, en general, la historia de mil notabilidades políticas que hemos tenido, de mil que tenemos y de mil

más que tendremos, si la férula de la sociedad no lo remedia.

Por estas razones, cuando aparece un joven que no va á deber su fama á la fácil y bastarda literatura de un articulón, sino al cultivo de las letras en todos sus ramos legítimos, nos congratulamos vivamente; y la sociedad, acostumbrada ya al zumbido odioso del moscardón político, recibe con menos estrépito, pero con íntimo gozo, al que viene á compensarle ciertos desengaños.

En este caso está especialmente el autor de *María*. Hace cuatro años que era completamente desconocido; hace tres que se presentó en Bogotá con un volumen de versos que fueron recibidos con raro entusiasmo; y hace pocos días que ha dado un nuevo volumen en prosa, conteniendo una novela bien elaborada, bien escrita, bien sentida. Regalos como éste no se hacen todos los días á la sociedad; y el regalo es doble, y doblemente precioso, porque si el libro vale mucho, el autor vale más.

El señor Isaacs vió la luz en Cali, y en el seno de las comodidades buscadas por su padre, inglés activo, industrial y caballeroso; pérdidas inmerecidas lo atrasaron, y la muerte vino en seguida á completar la ruina, arrebatando al laborioso jefe de la familia. La larga y sangrienta guerra del Cauca, desde 1860 hasta 1863, acabó la obra comenzada por la desgracia, y los hijos de Isaacs, huérfanos hoy de padre y madre, han tenido que buscar otros hogares y decir adiós al que fué el asilo de su infancia. Por fortuna para el autor de *María*, le ha tocado en suerte el hogar bogotano, cuna de su gloria, donde es profundamente estimado, menos por sus notables obras que por las buenas cualidades de su ser. Disputándose en él las que son propias de las tres razas de que desciende:

era su padre inglés de nacimiento, pero de raza judía; el amor lo inclinó á la religión de Jesucristo y le dió otra Patria, la nuestra, donde se estableció casándose con la hija de un Capitán español. Así es que Jorge tiene en su apostura y en sus arranques, en sus ideas y en su pluma, reminiscencias hebraicas, españolas é inglesas. No es un tipo: es un original.

Es preciso tener en cuenta quién es el autor (y por eso lo hemos dicho) para hablar de la obra que anunciamos. *María* es, como su autor, un ser triple, indefinible; es una Rebeca sajona viviendo en Sevilla. De la misma manera su autor es un ser indefinible; en poesía no es un Quintana, ni un Byron, ni un David; sino un David inglés hablando en castellano. *María* pertenece en literatura al género sentimental, pero no tiene sino una sola hermana, la Historia holandesa, porque es muy diferente de las otras novelas de esta clase, como *Atala* y *Pablo y Virginia*. *Pablo y Virginia* es la historia de dos niños solitarios, donde con poco esfuerzo pudo el autor pintar un amor inocente ó, mejor dicho, infantil. *María* es la narración de los amores de dos jóvenes, rodeados de muchas personas, viviendo en una misma casa y profundamente enamorados. Por lo tanto, la pintura de su amor es más fecunda, más interesante, pero más delicada por más peligrosa. Y sin embargo es tan casta, que así como los dos amantes no se dijeron una sola palabra que no pudieran oir sus padres, así en el libro no hay una página que no pueda leer una madre de familia. Virginia es la pintura de un hogar excepcional, en que lo excepcional mismo constituye su principal encanto. No todos los días se ven dos madres viudas retiradas á una isla despoblada, teniendo la una una hija y una negra; la otra,

un hijo y un negro. Aquella simetría podrá ser, como es, muy bella; pero tiene que ser, como es, muy rara.

Saint-Pierre tuvo que arreglar primeramente las cosas á su gusto, para describirlas después, y cuando un jugador arregla primero y á su gusto las piezas de su ajedrez, no puede tener gran trabajo en ganar su juego. *María* no es un hogar excepcional, sino común y muy común. No hay simetría ni resortes creados *ad hoc*: no hay soledad, gran recurso para el caso, ni sociedad abundante, que es otro recurso muy grande. Lo primero fué el principal auxilio de Chateaubriand y Saint-Pierre; lo segundo es el mejor cómplice de Dumas y Sue. En *María* figuran el padre y la madre, dos hijos: Emma (personaje de comparsa en el cuadro) y Efraín, joven que vuelve de Bogotá á la casa paterna y se enamora de María, huérfana criada por sus tíos, los padres de Efraín. Hay un niño hermano de ésta, personaje innecesario para el inventor y del cual saca mucho partido el narrador, haciéndolo asistir á los castos y ardorosos diálogos de los dos amantes, como un garante de la pureza de aquellos amores. El niño Juan representa el papel del ángel de la antorcha en la *Huída á Egipto* de Vásquez: su antorcha sirve solamente para iluminar el rostro de la Virgen. Hay criados, colonos, vecinos que se visitan y un perro viejo llamado Mayo; cacerías, pasiones, deudas, trabajo, pesares, esperanzas, intriga, personajes secundarios útiles; hay, en fin, todo lo que se encuentra en una casa. María y Efraín no son dos niños en una isla desierta, como Pablo y Virginia, ni dos jóvenes solos en el Desierto como Chactas y Atala; María y Efraín son dos jóvenes vestidos con telas europeas que vivieron en una hacienda del Cauca, se amaron, se fué él y . . . . . para qué decir el fin de la novela? Es

la prosa de la vida vista con el lente de la poesía; es la naturaleza y la sociedad traducidas por un castizo y hábil traductor. *María* es un idilio, un canto del hogar; una crónica casera, un conjunto de escenas dichosas y tristes, hábilmente descritas.

El mejor carácter, el más sostenido es el de *María*, la protagonista, y después de ella siguen por su orden de mérito el del padre y el de Efraín. Los de la madre, Emma y el niño son los de una madre, una joven y un niño; quiero decir que no tienen nada ni de particular ni de irregular: son las medianías del hogar.

Entre los caracteres externos ó extraños á la acción, el mejor de todos es el de Salomé, que está admirablemente descrito; el segundo el del boga del Dagua, y el tercero el de los colonos antioqueños. El pícaro y enamorado amante que hace rabiar á Salomé se conoce donde se le vuelva á encontrar; y si uno fuera á la choza de José, podría decir: aquella vaca es la Mariposa y aquel majadero es Lucas. Si uno va al Cauca y se cruza con un hacendado petrimetre, de labios rosados y patillas peinadas, seguido de otro viajero, de zamarros de chivo y cara de gaznápiro, puede saludarlos: adiós, señor don Carlos! adiós, señor don Emigdio! No hay cómo confundir á Tránsito con Salomé ó Lucía ni al *insultoso* amante de la segunda con el marido de la primera. Si se encuentran con los del lector los ojos de la muchacha y los guiña, Salomé se echará á reir y Lucía se avergüenza. Es, pues, también una novela de caracteres. Tal es, en extracto, la preciosa novela que mencionamos. Dejamos sin tocar las demás cualidades que la recomiendan, para que el lector no encuentre mal contado aquí lo que en el libro encontrará preciosamente escrito. Por otra parte, y cómo

contar en resumen aquellas originales y bellísimas escenas de amor, todas diferentes, todas animadas, en que las palabras pronunciadas á medias describen la marcha impetuosa de la pasión; en que á veces una flor de más constituye una situación nueva? ¿Cómo describir aquellos magníficos paisajes del Cauca, émulos de los paisajes orientales, si no es leyendo la novela? Para contar lo que es *María*, sería preciso escribir otra María. Se puede describir una montaña, pero no se puede describir una alborada de verano. El que no la conozca, que la vea: no hay otro remedio para que se forme idea de ella.

Tal es *María*, obra que puede y debe obtener buena y cordial acogida no sólo en la Patria sino en Europa.

María hará largos viajes por el mundo, no en las balijas del correo, sino en las manos de las mujeres, que son las que popularizan los libros bellos. Las mujeres la han recibido con emoción profunda, han llorado sobre sus páginas, y el llanto de la mujer es verdaderamente el laurel de la gloria.

Por lo que hace al autor, lo hemos saludado ya dos veces en sus dos triunfos: no desconfiamos de presenciar otro que consiga con su genio tan fecundo y tan múltiple; porque es de advertir que el autor de las poesías que se imprimieron hace dos años y de *María*, es también autor dramático, y tiene escritos cuatro dramas que han sido juzgados muy favorablemente por las personas que los han leído.

Estos primeros trabajos, unidos á la circunstancia de que su autor es muy joven, dejan vaticinar una carrera llena y . . . . desgraciada tal vez, porque no hay ejemplo de que los hombres de genio hayan vivido felices. El

privilegio de conmover los corazones se compra muy caro: al precio del propio corazón.

Mas, sea lo que fuere, lo que el destino guarde á Isaacs en lo porvenir, lo felicitamos por ser autor de tal obra; y al Estado del Cauca lo felicitamos por ser Patria de tal autor.

Bogotá, Junio de 1867.

(De LA PATRIA, de 10 de Marzo de 1878.)

CARTA Á FERNÁN CABALLERO

Bogotá, 20 de Noviembre de 1867.

LAS letras manuscritas no llegan á vos, querido Fernán; y por esta razón voy á probar si las impresas gozan de mejor suerte. Vuestro lector de las Batuecas, con menos razón que yo, apeló á este medio; y digo que con menos razón, porque él os quedaba cerca, y yo estoy lejos; él es vuestro apasionado lector, y yo vuestro lector apasionadísimo. Apeló, digo, y le salió bien; porque vos leísteis sus memorias y bastaron ellas para que comprendieseis cuál era vuestro ilustre lector.

En el presente caso no os sucederá lo mismo: esta carta no va firmada por vuestro lector de Bogotá, con lo cual os quedaríais en ayunas, como doña Liberata, cuando su travieso huésped le hablaba de los derechos del hombre, sino con mi nombre y apellido, con lo cual os quedaréis

en ayunas también, porque es un nombre más obscuro que la noche.

Pero ¿qué importa el nombre? Por ventura ¿me dirijo á una academia, ó solicito una presentación en la corte, ó una audiencia de los reyes? Para vos, que os dejáis comprender y admirar, basta y sobra que quien se os dirige, os admire y comprenda.

Y por si acaso quisierais conocerme, os voy á mostrar el camino de mi Patria. ¡Ojalá quisierais venir á ella una noche, en alas de vuestra imaginación! Os aseguro que no os pesaría.

Para hacer el viaje, es preciso que salgáis del Alcázar de Sevilla cuando empiece á caer la tarde. Dirigíos á la orilla de ese famoso mar que baña las costas de vuestra Andalucía y buscad un puerto propicio para que zarpe vuestra nave. Si queréis entreteneros en el viaje, siguiendo las huellas de Cristóbal Colón, idos á Palos, y antes de salir, rezad devotamente un Padre Nuestro por el alma del buen abad de Marchena. No temáis perderos en el mar, que más que la estela de las carabelas, os guiará el brillo de las joyas de la sublime reina doña Isabel, que dió al sublime Colón, para que con su valor le comprase un nuevo mundo. Si queréis traerme alguna cosa tan grata como vos, no os embarquéis entonces en Palos, sino seguid por tierra á Cádiz, y traedme de esa ciudad una vista de la casa de donde salió, en 1616, el General don Francisco de Vergara para su gobernación de la Marmora, donde debía morir, enviando á su hijo á América, de donde no debía volver á su Patria.

Pero no os embarquéis: las poéticas naves de vela, que parecen unas aves marinas, con sus alas desplegadas, os traerían muy despacio; y los buques de fierro del siglo

XIX os traerían muy aprisa, pero dejando por huella en el aire un rastro de humo negro que os desconsolaría. Mejor es que alcéis vuestras alas y atraveséis el mar.

Llegasteis ya á la costa de Veragua, que Colón honró con su planta: esa costa es el principio de mi Patria. Seguid por ella, llegad á Cartagena, fundada por el viajero Heredia, vuestro compatriota; y saludando su sombra y la de Eslava y Lesso, que la defendieron en 1740 con un valor digno de Pelayo, remontad el gran río de la Magdalena, hasta donde yace la ciudad arruinada de San Bartolomé de Honda, y á las treinta leguas de camino estaréis en la sabana y en la ciudad de Bogotá. Fácil es entonces, por una de esas elevadas abstracciones que son propias de vuestro elevado ingenio, reconstruir el pasado, evocar muertos ilustres, y poneros, en suma, en el 6 de Agosto de 1538. Ved la bella y extensa sabana poblada de castillejos indios, rodeados de nogales centenarios, y llenos los castillejos y las anchas vías reales de un pueblo desconocido, vestido de telas blancas y listadas, llenas de oro y de esmeraldas. Allá al pie de la sierra veréis cuatro pequeños ejércitos que se han reunido para fundar la ciudad española que ha de ser capital del Nuevo Reino de Granada.

Uno de ellos, desplegado hacia el Oriente, por delante de una choza de verdes ramos que, andando el tiempo, ha de ser de labradas piedras y llamarse la Catedral, viste ropas de indios y casco de fierro, y empuña alabardas y arcabuces. Está mandado por el licenciado Jiménez de Quesada, que, nacido en Córdoba y criado en la ciudad de Boabdil, conquistada por los católicos reyes, debe morir en este suelo, al cual dará el nombre de la patria de su niñez. Un clérigo y un religioso dominicano forman,

á la cabeza de la fila de este poderoso ejército de *ciento sesenta hombres*, que acaba de conquistar el imperio de los muiscas.

Al Sur, guardando los futuros cimientos del palacio de la Audiencia y el de los virreyes futuros, está el egregio extremeño Belalcázar, vestido ricamente, al frente de otros ciento sesenta hombres, con que ha venido desde el Perú hasta Bogotá, abriéndose paso con sus picas. Todos visten flamantes ropas de Castilla, y los acompañan también un clérigo y un religioso.

Al Norte, y defendiendo el sitio en que se ha de edificar el cuartel militar, se ha desplegado otro ejército de ciento sesenta hombres, precedidos por un compatriota de vuestro padre, por el aventurero Federmán, que ha caminado desde Venezuela por inmensos y hostiles territorios, y ha salido á la aventura al mismo imperio que acaba de conquistar Quesada. Estas tropas, acompañadas igualmente de un clérigo y de un religioso, visten pieles vistosas de tigres y leones, héroes que formaban la avanzada de sus desiertos nativos conquistados por el grupo de aventureros.

Al Occidente, en el punto en que después se había de alzar la cárcel de corte, están los aliados de Quesada, un millar de indios con sus pintorescos vestidos y sus ricas joyas ; llevan en una mano la arrojadiza y temible flecha ; en la espalda valioso carcaj y en la cabeza corona de plumas bellísimas y desconocidas, que ondean como los trigales á la menor brisa que sople.

Suenan las cajas españolas y los clarines de Carlos V, atemorizando los ecos sorprendidos, que jamás oyeron tal rumor. Los tres abanderados se adelantan al centro de la plaza, llevando las magníficas banderas en que están bordados en oro las almenas victoriosas y los fieros leones

de Castilla. Los abanderados, de gentil porte y marcial rostro, se juntan y se paran en el mismo lugar donde está hoy la estatua de Bolívar. Continúan redoblando los atambores y salen de las filas y se adelantan hacia el mismo centro, del Norte, del Sur y del Oriente, tres religiosos y tres clérigos, imagen viva de esa santa milicia que la Iglesia manda á todos los puntos del horizonte á llevar la buena nueva de la redención á todos los hombres, ya sea que la ignoren, ya sea que la hayan olvidado.

Se adelantan en seguida los tres jefes. Quesada tiene el tipo andaluz: color moreno, ojos negros, cerrada barba y perfilada nariz. Cabalga con la gentileza propia de su país un caballo de guerra, ágil y brioso. Lleva el ilustre jinete ceñida al cinto su espada toledana, en cuya hoja bien templada se lee el caballeroso precepto, código de los hijos del Cid:

No me saques sin razón
Ni me envaines sin honor.

Un sombrerillo adornado con una pluma entre sus negros y rizados cabellos; y de sus hombros cuelga el ancho y finísimo manto blanco tomado al Zipa, prendido con un broche de oro y esmeraldas de Muzo.

Detrás viene Belalcázar sobre un castaño batallador. El héroe es blanco y robusto, y lleva sombrero español, jubón y pantalones de terciopelo negro con pasamanería de oro, botas y guantes velludos.

En seguida va Federmán, cabalgando el overo de un capitán de Quesada. El hijo de Alemania es blanco, de cabello y barba rubia, y azules ojos. Un casco bruñido cubre su cabeza; una piel de león arropa su vestido des-

garrado, y su larga espada golpea sobre su espuela de hierro y el ancho estribo.

Á una orden de los jefes, los tres grupos de caballería se reunen en uno solo, al mando de Suárez de Mendoza, que ha de ser el fundador de Tunja; y los tres grupos de infantería se reunen también y estrechan sus filas, á la voz del capitán Olaya Herrera. La caballería hace una graciosa evolución y se tiende ocupando la acera del Norte, y mientras tanto, la infantería reunida, por una hábil maniobra se desplega al Sur. El ejército aliado, poco diestro todavía en las evoluciones militares, se despliega sin orden, en derredor de la plaza, encerrando el ejército español. En las vecinas colinas se ve inmensa muchedumbre de muiscas que presencian aquel espectáculo.

En ese momento, Jiménez de Quesada ocupa el centro, y en nombre del Emperador toma posesión del nuevo reino. Saca su espada con marcial ademán y desafía á singular combate al que lo contradiga. Redoblan los atambores, suenan las cornetas y agudos clarines: los caballeros sacan sus espadas como mantenedores del campo; los infantes presentan sus picas; los arcabuceros disparan y el ejército de indios lanza al aire sus mil flechas que se encuentran en el espacio, y caen sobre el águila del César, que corona el pendón de Quesada, entre el humo de la pólvora.

En seguida se dirigen todos á la Catedral, donde un tosco altar cubierto de flores de los Andes está coronado por el *Cristo de la conquista,* que hoy se venera en el mismo lugar en que estuvo ese día. El padre Las Casas, capellán del ejército de Quesada, reviste toscos ornamentos hechos de telas muiscas y rodeado de cinco sacerdotes,

ofrece al cielo la Hostia sin mancha y la Sangre del Cordero, en un cáliz de plomo !*

La religión y la gloria han tomado posesión del suelo y del pueblo.

Reunidos después de la función los tres capitanes, pregunta Belalcázar á Quesada qué nombre piensa dar á su conquista y á la ciudad que acaba de fundar.

Todo este territorio, le contesta Quesada, desde la costa de Veragua, que descubrió el almirante Don Cristóbal, hasta las de Venezuela, de donde vinimos, Federmán, ha de llamarse el *Nuevo Reino de Granada.* Este sitio ha de perder su nombre de Teusaquillo; y así como doy al territorio el nombre de mi Patria, ha de llamarse esta ciudad *Santafé,* por la gran semejanza que advierto en estos lugares con los de la vega de Granada. Mirad esa Serrezuela que queda al Noroeste, y es el principado de nuestro buen amigo, el cacique de Suba, el primer cristiano que ha habido en esta tierra, y á quien hemos llamado Don Alonso de Aguilar. ¿No se os figura, Belalcázar, á la sierra de Elvira? Ese pueblecito que nos queda al frente y que los naturales llaman Fontibón, no ocupa exactamente el mismo lugar que nuestra Santafé en la vega del Jenil?

Esas colinas llamadas de Soacha, que nos quedan al Sur, ¿no se asemejan á las del *Suspiro del Moro,* donde Boabdil se despidió de su Patria con una lágrima?

Aquí quedará Santafé al pie de esos dos cerros, como Granada al pie de sus collados; y esos dos cerros los llamaremos al uno Monserrate, y al otro Guadalupe, y edificaremos en esa cumbre dos capillas.

* Todo esto se conserva en la Catedral, y se muestra el 6 de Agosto de cada año.

—Sea en buena hora, contestó Belalcázar, y Dios os ampare y conserve en el señorío de esta tierra, que lo que es por mí, tengo de volver á conquistar en las costas del Pacífico, donde hay tanto oro, que se pueden herrar los caballos con este metal.

—Y por lo que á mí toca, contestó Federmán, con lo que me dais vos, Don Gonzalo, me vuelvo á Alemania; que tengo ya en buen oro y en esmeraldas con que eclipsar á un príncipe.

Dicho esto, se despidieron los tres jefes, llenos de ilusiones y viendo por delante cerros de oro, y oyendo al mundo proclamar sus nombres gloriosos. Ninguno de los tres adivinaba su porvenir, porque ni Quesada contaba con morir de lepra y debiendo más de cien mil ducados; ni Belalcázar preveía que había de morir en Cartagena, de tristeza por su juzgamiento y prisión; ni Federmán que había de acabar obscuramente y con poca fortuna. El único de los triunfadores de aquel día, que había de ver su gloria creciendo día por día, era el humilde *Cristo de la conquista*, que los oía desde su nicho de ramas, y los bendice hoy desde su altar de blancas columnas y dorados capiteles.

He aquí, querido Fernán, la escena que podéis ver si queréis evocarla. Luégo, si queréis ver la ciudad actual, abrid los ojos y mirad. Donde estuvo la choza de ramas se levanta hoy una soberbia Catedral con altas torres. La ciudad ha cambiado hace cuarenta años su nombre de Santafé por el de Bogotá; pero conserva sus treinta templos edificados por Quesada y sus descendientes.

Y si queréis reposar un rato, y entre todas las habitaciones de vuestros admiradores de Bogotá, queréis escoger la mía, por más humilde, venid á ella y encontraréis, si

tomáis mi asiento favorito, al alcance de vuestra mano, quince tomos de vuestras obras y seis de las de Trueba, que están en amor y compañía, como Serafina y Peñarreal en el jardín encantado, que defiende Tritón.

Encontraréis esos libros, que son vientiuno por todos, destruídos á fuerza de leerlos; porque la mejor corona y la más duradera gloria para un escritor, no es un juicio crítico ni un docto comentario hecho por la Academia, sino estas palabras que dicen mucho á sus hijos, y yo digo á mi hija inocente, cuando me pide libros y le doy los vuestros ó los de Trueba:

Éste *sí* puedes leerlo!

Y esto es íntimamente consolador y literalmente cierto, querido Fernán. Sobre vuestros libros se precipitan los poetas y los niños, los viejos y los que no son poetas, las jóvenes y las madres, como sobre una fuente se precipitan los leones del desierto y las palomas de los bosques; las ovejas del redil y las yeguadas de la dehesa: todos á buscar el agua pura, que á los unos restaura y á los otros abreva.

Poeta cristiano y español! Vuestras obras son fuente de agua clara, porque no simuláis cascada en que las pasiones destrozan al lector, sino plácidos remansos y ágiles corrientes en que el lector encuentra salud para su espíritu. Que la Academia y los sabios os elogien por vuestra forma elegante y original: en las familias nos deleitamos con la *forma*, pero mucho más con el *fondo* de vuestros libros!

Vuestro lector apasionadísimo.

(De El Hogar, número 60, de 20 de Marzo de 1869.)

EL ALMA Y EL CUERPO

PROBABLEMENTE han visto más de una vez mis lectores un mico montado en un perro.

Los sabios descubrieron el secreto de aplicar el vapor á la navegación; pero mucho antes de que esto sucediera habían descubierto los soldados, las venteras y los muchachos, canalla iliterata y talentosa, la aplicación del mico al perro.

Dos fuerzas de primera fuerza: la malicia deliberante y el valor irreflexivo: la imitación del hombre en la picardía y la del hombre en la lealtad y el arrojo.

De la vil audacia del mico y del arrojo noble del perro, resulta una tercera fuerza de superior calidad.

Lo curioso en esto es que ha resultado un apólogo mejor que todas las fábulas del mundo, desde las que inventó Esopo hasta las que inventó Samaniego. Más abajo diremos cuál es el apólogo, ó mejor dicho, cuál es su moraleja.

Es igualmente curioso el modo como acostumbraron al mico á que cabalgase en el perro, y al perro á que se deje montar por el mico.

Los primeros momentos fueron amargos para ambos. El mico se horrorizaba de estar tan cerca del monstruo lanudo y carnívoro. Los micos creen por instinto que los perros son sus enemigos natos, así como los militares creen que los pueblos son sus natos enemigos.

El perro cree por tradición que los micos le son hos-

tiles, como los pueblos creen por herencia que los militares les son enemigos.

Ambos se huyen, (el perro y el mico, no el militar y el pueblo) se rechazan, se insultan: el perro muestra al mico, remangando los labios, sus encías rojas y su magnífica dotación de veinte piezas por banda, divididas así: dientes pequeños para romper huesos, incisivos para despedazar huesos, molares para triturar huesos, muelas para pulverizar huesos.

El mico por su parte se refugia en un rincón ó salta sobre un mesa, y abre la boca para mostrarle al perro un surtido magnífico de dientes y muelas que pueden coser en holán, de puro finos y acerados, y le sacude en el hocico sus racimos de dedos negros armados de uñas curvas, hechas de hierro batido.

El hombre interviene entonces: sacude al perro, atemoriza al mico, y ceden ambas furias armadas ante la paciente furia que se llama hombre. Ambas fieras se humillan, y reservándose solamente el derecho constitucional de gruñir, vuelven á unirse por la fuerza.

El perro sale corriendo, loco de furor, por sentirse dotado con aquel grotesco apéndice. El mico gruñe más fuerte, al sentirse llevado por aquel vehículo loco.

Es decir, representan la comedia de los militares y el pueblo. El uno rabioso porque los otros lo cabalgan, y los otros furiosos porque el pueblo corre.

El perro tira tarascadas descomunales, que huye el mico ladeándose ya á la derecha, ya á la izquierda.

Ambos desaparecen de la vista del espectador: cruzan la esquina y termina todo.

Pero á la hora de comer, se nota con júbilo que vuelven ambos. El perro ya encuentra indiferente llevar ó no

llevar un mico encima; y el mico ha encontrado delicioso aquel asiento peludo y blando, dotado de movimiento. La voluptuosidad oriental que persigue á los micos, le hace comprender y apreciar aquel placer desconocido, del sueño provocado por el movimiento, de viajar sin tener que poner las patas en el suelo. Cierra sus párpados transparentes: encoge su nariz chata y aprieta los labios de su interminable boca. Agarra blandamente con sus manos y patas cuatro guedejas de la piel perruna, y para aumento de seguridades rodea con su cola los hijares del can, improvisando así una excelente cincha. Si el perro extraña la cincha y la muerde, el mico agarra entonces con su animada cola la cola del perro, y entonces le queda una magnífica grupera, lejos del alcance de los dientes caninos, pues es sabido que ningún perro puede morderse su cola.

Apenas llegan á la casa, el mico salta á un lado, para ir á descansar del ejercicio.

De allí para adelante, todo se hace por sí mismo. Nadie monta al mico en el perro, sino que él da un salto sobre el can, cuando ve que este va á salir á la calle, y se acuesta diciendo: *verdaderamente que este amimal es sabroso!*

El perro no se alarma en esta vez, y toma el trote pensando: *vea usted! no pesa nada el mico, ni molesta en nada!*

Fatigado el perro de andar, se acuesta al rayo del sol, cosa á que es muy aficionado. En aquella postura podría muy bien estrujar al mico contra el suelo; y es la única en que podría dar con provecho una dentellada satisfactoria.

El mico, que lo comprende así, salta del lado y se va á

verificar personalmente sus robos de comestibles, mientras descansa su cabalgadura. Ambos ganan así: el mico come mientras el perro duerme, y cuando éste se despierta, el mico salta sobre él y duerme mientras el perro come.

Es exactamente lo mismo que hacen los militares con el pueblo. Éste come mientras aquéllos duermen; y mientras duerme éste, aquéllos comen.

El único caso de discrepancia acerca del sentido que se da á la constitución, es que se prolongue mucho el sueño del pueblo, ó que ambos quieran comer al mismo tiempo.

Entonces hay proclama: esto es sabido.

Y creerá usted que el día que el mico, por muerte, ausencia ó saciedad, abandona al perro, éste se entristece y ahulla por el mismo á quien al principio no podía soportar? ¡ Cosas raras las que suceden entre los animales! Hasta la servidumbre se convierte en placer, cuando no es dura!

Y creerá usted que aquel extraño consorcio viene á ser al fin no sólo indiferente sino útil?

Pues bien! ese apólogo del mico y el perro, tiene una moraleja y representa un hecho real.

Significa el *cuerpo* y el *alma.*

Durante el día, cuando el cuerpo come, corre, se agita, el alma se estira y se duerme murmurando: qué sabroso es andar á horcajadas sobre esta bestia!

Durante la noche, cuando la bestia de silla se acuesta á la bartola, el espíritu hambriento por el largo sueño y por el ejercicio, salta de su perro y se va á registrar el mundo.

Mas si el sueño se prolonga demasiado, vuelve y se acuesta con él y duermen juntos.

Éste es el único momento en que un enemigo hábil y observador puede matarlos á ambos con toda seguridad.

Pero cuando él duerme y ella vela, y amenaza algún peligro, ella corre y lo sacude y lo despierta y le dice: *hombre, levántese usted que le van á tirar un canto á la cabeza*! Hombre! despiértese y corramos?

Y la bestia se yergue entonces, hermosa de inteligencia y de fuerza y de audacia, y el mico grita á la par del ronco ahullido del perro.

Porque el mico llega por fin á amar al perro, y roba para los dos en las botillerías. Ó cuando el perro está atragantándose algo que encontró en el suelo, y el mico observa ser enemigo, grita y aguija al perro, el cual se escapa entonces y se salva.

Pasó el peligro y pasó el sueño: el cuerpo se levanta para ir á robar su pan nuestro, y el alma al verlo que se mueve y se para, de un salto toma su lugar favorito y se agarra á su cuello, cierra los ojos y duerme.

Algunas veces siente que su bestia está durmiéndose, ó tal le parece: abre los ojos para ver si ya es de noche, y ve que la inacción de su cabalgadura consiste en que está requiriendo de amores á una bestia de su especie; y entonces el mico dice: *éstos no son usos que me toquen!*

Ó se limita á decirle: "*hombre! ande usted con cuidado!* Mire usted que si hay guerra, hasta yo peligro. Porque ó lo destrozan á usted y yo me quedo á pie, ó nos destrozan á ambos, y entonces se acabó todo por junto!"

Otras veces cuando la bestia no ha encontrado nada para comer en todo el día, el espíritu que la siente desfallecer se despierta y roba algo para ambos, ó si él no necesita

nada, le sugiere como debe buscar para ella. Aquel consejo siempre vale lo que pesa, por lo cual él vuelve á dormirse.

Al cuerpo le ha sido tan hostil y extraña la agregación del animalito eterno que lo cabalga, como al perro cuando le dijeron la primera vez: "ahí va el mico! Cuidado con morderlo!"

Ha visto usted nacer un hombre? La informe bestiezuela está inerte; pero en ese instante pega un salto sobre el espíritu, y qué gritos! qué gestos! qué respingos!

Después á medida que el espíritu se mueve sobre él para enseñarlo á dirigirse, por ahí á los siete, á los quince, á los veintiún años de nacido vuelta á los corcovos, á los gritos, á los aspavientos.

Repare usted cuando le viene el espíritu á un tonto, y verá qué calaveradas las que hace en los primeros días.

Al fin el equilibrio se restablece, la costumbre se afianza, el grupo queda completo.

Pero ha visto usted qué micos tan feos les tocan á algunos perros? Qué horror de cara! qué torpeza! qué carácter! qué modales! qué narices!

Lector mío, si á ti te ha criado un mico negro, enormemente chato, bronco y pesado, qué expuesto estoy á que creas que yo te estoy echando sátiras, cuando no he pensado en tal cosa!

Á otros perros les han tocado micos titíes, verdes, pequeñitos, ágiles, simpáticos, inteligentes. Un amor de miquitos.

Pero abstraído totalmente en el estudio de perros y micos, me he olvidado totalmente del punto que iba á

tratar: de los sueños, aunque sí había dado ya una puntada.

Este plural de menos es enormemente sabio, y lo uso con un tino tal que hasta yo mismo estoy asombrado de mi tino.

Sueño es dormir (véase perro). Sueños, soñar (véase mico).

Sueño no es nada; es *a* menos *a*. Es ser 1 menos 1.

Más sabe un pordiosero despierto que un emperador dormido.

Soñar es otra cosa. Soñar es vivir. Es coger á dos manos el vaso en que está el vino de la vida y apurar hasta las gotitas de rubí que andan despacito por las paredes del vaso.

El que tiene arte de saber soñar, sueña aun cuando esté despierto al cuerpo. Le da una palmadita para adormecerlo y le dice: "camina poco á poco: yo me encargo de impedir que se rompa las narices contra las esquinas."

Las gentes, con la torpeza que las caracteriza, llaman distraído, es decir, sonámbulo al hombre cuya alma está despierta, y dejan morir á ese cuerpo.

Y cuando ven á un cuerpo bien despierto con una alma bien dormida, le dan heredera rica, ó lo nombran Vicepresidente de la República, ó le ponen pensión.

He dicho y ésta es la puntada de que había hablado, que de noche cuando el cuerpo duerme como un perro, es que el espíritu se va á registrar la casa, ó á registrar el mundo.

Esas excursiones las empieza siempre por la casa paterna y los sitios que se recorrieron en la niñez; y como

los busca y los ve todas las noches, he aquí la causa por la que no se olvidan nunca.

Entonces ve personas que no ha visto le día ó se explica lo que durante el día vió sin comprender. Entonces come alimentos que le son propios y á los cuales le hace el cuerpo tantos ascos, como el espíritu á los que devora el cuerpo.

Por eso se ve que cuando se sienta el cuerpo en mesas opulentas, habla él y por cierto que no habla sino bestialidades.

Por eso también se nota que para leer, cosa que detesta el cuerpo, hay que tumbarlo de medio lado en una poltrona. Entonces el alma se sienta sobre él, abre su libro y conversa celosamente con Demóstenes ó con Petrarca, con cualquier espíritu que sepa hablar.

En una de ésas se rebulle el cuerpo y comienza á desperezarse: el espíritu, por no quedarse de á pie,

Lo que sería un tormento,
Bota el libro, pega un salto
Y se le encarama al cuerpo.

Los viajes del espíritu por la noche empiezan regularmente á las diez entre gentes que se respeten. Viaja toda la noche y á las cinco está de vuelta. Si su palafrén está dormido, comienza á hacerle cosquillas con una pajita en la nariz. Si permanece rehacio á la luz del día, lo sacude, lo estira cogiéndolo de los pies y la cabeza, le alarga los brazos y al fin lo obliga á levantarse, en cuyo acto comienza para al espíritu su noche que es el día.

Ahora bien: queda perfectamente explicada la causa de que sean tan bestias las gentes que tienen el

hábito de trasnocharse. Como está constantemente despierto el cuerpo, está constantemente dormida el alma.

Parágrafo. Las trasnochadas de los sabios no son como las tasnochadas de los tontos. Si un sabio trasnocha en su gabinete, no es en pura pérdida de su espíritu, sino que como hace descansar al cuerpo, éste cabecea mientras el espíritu registra letras ó escribe páginas inmortales.

Yo he visto cuerpos de sabios dormidos, mientras iban brotando de su pluma palabras admirables que escribía el espíritu.

Al día siguiente lee el cuerpo con asombro lo que su mano obligada escribió durante la vigilia. Y llegan á veces á creer que eso es suyo, sin más razón que la de encontrarlo escrito de su mano y de su letra.

Tonto y fatuo que ha de ser siempre el cuerpo!

Algunas veces se despierta en su lecho, cuando está separado de él el espíritu, y se asombra de encontrar una porción de personas que han venido á visitar á su huésped, que está en ese momento hablando primores.

Al día siguiente tiene la memoria del cuerpo un vago recuerdo de aquellas escenas y se fatiga por recordar el principio de una escena cuyo final alcanzó á ver solamente. Mas como no la vió desde el principio, jamás llega á explicársela, por más que se lleve las manos á la cabeza y le tire tarascadas al aire.

Algunas veces el espíritu, que con la costumbre ha terminado por amar á su cuerpo, se encuentra muy lejos la noticia de que está muriendo el cuerpo que lo dió á luz. Vuélvese entonces y pasa la noche llorando de compasión al pie del lecho donde duerme bestialmente el pobre cuerpo.

Álzate, le dice, anda á ver á tu madre!

El cuerpo se agita convulsivamente: siente dolor en su carne, una parte de la cual va á anonadarse, es decir, á morir; pero no se despierta por entero.

Al día siguiente le queda el vago recuerdo de aquel dolor nocturno; y muchos días después, cuando adquiere la certeza de su pérdida, llama presentimiento á lo que era noticia dada bien claramente; y llora tarde su desgracia.

Mas si el cuerpo del hijo es el que está muriendo lejos, basta una sola palabra dicha al de la madre. "Tu hijo se muere," y se alza el cuerpo y llora clamando: mi hijo ha muerto!

Las gentes que la rodean, torpes como son las gentes, le dicen: pero de dónde saca usted tales cosas? Y se lo están repitiendo quience días, hasta que llega una carta con lacre negro, que confirma la noticia.

El cuerpo va á hacer un negocio un día; si no lo cierra el mismo día, esa noche le dice el espíritu: "qué iba usted á hacer? No ve usted que ese reloj, que le dicen que es de oro, es sólo triple dorado? Véale en un lado de la tapa la maula!" Al día siguiente no se hace el negocio del reloj; y si el comprador insiste es de puro animal, ó es que le gustan más los triples dorados que el oro puro.

Mientras más dormido esté el cuerpo, más libre está el espíritu. El sueño es un resultado de la digestión. Por eso se ve que cuando un cuerpo come mucho un día, esa noche sueña más. Consiste en que viéndolo el espíritu hecho un tronco, no toma precaución ninguna, y habla en voz alta junto de él.

La separación del espíritu y del cuerpo es siempre

dolorosa. Si en una de sus excursiones murió el espíritu de una puñalada á traición, el pobre cuerpo queda sin brújula, y cualquiera conoce que ha sufrido uno de esos dramas en que se muere el corazón.

Si es el cuerpo el que cae, el espíritu que le había ya tomado cariño, brota lágrimas al separarse, y antes de irse le baña de palidez el rostro, sopla la luz que ardió en sus ojos y se despide con un abrazo que le causa su postrer estremecimiento.

De allí para adelante, el cuerpo se hace polvo y el espíritu se hace luz.

Una palabra para concluir. Dije que la unión del mico y del perro era un apólogo y que tenía su moraleja.

Por lo que hace al apólogo, está explicado: es la unión del espíritu y la carne.

Por lo que hace á la moralidad me vería muy embarazado para sacársela.

No podría sacarle sino una muy tonta y que no viene al caso, y es que los micos feos no debieran andar sobre perros hermosos, ó vice-versa.

Es cosa terrible llevar uno á su casa un noble y hermoso perro, y tener que aguantar la vista de un monstruo de mico; ó acariciar un *tití* montado sobre un perro abominable de enteco.

Muy buéno fuera destinar los micos negros á los perros colorados.

(De El Hogar, número 5º, de 22 de Febrero de 1868.)

EL VIENTO

De todos los bienes terrenos que disfruté en mi infancia, no me ha quedado sino el viento.

Era una hermosa casa, risueña, clara, espaciosa, donde vagaban las sombras de mis antepasados, desde el que vistió de hierro, hasta el que vistió muceta. Por todas partes había recuerdos de ellos y de ellas.

Entonces tenía yo madre, inocencia y esperanzas.

Todas tres cosas yacen en sus tumbas!

Entonces placía á mi alma, que se despertaba á la vida, y que de todo lo que veía el lote que escogió fueron los sueños, sentarme al pie de una gran ventana y echar á volar mi espíritu.

Un testigo tenía en aquellas meditaciones en que en nada meditaba, en aquella soledad poblada por mí y para mí de alados compañeros.

Ese testigo era el viento.

Él gemía en las rendijas de las puertas, como perro que ahulla en la puerta cerrada de su amo; él lloraba en los cristales de las tres ventanas de mi alcoba patria; él sonaba en mis oídos como un largo lamento producido por una desgracia sucedida ó por suceder.

Qué era lo que gemías tanto, amigo mío?

Cuál era la Jerusalén sobre que tú llorabas, profeta alado, con ese incansable *ay de ti! ay de ti!*

Los años pasaron.

Perdí esa casa, esa alcoba, ese camarín!

Perdí esa madre, esa inocencia, esas esperanzas!

Tal vez haya perdido también esa alma!

No he vuelto á encontrar sino el viento.

En algunas ventanas amigas, que tienen una situación propicia, lo he vuelto á oir; pero ay de mí! ya no lo oigo como entonces!

Es que yo ya no soy yo.

El sistema de la metempsícosis me parece la cosa más probada del mundo.

Ojalá lo estuviera tanto y tan bien la suma y la multiplicación!

Lo que tiene es que han entendido mal los filósofos este sistema. Piensan que después de que uno se muera es que se convierte en otra cosa, no importa en qué.

Es durante la vida que se verifican esas transformaciones.

Yo las he visto; he visto muchas, y sin embargo no soy viejo.

Paloma de pico de coral, de ojos de cielo en que me veía yo como en una clara fuente, donde estás? Eres tú esa melancólica anciana en cuyas mejillas el arado de las lágrimas ha abierto sulcos? Si tu alma es la misma, has emigrado de un cuerpo á otro!

Ángel de pureza en tu primera juventud, eres tú la innoble prostituta que vi después?

Tú, corazón de león, alma de ángel, amigo que no volví á ver, puedes afirmarme que seas el mismo? No eras tú entusiasmo, candor, ternura; no eres tú hoy descreimiento, malicia, sequedad?

Yo mismo, por cuántas transformaciones he pasado?

Pero hay un hilo que junta mi memoria de ayer con la de hoy: ese hilo es el viento.

En el lenguaje de las flores, cada una tiene su significado: en el de los elementos, el viento debería tener como el alhelí: *fidelidad en la desgracia.*

El viento tiene como el hombre sus edades.

Dónde nace el hombre? Nadie lo sabe.

Su cuerpo se forma en el materno seno; pero á qué horas, en qué instante lo anima el espíritu? ¿Desde que con sus movimientos causa el primer gozo y el primer dolor á su madre, ó desde que con su llanto dice á su madre: *mujer, he aquí á tu hijo?*

De la misma manera pregunto: cómo, en dónde, á qué horas nace el viento?

Qué hombre ó qué Academia pudiera crear en mi presencia una partícula de viento?

Y ahí tiene usted, á propósito de partícula, una cuestión en que no ha caído en cuenta la ciencia: cómo se mide el viento?

Por extensión como la tierra ó por peso como los líquidos?

El viento es un ser impalpable que derriba torres. No sé lo que derribaría si fuera palpable!

Decíamos que el viento es como el hombre: tiene infancia, juventud, edad madura, vejez y muerte.

Su infancia es la brisa de la mañana, que es la misma brisa de las noches calmadas y serenas.

La brisa es un viento sin dientes, que no puede vivir sino de esencia de flores, ni sale de los bosques donde nació.

Camina tambaleando, como los niños, y es amiga de la luz como las mariposas.

Ensaya sus fuerzas doblando un vástago de clavel, como los niños las ensayan alzando del suelo y con grandísimo esfuerzo, una hoja de papel.

Sale por la mañana á retozar en el campo como los becerrillos, y si se entra en un trigal no alcanza á moverlo todo: se cansa en la mitad del camino.

Uno de los juguetes que le encantan es una cinta que cuelgue, ó una cabellera larga, ó una cortina flotante: al punto que la ve se va á tratar de cogerla, como lo hacen los micos y los gatitos.

Si encuentra un agujerito en una puerta, prefiere entrar por él á entrar por la ventana abierta.

En el mar se llama no brisa sino ventolina: es el grumete de los vientos, como el grumete es la ventolina de los marineros.

Como ventolina deja en paz las velas y las olas, demasiado pesadas para sus fuerzas, y se encarga de las flámulas y gallardetes y del humo de las pipas de los marineros.

Pocas horas después ya ha adquirido fuerzas con el ejercicio: es un viento joven, travieso y que tiende á hacer inmoralidades reprensibles.

Si ve una mujer bien puesta, al punto va á averiguar si tiene hermosa pantorrilla. Si es una vieja, la tumba, y la silba.

Donde ve que hay polvo, lo alza y lo riega por atormentar á los circunstantes.

En el mercado juega con las hojas secas, y de repente apura y sopla recio á ver si en la bolina que arma puede pillar alguna fruta, amenazando á las fruteras con hacerles caer encima los toldos ó quitarles el pañuelo del pecho y el sombrero de la cabeza.

Cuando llega á una boca-calle hace remolino, y se lanza luégo por el camellón, levantando una nube de polvo por mortificar á los pisaverdes.

Toda hoja que encuentra en el suelo la levanta y la bota lejos; y si es un papel, lo alza para ver qué dice.

Cuando se cansa de travesear en la tierra, se sube á las torres, coge las veletas á dos manos y se pone á darles vuelta aprisa, aprisa.

Donde ve humareda va á convidarla á que salga á jugar con él, y la vuelve pedazos si no sale aprisa.

En las casas donde hay puertas fronterizas, se pone á correr como muchacho atravesando por ellas. Si ve una luz, la sopla; y si están zahumando la casa, saca todo el olor á la calle para que ésta disfrute de las ventajas del zahumerio.

Se entra á las tiendas, y si están cocinando se pone á gritar en la puerta: aquí hay empanadas

En el mar se divierte en hacerles rizos á las olas y á las velas, lo mismo que en la tierra se divierte en deshacer los rizos de las damas y de los pisaverdes.

Coge por su cuenta las banderas mercantes más respetables y se encanta haciéndoles bailar una zarabanda en sus astas.

Á medio día aprieta á correr buscando eras para levantar el tamo, que es un oficio que le encanta, y por la tarde se va á buscar cometas en compañía de los muchachos.

Si hay procesiones, se va á apagar las luces de los cirios y á levantar los cabellos de los devotos para ver qué cara ponen.

Entra el viento en su edad madura y entonces ya no ejecuta travesuras sino que perpetra maldades.

Se ha vuelto misántropo, malévolo: no le gustan sino las cosas tristes.

Se entra á las torres y á las iglesias solitarias, á los subterráneos y á las ruinas.

Llega del campo á la ciudad sirviendo de cabalgadura á la lluvia, y así empapado se entra á las casas, como perro mojado, á sacudirse entre los aposentos.

Se atreve á las lámparas y ahulla en el arbolado para asustar á los perros.

Desprecia entonces todo perfume femenino, y no carga sino olor de borrasca; no lleva flores sino nieve y rayos; no anda de día sino entre las sombras de la noche; no desarraiga toldos de fruteras, sino robles.

Todo lo que puede ser daño grave, lo hace de preferencia.

Si entra á las casas, no es gimiendo en las rendijas, sino abriendo las puertas de par en par con gran estruendo.

En el mar deja en paz las banderas y las flámulas y se pone á luchar con las velas.

Á semejanza de los toros furiosos que escarban la tierra con las manos, él se pone á escarbar el mar y á echar olas por encima de él, bramando de cólera.

Alcanza á ver un navío y se lanza sobre él á embestirle, rugiendo. Á las lanchas las levanta como el toro á un niño, y las bota lejos destripadas.

Cansado de hacer destrozos, recorre la barrera de rocas, buscando algún punto por donde salirse; y si lo encuentra, salta y se va á los campos á reposar su cólera.

La grata y poética brisa convertida en azote áspero y sangriento, toma en estos casos los nombres de huracán, vendaval, temporal, como el niño angelical convertido en hombre toma el título de guerrero, político, usurero.

Viejo ya, impotente y caduco el viento, no puede hacer

el mal á brazo partido, y se emplea en hacerlo por la astucia. Ya no puede estrellar buques, pero puede matar hombres.

En este estado se llama cierzo, remusgillo, y es frío, sutil, penetrante, maligno.

Sopla de noche por las calles y los campos y no alcanza á apagar la luz de un sereno, pero sí puede matar al sereno soplándole en el pecho.

Produce constipados, pulmonías fulminantes, reumatismos, fiebres malignas.

Cansado de hacer el mal, muere botado en algún peñón solitario, estremecido de rabia al ver las brisas sanas y olorosas que en estos momentos salen al campo á sanar los enfermos y á enjugar el rocío de las sementeras.

Á semejanza del hombre, ha gozado mucho haciendo el mal, muere y lo olvidan, y si lo recuerdan es para lanzarle una maldición por el mal que hizo.

No le queda más recurso para que no lo olviden, sino haber sido grande; es decir, que las desgracias que haya causado hayan sido inolvidables.

Entonces se llama Napoleón el que fué hombre: huracán de las Antillas el que fué viento.

La hermana de la caridad recoge después los huérfanos que dejaron el huracán y el emperador, y los arrulla en una mañana de verano en que soplan mansos vientos que traen á la pobre hermana perfumes de su pradera y de su casa paterna, que le arrancan un suspiro, ó le hacen brotar una lágrima.

Entre esos niños está criando y ha salvado al futuro sucesor de Napoleón, y entre esos vientos que le traen olores de sus campos, se cría el futuro huracán que ha de asolar un mar ó una comarca.

Parece como si el diablo fuera fumador y se divirtiera en encender un cigarro en otro.

Así es la vida.

Esto mismo es lo que dice en resumen César Cantú en nueve tomos, que yo no he alcanzado á leer.

Qué bien dicen los poetas cuando llaman á la fortuna próspera el *viento de la prosperidad!*

Viento! Mañana será huracán!

Y yo, cronista del viento que hasta ahora me ha sido amigo, confío á sus alas este papel que he escrito para olvidar un instante borrascas en que el viento no ha tomado parte. Lanzo este papel al mundo: dónde irá á caer? quién lo recogerá?

¡Séale el viento ligero al pensamiento que en él sepulto!

(De El Hogar, número 1.°, de 25 de Enero de 1868.)

EL HUMO

Si la naturaleza no tuviera humo, no valdría gran cosa. No quiero decir que todas las demás cosas no hagan falta; pero lo cierto es que el humo es de las principales.

El humo sale del fuego, y éste es la única creación de que pueda enorgullecerse el hombre.

Cuando bebo agua, cuando como, cuando camino, cuando lucho, hago todas las cosas que hace un animal; pero

cuando saco candela, me siento hombre en la extensión de la palabra: creo una cosa que no existía.

Ó por ventura cree alguno que el acero tiene candela, ó que la piedra la tiene guardada?

Hágame usted el favor, si tal cosa cree, de soplar recio en el acero á ver si arde!

Pero tomo el acero en una mano, el eslabón en la otra, los hago chocar y salen chispas; las chispas caen sobre menuda paja ó musgo seco, y lo encienden: soplo y hago que brote la llama, cebo la hoguera y puedo quemar una ciudad entera con esa chispa que saqué....!

Verdaderamente, lo único que ha creado el hombre es el fuego: todo lo demás lo encuentra usted en la naturaleza.

Cuando Adán despertó de pie en el Paraíso, lo vió todo, menos la candela.

Pocos días, ó tal vez pocas horas después, se vió elevar una pequeña humareda, que indicaba que había ya un hombre.

Espero que al tratarse de candela no vaya usted á tomar la cosa por donde quema, es decir, que crea otro disparate como el de que entre la piedra hay fuego, ó que yo digo que literalmente el hombre lo creó.

Esto sería jugar con candela: el que la creó fué Dios, pero le dijo al hombre: búscala! Y el hombre la encontró!

Es cierto que el fuego primitivo está en el rayo; pero nadie hace uso de él.

Por lo menos no sé de nadie que haya encendido su cigarro en un rayo. ¡Tendría que ver eso!

Todo lo que existe es una obra en dos tomos en folio: el primero es Dios, y es el texto; y el segundo es el atlas, ó las láminas, y es la naturaleza.

Del texto no conocemos sino parte del índice.

Del tomo segundo, conocemos todo: nos lo sabemos de memoria, aunque hay algunas cosas que no se entienden, ó por lo menos, me lo parece.

Pero cuando leamos el texto, ya veremos si nos queda algo por entender.

Pues bien: yo siempre me refiero al tomo segundo, y me vuelvo por lo tanto al discurso que tenía empezado.

Decía que lo que indicó más terminantemente que había gente en el Paraíso, fué el humo.

Y á propósito del humo, diré que de esto es que voy á tratar.

Si el hombre es el hijo de Dios, el humo es el hijo del hombre.

Todas las cosas de la vida son humo, y entre las cosas más bellas está el humo.

Tómese por donde quiera, si es que se puede tomar el humo.

El humo del hogar es la cosa más consoladora, más bella. Vuelve uno de tierras lejanas, y al fin alcanza á divisar su casa. Ansia por llegar pronto, por encontrarse alguien á quién preguntar por las personas de su familia. Habrá muerto alguno? Estarán en la casa? Nada sabe: está todavía muy lejos para que oigan su voz, y para oir la de los suyos.

El oído no percibe nada todavía; la voz es impotente; la nariz no distingue aún los olores de su prado; las manos, el más humano de los sentidos, no alcanzan á tocar nada; pero los ojos se han adelantado á todo: han visto ya la casa; y han preguntado todo porque han visto el humo.

Ese humo que sale de la chimenea dice tantas cosas!

Al ver el humo, aguija uno la cansada cabalgadura, le hace sacar fuerzas de flaqueza, y llega más aprisa á la casa paterna el viajero que venía tan indeciso entre el temor y la esperanza.

Y si el hogar es ya ajeno! Oh! entonces el humo dice cosas tan tristes!

Cuando paso por enfrente de Casablanca, al verla de lejos, y como á causa de la distancia no oigo ruido ni rumor, me embarga una tristeza silenciosa y extática. Me figuro que si está silenciosa es porque hemos muerto todos, entrando yo entre los muertos.

Mas cuando al mirarla veo salir una columna he humo que anuncia que allí dentro hay vida, pero que esa vida no es mía, mi tristeza adquiere vida también y me devora.

Gregorio Gutiérrez contemplando la casa de sus padres, dice, al ver el humo:

> Ese fuego lo enciende mano extraña,
> Ya no es mía la casa paternal!

Hay una ocasión en que el humo del hogar extraño es tan grato como el de la casa paterna.

Cuando el viajero anda en los desiertos caminos de los Andes y pierde la senda, qué angustia al intrincarse más y más en la pasmosa y honda soledad de la interminable montaña! Qué alegría cuando de repente alcanza á ver á lo lejos un humito humilde que sale de entre los árboles, abochornado de verse tan solo!

El viajero se dirige entonces gozoso y confiado al punto donde arde ese fuego que no puede haber sido encendido sino por un hombre, es decir, por un hermano.

Las fieras no encienden fuego nunca.

Uno de los espectáculos más bellos es una madrugada en el campo.

Entonces se puede ver dos clases de humo, á cual más bellos:

El primero es ese *facsímile* de humo llamado niebla, que nace entre las arboledas y pasa blandamente á recrearse un rato en la vega, ó á soltar las piernas en el llano.

Es un humo falsificado y mal falsificado: no hay hombre á quien se la pegue, porque cualquiera al verlo dice: es niebla.

La niebla se conoce en que es un humo clorótico: tiene la palidez de las hijas del Norte, mientras que el humo es moreno como las hijas del mediodía, ó negro como los hijos de Nubia.

Lo negro y lo moreno son símbolo de la hermosura; y si no, ahí tiene usted al sabio Salomón que dice hablando de una doncella, ó mejor dicho, en nombre de una doncella:

"Negra soy, pero hermosa."

Un Salomón inglés hubiera dicho: *rubia soy, pero hermosa*, y hubiera dicho una sandez como un templo.

Sumamitis no es "hermosa, pero negra," sino "negra, pero hermosa."

La niebla es hermosa, pero fría y blanca: el humo es moreno, pero hermoso. El humo es árabe y la niebla sueca.

El humo nació en el cantón del Paraíso, y la niebla en la Groenlandia. Vea usted la diferencia!

Ibamos en la madrugada del campo, y decíamos que el primer humo que se alcanza á ver es la niebla.

Pocos momentos después comienza á verse brotar por doquiera, en todas las casitas, una pluma de humo, alegre y juvenil.

El viento esparce como una nube
Sobre los campos, velando el sol,
El humo pardo que sale en bombas
De la cabaña del labrador.

Esto y otras cosas decía yo una mañana en que estaba recostado en una colina, viendo una aldea á mis pies.

Qué dulce vista da el humo campesino! Él dice claramente á la familia: hay que comer!

El humo matutino de los campos es un padre nuestro glorioso: no es el pan que se pidió por la noche en la oración para el día siguiente, sino el pan que se consiguió con la oración y el trabajo del día anterior.

Por eso aquel humo que representa el pan de la familia pobre y campesina, dos títulos muy gratos á Dios, sale tan gozoso y tan travieso.

Apenas se escapa de la chimenea rústica, se dispersa, se riega, juguetea con el aire, y de repente corre, y se esconde en el monte vecino ó en el azul límpido del cielo.

Si se encuentra con alguna niebla atrasada, qué risotadas! qué burla la que le hace al verla tan flaca y tan pálida, con su gorra blanca que parece una inglesa vieja!

Mas, como aunque sea zumbón, es bondadoso en el fondo, como las gentes del campo, al verla que empieza á enrojecerse por las burlas, la abraza cariñosamente y se la lleva abrazada al monte ó al cielo.

De aquella unión resulta que él va un poco más pálido y ella un poco más morena.

¡Lo que puede el amor, aunque comience con burla, con tal que la burla no sea acerba!

El humo del campo es bello y bueno: recrea los ojos y huele á monte. No es así el humo de las ciudades, no!

El humo que sale del hogar cortesano sale siempre negro, recto, denso y solitario. No se riega ni se expande sino cuando á fuerza de alejarse de la tierra olvida los dolores de ella.

¡Cuántas fatigas, cuántas lágrimas, cuántas humillaciones costó el carbón que produjo aquel humo, el pan que se cuece sobre ese carbón!

El pan se gana con trabajo en ambas partes; pero el mayor trabajo del campo es una cosecha perdida, y el menor trabajo de las ciudades es una virtud ó una reputación que se pierde.

En el campo lo más que arroja el hombre es sudor, que lo robustece; en las ciudades, lo menos que arroja son lágrimas que lo secan!

Por eso es tan negro y tan estacado el humo cortesano: él sabe muy bien lo que costó darle nacimiento!

Costó más dolores que los que cuesta á una madre dar á luz un hijo!

El humo del cigarro es un humo aparte: no le han servido de pábulo combustibles sino pensamientos.

El cigarro es un pretexto honroso para echar uno afuera el humo que tiene entre la cabeza.

Hojas de laurel, de mirto y de retama cebaron esa hoguera; es decir, pensamientos de gloria, pensamientos de amor y pensamientos amargos.

Gloria, amor, amargura! Es como quien dice: huesos, nervios y carne! Más claro, es como decir: *hombre.*

No es el cigarro el que produce el humo: el cigarro es la mecha que da fuego.

El cigarro es la chimenea de la cabeza. Los que no fuman, la tienen llena de hollín.

Por otra parte, qué feo sería ver á un hombre echando humo por boca y narices, sin más ni más!

Qné feo y . . . . qué peligroso!

Las gentes dirían que estaba ardiendo por dentro, y lo creerían condenado en vida.

Un botánico experto no debe confundir en ningún caso el humo del cigarro con el de la churumbela, ni ambos con el de la pipa.

El humo del cigarro saca el alma del hombre á pasear por esos mundos.

El humo de la churumbela es otra cosa. No fuman en churumbela sino los viejos.

Un viejo no es hombre: es la estatua que se levanta á sí mismo. El viejo es su propia posteridad. La vejez es el índice de la obra de la vida; pero la obra ya ha concluído: el lector ha leído la palabra *fin*, si es obra moderna, ó *finis corónat opus*, si es obra del siglo pasado.

Al llegar á los ochenta años el hombre es un *Cabrier* de plata: sigue andando por costumbre, pero no sólo no marca ya la hora sino que se equivoca de buena fe: muestra las seis á las once, y al mismo tiempo da las dos, si es de repetición.

La vida que le queda es una vida vieja, una costumbre.

Si un niño naciera con los órganos en el estado que los tiene un viejo, nacería muerto. Esto es claro.

Por lo tanto el humo de la churumbela es un humo sin vida: blanco y viejo; es un humo con canas; es un humo réumático.

Apenas sale de la churumbela, desparece.

Lo que huele el espectador, no es el humo sino la churumbela misma, como en el viejo no queda el espíritu sino las ruinas del cuerpo.

El humo de la pipa es abundante pero claro.

La pipa es obra de los turcos, y los turcos no son obra de nadie, ni de Mahoma.

El turco no piensa en nada, porque deja ese cuidado á Dios y al profeta.

Tiene el fatalismo de la pereza: si es lacónico, es por no hablar mucho, no por decir mucho.

No cree sino en un solo Dios porque le da pereza pensar en dos: por eso no es politeísta.

No cree sino en un solo profeta, por la misma razón. Se estremece cuando le cuentan que los cristianos tenemos doce profetas menores y cuatro mayores.

De aquí nace su odio al catolicismo.

Cuando siente hambre se dice: "si Dios ha determinado que yo coma, hará que vengan los criados del Califa con una buena comida á servírmela por delante."

Si no llegan los criados con la comida, muere de hambre pensando en que estaba escrito que había de morir de hambre.

El humo de la pipa del turco, no puede decir nada, por lo tanto. Es humo que no lleva ningún pensamiento.

Mientras que si uno coge un cigarro, aunque esté apagado, quién extraña verlo echar humo? Se disculpa uno con el cigarro.

Á nadie se le ocurre entonces este pensamiento profundamente exacto y verdadero: ese hombre está condenado en vida!

Habéis visto el humo de un incendio? del incendio de una casa ó de una ciudad?

Hay que partir del principio que cuando se quema una casa y decimos *se quemó*, usamos de un impersonal impropio, cometemos un solecismo del tamaño de una torre. Quemar no es verbo sustantivo sino activo.

Todo incendio es hijo de un crimen: ninguna casa se quema, sino que la queman: oración primera de activa.

Lo más que puedo hacer en obsequio de mi defendido, el incendiario, es decir que fué por un descuido.

Pero un descuido no es un crimen también?

El águila también no es animal? como decía el doctor Tenorio.

Ved el humo del incendio! se alza pavoroso, recto, densísimo, salpicado de chispas que brillan en su fondo negro, y cuando llega á la región serena del cielo, no se expande, sino que se despunta, y hace entonces una cúpula horrible con el objeto de que ni Dios ni el sol vean la ciudad que se está quemando, y que la cosa se quede así.

Ese humo formado por una hoguera cebada con techos y alfombras, cunas y libros, hombres y pájaros, pinturas y flores, virtudes y vicios, lágrimas y risas, es espantoso de ver, espantoso como el crimen que lo produjo, espantoso como el patriotismo parricida que prendió sus hogares por un pensamiento sublime pero inspirado por . . . . el demonio de lo sublime.

Los hijos de Moskou prendiendo fuego á sus hogares

hicieron sin duda alguna una acción heroica que no les podrá perdonar nunca la Patria.

Lo más que puede hacer la pobre Patria rusa (que hasta la Rusia es Patria), es decir suspirando: "ah mal haya! Ah mal haya, que ya que tuve la pena de perder esa ciudad no hubiera tenido la pena de perder esos patriotas!"

Yo admiro siempre á Horacio que mata á su hermana por patriotismo; á Virginio que sacrifica á su hija por honradez; á Lucrecia que se suicida por pudor; á Bruto que inmola á su hijo por amor patrio; al otro ídem que asesina á su bienhechor por amor á la República; al tercero ídem que se suicida por desengaños patrióticos, es decir, porque vió que las cosas políticas pasaban en Roma como pasan en Colombia, etc., etc., etc. (Y cuántas etcéteras de esas tiene la historia pagana!)

Yo admiro siempre á esos Brutos y Brutas, pero los admiro á la carrera, porque me alejo corriendo por no ver segunda vez tan sublimes brutalidades.

Corro hasta refugiarme entre algún grupo de ciudadanos que no maten á sus hijos, aunque sea por salvar la Patria, ni quemen las ciudades aunque sea por arruinar al enemigo. (Vaya una ruina bien curiosa! "Me ahorco para hacerte el mal de que me veas ahorcado!")

Por todas estas razones
Y diez mil más que no alego,
No me gustan patriotas acciones
Que producen patriótico fuego.

No me gusta nada bestial, y perdónenme las bestias la palabra, que ellas no meten candela á nada.

Esto de las bestias me recuerda el humo de la *quema* ó de la *roza.*

Según parece, el dulce abono que necesita la tierra en América, es candela. Fuego en el abono tan raro!

En el verano los agricultores queman todo lo que encuentran. En las tierras calientes queman el rastrojo y el pastal, todo por parejo, para destruir el rastrojo. Y como el fuego abona el pasto, abona también el rastrojo y vuelve á nacer pasto y rastrojo, por parejo.

He aquí una buena imagen de algunas vidas. La adversidad destruye las malas pasiones y las buenas también. Viene la prosperidad, y á favor de su serena atmósfera vuelven á nacer las virtudes y con ellas las malas pasiones. Son pasiones en retoño más fuertes que las primitivas.

Cuando no es pastal lo que se quema, sino el pajonal de un extenso llano, la vista es divertida si el espectador puede conseguir en alquiler una colinita fresca.

El fuego prendido en una punta hace una pequeña hoguera y va corriendo de pajita en pajita, alargando sus largas y rojas lenguas, que parecen lenguas de vívora, para alcanzar las pajitas más distantes. Se ceba en la raíz donde encuentra alguna pompa de hojarasca, y corre por las pajas inclinadas hasta la punta y allí muere la llamita prófuga. Parece entonces al apagarse, un brillante que cae á la tierra: siempre que veo esa clase de brillantes me provoca recogerlos; pero ya!

Á los pocos momentos el llano es un mar de llamas, poco profundo, y por encima se extiende un velo de humo rastrero y poco denso.

Hasta entonces ha estado muy cómodo el que tomó la colinita; pero en ese instante se paga el alquiler.

Un surtido completo de culebras que vienen horrorizadas de la candela, comienzan á salir á las orillas del mar de llamas, excitadas, chamuscadas, ardidas física y moralmente, dando al diablo la diversión, silbando de pura cólera. Muchas de ellas han perdido la cola y el pellejo, y no conservan sino el veneno. ¡ Conmovedora imagen del hombre !

Por la tarde todo ha concluído: el llano está negro, parece afeitado: el humo, suspenso entre la tierra y el cielo, saca fuerzas de su flaqueza y se sube á su patria adoptiva, que es el aire libre, se disfraza de nubes para engañar á las verdaderas y traerlas sobre el llano quemado, y una vez allí, les dice: lluevan ustedes á ver si acaban de apagar la candela.

Por la noche, densa, obscura, hecha de cera negra, en esas noches del verano en tierra caliente, noches que huelen á culebras y alacranes, se ve en uno que otro montecito que había en el llano y donde quedó el último resto del fuego, pestañear de vez en cuando unos ojazos bullentes, colorados, y una columna de humo, más clara que la noche, que se eleva recta al cielo.

El humo de la pólvora en los campos de batalla es un humo *sui géneris*, que no se parece á ningún humo.

El humo de la pólvora ha aprendido previamente el ejercicio, y conoce de memoria la ordenanza. Sube al aire en pelotones, en filas y en guerrillas y se confunde al fin con el humo enemigo, como se confunden en el campo los cadáveres de ambos ejércitos. Se cierne aguardando á ver quién vence, rodea sus banderas y sus jefes más valientes, negro al pie de los cañones, blanco en las últimas filas, y huye cuando huyen los vencidos.

El humo de la pólvora huele á cólera. Asfixia las

aves y apesta el aire; pero excita y enardece y hace latir los corazones.

El único humo que produce la naturaleza es el humo del volcán.

Yo he tenido la envidiable desgracia de asomarme al cráter de un volcán, y por lo tanto, puedo dar razón de este humo.

Desde lejos, y parado el espectador sobre el mar de arena que rodea el volcán, se ve la nieve blanca apiñada en derredor de la columna de humo negro.

La nieve está blanca como la leche, y el humo se ve negro como la tinta.

Este humo es sólido: un industrial yanqui pudiera hacer gran negocio tajando encerados del humo del volcán. Un día con otro se podrían sacar de á dos millones de encerados, y quedaría intacta la mina.

El día que me asomé al cráter en cuestión, estaba el volcán de humor, ó *bravo*, como dicen los indios de Puracé.

Al sentirme el humo salió furioso y me envolvió como una culebra de brea, tratando de ahogarme ó de hacerme caer en su espantosa paila, ó ambas cosas á un tiempo.

Yo no perdí la fe en los principios: me agarré al suelo, y durante ocho minutos mortales, aspiré cera negra por todos los poros.

Viendo que yo era hombre firme en mis ideas, se revolvió el humo sobre sí mismo y se lanzó del lado del páramo, picándole la retaguardia un huracán de nieve.

Yo dije: buen viaje, el del humo!

Pude ver entonces durante un miserable minuto, todo el cráter despejado, visible hasta su último rincón.

Allá abajo, á mil demonios de profundidad, hervía algo

incalificable: ardían culebras en caldo de petróleo, candela líquida, oro y fósforos. En ese momento salió nueva columna de humo, más rabiosa que la primera y me lo ocultó todo, y yo salí corriendo.

Dicen que Plinio entró á un laboratorio de ésos y que tuvo el buen juicio de no volver á salir. Sus huesos tal vez serán los únicos que no haya violado la humanidad.

El último humo que quiero describir es el del incensario; aunque sería el primero, si fuera á consultar el orden de mis afectos en materia de humo.

Cuando se está renovando el imponderable, el inmenso sacrificio del Gólgota, los incensarios se agitan al pie de la víctima celestial.

El humo blanco y oloroso, casto y manso, se precipita al pie del altar, adora de rodillas á Dios, sube, se expande, se abraza á las columnas doradas y asciende más, y se pierde por fin en la bóveda, como se pierde la oración en el seno de Dios. Muere ó desaparece; pero queda sú fragancia, como sucede con el hombre justo y su memoria.

Todas las cosas de Dios se parecen!

La Iglesia dice al hombre: acuérdate que eres polvo; y á la gloria: acuérdate que eres humo!

Si humo son las obras que tratan de cuerpos sólidos, qué será este artículo que trata sólo del humo?

Humo y nada más.

Yo mismo soy compuesto de polvo y de humo! me doy el pésame por lo del polvo, y me felicito por la cantidad de humo que en mí encuentro.

Séale la tierra bien pesada al polvo de mi cuerpo!

Bien ligero el aire al humo de mi cabeza!

(De El Hogar, número 2.°, de 1.° de Febrero de 1868.)

EL AGUA

NADA hay más grande que el agua, y si no, mídame usted el mar.

Advierto que esta grandeza del agua la considero solamente de tejas para abajo.

Nada hay tampoco más poderoso, más eterno, más espantoso, más bello, más grave y más sutil.

El agua se sube á las nubes de puro pesada, y se vuelve á caer de puro ligera. Lo que llamamos llovizna, por ejemplo, es una cosa tan leve, que conforme llueve de arriba para abajo, podría llover de abajo para arriba.

Nada hay más indefinible ni más caprichoso. Cuando uno bebe agua, para que le parezca sabrosa es preciso que no le sepa á nada.

Para conocer el desnivel de un terreno, no hay instrumento científico que la iguale. Échela usted en un llano y la verá cómo toma sus medidas á ojo, y al minuto le dice: *por aquí es más bajito.*

Hace operaciones matemáticas con una ligereza y una exactitud que pasman. Al llegar al tubo de una alberca sube dos varas, una pulgada y una línea, porque en todo el curso de su viaje reparó que no bajaba sino dos varas, una pulgada y una línea.

No la hace subir una línea más aunque le dé látigo.

Y si la azota, lo salpica á usted todo, para que se vaya.

El agua es pintor, pero desprecia la miniatura: el

género que cultiva de preferencia es el de la aguada ó aquarella.

Desdeña copiar objetos pequeños, como flores, y se encanta copiando celajes, grandes árboles y peñas. Es tal la costumbre que tiene de pintar, que apenas llega á algún plano donde pueda estarse quieta, inmediatamente se pone á la obra.

No pinta en tela sino en cristal; y como tiene tanta facilidad, se divierte en copiar y borrar paisajes.

Penélope de los bosques, borra de noche lo que ha pintado de día. Para borrar no hace uso sino del agua.

En el mismo cristal en que ayer pintó un sol radioso y un gran roble, hoy copia una aurora.

Todo pasajero que se asoma á su taller en uno de esos momentos en que la artista de los bosques está copia que copia y borra que borra, queda copiado en el acto.

Copia hasta la sombra de las aves que pasan volando.

El agua de los bosques no solamente pinta sino que canta.

Cuando sale de sus silenciosos remansos en que pinta y tiene que hacer alguna jornadita de prisa, baja tarareando alguna aria ó algún aire de los bosques.

Cuando llueve se encoleriza, y entonces ruge, y al llegar al mar, brama.

La fuente no tiene sino un pecado mortal, y es el de la murmuración.

Murmura de las piedrezuelas, de los troncos, de todo lo que es pequeño.

Por lo demás es tan pura en sus costumbres, que nunca se le ha podido pillar en una falta en este género.

Es tan aseada, que todo lo lava y lo limpia.

Cuando por ir muy de prisa en algún viaje, se ensucia, se aprovecha del primer descanso para lavarse y botar á los pies todo lo que la afeaba.

La única enfermedad de que padece la fuente es de frío. Por eso es que busca con tanto afán el sol, á ver si se calienta un poquito.

Se parece al hombre en una cosa y es en que no puede volver atrás de su curso. Para volver á una altura, tiene que subir al cielo, porque le es imposible hacerlo por tierra.

Se parece á la mujer no sólo en lo murmuradora sino en que se asimila al mar que la recibe, porque aunque él la enturbia sólo en él encuentra su reposo: exactamente lo mismo le sucede á la mujer con el hombre.

Unida á él pierde su pureza y su canto: calla y obedece, tomando parte hasta en sus tempestades, y dándole la razón hasta en los naufragios que causa.

La fuente va peinada, bella y coqueta, hasta el día en que se une con su viejo esposo, á quien admira por lo fuerte y lo grande. Cuando hay borrasca él es el que habla y lucha auxiliado por ella: cuando hay calma, él es el que duerme y ella la que sale á rielar y á quitarle canas á su marido.

Del mar es que se va con su esposo y sus hijos al cielo.

Como el mar no puede criar flores para adornarse, se entretiene en criar perlas y corales para hacerse collares. Todo lo mismo que las mujeres que de doncellas se adornan con sencillas flores y de matronas con costosos aderezos.

He aquí la historia de la fuente.

Nos falta solamente saber cómo ha nacido.

El nacimiento del agua es una cosa que se la doy á cualquiera para que la adivine.

Los sabios que son unas personas implacables, dicen que el agua está compuesta de hidrógeno y oxígeno.

Otros sabios más crueles han descubierto un ignominioso instrumento destinado á ver grandes las cosas pequeñas, y á hacer aparecer feas las cosas bonitas.

Debemos advertir para conocimiento de los incautos que esos monstruos que se ven en una gota de agua no están en la gota sino en el vidrio del microscopio.

¡ Es que el hombre ha de ver monstruos en todo !

Si no ve monstruos y monstruosidades, no está contento.

Dicen que los lazarinos desean que todos se vuelvan lazarinos; si esto es cierto, son hombres lógicos, porque el hombre, que siente monstruos en su corazón, desea que los haya hasta en lo más puro que se conoce: hasta en la gota de agua.

El agua no está compuesta de tal hidrógeno, ni de tal oxígeno: el agua está compuesta de agua.

Y qué cosa es el agua? Agua no más: luz líquida.

El agua nace en ciertos parajes de los bosques.

Bajo de una piedra revestida de lama y rodeada de árboles, hay un pequeño hueco que tiene por suelo una verde y tierna hojita, y está acolchado todo de plumón de musgo. Entre ese musgo nace el hijo del aire y de la luz, en la forma de un pequeño diamante.

Tan luégo como nace, rueda en su cuna para dejar paso á su hermanito, y así sucesivamente hasta que salen todos juntos fuera de la piedra materna.

Al ver la luz, gritan: al ver el campo, saltan.

Y comienzan allí á rodar; y siguen rodando y uniéndose con otras familias de diamantes líquidos, y siguen triscando, creciendo hasta que llegan á los llanos.

Jóvenes ya, se unen al viejo mar.

El mar es un inmenso harem en que el monarca de verdes ojos y larga cabellera recibe diariamente cien mil esposas jóvenes y bellas.

Qué consumo aquél! Cómo se les hace la boca agua á los lagos interiores!

Qué grande es el mar! Hacen bien los geógrafos en decir que es más grande que la tierra.

El mar es grande y envidiable en todo, aun considerado como cementerio.

Considere usted un cadáver que entierran y un cadáver que ahogan.

Al primero lo meten en un hoyo duro, frío, circunscrito, rodeado de cuatro linderos que no alcanzaría á vencer un vivo, y que vencerá mucho menos un muerto.

Vestido uno con ropas negras, en postura supina, sujeto á ser pasto de inmundas lombrices y á ser pisoteado durante miles de siglos por toda la humanidad pisoteadora, protegido por una cruz que se mantiene recta mientras vive la esposa ó el hijo que la puso, que se ladea cuando vive el nieto del difunto, que cae en vida del biznieto y desaparece à ciencia y paciencia del chozno....!

Figúrese usted el dolor que será tener que soportar por algunos años una piedra de mármol en que obligan á un pobre adúltero á confesar que fué esposo modelo, precisamente en los momentos en que á uno lo que le conviene

confesar es la verdad, y en que la mentira es una mala recomendación!

El entierro en el agua es mejor que ahogarse entre la tierra.

El cadáver baja libre y suelto, con los brazos y los ojos abiertos, transparentándose en los blancos velos que va dejando atrás. Baja blandamente, rodeado de luz y va á tocar un suelo en que nadie lo puede profanar después, so pretexto de que hay muchos muertos y que es preciso botar á unos para que entren otros.

Llega al suelo, reposa en él por la eternidad, y el mar lo cubre de perlas y de conchas, y "amontona sobre él sus olas, y el tiempo sus años."

No hay inscripción en letras de inprenta; ni fe de erratas con lápiz; no hay cruz ladeada, no hay coronas amarradas con hilo.

No hay para el cuerpo sino la eternidad, como para el alma no hay sino la eternidad.

El agua se divide naturalmente en dos grandes clases sociales: agua dulce y agua salada.

Hay autores muy graves que sostienen que estas dos divisiones no son clases sino sexos, y que el agua dulce es mujer.

Yo me inclino visiblemente del lado de esta opinión. Es indisputable que Dios crió la primera fuente de una costilla del primer mar.

De ahí para adelante han nacido las gotas de agua, que han dado existencia á todas las aguas del mundo.

Si alguien me objeta que le parece imposible que la primer gota haya dado el ser á tantos mares y tantos ríos, le recordaré que Eva dió á luz á la pelirrubia Inglaterra, al negro Congo, á la ojinegra España y al bronceado

Indostán, lo cual hace un total de muchos más hombres que gotas tiene el agua.

Probado este principio, pasemos adelante.

El agua y no el caballo ni el carro, fué el primer vehículo del mundo.

Desde el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas: *vehebatur super aquis;* hasta nuestros viajeros, ha sido considerado el agua como el mejor de los carruajes.

Al agua debe su civilización el mundo.

El comercio no existiría si no hubiera agua.

El mar agarra por los pies á un navío y lo lleva á que traiga canela de Ceilán, diamantes del Brasil, hierro de Inglaterra y trigo de Dinamarca, y reparte estos productos por todo el mundo, los cambia y los hace apreciables.

Si no fuera así, en Ceilán se ahogarían en canela y el Brasil se llenaría de diamantes, y en Dinamarca echarían el trigo á los puercos.

Este prudente reguero de objetos que hace el mar, es el que da valor á las cosas, que, reunidas, no valdrían nada.

Un millón de diamantes no valen nada; mientras que si no hubiera sino un diamante valdría un millón.

El mar llevó los africanos á España, y los españoles á Africa, lo cual se consideró en la antigüedad como una señal de progreso.

El mar es el imperio de las riquezas del mundo. No hay anillo que se pierda en una casa que no vaya á dar al caño, de éste al río y del río al mar.

El fondo del mar tiene montes de oro, colinas de perlas, quebradas de diamantes, y vegas en que pastan ballenas y delfines.

Ser rey de la tierra es cosa hacedera: el que lograra hacerse rey del mar, se haría un semidiós.

Por eso es que los piratas de tierra, que se llaman guerreros, se disputan el suelo palmo á palmo, mientras que los guerreros del mar, que se llaman piratas, se disputan las aguas mar á mar.

Después de un combate de tierra, después que se calma el ardor de la lucha, qué triste es ver friamente los centenares de cadáveres inermes! los calabozos llenos de prisioneros!

En los combates del mar, un hombre mal herido, un muerto y un prisionero, desaparecen de la vista del vencedor: todos se echan al profundo y silencioso mar, al mar que todo lo recibe y nada devuelve, como hacen los ambiciosos de la tierra.

Qué animales tan grandes pueblan el mar! Un elefante, el más grande de los hijos de la tierra, sería un juguete para un ballenato.

Qué grande es todo en el mar! Animales, horizonte, fondo insondable, olas que viajan de Groenlandia á Italia: el espejo que finge durante la calma; la cabellera hirsuta, los rizos de mármol, que forma durante la tempestad!

No fué el hombre, fué el mar, propiamente hablando, lo que Dios crió á imagen y semejanza suya: grande en el reposo, grande en la cólera; solemne cuando lleva sobre su verde espalda una ataviada góndola, solemne cuando soporta un ponderoso buque armado hasta los dientes de cañones!

Qué grande es, hermoso en las costas de Bretaña, pálido y terso en el polo, borrascoso en el Norte, pacífico en el Sur!

Empero, el mar me estaba haciendo olvidar de la

fuente. La fuente tiene otras consideraciones para el lector ó bebedor.

Habéis visto cuando el enano rey de la creación sin más armas que su malicia, va á domar, á esclavizar el agua?

Este Neptuno de la tierra se llama el fontanero.

Quos ego . . . . ! dice como el Padre Éolo, á una fuente que no se atrevería á desafiar en pleno llano y que sin embargo despedaza en la ciudad.

Quos ego . . . . ! significa: si yo os cojo . . . . !

Desde que el hombre inventó esta oración sin verbo, se ha creído, y con razón, rey del mundo.

Pues bien. Puesto en la orilla de la clara y coqueta fuente, la despeina, y le hala un rizo por un lado, otro por otro lado, y en tres por cuatro, tiene dominada á la irresistible fuente.

Uno de esos hilos de agua primorosa llega á la orilla y cae en la trampa, es decir, en una caja.

Una vez allí no le queda más recurso que seguir adelante ó volverse atrás; pero es el caso que el agua es como los portugueses: no se vuelve atrás nunca.

La caja, sin embargo, es bella: cuadrada, bien enlozada, pulida; una bonita obra.

El agua se encanta con aquel nido de ladrillos; pronto nota que se ahoga, busca una salida, y no encuentra sino un tubo obscuro y estrecho que le han puesto con mucho disimulo al frente.

Qué recurso en aquel trance! Póngase usted en lugar del agua!

Se recoge ella entonces, se adelgaza, se pone las manos en la cabeza y se va de frente, diciendo: *vamos á ver en qué para esto!*

Largo viaje hace por entre su catacumba, pero como siempre anda de prisa, pronto llega al fin de su viaje. Allí nota con asombro que le han cerrado el camino al frente: busca á los lados, nada: alza la vista y ve un conducto amplio que le brindan pérfidamente, y por no asfixiarse, pega un salto, y . . . . qué gozo!

Vuelve á ver la luz de Dios. Se encuentra en medio de un patio, de un jardín.

Vuelve á mirar por todas partes, y encuentra flores preciosas pero desconocidas, y en medio de ellas un raque ó un arrayán, su amigo de infancia, su paisano.

—Tú por aquí? dice al arrayán, salpicándole con agua la cara. Hacía tiempo que no te veía!

—Tú siempre has de ser loca! contesta el grave arrayán, y sus frutos enrojecen de vergüenza.

Pero el hecho es que la fuente se vuelve una madeja, de ver á sus amigos, y que al raque se le caen las ramas de emoción al ver á la fuente.

Hablaremos de otras peripecias que hay en la historia del agua. Varias posiciones sociales pueden tocarle en la gran rifa de la vida: catarata, laguna ó agua estancada, charca de caminos reales, río navegable, río pedregoso, quebrada, lluvia, etc., etc.

Una catarata, salto ó cascada, es un suicidio. El agua desesperada por alguna causa que no está en mi librito, en lugar de darse un pistoletazo se bota de cabeza y se mata.

Es éste un hecho punible? No sé que haya moralista que lo haya criticado.

Este suicidio se ve de una manera evidente en el grande y abominable salto de Tequendama, que tanto admiran los que no comprenden las cosas.

Allí se ve al río claro que se precipita, y abajo se ve un río negro que sigue rodando : es su cadáver.

El Bogotá, abajo del Salto, es un cadáver renegrido como tizón del infierno.

Una laguna es agua en la cárcel por deudas.

Una charca es agua mugrosa que sale á pordiosear en los caminos.

Un río navegable es un hombre rico, sesudo, feliz, que marcha sosegadamente recogiendo riquezas. Por el contrario, un río pedregoso es un calavera, un casquivano, un hombre de quien no se puede fiar nadie.

Las quebradas ..... qué diré de la quebrada ? La he estudiado muchos años y no he podido comprenderla. Imagen de la mujer mundana, no va siempre por el mismo camino, y cuando crece, asuela los campos que escoge para su fatal paso. Si se resigna á un solo álveo, éste es muy ancho y ella muy angosta; si tiene ese espacio, es porque en tiempo de lluvia baja con crinolina.

En el valle de Neiva he pasado yo por quebradas caudalosas á pie enjuto, como los venturosos Israelitas, y sin embargo, juro que pasé la quebrada porque ella cortaba mi camino.

Consiste en que la tenía al frente al anochecer ; durante esa noche se fué á cortar el camino que yo había andado, y he aquí por qué no la pasé.

Oh ! si este sistema fuera estable ! Y aquí donde hacen tanta falta los puentes !

La última faz que puede presentar el agua es la lluvia.

La lluvia es el llanto que derraman los cielos al ver la tierra tan seca.

No hay campesino que no llore al ver la tierra seca. El cielo lo hace con mayor razón, porque la está mirando sin cesar.

La única página importante que tiene la historia del agua, es el Diluvio.

Aquel día se le mojaron los papeles.

Hubo invierno á un mismo tiempo en todo el mundo.

Cosa rara la que sucedió entonces! Dios ahogó á la humanidad para que se ahogara el pecado; y adivíneme usted una de las poquitas cosas que se salvaron, puesto que volvió á aparecer en la tierra . . . . Pena cuesta el decirlo: . . . . el pecado!

Á los pocos años estaban haciendo los hombres las mismas cosas malas que hacían antes del Diluvio.

Entre los ahogados más notables que hubo en el Diluvio, fueron los montes. Cuarenta codos subió el agua sobre los más altos.

Qué parecería el mundo hecho de agua, en redondo, visto desde la luna, sin tener otra cosa que agua y un punto negro que era el Arca?

Á los lunáticos debió de parecerles un pisa-papeles de cristal.

La fortuna del mundo se hizo agua en aquel día.

Los campesinos debieron quedar saciados, lo menos por dos años.

El hombre, al morir, tiene que volverse tierra. Ah! si yo pudiera volverme agua, y si mi alma se fuera al cielo!

Qué hermoso porvenir! Mi alma en el cielo, mi cuerpo en las nubes!

Porque, confieso una debilidad; me apena tener que

volver algún día á la tierra á recoger este puñado de polvo que, dicen, que soy yo, y que me ha hecho hacer tantos disparates.

De la tierra, ni el polvo! He vivido con el alma en un hilo y el credo en la boca desde que estoy en ella.

Noviembre de 1867.

(De El Hogar, número 13, de 18 de Abril de 1868.)

LA LUZ*

Qué cosa es la vida? Bastante luz. Y la muerte? Sombra eterna.

La luz es el agua del aire, como el agua es la luz de la tierra.

La cosa más grande que hizo Dios en la creación, fué

* El autor leyó un artículo de Selgas sobre *la luz*, hace ocho meses: es claro que no puede conservarlo en la memoria; y que, por lo tanto, aquí no puede haber plagio. Es osadía tratar de una materia que ya ha tratado Selgas; lo reconoce así. Pero entrando en su sistema de física popular hablar de todas las cosas que han interpretado mal los sabios, ha tenido forzosamente que explicar también la luz, para que no falte nada en su colección de artículos.

Ahora bien: si el infrascrito queda derrotado en esta competencia diabólicamente orgullosa, tiene la ventaja de que nadie lo extrañará. Si llega de cerca á Selgas, será nombrado Mariscal del Imperio; si lo alcanza .... oh! Entonces el lector dirá también por su parte *oh!*

crear la luz. Á Moisés se le conoce lo orondo que se pone cuando refiere que *la luz fué creada.*

La luz nació de la mirada de Dios, el primer día de la creación.

La luz es todo en la vida. No puede haber amor ni gloria á obscuras. Las flores lo comprenden así, y viven de ella solamente.

Ningún pájaro vuela ni canta de noche.

Dónde duerme la luz? Se ignora. Su mansión nativa está formada de palacios aéreos que nadie conoce.

Algunos suponen que la luz emana del sol, y yo creo lo contrario. El sol se ve á la lüz del día, y si no se ve de noche es porque no hay luz.

Debe dormir muy lejos, porque á pesar de ser tan ligera, á las cuatro y media de la mañana se ve aparecer su vanguardia y el grueso del ejército no llega hasta una hora después.

Siempre llega á la tierra acesando y encendida en vergüenza por haberse hecho espèrar.

Apenas le pasa la vergüenza, se pone de color azul, como si fuera á desmayarse; pero viendo que nadie le dice nada malo, sino por el contrario, que la reciben con bendiciones, se restablece y se pone blanca como un papel.

La luz tiene palidez aristocrática: se conoce que es hija de buena casa.

Como es tan madrugadora, vive muy sana.

Siempre está aconsejando á los hombres: "madruguen, hijos míos, miren que el madrugar es gran cosa. No sean dormilones."

Pero lo qne oculta la taimada es que ella duerme lo menos diez horas seguidas.

La cuenta es clara. Á las seis se va y á las cinco vuelve, y gastará una hora en viaje de ida y vuelta. Falta saber si allá en su palacio tiene tertulia y se acuesta á las doce.

El hecho es que sí es madrugadora.

Apenas llega, se entra á las casas saltando por los tejados. Su primera diligencia es despertar los pájaros y los perros.

Á los gallos les hace cantar *kirie eleyson.*

Se llega á las ventanas y se pone á atisbar por las rendijas, y á contar todo lo que ve.

Si encuentra un postigo que dejaron abierto, se queja del desorden de las criadas. "Pero, mujer, cómo fué que se te olvidó cerrar esta ventana? Y los ladrones . . . .?"

"Aquella muchacha no se ha levantado," dice mirando á la *china* de la casa: "Vamos, perezosa, levántate á limpiar la loza para el almuerzo," agrega dándole en los ojos.

La china se encoge, se alarga, se vuelve al otro lado, y la luz sigue todas sus evoluciones, mostrándola á los amos para que la hagan levantar.

Se llega á la cuna del niño, y le dice bañándole de carmín la carita: "Y su leche, mi vida? Ya la tomó?"

Y el niño que no se acordaba de tal cosa, comienza á gritar por su leche.

Así sigue recorriendo todos los objetos de la alcoba. Muestra la ropa sucia botada en el suelo: acusa á un niño de que se comió el pan ya acostado, mostrando las migajas en la sábana.

Muestra con el dedo que la criada pegó una vela á la

pared, para que le castiguen, y se sale tras de la señora contándole todo lo que ha sucedido en la casa.

Al entrar en la despensa, la luz que entró primero que la señora, le muestra un ratonazo que ha pasado la noche dándose un hartazgo entre el queso, y se va tras el mezquino cuadrúpedo hasta la puerta de la ratonera donde se detiene, porque jamás entra á las inmundas ratoneras.

Al llegar al comedor hace notar que la *china* no ha puesto la mesa para el almuerzo.

Á todas éstas han ido llegando refuerzos de luz, que llenan toda la casa, hasta el último rincón. Se oye el ruido que hace al sentarse en las matas del jardín.

Hay en los patios y corredores una luz ordinaria como para el consumo popular; y en los gabinetes y camarines una luz fina cernida por los cristales.

Á cada casa va alumbrando, lo mismo á la del pobre que á la del rico, y á cada hombre le habla su idioma.

Al pobre: hoy sí que está el fogón sin una braza.

Al rico: hoy vence el pagaré de fulano.

Á los muchachos: á la escuela que el maestro está solo!

Á las muchachas: al costurero, niñas!

Á los viejos: á misa!

Á las criadas: á barrer la casa!

Á las gallinas: á prevenir nido para poner huevo!

Et sic de cœteris.

Á medio día reposa: está en plena posesión del mundo y no reconoce más límites que la obscuridad.

La luz es golosa como las moscas, sólo que en lugar de comer miel, lo que come es luz.

Así como todas las moscas de un barrio se juntan en un

solo plato de miel, y se clavan silenciosas sobre el pérfido alimento que les embriaga la cabeza y les inutiliza las patas; de la misma manera todos los rayos de luz se agolpan sobre un diamante, un pedazo de cristal, un espejo y hasta sobre un pedazo de lata nueva.

Todo lo que brille, la atrae y la engolosina.

Presumida es y mucho más que las mujeres: todo el día se mira al espejo.

Inventó el daguerrotipo hace muchos miles de años, y la pintura y la perspectiva desde mucho antes del diluvio.

Cotizó á alto precio los diamantes y demás piedrezuelas que brillan, y cuyo mérito, en resumen, no es otro que el que les da la luz. Un diamante á obscuras no se diferencia de un grano de maíz, sino en que no se puede mascar

Estuvo á pique de perecer en el diluvio, porque no hallaba como la paloma, donde posarse; pero se salvó en su arca especial, en los ojos del hombre.

De alí volvió á extenderse por toda la naturaleza.

Al salir del arca al campo que empezaba á verdeguear otra vez vió á Dios que prometía ante sí mismo que no habría otro diluvio, y tendía su brazo sobre el espacio para hacer cesar la muerte y renacer la vida.

La luz, respetuosa y agradecida, pintó en colores la sombra del brazo omnipotente, y lo repite algunas veces como humilde recuerdo.

La sombra copiada en colores, se llama el Arco Iris.

La luz es el primer pintor del mundo, irresponsable, electivo y popular como los Presidentes republicanos. Pintor cortesano que á todos embellece y que á nadie adula.

Ella sola es capaz de decirle á una princesa: "usted tiene una verruga en la nariz;" ó á la reina Victoria: "está usted muy vieja;" ó á Napoleón III: "muy corto de piernas es usted, amigo;" ó bien esta otra barbaridad: "usted no se parece en nada á su tío."

Ya comprenderá el lector que vamos hablando del daguerrotipo.

¡Qué saliva la que pasaba un pintor de corte cuando tenía que retratar á una princesa fea! Decirle *fea* era faltarle al respeto: decirle *bonita* era faltar al respeto á la verdad.

El daguerrotipo, mucho más campechano, llama de tú al rey, y salga el sol por Antequera.

Delante de la luz no se puede fingir otra cara, ni siquiera otra fisonomía. El feo sale feo, y el avaro con cara de avaro.

Bondadosa luz! Cuando la necesita el pintor, la llama, y cuando acaba la despide, sin preguntarle ni cuánto vale su trabajo. Cómo se conoce que no es hombre!

Entre la luz, y el agua, qué de pinturas de mortales han hecho!

La luz hizo contrata para alumbrar el mundo.

De día lo alumbra por sí misma y de noche por medio de apoderados.

Pone en el cielo la luna y las estrellas, y en la tierra las lámparas y las velas.

Mas como el apoderado nunca tiene tantas facultades como el comitente, la luna y las estrellas, la lámpara y la vela alumbran poco.

Y si alumbran es un pequeño círculo, perseguidas por las tinieblas que las cercan y las buscan para devorarlas: *quœrens quem devoret.*

Una luz pequeña entre una noche obscura es un roto en un manto, por donde se alcanza á ver que detrás está la luz.

Así como la felicidad crea las desdichas, la luz crea la sombra. La sombra, empero, no es la tiniebla.

La sombra es el humo de la luz como la desdicha es la sombra de la felicidad.

La felicidad del hombre es completa; pero le hace sombra la felicidad de los otros, que á su vez están sombreados por la de otros.

Para tener luz y no recibir sombra, no hay más remedio que pararse al pie de quien no sea sino luz, de tal manera que no dé sombra.

Ese ser único es Dios!

El hombre no podrá ser nunca luz, sino lata en que se refleja la luz, y que cuando ésta le falta, no le quedan otros atributos sino sus puntas cortantes y su frialdad.

Muchas cosas se llaman luz: *la luz de la fe, la luz del amor, la luz de la ciencia.* Esto es lo mismo que decir: *la luz de la mañana, la luz del medio día, la luz de la tarde.*

Todas las pretendidas luces del hombre son una sola vista por varias rendijas. Esa única luz está en el fondo de la eternidad.

Además de estas divisiones, todavía divide el hombre cada división. Así es que en la *luz de la ciencia* entra por ejemplo, el ser *hombre de muchas luces.*

Se llama *hombre de muchas luces*, el que sabe latín, jurisprudencia, tintorería y agricultura; es decir, el que sabe un mucho de cada poco.

El camino del hombre para encontrar la luz es notable

por lo laborioso. Para encontrar el gas y el fósforo, vino caminando por el sebo y el azufre.

Dięz y ocho siglos ha gastado en la mecha, sin contar con los que empleó en el pabilo.

El candil es al petróleo lo que la canoa al monitor yanqui.

El hombre se consumió en el diluvio y salió en el siglo XIX con el fósforo de bolsillo, *piromagique et sans explosion.*

La primer cajita de fósforos le costó un trillón de millones á la humanidad, y la vendió á cuartillo.

La diferencia la apuntó á pérdidas y ganancias, y lo reputó todo buen negocio, porque así son los negocios del hombre.

La luz de Dios tiene la ventaja de ser sumamente barata. No cuesta sino parpadear.

Todos los días viene á alumbrar al sabio que se ocupa en su gabinete en buscar cómo hacer luz.

Por la noche se va diciéndole al despedirse: ahí te dejo un farol.

Y el hombre sigue impávido buscando la luz al pie de ella.

Llega un momento en que la luz desmaya, y se le caen las alas del corazón al ver al hombre tan estúpido, que busca á Dios volviéndole la espalda.

Ese momento es las seis de la noche, en la zona tórrida, porque en la templada tiene más paciencia, ó encuentra que los hombres dan más esperanza.

Se agota, vacila, se rinde de cansancio: hace un postrer esfuerzo, se adorna con colores vistosos para engalanar su agonía: reune todas sus fuerzas en una postrera llamarada, y el esfuerzo apresura su fin.

Las tinieblas al verla caída, corren y la abruman, ella se debate aún y relampaguea débilmente. Al fin queda totalmente ahogada. En esta lucha se pasa una hora, y al terminar, el reloj de la Catedral da las siete á no ser que esté atrasado, porque entonces da las seis y media.

Media hora después aparece la luna ó su diputado, el sereno armado de una escalera y un farol.

Entonces aquel bienhechor de la humanidad, de pie en lo alto de su escalera, aquel hombre que ignora de qué se compone el fósforo y aún la cajita de cartón, dice: *sea la luz*, y la luz alumbra la Calle Real.

Bogotá, Diciembre de 1867.

(De EL HOGAR, número 9.°, de 21 de Marzo de 1868.)

LA CASA CURAL

VOY á tratar de describir esta casa y al Padre Torrente puesto que cerca de ella viví tantos años.

La plaza de la Sierra no estaba entonces cubierta de edificios, pobres, pero nuevos, como hoy. Donde hoy queda la casa de teja de la escuela y el cabildo, no había sino el coso.

En los otros dos costados había casas de paja, pequeñas y separadas entre sí por una cerca de madera: hoy están cubiertos de casas grandes de teja y de paja.

La iglesia queda en la esquina de la plaza, á mi derecha: la esquina está formada por la torre, y ésta se comunica con el coro. Después sigue la casa cural, alta, de teja, cuya fachada muy bella adorna la plaza. El primer balcón después de la iglesia es la alcoba del Padre Torrente: el segundo, el de su cuarto de despacho. Sigue el largo balcón que tiene tres ventanas: dos de ellas pertenecen á la sala, y la tercera á la antesala. Después quedan otros dos balcones pequeños, iguales á los de los aposentos del cura: estos dos pertenecen al cuarto y á la alcoba que yo ocupaba cuando iba á quedarme en el pueblo. El gran portón queda en la mitad de la fachada debajo del balcón grande, y á un lado y otro tiene las ventanas de fierro de las piezas bajas, que sirven de hospedería.

Saliendo de la sala, al interior, hay un gran corredor donde queda un cuarto que comunica con el del cura, y al otro extremo está la gran escalera de piedra. El tramo del frente está compuesto en su totalidad de la sacristía y de sus dependencias: el de la izquierda, de la iglesia; y el de la derecha es un edificio bajo de paja donde quedan cocina, despensas, comedor y otras piezas del servicio. Á la espalda de la casa estaba el *camposanto*, que hoy es un jardín, y detrás de la casa de paja hay dos grandes corrales: el primero está sembrado de hortalizas y el segundo contiene el caballo del cura, las gallinas y *piscos* y algunos cerdos. Los palomos habitan por la mañana en el caballete de la iglesia, á medio día en los campos, y por la noche en un palomar de adobes que hay en el corral. Un nogal centenario de desmedida altura y rara belleza se levanta en la mitad del patio, y su follaje se iguala con el tejado de la iglesia. El patio

está empedrado con piedras pequeñas, pero planas y cuadradas que traen de una cantera vecina.

Tal es la casa: veamos los muebles. La casa es la materia: el hombre el espíritu; pero los muebles participan de ambas naturalezas: tanto así los anima el hombre con su presencia! El viejo deja su busto, algo más, deja su sombra en el sillón donde pasó sus últimos años. Cuando queda vacío, todavía ve uno á su dueño siempre que ve al sillón.

En el corredor bajo hay dos cabezas de ciervo amarradas á las columnas de piedra de los arcos; y en sus astas se cuelgan los aperos de montar. En el descanso de la escalera se ve un cuadro al óleo que representa en medio cuerpo un indio de catorce á diez y seis años, vestido con camisa de lienzo y poncho listado. Dos cosas particulares tiene ese retrato: los ojos y el letrero que tiene al pie. El letrero dice: *indiecito que, como puro armiño, se dejó matar por no ofender la castidad. 1690.* Y los ojos . . . . dicen lo mismo que el letrero. Son negros y rasgados; pero no son ardientes como todos los ojos negros, sino dulces y pudorosos como los ojos azules. Son ojos de mujer, que miran dulce y tímidamente.

Una gran mampara de pana floreada cubre la puerta que está en la mitad del corredor. Abierta ésta se encuentra uno en la gran sala con dos ventanas al balcón, y adornada con un mueblaje particular, severo y lujoso, pero anticuado. Á un lado y otro de la puerta hay dos canapés de brazos y espaldar tallados, pintados de blanco mate, con filos dorados y florecitas azules: los asientos están forrados en tripe amarillo que brilla todavía, á pesar de sus cien años. No han sufrido otro menoscabo que los huecos que han formado las personas que se han sentado

en ellos. Las encorvadas patas terminan en cinco uñas de león que abrazan una bola pintada de rojo. En la cabecera de cada canapé hay un sillón enorme forrado también en tripe, y en los demás huecos hay sillas de brazos, en cuyos espaldares se veía el escudo de armas de Castilla. Entre las dos ventanas hay una gran mesa de nogal, y en un rincón golpea entre su caja pintada de blanco, un gran reloj de cuco, de incansable andar, á pesar de que hace un siglo que está dando las horas veinticuatro veces por día. En las paredes cuelgan cinco grandes cuadros al óleo. El que queda entre las dos ventanas es una Virgen de la silla, pintura de Vásquez: tela valiosísima por su mérito y su vejez.

Á los dos lados de la puerta de la alcoba se ven en sus grandes marcos dorados los retratos de Carlos III y María Amalia, y al frente los de las infantas María Luisa y María Josefa: estas cuatro pinturas, obras de Mens, regaladas por el rey al pueblo de la Sierra, son de gran valor. Sobre los canapés hay colgados dos cornucopios de cristal de Venecia.

El artesonado de obra de talla sobre nogal es admirable. Son de talla igualmente los marcos de todas las puertas. El suelo está cubierto con estera, cuyas empleas de una cuarta de ancho, revelan su antigüedad, porque ahora no se fabrica sino estera angosta. Las paredes tienen colgadura de angaripola floreada.

El cuarto del cura tiene escritorios de carey y un gran estante en que está una selecta biblioteca religiosa y el archivo de la parroquia. Según el libro más antiguo que se conserva en aquel primoroso archivo, la Sierra fué fundada en 1630 por el Presidente Don Juan de Borja poniendo esta misión á cargo de los religiosos franciscanos.

El primer cura fué Fray Damián de la Cruz, que edificó la iglesia: el segundo, Fray Pedro de Ugarte, que edificó la casa cural: el penúltimo, el Padre Torrente, que edificó la escuela. Los libros de defunciones tienen una especialidad: cada libro está cerrado por la partida de muerte del que escribió las anteriores.

La alcoba del cura comunicaba por una puertecita con el coro.

La iglesia es bella y algo obscura, cosa que no me disgusta: á la iglesia no se va sino á huir de la luz terrena; y la luz divina ay! no alumbra al que vive sino al que muere. Es tan grato orar, llorar, protegido por las sombras de un arco!

El magnífico altar mayor, de pulido estuco con capiteles de ardiente dorado, es obra de Talledo, y encierra la preciosa imagen de Nuestra Señora de la Sierra, adornada con una corona de zafiros y diamantes que le envió la piadosa duquesa de Alba y un broche de oro con una magnífica esmeralda que le dedicó el conde de la Real Defensa en agradecimiento por haber podido defender la plaza de Cartagena contra 30,000 ingleses. El oro del broche perteneció á la medalla que Vernón había hecho grabar, celebrando con seis meses de anticipación, la victoria que pensaba obtener y no obtuvo.

En la sacristía se encuentran los retratos de los curas desde Fray Damián de la Cruz, hasta Fray Antonio Cuevas antecesor del Padre Torrente. De éste no queda otro retrato que el que existe en mi corazón.

Era el Padre Torrente cuando yo lo conocí, un anciano de sesenta años, si había de calcularse la edad por su rostro cruzado de arrugas y por sus cabellos plateados que asomaban bajo la obscura capucha; pero si se le juz-

gaba por sus ojos vivos y cariñosos, por la sonrisa habitual y por sus palabras, no era sino un niño inocente. Morillo lo había removido violentamente de su convento en la provincia del Cauca al de Bogotá á donde lo mandó desterrado por patriota. Esta época de su vida, borrascosa por las agitaciones políticas y por los viajes que le obligaron á hacer, había hecho de su memoria un arsenal de leyendas, que solía contar por la noche cuando se lo rogábamos. Jamás nombraba una persona, ya fuese uno de los españoles perseguidores ó uno de los patriotas perseguidos, sin agregar á su nombre estas palabras: que en paz descanse! ó bien estas otras: que de Dios goce!

Siempre que iba á casa ó que íbamos á visitarlo, notábamos con esos nuestros ojos de lince propios de la niñez, que el bolsillo de su manga estaba muy abultado, tanto que no le dejaba alzar el brazo. Nos veíamos sonriéndonos y nos llamábamos la atención con guiñadas sobre aquel opulento bolsillo, cuyo contenido sospechábamos: eran dátiles y maní, de que siempre tenía considerable repuesto para los niños, á quienes amaba de preferencia. Al entrar ó salir, su primera y su última palabra era siempre: *Laus Deo.* Por este motivo nosotros lo llamábamos el Padre Laus Deo.

(De El Hogar, número 18, de 23 de Mayo de 1868.)

DON ANTONIO NARIÑO*

La forma principal de trabajos con que comenzó á desarrollarse y comunicarse el espíritu en Nueva Granada, fué la de *círculos literarios.* Los que subsistieron en Santafé, desde 1790 hasta 1810 forman la historia de nuestras letras en su más gloriosa época, y es tiempo ya de empezar á examinarlos, haciendo desfilar ante nuestros ojos las distinguidas figuras que los componían. Todos esos hombres maravillosamente dotados para la paz y las letras, todos, por una amarga ironía del destino, desfilarán no coronados de laurel y vestidos de blanco, sino como fantasmas arrastrando sangrientos sudarios y mostrando las anchas heridas que hicieron en sus pechos las balas homicidas, ó pidiendo á gritos el suelo de la Patria para morir en ella. Toda la savia de las generaciones anteriores, desde 1538, se había juntado para producir esos hombres y habían nacido para ser las delicias de su Patria, y fueron carne para el verdugo. El primer mártir de esa causa y jefe también del primer círculo, es Don Antonio Nariño. Nació en Santafé en 1765 y estudió en el Colegio de San Bartolomé filosofía y algunos ramos de juris-

* Las siguientes páginas, que constituyen una biografía de Nariño, han sido entresacadas de los capítulos XI, XVI y XVII de la *Historia de la literatura en Nueva Granada* por José María Vergara y Vergara. Edición de Bogotá, imprenta de Echeverría hermanos, 1867.—(Nota del Editor.)

prudencia. No tenía aún la edad requerida por las leyes españolas para entrar en la mayoría, cuando el Virrey Ezpeleta le nombró Tesorero de diezmos del Arzobispado, destino muy lucrativo y honroso. Los canónigos, á quienes correspondía esta elección, se quejaron á la Corte, obtuvieron sentencia en su favor y el uso que hicieron de su derecho fué el de nombrar Tesorero al mismo Nariño. Ésta fué la mejor época de su vida. Desde que había salido del colegio, muy joven aún, y nombrado alcalde ordinario, había ido desarrollando poco á poco el plan de vida que se había propuesto seguir, y que se reducía á ilustrarse mucho para poder ilustrar á sus compatriotas. Nombrado Tesorero de diezmos en propiedad, pudo entregarse tranquilamente á sus multiplicados trabajos, resumidos en dos: ilustrarse y enriquecerse. Con los fondos sobrantes de la caja (operación lícita, y que verificaba con conocimiento de los canónigos y de sus fiadores) emprendió vastas especulaciones comerciales, exportando quina, tabaco y cacao para las Antillas y España. Hacía venir de Europa muchos libros modernos y reunió una abundante librería, abundante sobre todo en filósofos del siglo XVIII, cuyos libros no pudo hacer venir sino de contrabando. En su casa reunía muchos de los jóvenes estudiosos de la ciudad, atraídos por su rica librería, y más que todo, por el carácter insinuante y fascinador de Nariño. "Pasaba por sabio en Santafé," dice Restrepo, en su *Historia de Colombia;* y esta misma frase demuestra, al través de su desdén, la posición que Nariño ocupaba en la sociedad de la capital. Para "pasar por sabio," al lado de tantos sabios, era menester que su sabiduría fuese real, y lo era en verdad. Aprendió por sí solo algunas lenguas vivas y muchas artes liberales; regeneró las ma-

las ideas literarias recibidas en el colegio; estudió agricultura aplicada á las condiciones de su suelo nativo; y en medicina sobresalió tanto, que recetába con éxito notable, y se conservan todavía en las familias de sus contemporáneos ciertas fórmulas de recetas que llevan su nombre. Era de fisonomía hermosa y distinguida: labios y nariz borbónicos y ojos de mirada penetrante y dulcísima. El timbre de su voz era gratísimo, y hablaba con mucha afluencia y en términos muy escogidos: como era hijo de un español, había aprendido á la viva voz el buen acento castellano, el que combinado con el acento nativo, dulce y lánguido, hacía más encantadora su voz. Era activo, insinuante, emprendedor; y su carácter era tanto más dominante cuanto que no lo dejaba conocer á los mismos que dominaba por medio de la fascinación que ejercía. Tal era el hombre que, el primero, habló de libertad é independencia; el que recogió más laureles y más espinas entre nosotros; el que hubiera ocupado el lugar de Bolívar en la Historia á no haberle perseguido constantemente un hado inexorable, de tal manera, que si Nariño hubiera vivido en Grecia, se diría que un Dios ofendido concitaba contra él las iras del Olimpo, como se cantó de Eneas que había sido perseguido por Juno. Sus amigos le amaron hasta el fanatismo, y no reconocieron nunca ni el menor defecto en aquel su semidiós; y sus enemigos lo odiaron como no ha sido odiado ningún otro hombre entre nosotros. Sus aventuras llegaban hasta la novela, y el rigor de su fortuna solamente se iguala á la de aquellos hombres que en la historia antigua se inmortalizaron por desgraciados. Figuraron entre sus amigos los dos Virreyes Ezpeleta y Mendinueta, y muchos de nuestros próceres; y entre

sus enemigos otros muchos de nuestros hombres eminentes.

Nariño encabezaba de 1789 á 1794 uno de los círculos literarios de la capital. "Se me ocurre, decía en un papel de los que le tomaron en su casa cuando fué preso, se me ocurre el pensamiento de establecer en esta ciudad una suscripción de literatos, á ejemplo de las que hay en algunos casinos de Venecia: éstos se reducen á que los suscritores se reunen en una pieza cómoda, y sacados los gastos de luces, etc., lo restante se emplea en pedir un ejemplar de los mejores diarios, gacetas extranjeras, los diarios enciclopédicos y demás papeles de esta naturaleza, según la suscripción. Á determinadas horas se juntan, se leen los papeles y se critica y se conversa sobre aquellos autores: de modo que se puede pasar un par de horas divertidas y con utilidad. Pueden entrar Don Jose María Lozano, Don José Antonio Ricuarte, Don José Luis Azuola, Don Luis Azuola, Don Juan Esteban Ricaurte, Don Francisco Zea, Don Francisco Tobar, Don Joaquín Camacho, el Doctor Iriarte, etc."

Se encontró también entre sus papeles un diseño para formar una pieza de estudio, con varias inscripciones á la *Libertad*, la *Razón* y la *Filosofía*. La más notable era el conocido epitafio del gran librero de Filadelfia: *Quitó al Cielo el rayo y el cetro á los tiranos;* y por encima *Al divino Platón y Franklin;* y una cadena en el pedestal. Otra inscripción decía: *Aquel verdaderamente es libre cuando no necesita poner los brazos de otro hombre al fin de los suyos para hacer su voluntad.* El Capitán Ramírez, de la guardia del Virrey, le dió prestada la obra de la *Historia de la Asamblea Constituyente de Francia;* y Nariño tradujo é imprimió

en una imprenta de su propiedad, que manejaba Don Antonio Espinosa, los famosos *Derechos del Hombre* proclamados en Francia. Esto sucedió á principios de 1794; y el 20 de Agosto del mismo año se presentó el español Don Francisco Carrasco denunciando este hecho al Virrey. Dióse conocimiento á la Audiencia, la que inició un sumario dividido en tres partes: uno por conatos de sedición; otro por pasquines y libelos; y el tercero sobre impresión de los *Derechos del Hombre,* que correspondía á Nariño, quien resultó ser el responsable. Tocó esta causa al Oidor Don Joaquín Mosquera y Figueroa, y él se trasladó en persona á la casa de Nariño, que se dió preso en sus manos. Siguióse la causa y fué sentenciada, condenando á presidio y extrañamiento á Nariño, al abogado Doctor José Antonio Ricaurte, que había dado su firma para el escrito de defensa, y al impresor, Don Antonio Espinosa. Nariño fugó en el puerto de Cádiz y pasó de incógnito á Madrid, vió que su causa tomaba mal aspecto, y se fué á París á negociar la independencia de su Patria. Acababa de subir al poder el tribuno Tallién, y con él tuvo una conferencia el proscrito santafereño. Tallién le manifestó ardientes simpatías por su causa, pero le dijo que Francia amenazada en el interior y en el exterior, no podía auxiliar á Nueva Granada. Dirigióse entonces Nariño á Londres y logró conferenciar con el Ministerio, de quien recibió igualmente respuesta negativa; y desesperando ya de que su Patria se independizase por auxilios extranjeros, determinó venir á probar fortuna en su seno, para ver si con sus propias fuerzas podía el Virreinato adquirir su independencia. Penetró por la Guaira y Cúcuta, llegó á Santafé, cuando ya gobernaba el Reino Don Pedro Mendinueta: vióse á punto de

ser cogido, y determinó entonces hacer de la necesidad virtud, negociando su entrega con el Virrey, por medio del Arzobispo Señor Compañón, quien obtuvo la garantía de la vida en cambio de la entrega de la persona. Mendinueta le recibió declaración instructiva, y en ella, dice el Señor Restrepo en su *Historia de Colombia, delató á sus compañeros de conspiración, conducta débil que le ha atraído justas censuras.* Mas lo que calló el Señor Restrepo, fué que los compañeros de conspiración que *delató* fueron *Tallién* y *Peel,* Ministros de dos grandes naciones europeas, y Don José Caro, habanero, residente en París, y todos tres fuera del alcance de la policía del Virrey de Santafé. *Delató* también seis curas realistas que había conocido en su viaje por las provincias del Norte, y cuyo realismo determinó castigar con un susto inofensivo. Con esta original *delación,* que abona su presencia de espíritu, satisfizo la exigencia del Virrey y las condiciones de su entrega. Por lo que hace á sus verdaderos compañeros de conspiración (Lozano, Acevedo, Torres, los Gutiérrez, etc., etc.) excusado es decir que á ninguno delató, y el señor Virrey, muy satisfecho con el descubrimiento de que Tallién era conspirador, no tuvo ni para que sospechar qué en el patriciado de Santafé estaban los que iban á dar en tierra con su autoridad. Nariño fué puesto en libertad, y se retiró á su quinta de Fucha donde se entregó á explotaciones agrícolas, completamente desconocidas entre nosotros y que volvieron á darle algún caudal para mantener su familia.* En la

* Las casas en que vivieron los grandes hombres han sido sañaladas siempre á la veneración de sus conciudadanos, con una lápida de mármol ó cualquier signo de respeto. Nuestro Cabildo, por razones que queremos callar ha guardado siempre majestuoso silencio sobre

confiscación de sus bienes ordenada por la Audiencia en 1794, había perdido una fuerte suma, al mismo tiempo que habían hecho lastar á sus fiadores el valor de la fianza. Estaba en su retiro, cuando el nuevo Virrey, señor Amar y Borbón, lo hizo poner preso otra vez y lo mandó á Cartagena, en compañía del Oidor Miñano. Fugó en el Magdalena; pero al llegar á Santamarta fué denunciado y cogido de nuevo, y remitido á Bocachica, en donde permaneció hasta que la revolución de 1810 lo puso en libertad. En otro capítulo lo examinaremos como escritor, y veremos la segunda y última parte de su vida.

* * * * *

La literatura en América está de tal modo enlazada con los sucesos políticos, que no se puede seguir la marcha de aquella sin buscar su causa en éstos. La política decide en estos países aun de las escuelas literarias, por más extraño que parezca; y las relaciones internacionales que hemos tenido con los pueblos de Europa de 1810 hasta la fecha, han ido marcando distintas fases á las letras, por la imitación de los autores de la nación con quien se

Nariño, el más ilustre de los hijos de su distrito. Para corregir en parte este silencio, señalaremos á la posteridad los lugares que habitó Nariño en Santafé. Su casa de habitación fué la que hoy posee la familia Lombana en la Plazuela de San Francisco: su quinta, la que hoy lleva el nombre de *Quinta de Ramos*. Su cárcel en 1794, la llamada *Cárcel de Corte* en el edificio en que hoy están los cimientos de la obra futura llamada el Capitolio; y en 1797, el cuartel del batallón auxiliar, que estaba en la casa de la plaza y es hoy de la familia Montoya. El Senado ante el cual fué acusado en 1823, se reunió en el edificio del Colegio de Santo Domingo, donde hoy está el despacho del Procurador Nacional.

han estrechado relaciones inspiradas en un principio por necesidades políticas. Á principios de este siglo no las teníamos sino con la madre patria: por desgracia, la literatura española estaba en su época de decadencia, y entonces el espíritu nacional comenzó á aficionarse á los escritores franceses, que eran buscados únicamente por dar pábulo á las ideas liberales que ya empezaban á alborear en la colonia. Las Musas españolas, frías, prosaicas y sin alas en ese tiempo, no podían cautivar la atención de los literatos granadinos que estaban llenos de entusiasmo, ni de esta nación que estaba entrando en la edad juvenil, robusta y apasionada. Si por aquel tiempo hubieran existido literatos de primer orden en España, sus obras habrían ocupado la hambrienta imaginación de los hijos del trópico; y éstos probablemente habrían gastado sus fuerzas nacientes en lecturas y estudios literarios; pero era imposible que se satisficieran con los Argensolas, Arriaza y Cañizares. Arrojábanse con ansia á los autores franceses y allí bebían hasta embriagarse, las mágicas ideas de *libertad*. Todos estos libros venían de contrabando, pero en abundancia, á la colonia; y la circunstancia de la prohibición aumentaba su mérito con la fascinación de lo misterioso y lo vedado. En resumen, un Calderón de la Barca, un Lope de Vega acaso habrían dilatado, si no evitado, la revolución granadina de 1810.

Contribuyó grandemente á la transformación el mismo Gobierno español, con el sistema político que seguía con sus colonias y con los magistrados que imprudentemente enviaba á regir estos pueblos.

La revolución de 1810 no ha sido estudiada filosóficamente ni por los autores españoles ni por los autores americanos. Para los primeros ha sido una ingratitud,

una simple insurrección, imperdonable para algunos, disculpada en parte por otros, calificada por varios de prematura. Para los segundos ha sido origen de un hacinamiento de lugares comunes, repetidísimos ya hasta el fastidio. Nosotros, sin pretender aventajar á esos historiadores, queremos considerar la revolución, con la rapidez que nos prescribe la clase de nuestro escrito, bajo el punto de vista que nos parece ser verdadero, dejando á un lado el cargo de ingratitud que nos hacen los unos, y suprimiendo aquello de *las tres centurias de tiranía* y lo del *feroz león de Iberia*, y otras frases que han servido para los aniversarios y discursos políticos de los otros. Nos creemos colocados en un punto en que la imparcialidad no es una inspiración divina, sino simplemente una cualidad de nuestra posición. Nos ligan á España la sangre, el idioma, la religión, las tradiciones caras; á la Patria, y sobre todo, á los próceres de 1810, las mismas razones, más la veneración adquirida en el estudio de sus obras, el profundo y religioso sentimiento de gratitud por su sacrificio, el amor vehemente por el suelo de nuestra cuna, más querido mientras más desgraciado.

La revolución de 1810 fué hecha, en su mayor parte, por España.

La primera causa fué el sistema político que seguía en sus colonias: este sistema era el del secuestro. La comunicación entre España y Nueva Granada era ni más ni menos que la de un carcelero con su prisionero. Cerrados estaban constantemente nuestros puertos á todas las naciones europeas, y no llegaban á ellos sino las galeras reales que venían de la Península trayendo la correspondencia oficial y la *Gaceta de Madrid* y el *Mercurio de España*. Ninguna novedad literaria venía á interrumpir

la monotonía de la vida intelectual en la colonia. Sabido es que la Gaceta no contenía sino fútiles noticias políticas; y el Mercurio, que llevaba la alta y baja de las casas reales de Europa, avisando con solícito cuidado qué príncipes nacían y morían, no podía satisfacer el hambre intelectual de los colonos. Los artículos adicionales que traía aquella publicación indigesta, eran sobre agricultura que no podían tampoco llamar la atención de los campesinos de nuestro suelo, porque nada nuevo ni útil les enseñaba, atendiendo al diferente modo de ser entre los suelos europeo y americano; ó noticias de poco momento sobre otras ciencias.

Traía también correspondencia de las familias de los españoles residentes en el Nuevo Reino, correspondencia escrita siempre con suma porsimonia y precaución, para que en caso de que fuera abierta no sirviese de cabeza de proceso; y últimamente, venían unos pocos españoles á tomar posesión de los destinos con que habían sido agraciados, y uno ó dos comerciantes americanos que regresaban de España á donde habían ido á emplear su caudal en algún negocio de ropas para expender en las ciudades del Nuevo Reino.

La galera real llegaba cada seis meses, y regresaba llevando el *situado*, la correspondencia, y uno que otro osado criollo que se arriesgaba á ir á comprar mercancías en la Península, viaje para el que se preparaba como para una ausencia de dos años, haciendo testamento y confesión general. Una que otra vez llevaba también la galera real á algún hidalgo que iba á la Corte á pretender, bien provisto de documentos de nobleza y certificaciones de méritos. Vivía, pues, el pueblo granadino literalmente en reclusión; nuestros puertos eran tornos monjiles á

donde llegaba una que otra persona *de la familia*, á hacer una visita con permiso de S. M.; y el océano Atlántico era apenas un vasto locutorio.

Para conservar un pueblo, más aún, un continente en *secuestro*, y para atreverse á esperar que siempre lo conservarían así, era menester que nuestros antiguos reyes hubieran perdido la cabeza; porque el día que no pudieran ejercer esa vigilancia, tenían que perder estas posesiones ligadas á la Metrópoli por el temor y no por la conveniencia. Un cerrojo es siempre un mal guardián.

De esta incomunicación pueril con todo el mundo civilizado, se esperaban grandes resultados, el principal de ellos, el de que no perdiéramos *la inocencia*, es decir, que no oyéramos hablar de *libertad*, ni *derechos*, ni supiéramos que nos tocaba una herencia intelectual, como si estas cosas se pudieran ocultar á los hombres; como si en los mismos libros oficiales que se estudiaban, no se encontrara de sobra explicado á cuánto tiene derecho el hombre, y á cuánto pueden aspirar los pueblos. La hermosa doncella, con tal rigor criada, se fué con el primer hombre que rondó su calle, y Dios sabe que no era ése el que iba á darle honor y felicidad! Conquistó el inapreciable don de la libertad, á costa de su reposo y tal vez de su virtud. Sus padres mismos la perdieron.

Fueron nuestros magistrados españoles la segunda causa de la independencia. Tras de un Guirior, liberal é ilustrado que daba expansión á los espíritus, venía un Flores, ó sea un Piñeres, tiránico y apocado, que los deprimía. Ezpeleta abrió camino á la ilustración y á las aspiraciones, y Amar, su imbécil sucesor, acortaba la rienda. Bajo el Gobierno de Ezpeleta por

una parte tan ilustrado, por otra parte tan retrógrado, se vió la fundación del periodismo, y á la par el hecho escandaloso de tomar confesión á un acusado, con el feroz apremio de la tortura. Se prohibieron en repetidas ocasiones varias fábricas de tejidos, plantíos de viñas, linaza, etc. y otras empresas útiles, que estaban ya iniciadas y hubieran ocupado la atención de los colonos.

En la época de que venimos hablando, gobernaba el Virreinato el mísero anciano Don Antonio Amar y Borbón. Este magistrado cometió el incalificable exceso de prohibir unos certámenes de aritmética y geometría, que se iban á presentar. La efervescencia intelectual necesitaba caminar, y caminar velozmente, como un vapor después de que se carga su caldera: Amar quería que el buque no anduviese, y la caldera estalló! En esos momentos difíciles, pubertad de los pueblos, se necesitaba aquí un Virrey que fuera superior al pueblo que regía; y cualquiera de nuestra larga lista de próceres era superior al Virrey. Era llegado el momento de lanzar al pueblo en grandes empresas científicas y comerciales para distraer su atención y desviar su mirada de la inmensa hoguera que ardía en Francia, arrojando chispas al horizonte de todo el universo. Un Virrey americano, un Don Camilo Torres, por ejemplo, hubiera podido dominar la situación: Amar y sus enanos oidores la afrontaron con un desprecio que no ocultaban, y el resultado fué que el 20 de Julio de 1810 se reunió en la plaza mayor todo cuanto tenía la sociedad de noble y de elevado, de inteligente y heroico; se proclamó la independencia, y las puertas de la cárcel de corte se abrieron para el último de nuestros Virreyes. El patriciado del Reino, único autor de aquella

revolución, proclamó ese día la independencia, pero con sujeción todavía al gobierno español: dos años después proclamó la República democrática, poco después la federal, y en seguida fué á morir en los campos de batalla y en los banquillos. He aquí nuestra revolución; y tal como la hemos narrado, fué en todas las demás naciones americanas.

La lucha política interna tomó una animación desmesurada é indebida, puesto que tenían al frente el enemigo. Unos se dividieron por el sistema federativo, encabezados por Don Camilo Torres, y otros por el centralismo, acaudillados por Nariño. Cuando ya todos se habían convenido en la República central (lo que se consiguió con el triunfo de los federalistas, en 1814, siendo éste uno de los infinitos *quid pro quod* de nuestra historia) apareció en las costas granadinas la expedición de Don Pablo Morillo. Encontró este inculto y sanguinario soldado á todos nuestros próceres cansados de sus guerras intestinas, profundamente afligidos y dolientes. Un Ezpeleta hubiera organizado entonces el Virreinato sobre bases más sólidas que en la época pasada, y tal vez hubiera prolongado el dominio del Rey de España en estas regiones por todo el siglo XIX. Morillo determinó fusilar á los próceres; aquella sangre subió clamando al cielo, y quedó asegurada para siempre la existencia de la República. Nunca se ha visto que un bárbaro consiga otra cosa que lo contrario de lo que pretende: la ley de la reacción rige en el mundo moral como en el físico. El inmenso gemido de una población de viudas y de huérfanos atrajo la mirada de Dios y tras ella llegó á los campos de Boyacá, el 7 de Agosto de 1819, el pequeño ejército granadino y venezolano que en aquella gloriosa jornada aseguró la indepen-

dencia del país, que por la mañana de ese día era Nuevo Reino de Granada, y al caer la tarde, República de Colombia.

Los años comprendidos de 1810 á 1816 son los que se llaman comúnmente la *Patria boba*, y que fué una época caballeresca, edad de oro del carácter granadino, poblada de grandes y bellas acciones mezcladas con algo de candoroso y pueril, que nunca fué *bobo*. Este apodo que se ha dado á aquella época, es de inaveriguable etimología.

Al terminar esta época, entró la que los españoles mismos llamaron la *Reconquista*, y en la cual afectaron renovar todas las ceremonias de la conquista y fundación, haciendo entrar el sello real sobre una hacanea, en procesión, como en los primeros tiempos de la Audiencia; reinstalando solemnemente la Inquisición y todas las oficinas del Gobierno.

Hecha esta breve reseña, necesaria para inteligencia de los sucesos posteriores que ensayamos contar, seguiremos el curso de nuestra historia literaria.

Los colegios no recibieron mejora alguna del nuevo Gobierno: la cosa pública embargaba la atención de todos los hombres preeminentes, y los descuidaron por entero. Se acabaron los establecimientos particulares, y cayeron los de carácter oficial que no tenían fuerzas. Siguieron su marcha los de los conventos, á medias: los tres de la Enseñanza, el Rosario y San Bartolomé, subsistieron defendidos por su antigua y buena organización. El del Rosario continuó así seis años, hasta 1816, en que llegó Morillo y lo destinó para cárcel y capilla de los patriotas.

Resultado forzoso de la emancipación fué la creación

del periodismo político y oficial. El primer periódico de esta clase fué el *Diario político* fundado por orden del Gobierno, y cuya redacción corrió á cargo de Caldas, Camacho y José María Gutiérrez. Este periódico duró desde Julio hasta Septiembre de 1810. Nariño fundó su renombrada *Bagatela* en 1811. Lozano y Manrique el *Anteojo de larga vista*. El Gobierno de Cundinamarca, la *Gaceta oficial* en 1811. Al mismo tiempo aparecieron varias hojas volantes políticas, folletos sobre la situación, proclamas, constituciones y actas de los cuerpos electorales. En suma, el movimiento de la prensa fué abundante y notable, y se advierte en todas aquellas producciones que durante la calma hipócrita de los últimos años de la colonia, nuestros escritores habían cultivado de preferencia los estudios históricos y políticos, y hecho venir sigilosamente de Europa todas las obras notables en estos ramos. El estilo que reinaba en todos estos escritos es mediano en todas las cuestiones literarias y científicas, y vehemente y con frecuencia admirable en la política. La musa política era el único numen que los inspiraba. Se hicieron muchísimos versos, abundando en ellos el ramo de canciones patrióticas, pero todos son fríos y pobres. La lira de los poetas más notables de aquella época, como Madrid y Salazar, enmudeció durante aquel período borrascoso, y no volvió á sonar sino sobre las tumbas de sus amigos, cuando sobrevino la calma de la proscripción.

La imprenta tomaba vuelo á la par de la política. En Santafé existían cuatro, é iba popularizándose en las provincias este sublime arte. Poseemos impresos de Popayán, Cartagena y Antioquia, fechados en 1811 los más antiguos. El nombre de *Aurora* era común á muchas publicaciones periódicas que aparecieron, é indica de sobra

bajo qué acepción consideraban todos aquellos venerables hombres la nueva vida en que entraban: la *vida propia.*

Habíamos dejado á Nariño preso en el castillo de Bocachica. Desde allí dirigió una representación al nuevo Gobierno, pidiendo su libertad. Desearíamos consignar aquí el hecho de que fué puesto inmediatamente en el goce de ella, sin más condiciones que la de venir á contemplar el fruto de su obra y de sus padecimientos: la independencia. Por desgracia no fué así: el Gobierno patriota le exigió fiador, y Nariño, indignado por aquella mala acción, dió diez fiadores. Se vino entonces á Bogotá, y se retiró á su quinta de Fucha. Desde allí daba *La Bagatela*, publicación periódica que sostenía él solo, contra las ideas de federación y contra el desgobierno que empezaba ya á hacerse sentir en toda la República. Era Presidente de Cundinamarca Don Jorge Tadeo Lozano, elegido por la Junta Suprema, ó Junta de Regencia, proclamada por el pueblo el 20 de Julio de 1810. Un número de *La Bagatela*, en que pintaba la situación política, amenazada en todas partes por los españoles, conmovió al pueblo, y pidió la separación del señor Lozano y que se nombrase en su lugar á Nariño. El Congreso de Cundinamarca nombró, en efecto, á Nariño, quien tomó posesión de la Presidencia, en Septiembre de 1811. Comenzaron entonces á formarse los dos bandos políticos que desangraron y arruinaron la nación hasta entregarla exánime á los *pacificadores.* Nariño propendía por un gobierno central de toda la República; Don Camilo Torres con el Congreso de Tunja, quería la federación. Declaráronse la guerra, y después de varias peripecias, llegaron á dar un combate, el 9 de Enero de 1813, en la ciudad de Santafé. Las tropas federales venían acaudilladas por

Don Antonio Baraya. Una anécdota, en que figuran personajes que nos son conocidos, pinta el candor y la sanidad de carácter de los hombres de aquellos tiempos. Cuando acampaba Baraya frente á la ciudad, y en esta se prevenían para la batalla, Don Manuel del Socorro Rodríguez elevó al Gobierno un memorial en que manifestaba que amando con todo su corazón esta patria adoptiva para él, le dolía ver que iba á correr la sangre de sus hijos en una batalla fratricida: que para que este sacrificio se ahorrara, se ofrecía él como campeón de Santafé para lidiar cuerpo á cuerpo con Baraya. El Secretario de Relaciones Exteriores, Don Felipe de Vergara, substanció el memorial así: "admítese el desafío que propone este nuevo pugil, pero con la condición que en la lucha no ha de haber zancadilla."

Dióse la batalla, y quedó derrotado Baraya, y prisionero casi todo su ejército. Durante estas guerras civiles dió Nariño pruebas de la romana magnanimidad de su carácter. Un enemigo suyo, el señor Niño, Gobernador de Tunja, publicó un panfleto atroz contra Nariño: éste lo reimprimió en la *Gaceta de Cundinamarca*, sin explicación ninguna, dejando al cuidado de los lectores, que aceptaran ó no los violentos cargos que le hacía el escritor. Organizóse una conspiración para matarlo: uno de los conspirados, caballero de nacimiento, debía pedirle una audiencia á solas, y en ella darle la muerte. Lo supo Nariño, con todos sus pormenores, y guardó absoluto secreto á todos sus parciales. Llegó la hora: presentóse el conspirador y pidió una audiencia secreta al Presidente. Concediósela al punto éste, y pasaron al salón los dos solos. Apenas estuvieron en él, Nariño, impasible y lleno de amabilidad, púsose á cerrar por dentro todas las puertas

y á entregarle las llaves á su pérfido acompañante.—Qué hace su Excelencia? díjole éste asombrado.—Favorecer la fuga del que me va á matar, contestó el Presidente: no quiero que U. vaya á sufrir por mi causa. Y dicho esto, se sentó tranquilamente. El asesino puso en sus manos las llaves y el puñal que llevaba oculto, y le dijo inclinándose: creía que venía á matar á un tirano; pero nunca ofenderé á un ángel que lo penetra todo y lo perdona todo.—Siéntese U. á mi lado y hablaremos sobre estas cosas de la Patria, replicó Nariño.

Entre los prisioneros de la batalla del 9 de Enero, estaba el Gobernador Niño y fué puesto en libertad inmediatamente.

El triunfo obtenido sobre el ejército del Congreso de Tunja, dió gran preponderancia al vencedor, y se fueron arreglando poco á poco las diferencias de éste con el Congreso. Últimamente, y á consecuencia de que los españoles habían invadido ya la República, se determinó que Nariño, como general en jefe, marchara al Sur con el ejército de Cundinamarca y el del Congreso. Ganó la batalla del alto Palacé, derrotó al brigadier Sámano en la batalla de Calibío, forzó el inexpugnable paso del Juanambú, y nueve días después dió el combate de los Ejidos de Pasto, en que venció también. Durante la noche se apoderó el pavor del ejército vencedor, á consecuencia de haber quedado en posiciones divididas: un traidor ó cobarde clavó la artillería; y al amanecer del día siguiente, Nariño se encontró solo . . . . No quiso volver á la Patria, derrotado por su adversa fortuna; y sabiendo que los españoles y los pastusos lo buscaban activamente, se entregó á ellos. En la prisión á que fué llevado, el oficial de guardia era español y no le conocía, y hablaba con él,

seducido por sus distinguidos modales: en la conversación nombró á Nariño, deseando que pudiese verlo algun día para matarlo, como el hombre más malo que había en el Nuevo Reino.

—Yo soy Nariño, contestó el prisionero.

Á pocos momentos, sonó un tumulto en la calle: el pueblo de Pasto pedía á gritos la cabeza de Nariño. El oficial, convertido instantáneamente en amigo del hombre que tanto había odiado, se manifestaba alarmado por la vida del preso; éste le pidió que le permitiese salir al balcón para hablar con los que pedían su cabeza. Tal vez el oficial vió un buen recurso en esto, porque sabía por experiencia personal, cuán poderosas armas y defensa tenía el prisionero en su mirada y en su voz. Salió el preso al balcón, y habló . . . . Momentos después se retiraba el pueblo silencioso y conmovido.

Nariño fué llevado á Quito, donde quiso fusilarlo el Gobernador español; no se atrevió á tanto, y lo remitió á Lima, donde el Virrey también quiso fusilarlo; pero no atreviéndose tampoco á hacer caer aquella cabeza poderosa de inteligencia y de tranquilidad, lo envió á España. Hizo entonces el prisionero el viaje más penoso que haya hecho ninguna criatura humana al través del Atlántico: en un navío de vela, sin quitarle nunca los grillos, fué llevado por el cabo de Hornos desde Lima hasta Cádiz, y puesto allí en la cárcel llamada "la Carraca," donde permaneció cuatro años.

*   *   *   *   *

Hemos dejado á Nariño preso en la cárcel de Cádiz, donde sufrió desde el 6 de Marzo de 1816 hasta el 23 de Marzo de 1820 en que lo puso en libertad el movimiento

liberal encabezado por Riego y Quiroga. Al salir de la cárcel sacaba bajo el brazo un rollo de papeles en que había escrito un proyecto de constitución para su Patria, suponiendo que algún día sería libre . . . . Fe de apóstol! Hacía siete años que estaba ausente de su Patria, y no sabía de ella sino que habían triunfado los españoles. Inmediatamente fué proclamado Presidente de la Sociedad patriótica de la Isla de León, á donde se trasladó; allí explicaba los derechos del hombre y los principios constitucionales, é inclinaba los ánimos á que aceptasen y reconociesen la independencia de América. No pudiendo combatir con las armas al General Morillo, que entonces devastaba su Patria, lo atacó con la pluma, y desde la misma Patria del pacificador. Dió á luz en la Isla de León tres cartas contra Morillo, bajo el nombre de *Enrique Somoyar*, escritas con tanta elocuencia que produjeron una verdadera revolución en el campamento del omnipotente caudillo. Éste se vió obligado á escribir un folleto sincerándose, y algunos años después, á dar á luz sus *Memorias*, destinadas en su mayor parte á defenderse del vigoroso y elocuente ataque de Nariño. La revolución liberal que lo había puesto en libertad perdía terreno ante la absolutista que al fin la ahogó; y Nariño que era perseguido, huyó á Gibraltar, y de allí pasó á Londres, donde se ocupó en tomar noticias de las miras de Inglaterra respecto de la América, y en preparar la opinión para el reconocimiento de las nuevas Repúblicas. De Londres pasó á París con la mira de consultar su proyecto de constitución con los sabios de Francia. El Barón de Humboldt le trabajó la parte geográfica para la división de los nuevos Estados, y el Conde de Tracy y otros políticos le examinaron y aprobaron su proyecto. Éstos

le proveyeron de una abundante librería de ciencias políticas; y Humboldt y la Sociedad de geografía á la que fué introducido, de libros sobre ciencias exactas. Se dedicó también á aprender el uso de algunas máquinas de agricultura aplicables á la nuestra, y á trabajar la platina para adaptarla á la amonedación, sobre lo cual tenía vastas y originales ideas. Trabó amistad con algunos generales de Bonaparte, quienes le hicieron el acopio de obras militares, y de quienes aprendió muchos principios estudiados en las guerras homéricas del coloso del siglo, ya postrado por su misma grandeza. Con su copiosa librería, sus máquinas de agricultura y de amonedar, salió de Francia encaminándose á su Patria. En Achaguas se vió con el Libertador, que le había dirigido ya una carta gratulatoria por su llegada á la Patria; y al llegar á Cúcuta encontró los diputados que debían formar aquel memorable Congreso, que aun no se había reunido, y que lo nombró Vicepresidente de Colombia; y después de la renuncia de este empleo, Senador para 1822.

Se enfermó de gravedad, y fué traído en litera á Bogotá á donde entró después de nueve años de ausencia. Restablecido á medias, se preparó para asistir al Senado; pero algunos enemigos gratuitos que estaban en aquel cuerpo, y que querían inhabilitar su influencia, tacharon su elección y le acusaron de que no podía ser Senador, porque era deudor á los fondos públicos, y había estado ausente, por su gusto, de la Patria. En el primer cargo se referían al alcance que le impusieron como castigo las autoridades españolas, cuando fué preso por la publicación de los *Derechos del hombre;* y en el segundo, al tiempo que estuvo preso en Cádiz . . . Las repúblicas son feroces á veces en sus injusticias! Es que la humanidad

por un lado toca con el ángel y por el otro linda con las fieras, como una vega risueña que por un lado termina en fuentes y bosquecillos, y por otro acaba en un negro precipicio. Nariño, acusado, salió de su asiento senatorio á la barra, y allí pronunció su memorable defensa en que hizo pedazos á sus acusadores. "No se ha borrado todavía después de tantos años, decía el ilustre escritor, Doctor Mariano Ospina,* la profunda impresión que en nuestro ánimo produjo la poderosa voz del decano de los próceres de nuestra independencia. Mal cerradas las cicatrices que las cadenas de los tiranos habían dejado en las piernas del valiente soldado, apenas podía andar, y cada paso que daba era una elocuente desmentida á las calumnias de sus enemigos. Cuando, levantando altiva su noble frente, recordaba los primeros esfuerzos hechos por la independencia y por la libertad, y las inmensas pérdidas y crueles sufrimientos que ellos le acarrearon, preguntaba: 'En dónde estaban entonces esos hombres que hoy me calumnian? qué era de ellos cuando yo perdía hacienda, salud y libertad, para dar prosperidad, independencia y libertad á la Patria?' Cuando, poniendo á la vista documentos irrecusables, hacía que sus propios enemigos proclamasen los claros hechos de su patriotismo, las felices combinaciones de su genio, sus heroicas hazañas, su ilimitada y leal consagración, las lágrimas que su pérdida arrancara á los valientes defensores de la libertad, el sentimiento profundo de pesar que su cautividad derramara en los pueblos; el Senado entero, conmovido, inclinaba delante de él sus respetables canas, en señal de asentimiento y

* Contestación á un artículo que salió en el número 668 de *El Día.* 1849.

respeto. Nosotros, enternecidos, entusiasmados derramábamos lágrimas y batíamos las manos desolados."

Concluyó Nariño de leer su defensa, el más elocuente y noble escrito que hay entre nosotros; y el Senado le proporcionó entonces la ocasión de poner al pie de ella, cuando se imprimió, esta orgullosa nota: "Después de leída esta defensa, fué el acusado absuelto por unanimidad, faltando sólo un voto; el de un Senador que salió para no oirla." Sus mismos acusadores votaron en favor suyo; y el único que no votó fué porque tuvo miedo á la elocuencia y á la justicia representados en aquel hombre tan grande y tan extrañamente perseguido.

Después de este hecho, que lo llenó de amargura y de gloria, tuvo Nariño una polémica por la imprenta con el General Santander. Éste redactaba el *Patriota*, periódico de exiguo tamaño, y como el número se vendía á medio real, Nariño lo llamaba *el Patriota de á medio*, en *Los Toros de Fucha*, que era la publicación que él sostenía. Santander no quiso seguir disputando con el más grande hombre de su país; buscó la reconciliación, y desde ese día en adelante fué su amigo y admirador sincero. Poseemos cartas suyas en que lo trata con un respeto lleno de ternura. Nariño fué nombrado Comandante y General en jefe, destino que no pudo desempeñar mucho tiempo, porque se agravaron mucho sus padecimientos habituales, originados en su larga prisión de Cádiz. Pidió licencia para irse á temperar, y escogió por punto de residencia la villa de Leiva, el retiro favorito del insigne Venero de Leiva, Presidente del Nuevo Reino en 1564 y con quien tenía Nariño muchas semejanzas. Al tiempo de irse se despidió con un abrazo de cada una de las personas de su familia, que lo idolatraba,

y de sus amigos: hasta cuándo? le preguntaron. Hasta nunca! les respondió con su seductora sonrisa.

Apenas entró en el apacible clima de Leiva, se sintió mejor en su salud, tan mejor, que sus amigos que le acompañaban le creyeron salvado. "Ahora que estoy bueno, voy á buscar y señalar el sitio en que quiero ser enterrado, porque pienso morirme pronto," les dijo. Ellos rieron, y él también; y con risa y chistes les señaló el lugar que había escogido.

El martes 9 de Diciembre de 1823 tuvo un ataque muy fuerte, y arrojó sangre por la boca; el diez se hizo administrar, y el doce ponerse el santo óleo, anunciando que después de "este acto amigable con Dios, iría á practicar actos amigables con los hombres," y que le tuvieran ensillado su caballo. Montó, en efecto, y recorrió los alrededores, deteniéndose pocos momentos en cada casa, y despidiéndose con la más cordial urbanidad.... —Para dónde se va U? le preguntaban.—Para la eternidad; y no pido órdenes, porque no se me ocurre qué puedan mandar á decir allá, les contestó.

Al volver á la casa, se sentó en un sillón, y pasó la noche discurriendo largamente con el médico sobre el carácter y fin de la enfermedad que *había tenido*, y de cómo iba á morir. Viendo á algunos de los circunstantes muy afligidos, los consolaba con palabras festivas.—Qué chasco el que voy á jugar á los españoles! les decía: me voy al cielo antes que ellos. Al aparecer la aurora, bellísima y radiante, dijo: qué buen día me va á hacer! En seguida oró largo rato, y meditó. Mientras hablaba, observaba con el reloj en la mano, el estado de su pulso: hizo notar á los médicos que ya había terminado la pulsación, y les decía: "he muerto ya! UU. hablan con un

cadáver." Pidió que le hicieran venir algunos músicos para que le cantasen los salmos penitenciales. Mientras llegaban, discurrió sobre la muerte y sus diferentes formas según las creencias y las costumbres de los pueblos.

Su confesor, el doctor Buenaventura Sáenz, cura de Sáchica, le decía, hablándole de su próxima muerte, "que no tuviera cuidado."—Jamás lo he tenido, le replicó blandamente. Á las doce del día dijo que avisaría cuando llegase el momento; y poco después cerrando el reloj y poniéndolo entre el bolsillo dijo: *ya es tiempo!* y cubriéndose con la señal de la cruz, expiró . . . !

Uno de sus amigos, ignoramos por desgracia su nombre, redujo á un bellísimo soneto, las últimas palabras de Nariño, haciendo ligeras variaciones para formar los versos. Nariño había dicho el doce por la noche, hablando de su vida pública:

"Odié siempre por instinto á los tiranos: luchando contra ellos perdí cuanto tenía, perdí hasta la Patria! Cuando apareció por fin esa libertad por quien había yo sufrido tanto, lo primero que hizo fué tratar de ahogarme con sus propias manos. Es increible que, ya hubiera Audiencia ó Asambea patriota, al aparecer el día lo saludaba yo preso, amenazado ó desterrado. . . . . Me han dado cadenas todos: me han calumniado! Pero no he aborrecido ni á los que más me han perseguido.

Pónganme este epitafio: no quiero nada más y nada menos: Amé á mi Patria: cuánto fué ese amor, lo dirá algun día la Historia. No tengo que dejar á mis hijos sino mi recuerdo; á mi Patria le dejo mis cenizas."

Tales palabras, pronunciadas en la noche del doce y en la mañana del trece, sirvieron para formar esta pieza que ha permanecido inédita.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DEL GENERAL NARIÑO RECOGIDAS POR SUS AMIGOS EN EL SIGUIENTE

SONETO

Enemigo mortal de los tiranos
Perdí familia, Patria y cuanto había;
Nació la libertad, por quien ardía,
Y ahogarme quiso con sus propias manos.
Fuera el pueblo ó el rey mis soberanos
Hallábame exaltado ó preso el día;
Á mi inocencia siempre prevenía
Grillos la España, grillos mis hermanos.
Amé á la Patria, promoví su gloria,
Y á pesar de la envidia calumniosa
Mi tierno afecto lo dirá la Historia:
Pruebas le dejo de constancia honrosa;
Á mis hijos y deudos mi memoria,
Y mis cenizas bajo de esta losa.

Con la muerte de Nariño debía terminar la relación de su novelesca existencia; pero los odios que lo persiguieron vivo, no lo dejaron muerto, y le formaron aventuras póstumas que debemos narrar igualmente.

Sus hijos tenían preparada una función fúnebre á su memoria, para el 13 de Febrero de 1824, función religiosa únicamente, pero que no pudo llevarse á efecto porque el predicador que estaba comprometido para pronunciar la oración fúnebre, el ilustre Doctor Francisco J. Guerra de Mier, les dirigió cuatro días antes una carta en que se excusa de predicar la oración, porque ha sido amenazado y tiene evidencia de *que lo padecerá hasta en su cuerpo.* Tan salvaje intolerancia de parte de las autoridades, asombra al que hoy, á sangre fría, piensa en ella.

Nariño, tan grande, tan desgraciado y tan magnánimo

como Scipión, pudo, como él, mandar poner en su tumba aquel conocido epitafio:

Ingrata patria, non habebis ossa mea.

Sus huesos yacieron en la villa de Leiva por más de treinta años. Bogotá, debiera enorgullecerse de ser la Patria de aquel griego del siglo XIX; mas su cabildo que ha conmemorado hasta la memoria de algunos hombres ruines, no ha dedicado ni un renglón de sus actas á la memoria de Nariño.

El Doctor Estanislao Vergara escribió un curioso y magnífico paralelo entre Nariño y Bolívar, comparándolos en las fases de su vida y en las de su elocuencia. Debemos advertir que él no fué partidario de Nariño, lo que da más fuerza á su elocuente paralelo que es natural insertar aquí:

El General Nariño y el Libertador tuvieron rasgos de semejanza. Hijos de familias ilustres, y en aquel tiempo acomodadas, y ambos de distinguidos talentos, sin haber estado en colegios públicos, á pesar de sus proporciones, ambos se formaron á sí mismos sin necesitar de maestros, y sólo con la lectura de los autores clásicos que pudieron proporcionarse. Conociendo desde muy temprano la justicia y necesidad de la emancipación de estos países del dominio español; si el uno escapándose de su prisión en España pasó á Inglaterra á combinar con el célebre ministro Pitt el plan de verificarla, solicitando para ello los auxilios correspondientes; el otro, después de contraer relaciones en Francia con los hombres más eminentes de la revolución; pasando á Italia, y estando en Roma, hizo en el monte sagrado el juramento de emplearse activamente y sin descanso en la consecución de tan grande empresa. Verificada ya la revolución en Venezuela, y en la Nueva Granada, uno y otro fueron Dictadores en sus respectivos países: y si Nariño creyó que éste no podía salvarse sin un gobierno que tuviera á su disposición todos

los recursos para organizar ejércitos y hacerlos marchar á donde quiera que amagaran los españoles, libertando al mismo tiempo los pueblos y provincias que por sí solos no habían podido sacudir el yugo que pesaba sobre ellos; el Libertador extendiendo á más el pensamiento, y estimando que la Independencia no podía obtenerse sin los esfuerzos reunidos de venezolanos y granadinos, y teniendo un gobierno que á ambos comprendiera, obró en consecuencia, y el resultado probó la exactitud de su cálculo y del que había formado Nariño, aunque en más pequeña escala. Fueron ambos presidentes, el uno en Cundinamarca y el otro al principio en Venezuela y después en Colombia; y reuniendo en sí mismos el poder militar también, pudieron á virtud de esta doble autoridad, mandando y ejecutando lo que habían concebido, obtener brillantes victorias. Las de Nariño se desgraciaron con su prisión en Pasto y las del Libertador por poco se desgracian también, y aun antes de obtenerlas con lo que ocurrió en Ocumare. Prisionero aquél, quedó su vida á discreción y merced de los que ya habían sacrificado á patriotas distinguidos, á quienes la impericia ó la desgracia habían puesto en sus manos: y el Libertador, aunque nunca estuviera en ellas, escapó no obstante dos veces de la muerte que semejante gente le preparara, la una en Kingston y la otra en el Rincón de los Toros. Tuvieron ambos la desgracia de haber promovido la guerra civil entre los patriotas granadinos, dando causa Nariño á que ellos se batieran en Ventaquemada, en el Socorro y en los ejidos de esta capital, y marchando el otro contra Cartagena á la que asedió por algún tiempo, proporcionando ambos á los españoles un motivo de gozo y de contento, viendo debilitarse la fuerza que debía resistirles, mientras semejantes fratricidas contiendas les daban tiempo para vigorizarse ellos, y atacar después con mejor suceso á los que así abusaban de los recursos que estaban en su poder para llevar á cabo la Independencia. Ambos se arrepintieron de tan fatal aberración; y si Nariño entrando en relaciones amistosas con el Congreso, y poniéndose de acuerdo con él, organizó un brillante ejército y lo condujo á la victoria en Palacé, Calibío, Juanambú y Tacines, el Libertador, dejando en Cartagena los restos de su ejército, siguió inmediatamente á buscar auxilios, que pudiéndolo hacer capaz de sostener la guerra con suceso en Venezuela, distrajera la atención del enemigo y lo debilitara para que no pudiera obrar con éxito en la Nueva Granada. Partidarios ambos de un gobierno, que fuera bastante fuerte para hacerse respetar interior y exteriormente, fueron tachados de ambiciosos y de quererlo todo para sí,

suponiéndose aún con respecto al Libertador, que aspiraba á la monarquía: Nariño desmintió estas sospechas cuando poco antes del 9 de Enero de 1812 ofreció á los comisionados del Congreso, que venían con el ejército, no sólo dejar el Gobierno, sino aún abandonar el país; y el Libertador dió pruebas sensibles de lo infundadó de semejantes sospechas, no sólo denegándose á la propuesta que le hizo Páez de que se coronase, sino mandando, luégo que tuvo conocimiento de ello, que se recogiese todo cuanto se hubiera hecho relativamente al proyecto, que con acuerdo de patriotas nada despreciables, se había puesto en planta por el Consejo de Ministros acerca del establecimiento de esa forma de gobierno. Por último, si ambos tuvieron muchos enemigos, tampoco les faltó un número muy crecido de amigos; y si muriendo uno y otro fuera del lugar de su nacimiento, y ausentes de sus parientes y relaciones, hubo aún en esto semejanza entre ellos, no les faltó en cuanto á la enfermedad que los llevó al sepulcro, y que fué, poco más ó menos, del mismo carácter en ambos. Nariño tuvo la ventaja sobre el Libertador de haberle precedido en el pensamiento de independizar estos países, y de haber cooperado á obrar en ese sentido mucho antes que él se hallara en edad de acometer tal proyecto; pero en la ejecución de éste, la ventaja estuvo toda de parte del Libertador, y así quedaron iguales.

Habiendo habido entre los dos tantos rasgos de semejanza en sus pensamientos, acciones y conducta y aun respecto de su nacimiento y educación, preciso es que en el manejo de los negocios se les ocurrieran algunas veces circunstancias que también los hicieran semejantes. Presentaremos ahora un caso de igual naturaleza, y viéndose cuál fué entonces su comportamiento, se podrá comparar la elocuencia de los dos, en la que sí se hallará una sensible diferencia, teniendo la de Nariño mucho de la de Cicerón, cuando la del Libertador sólo tenía y participaba de la de Demóstenes.

* * * * * * *

Se ha visto ya cuál fuera la del General Nariño. Viva, festiva, llena de gracia y encanto, sin poder negar que era bogotano, hermoseaba sus más serias producciones con agudezas, que lejos de debilitar la convicción le daban todavía más fuerza.

Este juicio, y el habér puesto á su periódico el mismo nombre del que sostuvo Nariño en 1811, demuestran la

admiración que profesaba por el más grande de los cundinamarqueses, á pesar de que no siguió nunca su bandera.

Sus palabras finales nos ahorran el trabajo de expresar nuestro concepto sobre el carácter de los escritos de Nariño. Réstanos sólo poner algunas muestras de su estilo, que tomamos de su célebre defensa ante el Senado. El lector puede estudiarlo de una manera más concienzuda en el primer tomo de sus obras que acaba de aparecer.*

Hoy me presento, señores, como reo ante el Senado de que he sido nombrado miembro, y acusado por el Congreso que yo mismo he instalado, y que ha hecho este nombramiento: si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos después de la instalación del Congreso, nada tendría de particular esta cuestión: lo que tiene de admirable es ver á dos hombres que no habrían quizá nacido cuando yo ya padecía por la Patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser Senador, después de haber mandado en la República, política y militarmente en los primeros puestos sin que á nadie le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias, por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público, sobre unos puntos que daban pábulo á mis enemigos, para sus murmuraciones secretas; hoy se pondrá en claro, y deberé á estos mismos enemigos, no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones. ¡ Qué satisfactorio es para mí, señores, verme hoy como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un Senado que él había creado, acusado por dos jóvenes, acusado por malversación, después de los servicios que había hecho á la República; y el poderos decir sus mismas palabras al principiar el juicio: "*oid á mis acusadores*, decía aquel grande hombre, *oidlos, señores; advertid que todo ciudadano tiene derecho de acusarme, y que en no permitirlo, daríais un golpe á esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado.*"

* Gracias á la cooperación del distinguido y sabio Doctor Mariano Ospina, y otros ciudadanos, pudo el que esto escribe, dar á luz el primer tomo de los escritos de Nariño, que comprende desde 1792 hasta 1811.

Tres son los cargos que se me hacen, como lo acabáis de oir.

1.° De malversación en la tesorería de diezmos ahora treinta años.

2.° De traidor á la Patria habiéndome entregado voluntariamente en Pasto al enemigo, cuando iba mandando de General en jefe la expedición del Sur el año de catorce.

3.° De no tener el tiempo de residencia en Colombia, que previene la Constitución, por haber estado ausente por mi gusto, y no por causa de la República.

No comenzaré, señores, á satisfacer estos cargos implorando, como se hace comúnmente, vuestra clemencia, y la compasión que naturalmente reclama todo hombre desgraciado; no, señores, me degradaría si después de haber pasado toda mi vida trabajando para que se viera entre nosotros establecido el imperio de las leyes, viniera ahora al fin de mi carrera á solicitar que se violasen en mi favor. Justicia severa y recta es la que imploro en el momento en que se va á abrir á los ojos del mundo entero, el primer Cuerpo de la Nación, y el primer juicio que se presenta. Que el hacha de la ley descargue sobre mi cabeza, si he faltado alguna vez á los deberes de hombre de bien, á lo que debo á esta Patria querida, ó á mis conciudadanos. Que la indignación pública venga tras la justicia á confundirme, si en el curso de toda mi vida se encontrase una sola acción que desdiga de la pureza de mi acreditado patriotismo. Tampoco vendrán en mi socorro documentos que se pueden conseguir con el dinero, el favor y la autoridad; los que os presentaré están escritos entre el cielo y la tierra, á la vista de toda la República, en el corazón de cuantos me han conocido, exceptuando sólo un cortísimo número de individuos del Congreso que no veían, porque les tenía cuenta no ver. Así mi vindicación, sólo se reducirá á recordaros compendiosamente la historia de los pasajes que se me acusan, acompañada de los documentos que entonces existían, y de algunas reflexiones nacidas de ellos mismos. . . . . .

* * * * * * *

El tercer cargo que se me hace es la falta de residencia que exige la Constitución por haber estado ausente, dice . . . . *por mi gusto, y no por causa de la República.* Nada más bello, señores, nada más conforme con las ideas del acusador . . . . . que este cargo. Sí, señores, él acaba de correr el velo á esta maldita intriga: él os descubre las intenciones, las miras, la razón y la justicia con que se me han hecho los otros cargos. Por mi gusto dejé de ser Presidente Dicta-

dor de Cundinamarca: por mi gusto dejé de ser General en jefe de los Ejércitos combinados de la República: por mi gusto perdí veinte años de sacrificios hechos á la libertad; las penalidades de ocho meses de marchas, y el fruto de las victorias que acababa de conseguir: por mi gusto abandoné mi Patria, las comodidades de mi casa, la compañía de mis amigos, y mi numerosa familia: por mi gusto desprecié el amor de los pueblos que mandaba, para irme á sentar con un par de grillos entre los feroces pastusos, que á cada hora pedían mi cabeza: por mi gusto permanecí allí trece meses sufriendo toda suerte de privaciones y de insultos: por mi gusto fuí transportado preso entre doscientos hombres hasta Guayaquil; de allí á Lima, y de Lima por el Cabo de Hornos á la real cárcel de Cádiz: por mi gusto permanecí cuatro años en esta cárcel encerrado en un cuarto, desnudo, y comiendo el rancho de la enfermería, sin que se me permitiese saber de mi familia. ¿No os parece, señores, que es más claro que la luz del día, que yo he estado ausente por mi gusto, y no por causa de la República? . . . . . .

Y á vista de semejante acusación, comenzada por el primer Congreso general y al abrirse la primera Legislatura, ¿qué deberemos presagiar de nuestra República? ¿Qué podremos esperar para lo sucesivo si mis acusadores triunfan, ó se quedan impunes? Por una de esas singularidades que no están en la previsión humana, este juicio que á primera vista parece de poca importancia, va á ser la piedra angular del edificio de vuestra reputación. Hoy, señores, hoy va á ver cada ciudadano lo que debe esperar para la seguridad de su honor, de sus bienes, de su persona; hoy va á ver toda la República lo que debe esperar de vosotros para su gloria. En vano, señores, dictaréis decretos y promulgaréis leyes llenas de sabiduría, en vano os habréis reunido en este templo augusto de la ley si el público sigue viendo. . . . . .

* * * * * * *

. . . . . . En vano serán vuestros trabajos, y las justas esperanzas que en vuestra sabiduría tenemos fundadas. Si vemos ejemplos semejantes en las antiguas Repúblicas, si los vemos en Roma y Atenas, los vemos en su decadencia en medio de la corrupción á que su misma opulencia los había conducido. En el nacimiento de la República Romana vemos á Bruto sacrificando á su mismo hijo por el amor á la justicia y á la libertad; y en su decadencia á Clodio, á Catilina, á Marco Antonio sacrificando á Cicerón por sus intereses personales. Atenas nació bajo las espigas de Ceres, se elevó

á la sombra de la justicia del Areópago, y murió con Milcíades, con Sócrates y Foción. ¿Qué debemos pues esperar de nuestra República si comienza por donde las otras acabaron? Al principio del Reino de Tiberio, dice un célebre escritor, la complacencia, la adulación, la bajeza, la infamia, se hicieron artes necesarias á todos los que quisieron agradar; así todos los motivos que hacen obrar á los hombres, los apartaban de la virtud, que cesó de tener partidarios desde el momento que comenzó á ser peligrosa. Si vosotros, señores, al presentaros á la faz del mundo como legisladores, como jueces, como defensores de la libertad y la virtud, no dais un ejemplo de la integridad de Bruto, del desinterés de Foción, y de la justicia severa del tribunal de Atenas, nuestra libertad va á morir en su nacimiento. Desde la hora en que triunfe el hombre atrevido, desvergonzado, intrigante, adulador, el Reino de Tiberio empieza, y el de la libertad acaba.

CONSEJOS Á UNA NIÑA

Á ELVIRA SILVA GÓMEZ

ELVIRA,

EN los risueños cuentos de la infancia se habla de princesas á cuyas cunas se llamaron las Hadas para que les deseasen y consiguiesen todas las virtudes y todas las dichas. Cuando tú estés por la edad en situación de leer y comprender estas páginas, ya estarán lejos de ti los risueños cuentos de la cuna, ya no habrá historias de Hadas amigas ni de princesitas dormidas. Estarás aprendiendo las crueles verdades de la vida, y aún no las sabrás todas. Extrañarás entonces que tus padres no llamaran dos ri-

sueñas Hadas á tu cuna con sus varitas mágicas, sino á los dos más desgraciados de sus numerosos amigos. Esto no tiene más explicación que el cariño; pero sería fácil encontrarle una. Todo es tan instable en la vida, que acaso los que ríen te atraerán dolores y nosotros con nuestros dolores tal vez te atraeremos dichas. El pararrayo, que tú conocerás después, llama á sí todos los rayos y deja libre y seguro el espacio que lo rodea. Así son los desgraciados y por eso no producen mala sombra. Ellos están ahí para recibir todas las tempestades del cielo.

Para esa edad que se te espera y que vendrá á ti "coronada de rosas y cantando," ya habré muerto yo, confiando en Dios, y contrastarán estas líneas en que te hablo de la vida y de sus flores, con las líneas que digan en mi sepulcro estas palabras, cuya sencillez no ahoga su profunda verdad: *Aquí descansa* . . . . y luégo un nombre, el mismo que voy á poner al pie de estas páginas. Mis palabras de hoy tendrán entonces doble solemnidad para ti, y pensando en ello te las escribo. Qué diferencia! Yo que estoy ahora en la plenitud de mi vida y de mis dolores, estaré entonces descansando á la sombra de una cruz; y tú que no entiendes ahora lo que te hablo, y que te encuentras en el indeciso albor de la vida, estarás entonces en la plenitud de tu belleza y de tu inteligencia. Querrás acaso oirme, oir de mi boca estas palabras que leerás escritas y será imposible, tan imposible como si yo deseara en mis últimos días volver á oir tu voz con que hoy balbuceas el nombre de tu padre. La vida habrá hecho su destrozo en ambos: á ti te habrá quitado la paz de la infancia para darte las agitaciones de la juventud, y á mí las de mis actuales dolores para darme la paz del sepulcro.

Conversemos, pues, al través de tu cuna y de mi tumba.

Para entonces, Elvira, los negros cabellos de tu madre tendrán hilos de plata: la erguida estatura de tu padre comenzará á inclinarse en la tarde de su vida, como se inclina uno en la noche de su día, buscando el reposo; que el día como la vida cansan con sólo vivirlos. Ambos cansados ya de su felicidad, como yo lo estoy de mis pesares, porque el alma no tiene fuerzas ni para lo uno ni para lo otro, mientras está prisionera entre el cuerpo, te dirán que nos leas y que nos oigas.

Óyeme, pues, querida Elvira.

Y nos oirás, no es cierto? Más bien que las fútiles páginas que el Mundo pondrá ante tus ojos, leerás las que están en este libro, no es cierto? Qué mucho que te pidamos tu noble padrino y yo una hora sobrante de las fiestas de tu juventud para que las leas, si en cambio te dejamos todas las horas de tu vida para que seas dichosa?

Oye, querida niña, las palabras de dos pobres viajeros que se sentaron por un momento en tu hogar, y antes de seguir su camino quisieron dejarte una predicción, un conjuro para que seas feliz siempre!

Sabemos él y yo que tan imposible es evitar que en la juventud dé la mujer lleguen serenatas á su reja y cantares á su corazón, como que vengan rosas á sus mejillas, perlas á su boca, sonrisas á sus labios, luz á sus ojos. El corazón, al despertarse de la infancia, palpita, y el alma, puesto que viene del cielo, sueña y ama. No queremos que dejen de venir ni esas flores ni esos cantares, ni que ese corazoncito que hoy se sobresalta con el vuelo de una mariposa, deje de palpitar de amor: lo que queremos es

que esas rosas no se marchiten ni que esos cantares se apaguen! Lo que queremos es que tomando la vida tal cual es, buena y amable como un don de Dios, la vivas en paz y que al morir no te acuerdes de ella como de un crimen que te haga temblar, sino como de una virtud que te haga sonreir!

Y cómo podrá ser que la dicha sea una virtud? Aguardando pacientemente á que Dios la envíe; comprometiéndolo á fuerza de virtudes á que la envíe pronto y sosteniéndolo con ellas para que la conserve, á fin de que si ÉL juzga conveniente en su sabiduría infinita que se acabe, pues

> Ni toda pena es maldición del cielo
> Ni todo gozo bendición de Dios,*

se acabe escapándose como un perfume de entre un vaso que se abre, y no como una fiera que se huye de su jaula.

El hombre tiene la iniciativa para hacer su dicha y la de la mujer, y para labrar también su infelicidad y la de ella; pero la mujer tiene una misión más suave, más propia de su delicadeza, de su sensibilidad y de su pudor. Su misión consiste en aceptar y seguir el bien (el bien es su dicha) y en rechazar el mal (el mal es su dolor y su desgracia).

Y cómo sabrás cuál es el bien y cuál es el mal?

Antes de que viniera Jesucristo al mundo, Séneca ó Platón hubieran escrito un volumen entero para explicarte el bien y el mal. Después de que vino el Redentor, la conciencia adquirió la certeza de su camino, porque se iluminó instantáneamente, menos con la sabiduría que emanaba de aquellos labios que con la luz, la luz

* Caro.

del cielo, que salía de aquellos ojos. "El que lo sigue no anda en tinieblas."

La sabiduría humana antes y después de ÉL, suda y forcejea por atar las acciones humanas, pero en vano! Sólo ÉL, dueño del alma, supo el verdadero remedio y ordenó atar el pensamiento. No lo olvides, Elvira! las ondas del torrente que baja de la montaña, no se detienen en su caída cuando ya arrastran peñascos; se detienen allá arriba cuando son una gotita de agua que nace entre una hoja de musgo y aparece apenas como una perla. Haz bueno y casto tu pensamiento: llénalo de piedad y de dulzura: ofrécelo en tributo y sacrificio incesante á Dios y verás que todas tus acciones serán como él.

Para mayor apoyo de la debilidad femenina crió Dios un modelo y un espejo de mujeres en su Madre. Criada en el silencio del hogar, como el ave en el silencio del bosque; humilde y pudorosa el día que se le notificó su dicha; relinda y laboriosa en su vida de familia; intercesora, benévola y humilde cuando la vida pública de su Hijo la hizo encontrarse con la sociedad; sufriendo silenciosa y resignada cuando le tocó la prueba del martirio; silenciosa también y también resignada cuando llegó la de su gloria; no tuvo en toda su vida un día que no sirviese de modelo, ni dió un paso que no pudiera servir de huella. Por ella y en ella fué rehabilitada la mujer: fuera de ella no hay salvación posible para la mujer.

Un rey de Francia felicitaba á una madre que tenía dos hijos.—"Señora, le dijo, tenéis un hijo de quien se habla mucho y una hija de quien no se habla nada." Éste es el mejor elogio que se puede hacer de una cristiana, y yo te lo recomiendo para que trates de merecerlo. Para el hombre el ruido y las espinas de la gloria: para

la mujer las rosas y el sosiego del hogar; para él el humo de la pólvora; para ella el zahumerio de alhucema. Él destroza, ella conserva; él aja, ella limpia; él maldice, ella bendice; él reniega, ella ora.

Sigue, pues, tu camino y no extrañes encontrar en él deberes dolorosos. La vida no es un baile de aparato sino una prueba de justificación. La parte peor es la del crimen: la virtud tiene á veces lágrimas, pero nunca sollozos ahogados: tiene la lucha de una tentación, pero jamás los dolores de un remordimiento.

Niña, vive feliz; si llegas á ser esposa, sé fiel y humilde. Obedece siempre, para no dejar de reinar. Dios, tus padres, tu esposo serán tus únicos dueños: el mundo los llama algunas veces tiranos: la felicidad los llama guardianes. La vida no es la mala sino sus habitantes. No les maldigas nunca, pero perdona siempre. Para que las grabes en tu memoria te acompaño unas máximas, pequeño código de filosofía práctica que me ha enseñado el trato con mujeres virtuosas, que fueron fieles y murieron en paz. Léelas á menudo, si tus padres te lo permiten, pues sin licencia de ellos no debes ni aspirar á la felicidad.

No alces nunca tus ojos sino para mirar al cielo.

No cierres nunca tu corazón á tu madre: déjala leer en él como en un libro abierto.

No des entrada al orgullo en tu alma, porque el orgullo pierde con más seguridad á la mujer que al hombre, y al hombre lo pierde siempre.

Sé dócil á tus padres, en tal extremo, que ellos no tengan la pena de decirte con los labios lo que bastaría te dijesen con los ojos.

Nunca tengas amigas íntimas.

Ponte todos los días en la presencia de Dios, so pena de olvidar que vives en ella.

No des entrada á la primera falta; pero si en ella incurrieres, no la ocultes á la persona de quien dependas y confiésasela á Dios, porque ÉL no perdona lo que ha visto sino lo que se le cuenta.

Sólo dos cosas no salen ilesas de un baile: el pudor del alma y los encajes del vestido: si tú crees que puedes ser la excepción de esa regla, que nunca falla, anda á los bailes. ¿Qué significa una vuelta dada con un hombre en un salón y en presencia de la sociedad? ¿Ni qué significan las vueltas que da una mariposa en derredor de la llama? Que en muchas de ellas sale ilesa y en una de ellas se quema.

Sé caritativa con todos los pobres, con todas las miserias. Si llegas á ponerte un traje de seda, no olvides que la seda es tan pesada, que es menester poner un pan en el otro plato de la balanza para mantener el equilibrio ante Dios.

No tengas nunca el pecho descubierto; ni la tisis, ni las miradas de los hombres perdonan nunca á la que hace tales imprudencias.

Usa vestidos blancos para que armonicen con la alegría de tu edad y la pureza de tu corazón.

El linón es la tela que tiene menos valor, porque no la consumen sino las jóvenes discretas, y en el comercio han reparado que éstas son muy pocas.

Todo prendedor de piedras preciosas vale más que la mujer que lo lleva; pero toda mujer vale más que un lazo de cinta.

No leas novelas, porque las buenas son peores que las malas, y éstas no han perdonado ningún corazón.

Mira que si vales mucho por el peinado, podrá avaluarte cualquier peluquero.

Si tienes la desgracia de ser bella, haz que la envidia no hable de tu belleza por consideración á tus virtudes.

En el mundo no hay mujeres feas: lo que hay es mujeres malas ó sin educación.

Con la conciencia no hay transacciones: las que celebran de día las rompe de noche, y de las que se hacen en el mundo apela ante la soledad.

No demuestres tu superioridad sino en la bondad del corazón.

El calzado se debe romper dentro de la casa: cuando quieras romperlo en las calles, usa botas y pantalón.

Si tienes talento, escóndelo, y si no lo tienes, escóndete.

La mujer es bella á los quince, la inocencia es bella á los cuarenta.

Las criadas son las que expiden certificados sobre la virtud de sus señoras.

Los versos á las mujeres se hacen con mentiras y consonantes.

Cuando una mujer tropieza, el tropezón no está en la piedra sino en su pie.

Cuando las flores están en el balcón nadie entra á la casa á verlas.

El color de la vergüenza gusta más que la palidez de la serenidad.

El hombre que te ame de veras te lo enviará á decir con tu madre.

Las mujeres que tienen miedo no tendrán nunca necesidad del valor.

El matrimonio es una cadena de flores, pero aunque tenga flores es cadena.

Si tu esposo es bueno, imítalo, y si es malo, haz que te imite.

Adiós, querida Elvira; cuando estés en edad de comprender estas líneas, comprenderás también el deber que tienes para con el que te vió en su cuna y le enviarás no flores sino oraciones, no es cierto? Ruega, ruega por mí, á fin de que "yazga en paz mi amargura amarguísima." Sé buena y, si es posible, dichosa: lo primero estará en tu mano, mientras que lo segundo no pertenece sino á Dios. ÉL te guarde, y tú no me olvides.

(De LA PATRIA, de 15 de Marzo de 1878.)

MARTÍN MONTENEGRO

CON las primeras ráfagas del viento de invierno se escaparon los últimos perfumes de nuestras flores; y con ellas se fué el alma del Doctor MARTÍN MONTENEGRO, cura de Serrezuela, muerto en la noche del 4 de Marzo de 1859. Esta muerte fué un luto para la Iglesia, y para el Cielo una fiesta. La Patria terrena reclama siempre á sus hijos: el Cielo reclama á sus santos.

Tuvimos entonces que trazar por deber, sobre su sepulcro, algunas líneas desdichadas; mas, pluguiera al cielo que el santo párroco nos hubiera sobrevivido, que fuera

él quien bendijera nuestra tumba, y no fuéramos quienes mostráramos enternecidos su sepulcro!

Hacía veinte años que el santo párroco entró al distrito de Serrezuela como cura: tras de esa entrada no hizo sino una salida: la del sepulcro!

Había algo de divino, mucho del carácter de los primeros cristianos, en esa alma inocente que nos ha precedido en el gran viaje de la eternidad. El último tercio de la ancianidad había llenado de arrugas su apacible semblante, y su corazón se conservaba sencillo y puro como en los primeros años de su santa vida. No puede decirse cómo era la constancia de aquel santo hombre respecto del cumplimiento de sus obligaciones: figuraos un reloj que durante veinte años conserva su movimiento sin atraso ni adelanto, dando las horas con el sol. Así era el alma del Doctor MONTENEGRO: su sol era el divino Sol de justicia al cual vivió en perpetua sujeción.

La lluvia, el temporal, la obscuridad de la media noche y una salud achacosa nunca fueron, en su concepto, causas suficientes para impedirle que inmediatamente se pusiera en camino cuando un feligrés le llamaba. Muchas veces le vimos llevando la Majestad, al través de los campos, para el pobre labriego, cuya humilde choza no recibe nunca más visita de honor que la de Dios. El huracán rugía azotando las espigas de los trigales, y haciendo flotar la capa y los cabellos del santo cura: la lluvia caía sobre su cabeza desnuda, y azotaba sus flacas manos, llenando de charcas el camino que recorría su manso y viejo caballo; y el ruido del temporal ahogaba la voz de la campanilla que iba avisando, en las retiradas cabañas, que allí iba el que domina las tempestades de la naturaleza y calma las borrascas del alma. En aquel trastorno pavoroso no se

veía tranquilo sino el santo copón que el cura defendía estrechándolo contra su pecho y cubriéndolo con su cabeza inclinada sobre él para protegerlo, y el semblante del párroco, que no cesaba de rezar los salmos penitenciales. La estructura de su pecho lo predisponía á la enfermedad que al fin lo llevó á la tumba, después de haberlo martirizado muchos años, sin haberle arrancado nunca un ay! sino sonrisas de humilde satisfacción; porque en los momentos en que una tos sangrienta desgarraba sus pulmones, llegaba á figurarse que Dios sí tenía algún amor por él, puesto que lo probaba con el dolor, y esto lo transfiguraba de alegría. La enfermedad fué desarrollada por las infinitas veces que se expuso á la intemperie, llevando el ministerio sacerdotal al lecho del moribundo. No pasó un solo domingo sin que él no subiera al púlpito: muchas veces su pecho se negaba á producir el sonido, y sin embargo, su voz, trémula por el dolor y enronquecida, se hacía oir explicando el Evangelio y los mandamientos. Á semejanza de San Juan Evangelista en su vejez, no hablaba nunca sino de una sola cosa: cuando acababa de explicar el décimo mandamiento, volvía á explicar el primero.

Hemos cerrado los ojos y hemos vuelto á verlo! Le hemos visto tal como era en su inofensiva y santa vida! Su figura pequeña y flaca va envuelta en su capote de paño negro: su cara bondadosa, sombreada por el sombrero de alta copa con funda de percal verde. Cuando llegaba alguna familia forastera á su pueblo, ó iba á visitar algún convaleciente, llevaba, en vez del capote, una ruana de hilo, listada, que le llegaba hasta los pies, y en la mano un bordón cuya cabeza estaba bruñida y relumbrosa por el uso de veinte años.

Nada más humilde que la casa en que vivió aquella flor de humildad: su cuarto tenía los mismos muebles que dejó su predecesor: su lujo estaba en sus obras, en la minuciosa limpieza de su iglesia, y en el inalterable arreglo de sus libros parroquiales. No durmió fuera de la casa cural una sola noche; nunca alumbró el sol sin que él estuviera preparándose para la misa; y al caer la tarde, iba irremisiblemente á la iglesia, limpia como su corazón, pobre y aseada como su mesa, á rezar el rosario, rodeado de cuatro mujeres y dos ancianos de la aldea. El sol se ocultaba por fin, y dejaba brillar en toda su plenitud la lámpara de la iglesia, las dos bugías de cera que ardían en el altar mayor, y las seis ú ocho velas de sebo que encendían las madres afligidas ante el tosco lienzo que representaba la Virgen del Rosario. La Virgen del Rosario y San Francisco de Paula son los dos patronos de aquella reducida parroquia; y pocas veces habrán visto la divina Señora y el venerable santo un culto más asiduo y constante que el que les tributó el señor MONTENEGRO. Pero si alguna vez se apagaron las velas que encendía ante sus imágenes, nunca dejó de brillar la lámpara que ardía ante el Tabernáculo, simbolizando la fe siempre despierta.

Como moralista fué un modelo; como hombre, era un dechado de castidad y abnegación, de misericordia y humildad.

¡Cuántas veces le oimos hacer cálculos risueños, con la alegría imprevisiva y candorosa de un niño, de los *fondos* que iba juntando para emprender un viaje á Bogotá á saludar al señor Arzobispo, ó á Tena á tomar unos baños para aliviarse, ó para hacer una fiesta á la Virgen del Rosario, ó para comprar unos remedios para su adolorido

pecho! Pero aquellos fondos, cuidadosamente reunidos, nunca llegaban sino á tres ó seis pesos, que se iban en socorrer la primera desgracia desvalida que llegaba á sus puertas.

Cuando no había qué comer en su casa, afligido no por él, sino por cuatro personas que había recogido en Tinjacá (pueblo donde estuvo de cura antes de venir á Serrezuela) por aliviar unos ancianos padres, se dirigía, no al rico para pedirle una limosna, no al pobre para cobrarle los derechos de pie de altar, que le debía, sino á su iglesia á solicitar del Dispensador del pan de gracia el pan terreno; y nunca le faltó! Hemos hablado de derechos de pie de altar: éstos eran los del bautismo, del matrimonio y del entierro. En este ramo, el arancel del señor MONTENEGRO era el que le ponían sus feligreses: algunos le daban algo, otros no le daban nada; pero él no cobraba nunca. ¿Tendría rentas la iglesia? Las suficientes para costear la cera y el incienso.

Un vecino respetable de Funza nos contaba enternecido la emoción que sintió en 1844, cuando se estaban repartiendo oficialmente los resguardos de aquella parcialidad, y vió llegar al venerable cura de Serrezuela á reclamar su título de indígena de Funza, y con él su fanegada de tierra. Diósele ésta, por ser notorio su derecho: la adjudicó allí mismo á su padre, y tomando su bendición, se volvió á su curato.

El Doctor Lazo, que fué después Obispo de Mérida, había recibido al señor MONTENEGRO como paje, cuando estuvo de párroco en Funza. Viendo sus angélicas costumbres, lo hizo estudiar y le confirió el orden sacerdotal. El señor MONTENEGRO jamás olvidó lo que debía á su protector, á quien profesaba una veneración tan humilde, que se alzaba sobre el más regio orgullo cuando decía, quitán-

dose el sombrero y mostrando su vieja y desvencijada montura: *éste es un recuerdo de mi amo Lazo.*

Todo era evangélico en aquella dulce y santa persona, que vivió veinte años á cuatro leguas de Bogotá, sin que la disipada ciudad adivinara la presencia del justo. Al morir, declaró en su testamento que dejaba á sus herederos un caballo viejo, su ropa y quince pesos.

Pastor del pueblo donde está nuestra heredad paterna, que él bendijo muchas veces; jefe de esa comunidad de mil cristianos en donde están nuestros más viejos amigos, los que nos alzaban en sus brazos cuando nosotros no sabíamos aún servirnos de nuestros pies; padre de ese rebaño reducido como "las ovejas del señor Cura," que siempre pastaban en la plaza del pueblo y cuyo número jamás pasó de doce; tales son los títulos con que el Doctor MONTENEGRO tiene derecho á nuestra memoria. Las lágrimas son inútiles, porque "á los cristianos que mueren por su Dios no se les llora como á los demás hombres." El dolor es prohibido; porque no debe entristecerse uno en la tierra por lo mismo que está causando gran fiesta en el Cielo!

(De LA PATRIA, de 15 de Junio de 1878.)

UNA ÓPERA NUEVA

APENAS acababa de entrar yo á la casa de una amiga, dama si las hay, joven y graciosa, y que por ribete de sus simpáticas cualidades tiene la de ser gran pianista y

poetisa, cuando empezó á caer un abundante y plácido aguacero. No parecía sino que había temido mojarme en la calle, cortesía que le estimaré siempre; porque no había llegado yo á la sala cuando ya sonaba en los rosales del patio. Eran las siete ó las ocho de la noche.

La dama en cuestión, esposa de un amigo ó mejor dicho, de un hermano mío, estaba sola, esperando al pie de su mesa redonda, donde relampagueaba una lámpara velada, al incauto esposo que se había dejado coger por tamaño aguacero lejos de su pacífico y perfumado hogar. Mi entrada era, pues, una escena, si no un entreacto, y fuí por lo tanto bien recibido. El aguacero es como el cigarro y el vino; se le goza mejor cuando uno es dos.

Á pocas vueltas nos engolfamos en una conversación semi-poética y semi-musical. Hablábamos de la última ópera, y mi compañera me dijo, aludiendo á otra conversación que sobre el asunto habíamos tenido en otra vez.

—Si usted hace un libreto, me comprometo á ponerle la música.

—Veamos el asunto.

—Extranjero.

—No prodré tratarlo. Quiere usted uno nacional?

—Á mi turno diré: veamos el asunto.

—Voy á decírselo; pero es para que usted me ayude á componerlo.

—Empiece y veremos.

—Hay un bonito pasaje para hacer una ópera de grande aparato: el incendio del templo de Sugamuxi. Dígame usted cuántos actores serían necesarios?

—Necesitamos un tenor, un barítono, un soprano, un bajo, un contralto y un coro.

—Perfectamente: los tengo á todos. El argumento

es los amores de Hernán Pérez de Quesada con una princesa india. La historia la llama Furatena y la coloca más acá de Sogamoso; pero la haremos hija del Sumo Sacerdote del Gran templo, y con un pequeño anacronismo queda todo arreglado. Qué le parece á usted ?

—Que estamos muy al principio para que me parezca nada.

—Bien. La princesa india, á quien llamaremos Gilma y será musicalmente el . . .

—Soprano.

—Está enamorada del gallardo Hernán Pérez de Quesada, que será el tenor. Sugamuxi, un viejo venerable, sacerdote boyacense, será el bajo.

—Y el barítono ?

—Aquimín, príncipe real de Tunja, que está tan furiosamente enamorado de Gilma, cuanto lo hayamos menester.

—Hasta allí va bien la cosa; pero para que haya algún enredo de pasión, necesitamos algo más. Ponga usted una mujer enamorada de Aquimín y desdeñada por él, como él lo está de Gilma.

—Espléndido. Ponemos á Susa, una joven Tundama, vestal del templo. Por lo que hace á los coros, los tenemos á pedir de boca. Mire usted: en primer lugar españoles con su traje de guerra: en segundo, los sacerdotes, y luégo los indios con sus pintorescos trajes:

—Muy bien. Tenemos los actores: veamos el drama.

—Cómo! No comprende usted que con dos mujeres y un hombre, está hecho el drama, ó se hará dentro de veinticuatro horas, á no ser que medie algún milagro como . . .?

—El chocolate y el te, dijo la criada poniéndonos por

delante un gran charol que tenía las dos cosas nombradas. Mi colaboradora y yo soltamos la carcajada al oir aquella irónica pero casual interrupción.

Efectivamente, con chocolate y te no puede haber drama posible. Convencidos de esta verdad, procedimos á hacer desaparecer los dos importunos á los cuales dimos en realidad muy corto tiempo de vida.

Apenas desaparecieron las huellas del refresco, cuando volvimos á la conversación interrumpida. Tomando un lápiz y papel, me preparé á escribir lo que la Musa nos dictara, caso de que la Musa no se hubiera ido también á tomar chocolate.

—Empecemos.

—Cuántos actos debe tener su plan?

—Los que salgan. En Colombia no se fija número de actos á ningún drama.

—Le advierto que no puede pasar de cuatro actos, porque, si no, sería un comedión.

—Pues en nosotros consistirá. Hagamos cuatro actos.

—Acto 1.° Estamos?

—Necesitamos un coro para empezar. Esto es de regla.

—Perfectamente.

Acto primero. *Escena* 1.ª

Sugamuxi con el coro. Himno celebrando la venida del día. Esto me parece mejor que la Casta Diva. Aquí es Sol, el almo sol, el que cantamos, mientras que allá es la pálida y clorótica luna.

—*Escena* 2.ª

—Gilma cantando el himno al sol.

—Magnífico. Ya me la figuro oyéndola:

"*Sol, padre de mi pueblo, autor de mi familia, etc.*"

—Adelante. *Escena* 3.ª

—Gilma y Hernán. Ya tardan en aparecer; pero de qué tratarán?

—Allí conviene que sean amores púdicos: escena del género templado.

—Muy bien. Se han de arrullar como dos palomas: pierda usted cuidado. Pasemos á la *escena* 4.ª

—Hagamos salir á Hernán y que se presente Aquimín.

—Convenido. Sale Aquimín. Escena de amor por parte de él. Se declara: insta, ruega. Ella lo desdeña. Hagamos que Susa esté por ahí cerca, y oiga las dos escenas.

—*Escena* 5.ª Sugamuxi y . . . .

Y Susa. Eso es claro. Aquí hacemos que Susa le cuente los amores de Hernán y Gilma con la torcida intención de pegarle un chasco á su rival. Este resorte es muy usado entre gentes blancas: no veo por qué habían de ignorarlo las indias.

—No olvide usted, me dijo mi colaboradora, que como en la ópera no se puede hacer desarrollo dramático del drama, es menester que por lo menos cada acto termine en una situación.

—Comprendo. En una peripecia que no deje ir á los espectadores. Pues bien: hagamos que se enoje altamente Sugamuxi, y que dé orden de que prendan inmediatamente al osado extranjero.

—Pero ésta será una situación bien apurada?

—Por de contado. La gente no se irá cuando sepa que van á prender á Hernán, hasta ver en qué para la cosa. Recuerde que la ópera se representará en Bogotá.

—Pues si ès así, y usted está seguro, pues debe conocer á nuestro público político más que yo, terminemos ahí el primer acto.

Y dicho esto encendí un cigarro. El aguacero continuaba como disputa de periódicos, cada vez más recio.

Una vez que saqué bastante humo de mi cabeza volví á acercarme á la mesa redonda y continuamos así el plan.

ACTO SEGUNDO. *Escena* 1.ª

—Hernán.

—Prisionero.

—Debe estar completamente satisfecho el público. No aguardó en vano.

—Hernán (prisionero) Sugamuxi y el coro. Sugamuxi colérico le increpa que haya venido á turbar la paz de sus viejos días arrebatándole el corazón de su hija, etc., etc. El coro puede estar aquí magnífico.

—*Escena* 2.ª Susa y Aquimín. Ella espera que sabiendo que Gilma no anda con los pies derechos, la ame á ella. Pero precisamente (lo que sucede en tales casos) esto es lo que más aviva la llama del amor de Aquimín.

—*Llama de amor!* Literatura fósil!

—Sí, señora, que el amor tiene llamas. Yo he visto el grabado. Pues bien, lo que más aviva el amor de Aquimín, es precisamente lo que le cuenta Susa: que Gilma ama á un otro, como dicen los franceses. Pasemos á la

—*Escena* 3.ª Gilma y Susa.

—Exacto. Escena de 800 milésimos. Gilma acusa á Susa de ser el autor de la prisión de Hernán. Susa no

lo niega; y dice que si Gilma rechaza á Aquimín, salvará á Hernán. Gilma se lo ofrece con tanto más gusto, cuanto que en eso pensando estaba.

—Y Hernán qué hace á todas éstas?

—Aguarde usted. *Escena* 4.ª Hernán (en la prisión) Gilma se ha ido la pobrecilla á ver si puede hablar con su español. Aquimín le sigue á ver si puede hablar con ella. Susa ha tomado el mismo camino, por hablar con él. Llega al bosquecillo, los encuentra juntos, se encoleriza. . . . . Aquí hay un terceto admirable.

—*Escena* 5.ª Sugamuxi y Susa. Susa creyendo que Gilma ha aceptado una cita de Aquimín, quiere vengarse, y no encontrando cosa mejor, saca á Sugamuxi la orden para que maten en la prisión á Hernán.

—Aquí podemos terminar el acto segundo. Hagamos situación patética.

—Y si la gente no se fué por esperar á ver si lo prendían, mucho menos se irá ahora aguardando á que lo maten.

Pero permítame usted que encienda un cigarrillo. Cuando no hago salir el humo ne me sale nada de la cabeza. Vea usted qué capricho!

ACTO TERCERO.

—Quedamos en que había orden de matar á Hernán. Estando las cosas en este punto, veamos cómo comenzamos el acto tercero.

—Me parece que en la *escena* 1.ª deben aparecer Aquimín y Gilma. Ella le ruega que le consiga cómo hablar con Hernán en la prisión. Él se desespera con aquella exigencia y la llama ingrata. Gilma le confiesa su desventurada pasión, y le ruega que sea bastante generoso para perdonarle su amor por el extranjero. Aquimín se

desespera; pero cede á sus ruegos, pues "tanto puede una mujer que llora."

—Corriente. Entonces la *escena* 2.ª debe ser con Aquimín solo. Determina ganar al carcelero y ocupar el lugar de su rival mientras éste viene á hablar con Gilma. Qué rica materia hay aquí para unos buenos versos!

—Y para una aria.

—Pero qué hacemos ahora? Determinamos que la escena siguiente sea en la cárcel, entre los dos rivales?

—No: quedaría muy largo el acto. La *escena* 3.ª debe llenarse con Sugamuxi y Gilma.

—Muy bien! Ella le pide la vida de Hernán y le ofrece en cambio no volver á verlo.

—No será esto inverosímil?

—No, porque no podrá cumplir su palabra. Si ella no lo ve, él buscará cómo ser visto.

—Bien: ella le ofrece no volver á verlo con tal que le salve la vida: Sugamuxi consiente y va á dar la orden de libertad . . . .

—Cuando entra un guerrero indio y le dice que Hernán ha muerto ya.

—Qué hace entonces Gilma?

—Da un grito y se desmaya.

—Qué bien concluye así este acto!

Pasemos al ACTO CUARTO.

—*Escena* 1.ª Hace rato que no interviene Susa. En esta escena debe aparecer muy contenta. Ha matado al español, va á triunfar de Gilma, y á hacerse amar de Aquimín á quien considera despechado con la tenacidad é ingratitud de la princesa.

—Queda bien así. En la *escena* 2.ª debe aparecer Gil-

ma sola. Jura venganza y determina matarse. Aquí debe cantar un himno funeral.

—*Escena* 3.ª Gilma y Susa. Susa se ríe de su dolor. Gilma le dice: "aun no estás satisfecha? Pronto lo estarás." Coge una tea y se entra al templo: "Necia, le dice Susa, vas á libertarme de tu presencia y á dejarme á mi Aquimín. Hazlo pronto: qué aguardas?"

—*Escena* 4.ª Entra Sugamuxi y dice á Susa que en lugar de Hernán, el bárbaro ejecutor ha sacrificado á Aquimín. Desesperación de Susa. Vuelve á entrar Gilma y dice á Sugamuxi. El santuario de vuestros crueles dioses está ardiendo: yo misma le he puesto fuego.—Tú? exclama horrorizado el sacerdote. Morirás!—"Ahora mismo, porque á morir vengo. Dioses más propicios me reunirán á Hernán en la tumba," contesta Gilma y se da una puñalada. Sugamuxi horrorizado huye al templo.

—No nos falta más que una escena. Es menester aprovecharla bien.

—Tan bien que todo va á desenlazarse. *Escena* 5.ª Entra Hernán seguido de varios españoles llamando á Gilma. Susa le muestra á su amada bañada en su sangre y agonizando.

—"Tú me cuestas mi amante, le dice: no se dirá que no pago una deuda. Recibe el cadáver de tu amada."

Hernán se precipita sobre Gilma: ella le habla y muere.

—Y después?

—Empiezan á salir las llamas del templo y se oyen las voces de Sugamuxi entre las llamas.

—Excelente, el final no puede ser mejor.

—Pero sabe usted lo que me ocurre? Es una lástima

que los actores sean indios. Los indios no se pueden ver bien en las tablas.

—Tiene usted razón; pero es lástima perder un plan tan bien arreglado.

Y para consolarnos de esta enorme pérdida, determinamos no hacer más gastos en el tal argumento, sino dejarlo ahí como estaba.

(De EL HOGAR, número 63, de 18 de Abril de 1869.)

COLOMBIA

COLOMBIA! Qué granadino no ha soñado con ese nombre! Qué corazón no palpita apresurado al oirlo!

Treinta años hace que desapareció esa Diosa guerrera, y la mayor parte de los que hoy vivimos no conocemos sino su nombre, sus tradiciones, sus leyendas. El río del tiempo ha traído hasta nosotros unos pocos despojos vivientes de esos años, de cuya boca sabemos á Junín y Boyacá! Ajenos á los odios de los últimos tiempos de su existencia, no sabemos de ella sino glorias, batallas y esplendor; pero aquellos odios no lo eran en verdad, sino los últimos dolores, los dolores precursores de la destrucción.

Todo el ardor de una raza caballerosa y valiente, como que descendía del Cid y de los comuneros de Castilla, ilustró aquella época corta y solemne. El valor español

había dormido durante trescientos años, y al despertarse asombró al mundo.

La política de los Borbones no había amilanado el antiguo espíritu castellano que guió las huestes vencedoras de Isabel delante de los moros: el espíritu castellano despertó. Nuestros hermanos fueron vencidos, pero no se avergonzaron de su derrota, porque eran su raza y su valor los que triunfaban. ¿Quién había de vencer? El que representara mejor á España, y entonces no era España la que combatía á favor de los tiranos, sino el pueblo americano que luchaba por la libertad.

Qué batallas y qué héroes! Un puñado de hombres mal armados vencía en el Pantano de Vargas, en Junín, en Barinas, en el Bárbula, en cuantas partes encontraba al estandarte de Fernando VII, el pendón de BOLÍVAR.

Las luchas pasaron: los últimos bajeles expedicionarios huían de nuestras costas, y no se veía en el inmenso territorio de COLOMBIA otra figura que la tuya, BOLÍVAR, ni se leía en el azul y vasto pabellón de nuestro cielo, otro nombre que tu nombre, COLOMBIA!

El universo se engrandeció con la nueva Nación que surgía del fondo de los mares donde nace el sol. Europa volvió sus ojos á la Amazona que se alzaba sobre el mar cerúleo de Colón, preguntó por su nombre, y los roncos ecos de cien cañones le contestaron con tu nombre, COLOMBIA!

España acababa de vencer las legiones omnipotentes de Francia: España había aparecido grande, fuerte y guerrera como en sus gloriosos días de la conquista de Granada y de Italia. Y sin embargo, las huestes de España eran vencidas. Preguntaron por el nombre del vencedor, y cien pueblos le contestaron con tu nombre,

BOLÍVAR, y le enseñaron, roto por la metralla, y obscurecido por la pólvora, alzado sobre el Chimborazo, tu pabellón, COLOMBIA!

Ah! Fué desde entonces que América tuvo Patria, porque se la reconoció el mundo. Nos encontraron dignos de ser dueños de nuestro suelo, nos llamaron héroes, y nos miraron como hombres. Preguntaron el nombre de nuestra asociación para inscribirlo sobre las esferas y los mapas, entre la lista de las naciones; y los pueblos redimidos por BOLÍVAR contestaron gozosos que su nombre era el tuyo, COLOMBIA!

Un hombre, de nombre y de nación desconocidos se presentó ante las Cortes de Europa pidiendo dinero y armas para una guerra oriental, desconocida, para una guerra épica y maravillosa, con batallas en que cien héroes vencían á tres mil héroes: pedía auxilios de todo, menos de hombres. Quién era ese hombre? ZEA. De dónde venía? De COLOMBIA!

El gran pueblo inglés le dió armas y millones, y sus banqueros no osaron desconfiar de COLOMBIA. Muchos de sus hijos vinieron á pedir puesto en nuestras filas y á morir sombreados por nuestro pabellón. Byron, el sublime poeta, se entusiasmó con la Nación que aparecía tan grande, y quiso venir á COLOMBIA. La suerte, empero, lo destinaba á honrar el suelo y el sepulcro de Leonidas: Missolonghi nos robó á Byron de Junín: mas sólo Grecia podía ser preferida á COLOMBIA.

Ay! La estatua estaba demasiado alto, elevada sobre las eternas nieves del Chimborazo y reflejando al sol. Tembló el suelo con su peso, y cuando el vendaval de las Antillas llevaba entre borrascas el último suspiro de BOLÍVAR, se oía también el eco de los ecos que la estatua

de la Diosa, al caer de su altar, despertaba en los cóncavos senos de los Andes.

COLOMBIA ! Te venció tu grandeza ; mas cuán pequeños fueron los hombres que ayudaron á tu caída ! Tu cuerpo fué dividido en pedazos, y tu pabellón en girones. Mas desde entonces los agüeros felices desparecieron en tu nombre. Ningunos enemigos han vuelto á nuestras costas solitarias ; mas si vinieran, cuán fácil les sería dominar hombre por hombre ! Qué otra defensa podríamos tener sino apelar á tu nombre y tus recuerdos, empuñar tus armas y bandera, y unirse en uno solo los pueblos de COLOMBIA !

Hemos luchado desde entonces y derramado sangre ; pero, hemos vencido ? Sobre quién se ha conseguido la victoria ? Treinta años de luchas incesantes y triunfos fratricidas y coronas que, al ceñirlas, se caen de las manos, porque en cada hoja de su laurel hay una gota de sangre que ayer no más palpitaba en las venas de un hermano. . . . Tales son nuestros triunfos desde que tú, Minerva, por lo sabia y lo guerrera, desapareciste, desde que dejamos de combatir sólo por tu nombre, COLOMBIA ! Y mientras tanto, mientras herimos nuestros propios pechos y forjamos airados, grillos para nuestros propios pies, el resto del mundo, menos insensato que nosotros, no olvida nuestro nombre de guerra y de gloria, y sus libros, sus mapas, sus noticias contienen á menudo en vez de estos nombres de hoy, el de ayer y el de mañana, COLOMBIA !

Los ríos siguen entrelazados en nuestro suelo, tiñéndose en sus cabeceras con la sangre de un pueblo, y en su salida con la sangre de otro. Qué importan nuestras divisiones caprichosas, sino podemos dividir el suelo, ni

los recuerdos, ni borrar lo pasado, ni evitar los piadosos hados que nos encaminan, entre ruinas y sangre, otra vez á tu triunfo y á tu laurel, COLOMBIA!

Trazado está aún el camino que recorrió BOLÍVAR con tu pabellón en la mano, desde Caracas hasta Guayaquil: no hemos podido cavar abismos que dividan los Andes, como quisimos dividir un solo pueblo que era el pueblo de COLOMBIA!

Y puede subsistir esta división? No son unas mismas nuestras coronas y nuestra independencia, no es una sola nuestra cuna en Junín? El gran pueblo dividido ha tenido que soportar un tiranuelo en cada localidad: ha agotado su pensamiento para salvarse de ellos, y no ha encontrado remedio, hasta hoy que se acerca á su redención volviendo á anudar los lazos. Porque, quién se atrevería á ser tirano en COLOMBIA?

De cualquier manera que sea, oh pueblos! aceptad vuestra Redención, cerrad el templo de Jano, uníos como si fuerais tres hombres, saludad lo porvenir, y apresurad la hora en que debe visitaros la diosa de la gloria y de la paz. Saludad á COLOMBIA! Dejad como un sueño lo pasado, borrad vuestros nombres locales y políticos, acreced vuestra herencia y dilatad vuestro dominio, porque el vuestro no es otro que COLOMBIA.

(De EL HOGAR, número 77, de 24 de Julio de 1869.)

LA POLÍTICA

I

ESTA ciencia carece hasta ahora de definición, y es una lástima, porque á esta falta se debe . . . . *la política.*

La política es un azote, una peste, como cualquiera otra. Para conjurarla, es menester definirla; para extirparla, no hay otro remedio que describirla.

En Europa se ocupan de la política los Gobiernos y los escritores; y Gobiernos y escritores hay que jamás se ocupan de ella.

En América hay personas que no se ocupan nunca de la política; y al morir, después de una larga carrera, hacen su examen de conciencia, y obtienen por resultado que nunca se han ocupado de otra cosa. Vaya un chasco!

En Europa se *ocupa uno de* la política: en América *padece uno de la política,* como quien dice: padezco de reumatismo.

No hay cómo librarse uno de ella. Va uno descuidado por la calle, bueno y sano, y de golpe se siente herido de la enfermedad, aunque uno no quiera. Tampoco quiere uno enfermarse del cólera, cuando reina esta peste; y sin embargo, de repente cae con síntomas alarmantes. Viene el médico, toma el pulso, examina la lengua, y dice apartándose del enfermo: está con el cólera.

Hay personas que se muestran de repente con ciertos

síntomas, y uno de ellos y el principal es un profundo horror por la política. Viene el médico, lo examina y dice: está con la política, es decir, cayó con la peste.

Si la política es una enfermedad, cómo librarse uno de ella? No hay remedio conocido.

El mejor de todos es examinar la enfermedad misma y no el enfermo.

Vamos á hacer una clínica de la enfermedad.

Qué es la política? Un naufragio permanente.

Si la cosa fuera en tierra, tendría sus reglas; pero siendo en el agua, qué reglas se pueden seguir? Mientras no se le diga al mar: chito! á qué conduce decirle al náufrago: silencio!

Considerada la política como ciencia, no se explica: considerada como naufragio, se explica todo, todo hasta los gestos de la fisonomía; todo, hasta la fisonomía de los gestos.

Ejemplo:

Treinta hombres mayores de edad, inteligentes, buenos mozos, ricos y bien vestidos, se acuestan, se paran, se tiran cabeza abajo, se levantan, gritan, bambolean, se pegan y abrazan. Explíqueme usted esto. No son locos, sino hombres de juicio; pero por qué hacen locuras? No se concibe, no se entiende.

Pero ¿no ve usted que van en una balsa sobre un mar agitado, y que todos esos movimientos estrafalarios dependen de que el mar es quien los hace, y les obliga por lo tanto á hacerlos?

—Acabáramos! Si alguien se rebulle por debajo, entonces se explican los gestos hasta el último.

—Le satisface á usted mi explicación?

—Toma! si es admirable!

—Pues entonces, si usted quiere librarse de la política, viva en tierra. No se embarque! no se embarque!

América no es un mar? no viva usted en América!

Hay diez mil náufragos, que por culpa de uno, de muchos ó de ninguno, perdieron el buque y cayeron al agua.

La cuestión está reducida á que estos diez mil náufragos quieren ir á tierra. Los procedimientos de que usan dependen de ellos mismos; pero á veces no dependen de ninguno de ellos sino de la huéspeda, es decir, del mar que se encrespa en el mismo momento en que estaban en una calma, ó se calma en el mismo instante en que contaban con una ola que los auxiliara.

Es cosa de darse uno al diablo; y por eso es que en política hay tantos hombres dados al diablo.

Tragando agua, y lucha que lucha, llegaron por fin todos los náufragos á un peñón. Bravo! bravo!

"El reinado del orden está asegurado para siempre! El universo atónito nos mira y nos admira! Hemos sabido conquistar la libertad y la dicha. Preparémonos para hacer buques . . . ."

—Buques? No, señor; navíos de vela!

—Lanchas!

—Abajo el de las lanchas! Buques!

—Monitores!

—Sí, sí, monitores, monitores!

Y arrojaron al mar á todos los que estuvieron por los navíos de vela. El jefe de los que quedan, proclama así:

"CONCIUDADANOS! El orden se ha asegurado! La libertad se ha salvado una vez más, y el universo atónito nos va á mirar haciendo monitores . . . . Los

Los retrógrados que pedían navíos de vela; los insensatos que pudieron creer que nosotros nos habíamos de embarcar en navíos de vela, ya no existen! Conciudadanos! hombres libres! Viva la libertad!"

—Viva la libertad! Viva! viva! Mueran los retrógrados!

—Pero los monitores son todos de hierro! Dónde hay hierro?

—De veras! en este peñasco no hay hierro, sino madera!

—Vamos á hacer unos navíos de vela para mandar á tierra por hierro y hacer monitores.

—Pero, hombre, ya que van á mandar por hierro, no sería bueno que nos fuéramos en el mismo navío!

—Abajo los que quieren ir á tierra!

—Vivan los navíos de vela! Abajo los navíos!

Y en la lucha quedan vencidos algunos, que van al agua, por enemigos del orden!

Por fin triunfa una opinión improvisada á última hora, la de ir todos nadando á otra isla que se ve más grande: allí debe haber hierro. El que diga que allí no hay hierro, será considerado como enemigo de la libertad y echado al agua.

Varios aseguran que es un gaznápiro el que crea que puede haber hierro en una isla que no conocen, y son echados al agua, porque son enemigos del *actual orden de cosas;* y el actual orden de cosas consiste en creer que en la isla hay hierro.

Viva la libertad! Viva el orden! Abajo los traidores! Abajo los esbirros de la tiranía.

Y nadando, nadando, llegan á la isla desierta, dejando en el camino algunos partidarios del actual orden de cosas,

que se ahogaron porque no tuvieron fe en que había hierro en la isla.

Tocan en tierra. Qué gritos! qué alborozo!

Proclama.

"COMPATRIOTAS! Hemos triunfado! Todo el pueblo en masa va á sacar hierro. Viva la libertad! Ya se están cortando árboles para hacer andamios."

—Aquí no hay ni árboles. Acabamos de recorrer toda la isla, y toda la isla es de arena ..... Abajo los que engañan al pueblo!

Y el de la proclama y sus partidarios van al agua.

—Cómo salimos de esta isla? Aquí no hay sino arena! Qué se puede hacer con arena?

—Crisoles!

—Vivan los partidarios de los crisoles!

"CONCIUDADANOS! De hoy en adelante vamos á hacer crisoles .....! El universo atónito nos mira ....."

II

Al cabo de diez y seis meses de ímprobo trabajo se han fundido ciento veintidós grandes crisoles.

Un grupo se dirigió á un náufrago que estaba acostado muellemente sobre un pedregal.

—Qué hace un hombre?

—Aquí pensando en los crisoles.

—Y qué se dice de ellos?

—Que no sirven para nada.

Armóse una gresca de mil de á caballo, y sobre que sí sirven ó no sirven, hubo las de Dios es padre. Una de las primeras providencias que se adoptaron para que no quedara duda de que sí servían los crisoles fué la de arrojar

su detractor al agua, primero por tránsfuga, después por traidor, y á la tercera porque ya estaba muy ahogado.

Hubo entonces proclama.

La última frase de la proclama era ésta: "el universo atónito nos mira. . . . ."

Concluído esto fueron á ver los crisoles: estaban soberbios! El mozo ahogado no tenía razón.

En seguida buscaron qué fundir, y no encontraron nada, por lo cual fué menester, botar los crisoles.

El mozo ahogado tenía razón.

Todos los republicanos enternecidos determinaron levantarle un túmulo, y le hicieron uno de crisoles, una especie de pirámide que terminaba en un crisol.

En seguida uno de los jefes (el partidario de los monitores) propuso que se botaran todos al agua, y nadando, nadando se dirigieran á otro islote que se veía al frente, coronado de vegetación. Algunos estaban remisos; pero hubo un argumento que convenció á los remisos: la arena estaba como una ascua y nadie podía estar parado porque se le quemaban los pies. Lo que hacían para aliviarse, era sentarse un ratico á que se les quemaran las piernas.

Era una verdadera fusión!

Se lanzaron todos al agua. Los que no sabían nadar se ahogaron, y los que sabían, llegaron.

Al ver árboles triunfó el que había proclamado el sistema de los navíos de vela. Sus partidarios lloraron de enternecimiento, y arrojaron al agua á muchos de los que habían estado por los monitores.

En seguida hubo proclama.

"COMPATRIOTAS! El orden está asegurado! El universo atónito nos mira . . . . !"

Los partidarios de los navíos de vela pusieron manos á la obra y en tres por cuatro hicieron una cosa que si no era balsa ó almadía, no hay puercos rucios en el mundo.

El jefe iba á proclamar; pero sus partidarios viendo que aquella balsa no era navío de vela, lo echaron al agua, y fué elegido jefe el jefe de los partidarios de los buques. Entonces éstos eligieron por jefe al ahogado, y determinaron vengar su muerte.

Se embarcaron todos.

Iban en dirección del continente. El jefe partidario de los buques de vapor parecía como si en su vida hubiera hecho otra cosa que trabajar por los navíos de vela.

Algunos de sus nuevos partidarios se le acercaron y le convidaron á echar un trago y un cigarro, y le dijeron:

—Qué bien rema su excelencia! Cómo diablos pudo estar por los buques?

—Cómo? Porque lo que yo quería era navíos de vela.

—Pero, santo padre, por qué no lo decía?

—Que no lo decía? Pues si no hacía otra cosa! Me cansaba de gritar: buques! buques!

—Y buques son navíos!

—Por supuesto! Pero es que no entienden las cosas.

Y los partidarios gritaron: bravo! viva!

Entonces el jefe ex-partidario de los buques de vapor se creyó obligado á proclamar, y dijo:

"COMPATRIOTAS! Mis constantes y no interrumpidos sacrificios en favor de los navíos de vela están coronados!

"CONCIUDADANOS! Hoy vamos navegando en una balsa de remos! Viva el orden! Abajo los traidores!"

—Viva! viva!

Y echaron al mar unos tantos de los partidarios de los buques.

Restablecida la paz, y con ella el imperio de la ley, cada uno se puso al remo, y el jefe se acostó á descansar. Nada hay, ni puede haber más sublime que el reposo de un hombre cuando todos los demás dan al remo!

Aquel reposo, sin embargo, no pudo durar mucho tiempo.

Los partidarios de los buques de vapor se levantaron, arrojaron los remos á dos mil demonios de distancia, y dijeron: "Nuestro jefe inmortal, sacrificado por enemigos viles, trabajó toda su vida por la división de las balsas. Viva la división de balsas!"

Lucharon y vencieron. De los contrarios unos fueron al agua por retrógados.

En alta mar, durante una borrasca, y en medio de la más obscura de las noches se pusieron á dividir la balsa, y la hicieron ocho ó nueve pedazos.

Concluída esta operación, el nuevo jefe dió una proclama.

"COMPATRIOTAS! El universo atónito nos mira . . . !"

Esto era falso por lo pronto. El universo estaba mirando una ópera nueva que se representaba en París esa misma noche.

Las nueve balsas siguieron bogando, auxiliadas las unas por las otras; porque cuando se establecía el orden en alguna, otra se le ponía por delante, y ambas se para-

ban. Una de las cosas que les pareció entonces más fácil hacer, fué bogar contra la corriente.

Algunos se opusieron y aun tuvieron la insolencia de decir que era una barbaridad, por lo cual fueron arrojados al agua, y hubo proclama.

Una vez que ya estuvieron entre la corriente, sucedió la cosa más sencilla del mundo: que la corriente los hizo volver atrás lo menos cien mil leguas, y los partidarios de ir adelante gritaron entusiasmados: viva el progreso!

Echaron á varios al agua y hubo proclama.

La corriente los llevó *todos juntos*, por fortuna, y los estrelló contra una roca en que vieron estrellitas del cielo todos aquellos á quienes no se les rompió la crisma, que fueron los más. Se asieron del peñón y aguardaron á que apareciera el día. Hubo proclama con aquello de "El universo atónito nos mira . . . !" Mentira! El universo estaba tomando chocolate en ese momento y no vió nada.

(De El Hogar, número 79, de 7 de Agosto de 1869.)

LAS TRES TAZAS

AL SEÑOR RICARDO SILVA

Mi querido Ricardo: Te dedico estas tres tazas llenas la una de chocolate, la otra de café y la tercera de te. Tómate la que quieras; lo dejo á tu elección; pero no creo que seas ecléctico hasta el punto de tomarte todas tres. Debes escoger una y vaciar las otras dos.

Tu paisano,

Areizipa.

Postdata (en latín). Hombre! no derrames las otras: ofrécele la una á tu esposa y la otra á Manuel Pombo. (Fecha *ut supra* (igualmente en latín.)

TAZA PRIMERA

SANTAFÉ

Soy coleccionador, bibliómano ó anticuario, no sé cuál de las tres cosas será; pero, sea lo que fuere, lo confieso con rubor, porque no se me oculta el ridículo que sigue á estos oficios serviles en nuestra tierra. Si en lugar de eso fuera revolucionario como Don N . . . . que está

graduado ya de doctor en revoluciones, y que es muy bien recibido en la sociedad; ó si fuera militar, profesión que imprime carácter; ó agiotista, profesión que idealiza al individuo, lo confesaría en alta voz y andaría con la frente tranquila y la conciencia erguida . . . . como dicen algunos que se retiran á la vida privada. Creo que como dicen es "con la frente erguida y la conciencia tranquila," y si yo he dicho al revés, no te afanes. Será equivocación del cajista, que de ésas he visto yo.

Pues iba diciendo que soy bibliófilo, ó cosa parecida; y por esta razón poseo impresos en abundancia y variedad. Una de estas variedades es la de esquelas de convite á entierros y bautismos: de ofrecimiento de nuevo estado y de despedida. ¡Qué de cosas he visto! ¡Sobre cuántas boletas han caído lágrimas que se me han saltado á traición é impensadamente! "Dionisio Rodríguez y Zoila Díaz se ofrecen á usted en su nuevo estado," dice una esquela fechada en 1841. "Dionisio Rodríguez y su señora ofrecen á usted un nuevo servidor," dice otra, fechada en 1842. "Ha muerto la señora Zoila Díaz! dice otra. Su inconsolable esposo y sus huérfanos suplican á usted que asista á las exequias mañana á las once." La fecha es de 1853. Estas esquelas recibidas á largos intervalos no causan sino una impresión sencilla; pero reunidas así en un libro! sin más distancia entre el matrimonio y la muerte que una hoja de papel, y sin más tardanza que la necesaria para volver una foja! Así, amigo mío, la impresión es complexa y el sabor que queda en el alma, es un sabor á asco de la vida. La vida es una canallada, es un robo cuatrero, es una miseria! Esaú vendió su derecho de primer nacido por un plato de lentejas; si hubiera sido su naci-

miento el que vendía debiera haberlo vendido por el plato solo: darlo con lentejas hubiera sido un despilfarro horrible.

Quieres que sigamos fojeando? Mira lo que sigue. Un amigo mío me convida en 1849 á comer en su tornaboda, y en la foja siguiente me convida su esposa á acompañar el cadáver de mi amigo al cementerio! Yo acepté ambas cosas: brindé en el convite y lloré en el entierro. Quieres que sigamos fojeando? Mira lo que sigue! Es un convite para unos certámenes de niñas. Una de las sustentantes es Clementina Forero, de edad de ocho años. Sabes quién era la abuela de esta niña? Zoila Díaz, á quien vi casar yo, que según mi fe de bautismo y las barbas negras que peino, soy joven todavía; pero que según el estudio de estas boletas soy un Matusalén detestable. Y yo mismo, ¿qué seré mañana para el que me herede estas colecciones, sino una antigualla curiosa, un ente mitológico que existió? ¿Quién hará vivir mis ideas, mis sentimientos? Nadie! nadie! "Un hombre al agua!" gritan en un buque cuando cae por descuido un marinero. Se ve á la víctima debatiéndose con las olas, se ven sus movimientos, se oye su voz, que invoca á Dios, que nombra á su madre, á su esposa, que ofrece el oro que tiene en tierra al que lo salve. Pasa un momento; qué hay sobre el mar? Nada. El buque se aleja: qué deja atrás? Nada. Un hombre es *nada* después de que se consume. Las generaciones son buques! de ellas se desprende un hombre que iba con ellas, y cae á la tumba. Las generaciones siguen: qué dejan atrás? Nada!

¡La vida, si no es más que este totilimundi, en que pasan y repasan figurillas, no vale ni el plato vacío de

Esaú! No vale nada, absolutamente nada. Cualquier negocio es á pura pérdida, mientras no haya negociantes que garanticen la perpetuidad. Lo que más humilla al hombre es la muerte; es vivir de arrendatario de la vida, es no tener nada propio. Cuando menos lo piense, viene el dueño y le pide lo que posee. Ésta es una humillación por excelencia . . . .

¡Dichosos los que dicen, quitando así á la muerte su humillación sin nombre: "La vida es una prueba, es un recodo del camino, es un *tambo* en la ruta, para descansar á su sombra un momento! Nadie se va á vivir á un tambo; pues bien, la vida no ha sido nunca de cal y canto! Venimos de Dios, hacemos un viaje al rededor de la tierra y volvemos á Dios! ¿No hay franceses que salen de París, viajan, y vuelven á los diez ó doce años á París? Pues así sucede al hombre respecto de Dios." Oh! esta sed de inmortalidad del hombre, si no hubiera Dios, sería un veneno delante del cual el ácido prúsico sería un caramelo pectoral y calmante! Si los volcanes rugen como rugen y braman como braman, será porque se les ha figurado que no hay Dios! Yo en pellejo de ellos, y con tal idea, no me estaría ni una hora sin un terremoto: me divertiría en matar al mundo á fuerza de estrujones.

Pero hay Dios! Aguantemos humildes la prueba de la vida! padezcamos la prueba de las boletas, y déjame divertir un poco la imaginación, porque allí alcanzo á ver al principio del tomo una esquela en papel florete que me sonríe. Mírala, qué cuca! El papel es un florete español de lo más florete que puede hacer el hombre, criatura nacida para hacer siempre papel. El largo de la esquela es una cuarta, medida española: el ancho,

media; y el margen tiene cuatro dedos. Quieres que la lea?

Doña Tadea Lozano

saluda á Um. y le ruega que venga esta noche á tomar en esta su casa el refresco que ofrece en obsequio de algunos amigos.

Señor D. CRISTÓBAL DE VERGARA.

Santafé y Mayo 13 de 1813.

He oído contar en casa que este refresco fué de lo sonado, de lo grande. Asistieron cincuenta personas de lo más escogido que había en la ciudad: Nariño, Baraya, Torres, Madrid y otros personajes por el estilo. Nariño estaba en vísperas de marchar al Sur con su valiente ejército; y la marquesa de San Jorge quería darle por despedida, lo que se llamaba entonces un *refresco*, es decir, *una taza de chocolate.*

El palacio de la marquesa era, tú lo sabes, la misma hermosa, sólida y opulenta casa que queda en la esquina de Lesmes, y en que vive hoy Don Ruperto Restrepo. Era y es una casa cien veces mejor que lo que hoy se usa, estas casuchas que se vengan en altura de techos lo que pierden en extensión de terreno; fábricas de tifos y de tristezas; copia exacta de la generación actual; casas de gran fachada y sin huertas ni jardines: con salas de 20.000 varas de alto y corrales de vara en cuadro; casas que, en lugar de aquellas andaluzas y espaciosas albercas

en que corría á chorros la rica agua del Boquerón, tienen bombas que pujan y brotan por la fuerza una agua que sabe á magnesia y sédlitz. La casa de la marquesa ahí está á la vista: es cien veces mejor que las de hoy. Su dueño no debe cambiarla si no le dan doscientas casuchas de éstas que la moda levanta.

Pues en uno de sus salones fué donde se reunió la sociedad que iba á tomar un refresco la noche del 13 de Mayo de 1813. Treinta caballeros y veinticinco señoras y señoritas asistían. Era el traje de los caballeros, zapato de hebilla, media de seda, pantalón rodillero con hebilla de oro, chaleco blanco y casaca sin solapas, según la última moda, y que era llamada *Bonapartina.* El traje de las señoritas consistía en camisón de seda de talle muy alto y descotado, mangas corridas y falda estrecha.

La gran sala estaba colgada de tela de seda recogida en profusos pliegues. El mobiliario consistía en tres canapés con prolija obra de talla dorada, y cuyos brazos semejaban culebras que mordían una manzana. Fuera de los canapés había unas cincuenta sillas de brazos, también doradas y forradas como aquéllos, en damasco de Filipinas. Del techo colgaban tres grandes cuadros dorados en que se veían los retratos del conquistador Alonso de Olaya, fundador del marquesado; de Don Beltrán de Caicedo, último marqués de San Jorge, por la rama de Caicedos; y de Don Jorge de Lozano, poseedor del marquesado en 1813.

El refresco tuvo lugar á las ocho de la noche, en el vasto comedor. La mesa cubierta con un mantel de alemanisco de resplandeciente blancura, soportaba el enorme peso de los platos de colaciones, las botellas de aloja

y los botellones de vino español. Sobre las servilletas dobladas reposaban grandes platos: entre éstos había platos pequeños; y entre los pequeños había pozuelos en que hacía visos azules y dorados la espuma de un chocolate que estaba guardado en pastillas hacía ocho años, en grandes arcones de cedro. El cacao había venido desde Cúcuta, y para molerlo se habían observado todas las reglas del arte, tan descuidadas hoy por nuestras cocineras. Se había mezclado á la masa del cacao canela aromática, y se había humedecido con vino. En seguida cada pastilla había sido envuelta en papel, para entrar en el arcón en que iba á reposar ocho años. Para hacer el chocolate no se habían olvidado tampoco las prescripciones de los sabios. El agua había hervido una vez cuando se le echaba la pastilla; y después de esto se le dejaba hervir otras dos, dejando que la pastilla se desbaratara suavemente. El molinillo no servía para desbaratar la respetable pastilla á porrazos, como lo hacen hoy innobles cocineras; no, en aquella edad de oro el molinillo no servía sino para batir el chocolate después de un tercer hervor, y combinando científicamente sus generosas partículas, hacerle producir esa espuma que hacía visos de oro y azul, que ya no se ve sino en las casas de una que otra familia que se estima. Preparado así el chocolate, exhalaba un perfume . . . . un perfume . . . . ! ¡ Musa de Grecia, la de las ingeniosas ficciones, hazme el favor de decirme cómo diablos se pudiera hacer llegar á las narices de mis actuales conciudadanos el perfume de aquel chocolate colonial! Esto en cuanto al olfato; pero en cuanto al sabor . . . ! Es de advertir que la regla usada entonces por aquellas venerables cocineras, era la de echar dos pastillas por jícara, y ninguna de aquellas

sabias cocineras se equivocaba. Si los convidados eran diez, se echaban veinte pastillas. Hoy . . . llanto cuesta el decirlo! *quis talia fando temperet a lacrymis!* Hoy . . . hay cocineras que echan á pastilla por barba. Qué digo? hay casas en que con una pastilla despachan tres víctimas!

Pero el sabor de aquel chocolate era igual á su perfume; la cucharilla de plata entraba en el blando seno de la jícara con dificultad. No se hacían *buches* de chocolate como ahora, no; ni se tomaba de prisa, ni con los ojos abiertos y el espíritu cerrado. Cada prócer de aquéllos cerraba un poquillo los ojos, al poner la cucharita de plata llena de chocolate en la lengua: le paladeaba, le tragaba con majestad; y Don Camilo de Torres dijo al gran Nariño al acabar de vaciar su jícara: *digitus Dei erat hic.*

—*Bene dixisti*, contestó el Presidente de Cundinamarca, depositando respetuosamente su pocillo sobre el plato. Es sabido que Torres y Nariño eran hombres de muchísimo talento.

Con tales jícaras de chocolate fué que se llevó á cabo nuestra gloriosa emancipación política. Si hubiera sido el te su bebida favorita, el acta del 20 de Julio de 1810 no hubiera tenido más firmas que la del Virrey Amar que nunca quiso firmarla.

Olvidaba decir que la vajilla en que se sirvió aquel chocolate de que vengo hablando, era toda de plata de martillo y que no era prestada. En el fondo de cada plato estaba grabado el blasón de aquella ilustre casa con el nombre de "Marqués de San Jorge," que diez años más tarde había de cambiar su dueño por el título de "Say Bogotá," haciendo así de sus blasones un bodoque

y tirándoselos á la cara á Fernando VII al través de esos mares, que recorrieron sus altivos antepasados armados de todas sus armas.

El aristocrático refresco había terminado. Los agraciados volvieron al salón precedidos por el gran Nariño que daba el brazo á la marquesa de San Jorge.

Apenas llegaron al salón rompió la música de cuerda que estaba prevenida, con una alegre contradanza que hizo saltar de alegría á todos los que la escuchaban. Puso la contradanza el elegante Madrid con la hermosa Doña Genoveva Ricaurte. Las figuras fueron *paseo, cadena* y *triunfo*, en la primera parte; y en la segunda *alas cruzadas, paso de Venus* y *ruedas combinadas*. Tras de la contradanza se bailaron un capitusé, un zorongo, un ondú y dos cañas.

Eran las doce de la noche, dadas en el gran reloj de cuco que sonaba en la recámara, y los convidados se prepararon para retirarse. Los hombres pidieron á sus pajes sus ricas capas de paño de grana, su espada y su sombrero de castor: las mujeres pidieron á los caballeros sus mantos y sus pastoras, y salieron precedidos de sus lacayos que llevaban grandes faroles para alumbrar las calles solitarias por donde se retiraban los elegantes tertulianos.

Cuatro años después todos los hombres de aquella tertulia, menos dos, habían sido fusilados: todas las mujeres, menos tres, habían sido desterradas.

Morillo hizo su cosecha de sangre. Pasó aquella tempestad y vino Bolívar. Con Bolívar vinieron los ingleses de la legión británica, y con ellos, cosa triste! el uso del café que vino á suplir la *taza de chocolate*.

TAZA SEGUNDA

SANTAFÉ DE BOGOTÁ

"Juan de las Viñas saluda á usted y le ruega que concurra esta noche á su casa á tomar una taza de café."

Esta boleta, en papel azul, de carta, con una viñeta que representa un amor dormido, tiene, como lo ves, la fecha de 1848. La impresión es de Cualla: los tipos no dejan duda.

El café me era conocido como un remedio excelente, feo como todo remedio, mas no lo conocía bajo la faz de bebida tan deliciosa que mereciese un convite. En un Jueves Santo, día de ayuno y de abstinencia, había solido tomar una tacita de café; y en una que otra indisposición de estómago, se me había propinado una tacita de agua en que se habían hervido tres granos de café. Me parecía que aquella solución de calamaco, que aquella agua de cúbica, que aquel cocimiento de filaila no se podía prestar gran cosa para los placeres de la amistad y de la reunión. No comprendía cómo mi amigo el señor de las Viñas y sus convidados, mozos de excelente humor y mejor salud, que de seguro no habían ayunado ese día, ni se habían abstenido de carnes, fueran á gastar una noche tomando café. Mi estómago sollozaba con la idea de renunciar esa noche á mi chocolate de media canela, aromático y alimenticio; pero mi espíritu novelero se exaltaba con la idea siempre mágica de ir á penetrar lo

desconocido. El chocolate era para mí un amigo de infancia; pero me halagaba la idea de ir á conocer aquel extranjero á la moda. ¡ Perra naturaleza humana ! Qué necesidad tenía yo de nuevas amistades ?

Sea como fuere, yo no renuncié al convite. Á las siete de la noche me dirigí á la casa de Viñas, armado de punta en blanco. El traje de baile que se usaba en aquel tiempo y era el que yo llevaba, consistía en zapato sin tacón, pantalón con ancha travilla, lleno de pliegues en la cintura y sumamente angosto en su parte inferior. Presencié una vez el caso de que un dandy tuviera que colgar sus pantalones sobre una viga, y meterse en ellos para que el peso del cuerpo hiciera entrar las piernas en aquellos tarros. El chaleco era de seda y tenía enormes solapas. La casaca de paño negro era de las llamadas punta de diamante, porque la falda era tan angosta y puntiaguda que cuando el caballero se inclinaba para ponerse á los pies de una dama, la falda se levantaba recta y formaba un ángulo de setenta y un grados con las piernas del héroe. La corbata era muy ancha y se echaba con doble vuelta, y los cuellos de la camisa muy anchos también, volteaban, dando á las caras un aire de candor que engañó á muchos y á muchas. No hay que fiarse en el candor de las caras que tienen cuellos volteados, ni en la gravedad que ostentan las que usan cuellos parados : uno y otra son engañosos y falaces.

La sala del señor y la señora Viñas era de una sencillez patriarcal. Las blancas paredes no tenían más adorno que el que les ponen á los difuntos cuando su inconsolable viuda, sus afligidos huérfanos y sus inconsolables amigos les dicen : *quede usted con Dios.* Ya se entiende que hablo de la cal.

La cal! triste presente
Que el hombre rinde al hombre,
Como un lauro postrer que da á su frente!
De esto nadie se asombre,
Que al decir los poetas lloradores
"Yo regaré de flores,
Dulce amigo, tus restos adorados
Entre la negra y triste sepultura,"
Usan de una figura
Retórica, de un tipo así tal cual:
Lo que riegan no es flores sino cal.

Sobre la blanca cal de las paredes (que el papel no era de lo más común en esa época), había láminas que nada tenían de homogéneas: eran un San José, al óleo, obra de Figueroa: un cuadro que representaba la muerte de Napoleón y dos láminas en cristal: la una figuraba á Cleopatra escondiéndose en el seno un lagarto, y la otra á Matilde cerrándose un ojo con un dedo para indicar que lloraba á Malek Adel. Pobre Malek Adel! ¡Cuánto lloré por tu suerte entonces, que me creía yo tan rico de lágrimas! Y cuando llegó la hora de llorar sobre mí mismo, no encontré ni una en mis ojos: todas habían caído sobre tu sepulcro, sobre Corina, sobre Atala y otros personajes que no eran de mi parroquia! Las cosas que hace uno de muchacho! Y el interés que se toma por Óscar y Amanda, Numa Pompilio y otros sin generales! Pero á decir verdad, esta sensibilidad no está de por demás: á ella se debe que uno debe aprender la historia romana y la griega al dedillo y obtener una calificación de "sobresaliente con aclamación," como la obtuve yo en un certamen en que recité de pe á pa todas las guerras púnicas. ¡Qué tal si entonces me examinan en la historia de mi misma Patria, que nunca me ense-

ñaron en la Universidad! Indudablemente me habrían calificado *réprobo sobresaliente*, porque hasta hace poco fué que supe que había existido un tal Gonzalo Jiménez de Quesada y otros varones. Esto lo supe mucho después que aprendí á tomar café. Y á propósito del café, me había olvidado de que estaba describiendo una sala.

Los canapés forrados en zaraza, los taburetes de vaqueta, las mesas pintadas de mala mano, todo indicaba una medianía de esas que se llaman con el adjetivo decentes. Para mí no hay ni puede haber medianía que no sea indecorosa. Un lujo había en la sala, y ése no pertenecía al amigo Viñas: las parejas. Veinte muchachas que ni bajaban de los diez y ocho ni pasaban de los veinticuatro años: veinte muchachas rollizas, de caras ovaladas llenas de hoyuelos, de mejillas pintadas por la salud y la juventud, de ojos pícaros pero inocentes, amorosos pero señoriles, de bocas frescas que se perecían por hablar, pero que callaban modestas; de cuerpos rollizos vestidos con humildes camisones de zaraza, y sin más adornos en las cabezas que dos trenzas de abundante pelo; veinte doncellas listas para ser buenas esposas y buenas madres; con ausencia total de lectura de novelas de Dumas, y de romanticismo y de jaranas; tales eran las parejas con que se puso una contradanza que hizo estremecer la tierra en sus ejes, y se bailaron unos sendos valses que hicieron estremecer los ejes entre sus bocines.

Las parejas hombres, ó sean parejos, eran de lo más disparejo que puede darse en vestidos y en figuras. Unos gastábamos casaca; pero yo vi á uno que bailó con chaqueta. Era una tertulia casera. La contradanza, gloria de nuestros padres y gloria nuestra, de que se han privado nuestros hijos por . . . . . pepitos, era y es (si se vuelve

á bailar) el más decoroso y galante, el más vistoso y caballeresco de todos los bailes. Cuando la pareja que iba *poniendo* la contradanza llegaba al fin de la hilera, era de verse aquel concertado desorden, aquella sistemática anarquía, aquel arreglado movimiento con que se movían cuarenta personas ejecutando á un tiempo las vistosas figuras. Y si la contradanza era *obligada*, es decir, compuesta de figuras muy difíciles, había un momento, aquel en que se ejecutaba el paso más obligado, en que hasta el espectador gozaba como no han soñado gozar estos pepitos que corcovean hoy en las alfombradas salas. El registro de los clarinetes despertaba los corazones: el redoble en la tambora los hacía saltar, y al romper la música con la primera parte de la contradanza, los hacía hablar. Sí, señor, como usted lo oye: los corazones hablaban, que yo los oí. *Á sacar parejas!* gritaban los más alegres, y todos nos precipitábamos á sacar la que estaba comprometida. Puestos en hilera, el afortunado mortal á quien tocaba poner la contradanza, aguardaba á que la música tocase la primera parte para romper el baile, y mientras tanto decía algunas palabras á su compañera, que bien gratas habían de ser, puesto que la veíamos remilgarse bajando sus párpados sobre sus alegres ojos. El que estaba de segunda pareja aguardaba con los dedos pulgares metidos entre el chaleco, y haciendo abanico con la mano abierta; y otros de los que habían quedado más abajo, divertían su impaciencia llevando con los pies el compás de la retumbante música de *viento* que aquella noche era de vendaval.

Unas dos contradanzas y unos tres valses *redondos* se habrían bailado cuando en un interregno se apareció en la sala mi amigo el de las Viñas, y con su misma cara de

alma de cántaro que conservó hasta la muerte, adornada en ese momento con sonrisa de gala, dijo en voz alta: *Zeñores, vamoz á tomar café!*

El golpe estaba dado, la situación era dramática. Por pronunciar dos zetas y la palabra *café* había gastado Viñas cincuenta pesos redondos. Nos lanzamos á tomar los brazos de las hermosas convidadas, y nos dirigimos al comedor. Viñas nos precedía llevando del brazo á su esposa, Magdalena Parra, que ya es muerta. Un manojo de plumas se necesitarían para describir aquel comedor, acostumbrado á hacer teatro de juntas pacíficas, y que esa noche iba á servir de campo de batalla; qué digo, servir! que había servido ya en los aprestos del refresco, pues se había removido este mundo y el otro para ponerlo decente. Un baño de tierra blanca había enlucido las paredes. Donde la pared por su altura estaba incólume, corriente; pero! cómo habría sentado la blanca tierra en la zona húmeda, es decir, en dos varas de altura, donde el verde de la humedad atropellaba las fórmulas, saltando á la cara como un cigarrón! ¿Cómo habría quedado en todos los puntos en que se había hecho hoyo por las puntas de las mesas, por los palitroques de los taburetes, por los saltos del perro Medoro á coger la pelota que lanzaban los chicos, saltos que habían dejado en la pared una especie de pentagramas curvilíneos formados por sus garras? La mesa en que comía todos los días el señor de las Viñas, rodeado de sus hijos como una viña de sus vástagos, era á propósito para aquella parra y aquellas viñas, pero insuficiente para los convidados, y se había tomado el partido de agregarle varias mesitas. Las que eran muy bajas se habían alzado sobre ladrillos, y aunque tambaleaban como Edda delante de su amado, éste no era

mucho inconveniente; pero las que habían quedado altas tenían la ventaja de la solidez en cambio de la abominable joroba que imprimían al mantel. Viñas me consultó sobre esta abominación un poco antes de llamar á los convidados; y yo, viendo que no había remedio en lo humano, le dije: el mar es lo más plano que se conoce, y sin embargo, se desnivela cuando se agita, y así es más solemne. Viñas quedó tranquilo con esta aplicación. Había taburetes de todas formas, platos de todos colores, gente de todas clases y niños de todas edades, porque las señoritas convidadas habían ido con sus padres, éstos con sus hijos chiquitos, y estos últimos con todas las criadas de la casa. Los convidados eran cuarenta y los asistentes cuarenta mil. Nos sentamos, sí; aunque me pese el decirlo, nos sentamos cuarenta personas en treinta taburetes. El cómo, se ignora y se ignorará siempre. Magdalena Parra de Viñas que no se sentaba hacía tres días, bien hubiera querido sentarse aunque no fuera sino por poder llorar con descanso; pero, qué sentarse en aquella Babilonia! El refresco empezó por *ajiaco*, el modesto, el irreemplazable ajiaco, que si figurara en algún lenguaje debería tener por significado: mérito sólido. Tras del ajiaco siguieron unos hermosos pollos asados, dignos de un príncipe convaleciente. Tras de los pollos hubo vinos: vino tinto, vino dulce y vino de consagrar. Tomamos más de lo justo, aunque no tomamos con injusticia: nos alegramos y nos enternecimos. En esta delicada situación de ánimo se oyó en la cercana cocina un ruido de molinillos, y acto continuo entraron tres criadas bien vestidas, trayendo en tres grandes azafates pastusos, muchos pozuelos blancos llenos de café!

Fué el segundo momento solemne. Todos mirábamos

con curiosidad aquel licor negro y espeso que venía entre sus sepulcros blancos, como las almas de los fariseos. Nos pusieron por delante á cada convidado nuestro pocillo de café hervido y batido, y cada uno dió el primer sorbo. Oh Silva! oh Silva! qué sorbo! qué sorbo!

Si este artículo llevara números romanos, qué bien divididas quedarían las situaciones dramáticas! Figúrate los números: Antes de "Juan de las Viñas," un I. Después del "zeñores, vamoz á tomar café," el II; y tras de los "pozuelos blancos llenos de café," el III. El drama estaría hecho; no faltaría sino ponerle un nombre bien romántico, como *El Confíteor*, ó *Ángel del crimen*, ó *El Puñal santo*, ó *Una Borrasca en las uñas*, ó *La Segunda foja de un libro*, ó cualquiera otra cosa romántica, significativa y sonora. Todavía le faltaría algo: ponerlo en verso, y esto no sería muy difícil; por ejemplo, este dialoguito:

No os parece, el de Cardona,
Que el café está muy cargado?
—Está requetecargado
Y hace daño á mi persona.
—Que le falta azúcar creo,
No os lo parece, Cardona?
—No lo nota mi persona,
Mas si lo creo de recreo.

Cuando el consonante es así, muy rebuscado y poco vulgar, sería algo más difícil; pero echando mano de consonantes más socorridos se andaría muy aprisa.

Pero sigamos con el café.

Apurado el primer sorbo, apartamos respetuosamente el pocillo, y yo volví la cara para escupir con maña y sin que nadie lo notara, el puñado de afrecho que me había

quedado en las fauces; pero no pude hacer este acto de policía, porque mi vecino iba á hacer lo mismo y ambos nos recatamos para ocultar el secreto; es decir, cada uno tragó lo mejor que pudo, y otro tanto le sucedía á cada convidado. Pasado el primer momento, hablamos todos para engañarnos. Juliana, la señorita que estaba á mi derecha, y que pretendía tener un gusto muy delicado y estar siempre á la moda, quiso hacerme creer que aquella bebida que tomaba por primera vez, no le era extraña. —Me gusta tanto el café! decía haciendo gestos de horror. Clotilde, que estaba un punto más adelante, decía también: es tanto lo que me gusta el café! Pero no puedo tomarlo sin que se me resientan los nervios.

Yo estaba excitado por el vino de consagrar que había tomado, y no pude contenerme:

—Juan de las Viñas, dije en voz alta, cuánto te abonan por útiles de escritorio en tu oficina?

—Poca cosa, contestó con sorpresa el interpelado; ocho pesos al año; pero por qué me lo preguntas?

—Porque no puedo explicar el despilfarro que naces de tinta, hombre.

—Qué quieres decir?

—Que nos has dado tinta de uvilla con tártaro en este impúdico brebaje que acabas de propinarnos.

—Caballero, me parece que. . . . .

—Que me debes dar chocolate. Ahora no soy caballero, no soy sino un hombre herido en lo más caro que tiene, en su gargüero; soy un león enfurecido; y si no me das chocolate, te despedazo aquí en presencia de tu tierna esposa y de tus tiernos hijos.

—Eres un hombre sin civilizar, un bárbaro, un indio bravo. No sabes tomar café, la bebida de moda.

—Cómo! me llamas indio bravo después de hacerme tomar café batido, servido con queso y retoritas? Te despedazo.

—Caballero, mire usted en qué casa está . . . . . dijo Magdalena Parra de Viñas.

—Mi señora, estoy en una casa donde se bate el café: pido chocolate.

—Sí! chocolate! chocolate! clamaron todos los hombres, insolentes por el vino, é incitados por mi mala crianza.

La escena se convirtió rápidamente en una escena de confianza. Todos se reían, todos gritaban. Juan de las Viñas me pidió una satisfacción.—Como quieras, le contesté! Estoy dispuesto no sólo á satisfacerte, sino á probarte que el café ha sido hecho en chorote . . . . Viñas estaba un poco serio; pero otro de los conmilitones propuso: bauticémoslo con café y pongámosle otro nombre.

Por no recibir el café en la crisma, y también porque vió que todo el pueblo estaba contra él, se echó á reir al fin, y dijo subiéndose sobre un cajón, y tomando el pocillo de chocolate que estaba apurando su inocente esposa.—Pido la palabra!—La tiene Viñas, con tal que no hable de café, contestó un insolente.

—Señores, dijo sin zeta ninguna y en el más puro castellano el buen Viñas, que había estado á la moda, durante un momento, y que por un accidente volvía á su lenguaje, á su tono y á su felicidad habitual: señores, propongo un brindis con chocolate contra el café!

—Bravo! Bravo! Bien! Magnífico! Admirable! Hurra! Ucha perro! gritamos todos enternecidos, sorprendidos, vencidos, conmovidos, mientras que Viñas aguar-

daba parado, encajonado, encantado, admirado, ruborizado.

Y en nuestra feroz alegría palmoteábamos, y bajábamos á Viñas de su cajón en nuestros brazos, y lo estrechábamos, y llorábamos sobre su faz. Hubo alguno que no pudiendo moderar su entusiasmo, le hacía tambora en la cabeza.

Viñas quedó resarcido de sobra con aquel triunfo oratorio y aquella ovación fraternal, del *fiasco* de su café.

Tomamos buen chocolate improvisado y nos fuimos á la sala para que vinieran á cenar los músicos. La mitad de los hombres se volvió con ellos, y la otra mitad se dividió por mitades: una que se quedó en la sala, y otra que se vino con los músicos. De la mitad que quedó en la sala, una mitad se apareció á pocos momentos en el comedor. Comimos más, bebimos más y fumamos con un furor homérico. Á los músicos los cuidamos con un furor intermitente: los hacíamos tomar ajiaco después del dulce, ó interrumpir una jícara de chocolate para contestar á un brindis con vino seco. Les alcanzábamos cigarro encendido cuando empezaban á tomar frito, y les hacíamos tomar agua después de tomar aguardiente. Concluyeron al fin, volvieron sumamente complacidos á tomar sus instrumentos musicales y tocaron con una fuerza descomunal durante dos horas seguidas. Á las tres de la mañana gritábamos durante el baile: oído! viva mi pareja! viva el buen humor! viva quien baila! Los peinados de las mujeres, que se mantenían modestas y tolerantes, era lo único descompuesto que había en ellas, porque cada media cadena obligada les hacía *una borrasca sobre el cráneo*, al revés de lo que dice Víctor Hugo.

Hubo un momento sublime de reposo y de respetuoso silencio, durante el cual acesamos. Habíamos bailado tres horas seguidas sin intermisión, y era la una y media de la mañana. Dejar acabar el baile hubiera sido delito: prolongar el interregno, atrocidad; seguir bailando, suicidio. Qué hizo el buen de Viñas? Fué é inventó una cosa que no estaba en el programa de la fiesta; sacó una guitarra, mudo testigo de sus ex-amores con su esposa, cuando ésta no lo era aún, y propuso á Juliana que cantara

—Pero si yo no canto! exclamaba aquella adoradora del café.

—Cómo no ha de cantar! le decíamos todos, y sin más razón que ésta, y una vaga sospecha que circuló á ese tiempo de que efectivamente cultivaba aquel arte encantador, le dejamos la guitarra en el regazo. Media hora se pasó en templarla y en registrarla, al cabo de la cual tosió disimuladamente y empezó en voz baja, algo acatarrada, aquella canción que entonces era de moda:

> ¡Hermosa, ven, y sulcaremos juntos
> El mar inmenso de la triste vida!
> Hermosa, ven, y mi fatal herida
> Ciérrala ya por el eterno Dios!
> Tin, pin, tin, pin, pin, pin, pin.
> Ciérrala yaaaaaaaay! por el eterno Dioooos!
> La, ra, la, ra, la, ra, la.
> Hermosa, ven, y sulcaremos juntos . . . .

Iba á repetir la romántica cantora todo el convite á bogar; iba ya á llegar á la curación de la herida, cuando al hacer un trino en la voz y un arpegio en la guitarra, *pao!* hizo la prima, reventada en el quinto traste. La pobre prima, adelgazada durante los amores

de Viñas con su Parra, no pudo empezar con salud la segunda época de sus glorias. Ay! qué difícil es que una prima alcance para dos amores! Dicen que las primas limeñas resisten hasta cuatro; pero las nuestras quedan exhaustas en el primero. No habiendo otra prima á mano, fué menester renunciar al placer de oir por tercera vez el convite á sulcar juntos, y pasamos á otra cosa.

Esa otra cosa no podía ser sino volver á bailar, y lo hicimos con gozo hasta las cuatro de la mañana en que empezamos á despertar á los chiquitos que dormían en los canapés, á rebullir á las criadas que dormían en el corredor para que encendieran las linternas, y á buscar los pañolones perdidos ó confundidos. Las madres se cobijaron la cabeza con el pañolón y se pusieron los sombreros amarrándose el barboquejo. Las señoritas buscaron los brazos de sus galanes, y salimos bien arropados todos á la fría atmósfera de la calle, cantando á voz en cuello los hombres:

Hermosa, ven, y sulcaremos juntos

* * * * *

Hoy son huérfanos de padre y madre los hijos de Viñas: de aquellas hermosas jóvenes con quienes tomé ó iba tomando una *taza de café*, once han muerto; una (Juliana) está hace años loca; tres son ricas y felices; seis piden limosna vergonzante; dos son monjas y es[illegible] expatriadas.

Triste campo es el de los recuerdos! Cada vez que entra uno entre su triste memoria, se espanta de ver tantas lápidas. *Aquí yace* . . . . *aquí yace* . . . . es lo

que va leyendo. Como en el cementerio, no se mide un paso sin que uno vea la boca de una bóveda!

TAZA TERCERA

BOGOTÁ

Todo ha variado! decía yo no hace muchos días, reclinado de codos sobre mi mesa, y teniendo por delante una esquela de convite. Amigos, costumbres, esquelas, alimentos; todo ha variado! Qué triste es quedarse uno poco á poco atrás! Qué triste y que desolador es encontrarse uno de extranjero en su Patria!

Tales reflexiones las hacía yo sobre un cuadrado de papel porcelana, duro como los corazones de hoy, frío como las almas de hoy, inmaculado como los corazones de antes, que decía así en lindísimos y pequeñísimos tipos:

> *Los marqueses de Gacharná hacen sus cumplimientos á José María Vergara, caballero, y le avisan que el* 30 *del mes entrante, siendo el cumpleaños de señora la marquesa, se hará música en el hogar y se tomará el te en familia.* (Traje de etiqueta.)

Qué demonios es esto? repetía yo, aludiendo á un estribillo de bambuco, y llorando sobre mí y sobre mi Patria: qué demonios es esto? Yo que he jurado no salir de Bogotá y morir aquí encerrado entre las retrógradas costumbres de mis cariñosos amigos, ¿cómo me encuentro de repente trasladado á un puerto de mar? ¿Quiénes son estos marqueses? Qué idioma es éste? Por qué hacen música? Por qué toman el te en familia y no en taza? Y sobre todo, por qué toman te en lugar

de tomar agua de borraja, que era el sudorífico que en antes se usaba? Y *gabán*, (en lugar de decir otra vez *y sobretodo*) por qué sudan ó quieren sudar?

Ay! mi Bogotá! Dónde estás, arrabal de mis entrañas? ¡ Quién me diera que en vez de este te fuera un chocolate en casa de Samper, con asistencia de Carrasquilla, Marroquín, Quijano, Valenzuela, Pombo, Guarín, Salvador Camacho y otros que no sudan?

Y esta lista la hacía yo por buscar alguno de esos nombres entre la lista de convidados que me acompañaban los marqueses, seguramente para que viera yo con quién tenía que habérmelas, pues no había de ser para que escogiera, como quien escoge platos en *la carte* de un *hotel.* Los convidados eran:

Señor el duque de la Penière, correo del Gabinete de S. M. el Emperador Napoleón.

Señor el barón Planagenet Dikswhy, cónsul de Inglaterra.

Señor el general Patricio Can de Lero.

Señor Béndix Matallana, artista.

Señor A. Bedghjlmnpqrst, diletantti alemán.

Todos son por el estilo, Dios eterno! exclamaba yo, cuando después de veinte nombres más, entre los que había algunos de mujeres, divisé éste:

Señor Casimiro de la Vigne, caballero.

—Un paisano! grité alborozado.

Mis lectores no saben quién es Casimiro de la Vigne; pero si recuerdan mi artículo de la *taza de café*, recordarán igualmente al hijo mayor de Juan de las Viñas que se llamaba Casimiro. En 1848, época en que empezamos á tomar café, era niño de ocho años; en 1865 en que pasaba la escena de la taza de te, tenía veinticinco.

Cuando él tenía ocho y yo veinte, él era un niño y yo un joven y él me llamaba de *usted* y *señor don.* Ahora que él tiene veinticinco y yo treinta y siete, ambos somos jóvenes y él me trata de *tú* y me llama *José María* á secas, como conviene entre personas de una misma edad. La edad, pues, nos ha apartado y nos ha juntado: esos doce años de diferencia que le llevo se acortan ó se alargan. Hoy somos iguales; pero volverá otra época en que vuelvan á aparecer los doce años en cuestión; cuando él tenga cincuenta y yo sesenta y dos, él será apenas un hombre maduro y yo un viejo achacoso. ¡ Quién sabe si entonces vuelva á llamarme señor don y á tratarme de usted ! Pero como ahora somos de la misma edad, al encontrar su nombre sentí grande alborozo, iba á tener un compañero, y por eso grité: un paisano ! Falta explicar por qué siendo hijo del señor de la Viñas, se llama de la Vigne. En el colegio, en que se ponen apodos todos los muchachos, apodos que á veces se inmortalizan, Casimiro, que no tenía ninguno, entró á la clase de francés. Los muchachos que aprendían entonces el *bonjour*, traducían al francés todo lo que encontraban por delante: tradujeron al catedrático, al pasante y se tradujeron á sí mismos. El Dr. Herrera Espada se convirtió en Mr. La Forgue de l'Epée: el pasante, Mateo Castillo, se transfiguró en Matiheu Chateau, y andando el tiempo vino á quedar con el nombre de *Chato,* como corruptela de Chateau; y Chato Castillo se llama y se llamará hasta el día del juicio, á pesar de que tiene unas narices descomunales. Casimiro Viñas fué llamado Casimiro de la Vigne, y como no tenía antes sobrenombre alguno, le quedó éste para *sæcula sæculorum.* El mozo era de talento y se hizo el bobo; se estuvo un semestre enfadán-

dose cada vez que le quitaban su ridículo apellido y le daban su elegante apodo. Los otros muchachos por llevarle la contraria no le llamaban sino de la Vigne. Al fin del semestre fingió el bribón de Casimiro que aceptaba el apodo por darles gusto, y comenzó á firmar con él. He aquí cómo logró bautizarse á su gusto. Provisto de aquel apellido, de una buena figura y de un carácter simpático, ha penetrado en todos los salones de lo que se llama entre nosotros *alta sociedad* y que no es alta de ninguna manera. Por estos motivos, su nombre estaba inscrito en la *carta* de los marqueses, y por eso iba yo á tener un amigo, un paisano, en aquella tierra de moros.

El marqués de Gacharná es un francesito, natural de Sutamarchán. De edad de veintiún años, logró ir á París; vivió en un quinto piso, devorando escaseces dos años mortales: volvió á Bogotá, donde se casó con una inglesa, nacida en el barrio de Santa Bárbara, y que tenía su dote consistente en dos casas que le dejó su padre, *ñor* Juan de Dios Almanza. Ella era vana y él vano: ella amaba lo extranjero, y él se perecía por lo europeo: ella era flaca y el flaco: ella tenía dos casas y él no tenía ninguna, pero en cambio él había hecho un viaje á París y ella no había salido de la calle del Rodadero.

Ella se estremeció de amor cuando Miguel *le presentó su primer homenaje* en francés, y él se turbó de gozo cuando ella le tendió, en respuesta, su mano, que por lo blanca, lo flaca y lo transparente, parecía un pisa-papeles de pasta de arroz. Una vez casados, fué vendida una de las dos casas, y con su valor abrió Miguel un hermoso almacén de ropas, introduciendo en el comercio el nombre de *Gacharná and Cómpany*, y á

las pocas vueltas fué introductor por mayor con buen crédito. Se pasaron á la otra casa y empezaron una vida á lo extranjero. No recibían á nadie, porque así no se vulgarizaban: porque así podían romper con algunos parientes y antiguos amigos, cuya sociedad muy cordial no les convenía; y últimamente porque así podían vivir con suma economía, padeciendo hambres para poder ahorrar; y cuando á fuerza de privaciones habían ahorrado trescientos pesos, daban un te, ó una *soirée*, no convidando sino muy pocas personas de lo más extranjero que les era posible, y uno que otro nacional que les sirviera de intérprete. Siendo tan raras las soirées que daban, y siendo tan refinada su elegancia, todos deseaban concurrir á aquella casa que no se abría sino tres veces al año: por este motivo sus convites eran recibidos con gratitud. Tal sistema de vida, además de hacerlos felices, influía notablemente en los negocios. Cuando uno entra en el almacén de un paisano que habla y ríe, á buscar camisas, y el paisano lo recibe cordialmente, se siente uno irritado y muy dispuesto á pedir rebaja. Encuentra uno allí camisas de lino á cuatro pesos, ofrece á dos, rebajan á tres, y se sale el comprador indignado. Pregunte en el vasto y solitario almacén de Gacharná and Cómpany: tiene U. camisas? Un hombre pequeño y muy flaco, provisto de unas patillas cuyas puntas se le enredan en las rodillas, arropado con un enorme gabán de paño color de cobija, se desprende de su escritorio y llega al mostrador, con un lapicero de oro en la mano. Se hace repetir la pregunta de si hay camisas: se dirige sin contestar el saludo, á un estante y baja una caja de camisas de algodón.

—Á cómo?

—Á seis pesos *chemise*.

—No da menos?

El señor Gacharná se encoge de hombros, vuelve á cerrar la caja y se dirige á su escritorio.

—Aguarde usted: las tomo. El señor Gacharná tira la caja sobre el mostrador.

—Cuántas tiene esta caja?

—Una media docena.

—Tome usted la plata.

—No admito sino moneda fuerte.

—Pero, señor, estas pesetas son de 0,900 . . . .

—Moneda fuerte.

—Pues si no le gustan, tome usted oro, dice el comprador, abriendo otro bolsillo del portamoneda.

Mr. de Gacharná cuenta dos condores y medio, y tres fuertes; para el pico de ochenta centavos alarga uno cuatro pesetas, y él las rechaza diciendo con aspereza:

—Moneda fuerte.

—El comprador alarga un fuerte, escandalizado, Monsieur de Gacharná devuelve una peseta, guarda su plata, vuelve la espalda sin despedirse y se dirige á su escritorio. El comprador repasa sus seis camisas de finísimo algodón ordinario, que le costaron $28.80, moneda fuerte, y se sale más contento que si hubiese comprado á su cordial paisano seis camisas de ordinario lino fino, que le hubieran costado $14.40 en pesetas.

Monsieur de Gacharná es el hombre que más vende en toda la Calle Real.

Á las cinco de la tarde en que los mortales nos dirigimos á pasear los pies por el camellón y los ojos por el campo, Monsieur de Gacharná cierra su

vasto almacén y se va solo y *todo morno* á pasearse de prisa en el Altozano, porque á los inmortales se les enfrían mucho los pies. Allí camina solo y de prisa hasta las seis de la noche en que es hora de comer, y se va á su casa á comer papas asadas en el horno, que ése no es alimento vulgar como las papas cocidas que comemos los hijos de los hombres. Á veces se le junta en el Altozano algún valiente que no le tiene miedo á su grave aspecto y se toma la libertad de conversarle. El otro, que es un joven talentoso, y espiritual hablador, despilfarra su rica imaginación; y Monsieur de Gacharná contesta de vez en cuando: Oh!—Sí!—Bah!—Yes! —Pues!—Of—Not.

He aquí cómo Monsieur de Gacharná ha adquirido la fama de hombre profundo en economía política.

Viéndolo tan inofensivamente bestia, un cónsul de Noruega lo propuso para sucesor suyo cuando tuvo que regresar á Europa; y el Gobierno de Noruega teniendo informes de que era tan bestialmente inofensivo, le acreditó cónsul noruego en esta ciudad. Monsieur de Gacharná contestó aceptando el destino, renunciando el sueldo que pudiera tener, pidiendo su carta de naturaleza en Noruega y ofreciendo comprar un título, si tenían á bien dárselo. El Gobierno noruego le contestó remitiéndole un título de marqués y la condecoración del Águila Coja, que consiste en una cinta negra con puntadas de seda azul. El gozo de Monsieur de Gacharná al saber que ya no era colombiano, fué limitado, como su entendimiento, pero profundo como su gravedad. He ahí cómo Monsieur de Gacharná logró hacerse extranjero en su misma Patria.

Tal era el hombre de quien decía una tía suya, cuando

le vío recién llegado de Europa: "Miguel no ha crecido; pero ha *enflacao.*"

Por lo que hace á la señora marquesa, pasaba su vida encerrada para no vulgarizarse. Gastaba las mañanas en estropear un piano de buen carácter y en alarmar á la vecindad cantando la *casta diva.* Leía francés y le *hacía piedad* ver procesiones ú oir hablar español.

La estirpe originaria de Sutamarchán y aclimatada en Noruega, no debía extinguirse. Nació un angelito bello como todos los niños, hijo de aquel par de cucarrones; y aunque nació robusto, se iba debilitando porque estaba encerrado todo el día en un cuarto interior, en los brazos de su *bona*, que era una india á quien aquella vida sedentaria había hechizado. La *bona* Claudia se aprovechó de aquel interregno de su suerte para desquitarse de sus madrugadas en el campo; dormía todo el día y descansaba toda la noche; pero como tenía *mal dormir*, único defecto de que se había acusado cuando se presentó de postulante, una veces dormía sobre el niño y otras le quedaba de cabecera. Es decir, su defecto no era precisamente *mal* dormir sino *buen* dormir, y hasta en esto mintió la india, amén de otros defectos que ocultó, siendo uno de ellos la creencia que se había arraigado en su alma de que el hombre ha nacido para beber chicha y la mujer para acompañarlo.

Servía de compañero á la india y al niño un lebrel de casta, que dormía, sin exageración, tanto como la india. Á la hora de comer se dirigía á la cocina con un trotecito zurdo: la cocinera le ponía mazamorra en un tiesto y él la despachaba en un santiamén. Si la mazamorra estaba caliente, le ladraba al tiesto mientras se enfriaba.

Todos estos pormenores y algunos otros más, los tenía

yo de la Vigne que era muy amigo de los marqueses; y algo había visto yo en las pocas visitas que tenía hechas en aquella casa sutanoruega.

Llegó por fin el 30 del mes entrante. Á medio día me hice afeitar y peinar por Saunier, y á las ocho de la noche comencé á vestirme. Calcé botín de cabritilla, siete centímetros más angosto que la planta de mi pie: vestí pantalón negro de satín, camisa de holán batista, chaleco y corbata blancos y casaca negra abrochada de un botón. Eché *violette* en mi pañizuelo que no resistiría incólume un estornudo; suspendí de un cordón de oro un *French*, parado por costumbre, y me calcé unos guantes tan blancos, que delante de ellos se hacía negro el marfil y morenita la nieve. Me abstuve de refrescar, puesto que iba á tomar te y *en familia* nada menos, que así debía tocarme gran cantidad. Eran las diez de la noche y me dirigí á la casa de señores los marqueses, sita en el boulevard del Cuartillo de Queso, abajo del malecón de la Carnicería. El zaguán estaba de par en par, y entré hasta la galería de cristales, en donde encontré un ujier que recibió mi *carta*. Penetré al salón é hice tres saludos: uno en la puerta, otro en la mitad del camino y el tercero al tomar asiento. Había diez ó doce convidados; pero los demás no acabaron de entrar hasta las doce de la noche. Estuvimos dos horas en una tertulia deliciosa; nadie hablaba. Los hombres estábamos en medio taburete esterilla, el cuerpo echado hacia adelante y el sombrero sobre las rodillas, todo á la última moda. Las señoras y señoritas conservaban igual postura, y habían dejado sus boas en la galería. Cada hora decía por turno una palabra algún convidado y todos nos reíamos de prisa para volver á quedar en silencio. La palabra que se decía y que

hacía reir era ésta ú otra semejante: *esta noche hace frío.* Al cabo de una hora decía otro convidado: *no ha llegado el paquete!* y volvíamos á reirnos en tres notas: do, re y sol.

El traje de las señoras era muy notable. Gastaban camisón de larguísima cola, lo que unido al peinado, les daba aspecto de un endriago. El peluquero francés había hecho aquel edificio sobre sus cabezas vacías. Con almohadas y colchones había abultado dos *cachos* que corrían por encima de la oreja, terminando en puntas muy adelante de la frente; y detrás había otro promontorio sin modelo conocido. Una vez que la dama está peinada, hacen caminar por encima de su peinado un gato, para que quede despelucada y tome la dandy un airecillo de mulata.

Esa noche cuando señora la marquesa concluyó su toilette, fué á dar un beso á su hijo, antes de venirse á la sala; y el marquesito al ver á mamá con aquellos cachos y aquella cola, se tapó la cara gritando: el coco! el coco!

Á las doce se pusieron las mesas de juego: dos tomaron un ajedrez, cuatro un dominó, que es uno de los juegos más complicados que se conocen; y otros nos pusimos á jugar *ecarté.* Yo ignoraba ese juego; pero lo afronté con valor, porque Casimiro me advirtió en voz baja que era *burro* sin figuras.

Á la una de la mañana entró un caballero vestido á la última moda, y con guantes blancos. Yo me leventé para saludarlo; pero todos los otros se quedaron quedos, y Casimiro me dijo en voz pianísima: no seas bruto! —Yo le repliqué en pianísimo que no comprendía, y él me contestó en flautinísimo que era el criado que entraba á servir el te. Acabáramos, dije en do mayor. Todos volvieron á mirarme sorprendidos de aquella *inconvenence*

y yo me ruboricé como una novicia. El caballero vestido de criado volvió á entrar trayendo la tetera de plata alemana, y los marqueses se levantaron gravemente á servir el te humeante. Un terrón de azúcar refinado, más blanco que mis guantes, estaba en el fondo de una taza más blanca que el azúcar; y sobre el terrón cayó un chorro de agua hirviendo y un poquillo de leche tan blanca como el azúcar ó la taza. Yo apuré mi taza, y como el agua estaba caliente y yo en ayunas, comencé a sudar prodigiosamente, que bien lo necesitaba, y un suave calor me subió hasta el cerebro. Tenía una hambre tiránica, y dirigí la vista buscando á quién comerme. Los dueños de la casa estaban muy flacos, y me lancé sobre una bandeja que contenía bizcochuelos extranjeros marcados con el sello de la fábrica. Aunque sabían á enfermedad, me comí con disimulo catorce docenas, que vienen á ser tanto como un cuartillo de nuestros bizcochuelos bogotanos. Al rebullir el te con la cuchara tuve la imprecaución de dejarla dentro de la taza, por lo cual el criado me la volvió á llenar en dácame estas pajas: tomé la segunda taza sin quitar la cuchara y el criado me la volvió á llenar mientras me limpié un ojo. No atreviéndome á rehusar, de miedo de que me desafiaran, me tomé la tercera taza; pero comprendiendo que en la cuchara estaba el misterio de aquella insistencia, la separé de la taza y para que no quedara duda, la puse debajo del plato. El criado cesó entonces en su furor, y yo me quedé inmoble, lleno de líquido y de bizcochuelitos que sabían á alcoba de enfermo; todavía con hambre y sin embargo lleno; con gana de arrojar todo lo que me sobraba, y sin embargo con gana de comer todo lo que me faltaba. Tormento superior al tonel de la fábula! En-

seguida nos sirvieron astillas de helados y cucuruchos llenos de llorones y uchuvas verdes.

Monsieur de Gacharná nos sirvió en copas chatas licor de oro. Este licor es un aguardiente de Europa, blanco, blanquísimo, en el cual nadan unas partículas de oro que producen muy bello efecto á la vista y ninguna diferencia en el sabor. Como el licorcillo aquel es sabrosito, y yo estaba en ayunas y sudando, me achispé como un quídam, y ejecuté mil impertinencias que fueron miradas con bondad hasta por el señor duque de la Penière, correo de gabinete de su majestad. El alemán, había cantado ya al piano, los hombres se habían separado en corrillos á conversar con alguna animación; y yo, recordando mis tiempos de la taza de café, le cantaba á una niña de mi conocimiento este verso:

Hermosa, ven, y sudaremos juntos....!

De repente me quedé sin auditorio, porque un pepito vino á sacar á la señorita para un strauss que ejecutoriaba en ese momento el diletantti alemán. El espectáculo que pasó entonces por mis ojos era sumamente animado y campesino: seis pepitos y tres extranjeros corcoveaban un strauss, de tal manera, que yo, de acuerdo con un autor ilustre, que se oculta bajo el velo del anónimo, calculaba que ellos solos podrían trillar veinte cargas de trigo en un día. Cuando los bailarines acabaron de echar parva, se bailó un muy indecente baile, cuyo nombre ignoro y que consiste en bailar extremadamente abrazados, con otras circunstancias deplorables.

Hice algunas observaciones científicas, entre las cuales merecen lugar especial las siguientes:

Todas las mujeres hablaban de la guerra de Austria y de la política de Napoleón como de una cosa familiar.

Todos los hombres hablaban de las modas de París para mujeres, como de una ciencia conocida.

Cada tres palabras, se atravesaba algún equívoco insoportablemente libre, y las mujeres se reían de él acaso más que los hombres.

Las noticias de la *Colombí*, como ellos llamaban á la Patria, las tenían de buena tinta, de los periódicos franceses que allí se leyeron.

Á cada cuatro palabras en mal español, se decían tres en mal francés.

No había una sola mamá ni un solo papá, si se exceptúa los pepitos bailarines. Las señoritas habían ido solas con sus hermanitos pepitos. Una señora casada había ido con un General de la *Colombí*, muy amigo suyo y poco amigo de su marido.

Las despedidas no eran aquellas largas pero divertidas escenas que *El Duende* ridiculizó con mucha gracia. En lugar de aquellos cordiales abrazos de antaño, había sólo reverencias. La despedida se limitaba á un *Bonne nuit, madame.—Bonne nuit, monsieur.—Bonímadam.—Bonímosie.* Salimos á las *cuatro horas menos un cuarto* de la mañana, según dijo Monsieur de Gacharná viendo su *muestra.* Soplaba un remusguillo del Boquerón, de lo más sutil que ha podido inventarse, y como yo estaba en cuerpo, con camisa de holán batista, y las libaciones con te me habían hecho derretir en sudor, atrapé una pulmonía que fué considerada por los médicos como una obra maestra en su género: llegaron hasta desear que no me salvara para ver cómo estaban mis pulmones. Sin embargo, á despecho de la ciencia atravesé aquella crisis

con felicidad. Y me he alegrado de no haber fallecido, por varias razones: una de ellas, porque así me libro de que me entierren al son de la *Bell alma inamorata*, en lugar del *Miserere mei, Deus*, que es lo que conviene á un difunto que no va á bailar ni á leer un libreto muy romántico. Otra de las razones es porque tengo curiosidad de llegar á la cuarta época de Bogotá, para ver á qué se convida entonces.

En 1813, se convidaba á tomar una *taza de chocolate*, en taza de plata, y había baile, alegría, elegancia y decoro.

En 1848, se convidaba á tomar una *taza de café*, en taza de loza, y había *bochinche*, juventud, cordialidad y decoro.

En 1866, se convida á tomar una *taza de te en familia*, y hay silencio, equívocos indecentes, bailes de parva, ninguna alegría y mucho tono.

Espero que así como en 1866 se me ha convidado á *tomar el te en familia*, en 1880 se me convidará á *tomar quinina entre amigos*. Están de moda los sudoríficos y antiespasmódicos; por qué no les ha de llegar su sanmartín á los febrífugos y antihepáticos?

(De los Cuadros de Costumbres, publicados por J. J. Borda. Bogotá, 1878.)

UNA VISITA Á MANZONI

Á LOS SEÑORES REDACTORES DE *EL CONDOR*

ESTE mes de Mayo, amigos míos, me recuerda algunas cosas de Italia, donde lo pasé en el año último. Acababa de llegar á Milán, que es, no diré la perla, sino una de las perlas de esa indescribible Italia, patria del arte, de la poesía y de la mayor parte de los grandes hombres del mundo.

Había visitado ya el *Duomo*, ó sea la soberbia Catedral de Milán, que tiene por fuera 4,500 estatuas en los nichos de sus paredes de mármol: había subido á su espléndido techo lleno de torrecillas y había bajado á la riquísima capilla llena de oro y plata, donde entre una urna de cristales de roca, regalo de Felipe IV de España, yace, vestido con sus ropas pontificales, el insigne San Carlos Borromeo. Había visitado la galería *Vittorio Emmanuele*, que me gustó más que el grotesco rey-maniquí, cuyo nombre lleva, y había visto la soberbia cúpula del crucero de aquella galería, en cuyo círculo interminable enciende al caer la noche sus luces de gas un ferrocarril en miniatura y que comparaba yo con la santa Iglesia católica, porque no tiene otro destino que ése: el de encender las luces. Había visto la Arena, ó sea el anfiteatro moderno; la iglesia de San Ambrosio, en cuyo coro está la silla de piedra en que se sentaba el santo, y

en el altar la de oro finísimo que su iglesia le ha dedicado y que por muy fino que sea no lo será tanto como el de la que ocupa en el cielo,

> Morada de grandeza
> Templo de claridad y de hermosura.

Había visto la iglesia de Santa María della Grazia, y la había dejado de ver gustoso, á pesar de su mérito, por pasar pronto al desierto salón del convento contiguo, en cuya vieja y maltratada pared hay pintado con colores finos un fresco . . . . pero qué fresco! Nada menos que el cuadro de la Cena, por Leonardo de Vinci, el mejor cuadro del mundo, según dicen todos los pintores y todos los críticos. Qué cuadro aquél! Cada cara pintada con tierra ordinaria, tiene fisonomía y expresión; pero no quiero decir nada sobre él, porque será él solo materia de otro artículo.

Había visto el Museo Brera, el Arco del Simplón, el paseo público lleno de gente y de carruajes elegantes . . . . y aunque había visto, en fin, todo lo que hay que ver en Milán, ó todo lo que debe ver un viajero, no estaba satisfecho.

Más que los monumentos públicos, obra de los hombres, quería ver los hombres, obra de Dios, porque en Milán, por ejemplo, no hay un Duomo tan rico como César Cantú, y el cuadro mismo de la Cena es inferior á la cabeza de un hombre como Manzoni. El hombre es lo más precioso del mundo y de la creación entera. Su extraordinario valer depende de que es la única criatura destinada por Dios para ir á acompañarle en la eternidad.

Pero el hombre es malo ó bueno: cuando es malo y desconoce su origen, su misión y su fin, es el azote de la humanidad y su propio verdugo; mas cuando es bueno y se reconoce hijo de Dios, entonces es la verdadera joya del mundo. El hombre no es para mí criatura indiferente nunca; y cuando tiene el terrible y brillante sacerdocio de la inteligencia, ejerce sobre mí una atracción invencible. Al llegar á Europa no tenía tanta curiosidad de conocer monumentos, como desesperación por conocer hombres, ésos cuyos nombres me eran conocidos, cuyas obras admiraba; y lo cumplí en cuanto pude. En Bruselas había buscado á *Henry Conscience*, en París á *A. Nicolás* y más tarde busqué en Roma á Pío IX, en Madrid á Hartzenbusch, Núñez de Arce y Campoamor; á Selgas en Lorca, á Fernán Caballero en Sevilla y á Trueba en Bilbao. Yo, obscuro é insignificante viajero americano, iba á llevar mi tributo de admiración, mis florecillas andinas, no al sepulcro de Eloísa y Abelardo, que siempre me han sido repugnantes, pues aunque respeto la desgracia, no rindo culto á las pasiones desordenadas: harto hace uno con sentirlas para que además vaya á adorarlas. No llevé, pues, mi admiración ó su tributo, sino á aquellos que si por el genio dominan, por la virtud hacen dulce y santo su imperio.

La única tumba que busqué, fué la de Chateaubriand en Saint Maló.

Estaba en Milán, decía, y quería conocer á César Cantú y á Manzoni. Estos dos y Silvio Péllico eran mis tres favoritos entre los italianos de nuestra época. Péllico había muerto: Cantú no estaba en Milán: se había ido á Roma y allá esperaba encontrarlo. Me quedaba Manzoni y le dirigí una esquela pidiéndole permiso para ir á

su casa: mejor diría, le dirigimos, pues no iba solo: viajaba con un poeta, un gran poeta, por cierto, N. P. Llona y su esposa, mujer singular en virtudes y belleza. Con tal acompañamiento me presenté en casa de Manzoni, cuando recibimos la contestación en que nos decía que nos aguardaba. Atravesamos una entrada sencilla, donde el portero nos dijo que al frente del patio y en el piso bajo, era la puerta del augusto poeta, y golpeamos en ella. Nos abrió él mismo, haciendo una cordial acogida, y nos sentamos . . . .

Antes de hablar de nuestra conversación, os diré algo sobre aquel hombre extraordinario. En un juicio crítico que leí en Francia, divaga el autor con una corona en la mano para colocarla sobre las sienes del poeta más grande del siglo. Nombra á Byron, á Manzoni y á Víctor Hugo, y aunque no da la corona á ninguno de los tres, se le nota cierta parcialidad en favor del segundo.

Para mí aquella vacilación tenía un defecto y el juicio en general una omisión. Al lado de esos tres grandes poetas pongo á Quintana, que el crítico francés seguramente no conoce, á Chateaubriand, á quien olvida, y coloco sin vacilar la corona sobre las sienes de Manzoni. Byron era un gran poeta; pero traslada al ánimo de su lector el influjo de sus violentas pasiones: hay en sus obras el desarreglo de su misma vida. Aunque no niega á Dios, no escribe bajo su dictado: es un huracán bueno para oirlo desde la costa. Hugo es un gran poeta; pero Dios está ausente de su poesía. Tiene un dios, el orgullo: un amor, el de sí mismo. Para él la Francia es grande porque lo produjo á él. No le tomaré en cuenta su actual caducidad: hoy ya no es responsable en cierta manera del tropel de desatinos con que encuadra algunos

rayos de luz que brotan todavía de su alma privilegiada. Quintana es otro genio; pero ateo. Dicen que al morir invocó á Dios. ÉL quiera que haya sido cierto; pero aunque lo sea, ahí quedan sus obras excelentes en literatura, pero ateas.

Lamartine, á quien también pudo nombrar el crítico de la *Revue des deux Mondes*, es otro genio, y aunque cantó á Dios, su verdadera religión era el panteísmo. Si tomó el Crucifijo y lo cantó, fué porque era asunto poético. Menos perjudicial que Víctor Hugo, no es, sin embargo, del todo inofensivo, y para ciertos espíritus débiles ó poco instruídos puede ser más peligroso que los tres nombrados. Manzoni es cristiano además de ser un gran poeta, y no pone su persona á que el lector la adore, como Lamartine y Chateaubriand, ni se adora á sí mismo como Hugo. Sus poesías son magníficas y su moral es siempre pura: hay algunas suyas que después de ser recitadas en una aula, como modelo, pueden ser rezadas en el oratorio como oraciones. Como poeta, es autor del *Cinque de Maggio*, traducido á todas las lenguas vivas y muertas, pues no hay poeta que no haya ensayado una traducción de esa oda. Se conocen 162 versiones en latín, griego, francés, inglés, español y otras lenguas y hasta en dialectos.

La Italia, dice Chateaubriand, arrancada á su largo sueño por Napoleón, volvió los ojos hacia el ilustre hijo que la quiso devolver á su gloria y con el cual volvió á caer bajo el yugo. Los hijos de las Musas, los más agradecidos de los hombres, cuando no son los más viles y los más ingratos, miraban á Santa Elena. El último poeta de la patria de Virgilio cantaba al último guerrero de la patria de César.

Tutto vi provo, la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga e la vittoria
La reggia e il triste esiglio:
Due volte nella polvere,
Due volte sugli altar.

Ei si nomo; due secoli,
L'un contro l'altro armato,
Sommessi á lui si volsero,
Come aspettando il fato:
Ei fe silenzio ed arbitro
S'assise in mezzo á lor

Experimentó la más alta gloria después del peligro, la fuga, y el triunfo, la monarquía y el triste destierro: dos veces se vió humillado en el polvo y dos veces puesto sobre un altar.

Pronunció su nombre: dos siglos armados el uno contra el otro se sometieron contemplándolo pendientes de su voluntad: impuso silencio y se sentó como árbitro en medio de ellos.

Como novelista es admirable y hay quien le llame el Cervantes italiano á causa de su primorosa novela *I promessi sposi*. Yo acababa de leer por cuarta vez esta obra, atravesando el lago de Como, teatro principal de los sucesos que narra, y esto avivaba mi curiosidad de conocer al intachable pintor de aquellos paisajes sin segundo.

Estamos en presencia de Manzoni. Es un anciano alto, delgado y recto que lleva con elegancia sus, al parecer, setenta años; pero cuál sería nuestra sorpresa cuando preguntándole qué obra escribía entonces, se disculpó de sus ocios diciendo que á su edad de *noventa y cinco años* ya no se podía trabajar mucho! Me recordó en su porte

y en algo de su figura á nuestro Don José Manuel Restrepo: son ellos dos los dos ancianos más jóvenes que he conocido. Hablamos de varias cosas, renunciando él al uso de su lengua nativa por la francesa que nos era más familiar y que él habla con pureza aunque con un ligero acento italiano. No entra en mi plan referir toda la conversación, sino una parte de ella.

Á propósito de mi nacionalidad se acordó de Bolívar y me habló de él. "Cuando estuvo aquí en Milán, me dijo, se enamoró locamente de una amiga mía que lo estimaba mucho, pero que no pudo quererlo con amor, bien porque no se lo inspirara ó porque estuviera ya enamorada del que después fué su esposo. Bolívar se desesperó, pues le hacían una impresión muy viva todas las cosas de la vida: era entusiasta é impaciente. Botándose sobre un canapé en el cuarto de otro amigo mío que me lo contó, decía, llevándose las manos á la cabeza y con señales de grande agitación: *esta mujer ha decidido de mi suerte*. Yo, desgraciadamente, no le conocí, porque estaba entonces en París."

La beldad milanesa decidió efectivamente de su suerte y . . . . . . de la nuestra. Un *sí* de aquella difícil belleza hubiera suprimido en la historia á Boyacá, Junín y Ayacucho. Bolívar habría vivido tal vez en Milán: tal vez habría alcanzado á la edad de Manzoni: habría hecho algo grande, porque aquel hombre no podía vivir en la obscuridad; pero su nombre no sería hoy la mejor joya de la historia de cinco naciones. Yo le habría conocido como un compatriota en Milán: prefiero buscar su sombra en San Pedro Alejandrino. Habría vivido al lado de Manzoni; pero no habría sido cantado por Olmedo. Habría dado su nombre tal vez á su hijo, pero no á una

Nación. Prefiero su suerte tal como se la formó la beldad milanesa, aun con la noche del 25 de Septiembre. Tal vez la gloria da más goces que el amor! Tal vez tiene razón Zorrilla cuando dice

Que vale más vivir como un mendigo
Para morir cual Píndaro y Homero.

Mas volviendo al cantor de Napoleón, mil veces más glorioso que el héroe que canta, diré que nos dió su retrato, poniendo á la vuelta con su trémula mano y en letra de forma antigua: *Alessandro Manzoni.*

Media hora después nos despedimos y á la noche del día siguiente llegaba yo con mis caros compañeros á la ciudad más bella y original del mundo, á Venecia. Y un año después sobre la cumbre de los Andes, recuerdo con gusto el día en que oí el más glorioso nombre de mi Colombia en boca del más glorioso poeta de la Italia.

(De El Mosaico, número 36, de 8 de Octubre de 1871.)

LE RECIT D'UNE SŒUR

Á PÍA RIGÁN

Ha leído usted, estimada señora y amiga mía, la obra que lleva el título que indico y que está apareciendo en los *Anales de San Vicente de Paúl?* Si la ha leído ya, excuse la lectura de estas líneas: léalas hasta el fin, si no ha llegado todavía á su hogar ese libro honrado y bello,

que viste con toda la elegancia de un parisiense y tiene la seriedad y rectitud de un Bretón. Dichoso libro! Se olvida fácilmente la corona que le decretó la Academia francesa al sentir las que le decretan los que lo toman en sus manos; y ¿qué son las treinta copiosas ediciones que ha tenido en París, delante de las treinta mil que le hacen en silencio sus lectores, rumiándolo como rumia el buey el sano y suculento bocado de triguillo que encontró al despedirse por la tarde de su dehesa? Dichoso libro! Tiene la frescura y la gracia de la juventud y la dulce gravedad de la vejez. Solamente la oración nocturna de la familia, mezclada de palabras graves y de acentos risueños, y en que una infantil boquita de oro murmura sus preces, medio oculta la cara con sus cabellos que caen sobre ella, puede compararse á esas páginas en que se hermanan todas las austeras verdades del espíritu con los juveniles y algo locos sentimientos del corazón. Se me figura á veces que es una caña de trigo, rica de vida y de savia, doblada al peso de la espiga de oro con que termina, fingiendo con su inclinación un cansancio y una vejez que están muy lejos de sentir: una brisa juguetona que orea las gotas de agua que dejó en las hojas una tempestad, mezclando así lo risueño y lo terrible de la naturaleza; ó bien una lamparita poco brillante, que sería lúgubre en un panteón, pero que está muy lejos de serlo cuando lo que alumbra es la alcoba maternal donde una esposa joven duerme al lado de su hijo pequeñuelo.

El que lee ese libro va marcando sus páginas con lágrimas, pero son lágrimas que no aran las mejillas, como las de la tempestad de la desesperación, sino que las humedecen como la lluvia que hace nacer tallos en el jar-

día, y compromete á los perezosos botones á abrirse en rosas y claveles.

El que lo lee vive una vida, porque pasa allí por los juegos de la niñez, por las fantásticas y caras ilusiones de la juventud, por las tempestades de la edad madura y por los últimos chisporroteos de la lámpara de la vida, próxima á extinguirse en la vejez: pasa también por la obscuridad de la tumba, no por esa obscuridad tenaz y temerosa de la tumba del ateo, que semeja una caverna, sino por la dulce obscuridad de los corredores de la casa paterna que atraviesa el hijo al volver de un largo viaje, seguro de que al fin de ellos encontrará las luces del salón encendidas para aguardarlo; que la piedra de la tumba es una piedra para el que nada espera de ella y una leve cortina para el que ama lo que después de ella se encuentra. Así es ese libro: sus primeras páginas tienen los claveles de la juventud, y las últimas los cipreses y los pensamientos de la tumba.

Cuando envié de París ese libro á mis caros amigos de Bogotá les decía que si mucho hubieran esperado de mi viaje á Europa, yo cumplía ese mucho con enviarles ese libro. Después de un largo viaje en que he cansado los ojos de ver maravillas de esa buena y honrada civilización que crearon los hijos del cariñoso Redentor, he vuelto á asegurarles que he encontrado algunas cosas iguales, pero superiores, ninguna. Mi modesto equipaje se compone de muchas cosas que de nada sirven, y no vale sino porque vienen en él ese libro y otro igual de que después hablaré á usted, y creo que vengo tan rico como si lo fuera: por lo menos nada me hace falta. Vi muchos libros con cortes dorados y páginas venenosas: ninguno de ellos vino conmigo; pero este libro cuyo oro está no

en los cortes sino en las ideas, vino acompañándome como un pararrayo que me libraba aun de las tempestades de la vida, más terribles que las del mar. Traigo conmigo ese amigo extranjero como un hermano, y deseo presentarlo en todas las casas que amo y honro. No quiero presentarlo á usted con el ceremonioso cumplido con que se presenta en el salón á un extranjero, sino con las pocas y cariñosas palabras con que se lleva al hogar amigo un huésped querido ó un hábil trovador. Aquí le he encontrado vestido ya con el amado traje del país. Carlos Martínez le ha puesto traje castellano en vez de su frac parisiense, y así me parece más amable aún, porque la capa española *aumenta* lejos de disminuir la graciosa flexibilidad de su talle. Si hasta me parece mejor tal como está !

En los libros entran para mí por mucho los autores: nunca he creído que una alma corrompida dé un libro bueno, como no creen los médicos que una mujer contagiada dé á luz un hijo sano. Cuando yo veo una carita de ángel cuyas mejillas arden en carmín ó por contrastar con el azul de sus ojos ó con la blancura de sus dientecillos de marfil, ó por apagar el oro de la rizada y nazarena cabellera, no la creo hija del acaso, sino que veo en una mirada retrospectiva una vida juvenil que se preparaba en la austeridad amable de la virtud y en el sabio régimen de la higiene para ser después madre de ese ángel en cuya cara retoza la salud y la alegría más que sus piesecitos en el césped del jardín. Lo mismo creo de los libros, esos hijos del alma. ¿Por qué el alma desgraciada que viene del hospital, del cuartel ó de una casa de juego, ha de tener hijos con mejillas de carmín y ojos de cielo? Ambas naturalezas aborrecen las monstruosidades! ni la amarga retama se cubre de rosas, ni el rosal de tris-

tes y amarillentas flores. Así me decía á mí mismo cuando conocí á Fernán Caballero, ese casto y decoroso amigo de las familias: la severa y suavísima moralidad de sus obras, se explica por la de su vida vaciada en esas páginas llenas de flores para ocultar las espinas de la vida; y así, me decía también, en París, cuando personas que conocían de cerca á la George Sand, me contaban los desórdenes de su vida extravagante y perniciosa, infeliz autora de libros que desuelan los corazones. El corazón humano nunca puede contrahacer la voz como la garganta: el escritor se desnuda para escribir como para acostarse, y se atilda para la conversación como para el baile.

La autora del libro de que hablo á usted, tenía que producir libros bellos porque su vida había sido buena; y lo bueno y lo bello no son gemelos sino que son la misma cosa: son un Jano con dos caras y una sola cabeza. Honesta doncella, había hilado en la rueca de la familia á la luz del hogar de sus padres, y cuando un hombre de bien que fué protestante y se vió arrastrado al catolicismo por la nobleza y rectitud de su alma, cuando Mr. Augusto Craven, digo, vino á unir su suerte con la joven condesa, ésta empezó á ser modelo de esposas, como doncella lo había sido de doncellas. Su padre, el conde de La Ferronays, era aquel á quien Chateaubriand llamaba su noble amigo; y nuestro amigo Quijano, el más hábil buzo que tienen las perlas de la historia, descubrió que La Ferronays fué el Ministro que abogó en el Parlamento francés el reconocimiento de la independencia de nuestra América.

Su familia . . . pero para qué hablar de ella, si su historia es precisamente el objeto de ese santo, de ese honrado libro? Contarla aquí sería perjudicar, á sabien-

das, al lector. Diré solamente que después de las catástrofes que constan en las hojas finales, la noble madama Craven, sola, sin más familia que su marido, vive ya en su hotel del boulevard Malesherbes, en París, ya en Roma, en el hotel de la Embajada francesa, cerca de la Piazza de España, ya en los hospitales de sangre de Bélgica, donde es hoy Hermana de la Caridad y cura heridas que no abrió y consuela dolores de que no es causa. Allí se encuentra actualmente.

Tal es la autora y tal el objeto del libro. También ha escrito una novela, *Anne Severín*, histórica en su mayor parte, y que daremos á luz después del *Récit d'une sœur* y de que hablaremos á su tiempo.

La Relación de una hermana es la historia de los amores de un hermano suyo con una noble joven rusa, que la escribió. Madama Craven completó esa purísima crónica de familia con la relación de la vida de los otros miembros de ella : de esas familias ya pocas se encuentran en Francia ; pero se encuentran todavía. Familia de santos, como decimos los cristianos para hablar de esas en que se encuentran reunidas las virtudes que forman la paz, la alegría y el decoro de las sociedades. El pudor, la laboriosidad casera, la caridad ó sea el amor irradiado como los pedazos de un cristal roto reflejan un solo sol ; la resignación y el valor en las adversidades, la humildad y la calma en la prosperidad, la viveza de los afectos de familia, las prácticas religiosas observadas sencilla y diariamente, no con el aparato de un baile de año nuevo, sino como se lleva un régimen higiénico ; en fin, la virtud, que es un compuesto de muchas virtudes, como el agua florida es un perfume compuesto de muchos perfumes ; la virtud, digo, alegre y aseada, que tiene fisono-

mía y traje de fiesta hasta en los quehaceres de la casa y en las pruebas de la vida. Tal es la familia cristiana y tal fué la familia de La Ferronays, familia raizal por otra parte. Y ¿qué es una familia raizal? ¿No será una familia retrógada, como se entiende en Bogotá, hasta el punto de que se cree hacer bien haciéndole la guerra? ¿No son las costumbres raizales un conjunto de cosas estúpidas, opuestas al adelanto del siglo y á los progresos de la civilización? No: el pueril empeño de poner nombre para discutir nombres y no ideas, es lo que ha hecho decir un disparate, llamando retrógado al raizalismo. Todo hombre es raizal de su Patria: el que por amor á ella no la abandona, y por amor á los usos y costumbres de sus padres no la cambia de la noche á la mañana por una de las mil modas que andan por el mundo, profesa el raizalismo, que tiene por base el amor, y el amor no puede ser retrógrado. Las familias raizales son lo mejor de cada país, porque se han identificado con el suelo patrio, y vigilan como interesados directos en la honra y moralidad de la sociedad nativa. Á los raizales de cada país se deben los grandes hechos y los grandes hombres; y á la sociedad contraria, es decir, á la nómade y veleidosa, se deben las disoluciones sociales, con su cortejo de desgracias y crímenes.

Era raizal, pues, la familia de La Ferronays y por eso podían lucir en ella las virtudes de casa y no de tienda.

He dicho que en aquel libro había amores y esta palabra necesita una explicación, dirigiéndose á una cuidadosa y purísima madre de familia, en cuya casa alcanzo á ver aquel angelito de rizados cabellos y encendidas mejillas de que hablaba al principio. ¿Podrá Inés leer esas páginas? ó mejor dicho, ¿puede una niña leer novelas? En

un sistema de educación de los varios que hay en el mundo, en el más puro pero el más imprevisor, se tiene por máxima fundamental que una niña no debe leer una página en que se deslice una sombra de amores, siquiera sean tan cristianos como los de Alejandrina La Ferronays. Ocultar á todo trance á esos ángeles, ó hermanas de los ángeles, el misterio de las luctaciones de la vida y el escondido origen de las flores de la primavera, es su tarea. Santo, purísimo, egoísta deseo de las buenas y amorosas madres que quisieran guardar á sus hijas dentro de urnas de cristal y devolverlas á Dios coronadas con las primeras flores de la infancia. No seré yo quien tache de excesivos esos cuidados, cuando todos ellos me parecen pocos para esos ángeles, cuando creo que todo respeto por ellos es poco, porque la pureza angelical de las doncellas de hoy responde de la virtud de las esposas futuras; pero ¿es prudente ese sistema? Entre ése y el de desgarrar con mano brutal los velos que ocultan la vida, encuentro un término medio: el que instintivamente ponen las madres en práctica: enseñar á sus hijas el pudor sin darles la explicación del pudor mismo. Y este medio se puede emplear en buenas novelas, como la de que vengo hablando, (consideremos por ahora como novela, en gracia de las formas, lo que es comprobada historia). Creo que las niñas no deben leer novelas, sólo por una razón: porque les educa, ejercita y desarrolla la imaginación, con perjuicio casi siempre notable del entendimiento. Fuera de esta razón no tengo ninguna otra, y en ella hago entrar también el estudio de la historia, que, como la novela, tiene narrativa, situaciones y personajes. Mas como es imposible ocultarles la historia, que empieza por los *cuentos* referidos por la misma ma-

dre á las hijas, se les puede enseñar novelas como se les enseña historia, es decir, ocultándoles las disoluciones de Sardanápalo y dejándoles saber que San Luis, rey de Francia, se casó. De la misma manera en las novelas se les puede dejar leer las muy buenas, y las hay excelentes: las que han sido escritas por autores que piensan en los niños al escribir para los hombres. De esta clase hay muchos libros, y entre ellos el que motiva estas líneas es el primero ó de los primeros. Allí hay amores: las niñas pueden saberlo porque éstos son puros, á fin de que cuando llame á su corazón la primavera las encuentre con lo que pudiéramos llamar una inocencia ilustrada y vigilante, por contraposición á la inocencia dormida y descuidada. Que la mujer conozca todas las formas en que ha de encontrar el amor, la forma buena, y sepa que debe rechazar todas las demás sin examinarlas, á fin de que después no se equivoque y acepte una mala por no saber cuál es la buena. Tal es mi idea en tan delicado punto; y como mi idea es así, no vacilo en decir á una honrada y cuidadosa madre, que á la vez es inocente como sus hijos: "Podéis leer este libro, y al interrumpir la lectura no es menester esconderlo porque no caiga en manos de vuestros hijos. Por el contrario, si quieren leerlo, pueden leerlo; si quieren saber cómo es la vida, que lo sepan por boca de su madre."

He querido dirigir á usted esta carta por medio de un periódico para recomendar, no sólo á usted sino á todas las casas que amo y bendigo, este digno huésped de sus bibliotecas. Aquí y en otros puntos de la República tengo amigos (Dios me los conserve), y muchos de ellos tienen una familia asediada constantemente por la más peligrosa é inmunda peste del siglo: los malos libros.

Los malos libros no se destierran sino con buenos: ellos ocupan gozosos los estantes que la imprevisión ó la ignorancia dejó vacíos, y se puede decir que se avergüenzan, como deben hacerlo sus autores, cuando se ven al lado de los buenos, escogidos pacientemente por el padre de familia. Á todos, pues, dirijo esta mal pergeñada carta de recomendación, librada en favor de uno de los pocos libros buenos que ha brotado este siglo.

Y satisfecha esta obligación, me suscribo de usted afectísimo y respetuoso amigo.

(De El Mosaico, número 13, de 27 de Abril de 1869.)

Á PÍA RIGÁN

Al acusar á usted recibo de su carta impresa en el *Diario de Cundinamarca* doy á usted mil gracias por su cortesía y muchas más por el buen recibimiento que, según me dice, ya tenía hecho en sus hogares á mi buena amiga francesa, *La Relación de una hermana.* Se dignó usted de prolongar su grata misiva, tocando otros puntos de amena conversación, y por no dejarlos sin respuesta, vuelvo á tomar la pluma, haciendo uso del mismo conducto, ó sea la estafeta de *El Mosaico.*

Me habla usted del simpático autor de las familias, de la que bajo el nombre de Fernán Caballero se ha conquistado laureles hasta en los bosques de América, y hubiera querido incluir aquí algo sobre aquella escritora; pero,

por no estrechar aquel capítulo, alargando al mismo tiempo esta carta, prefiero hacerlo aparte, y desde ahora pido lugar en *El Mosaico* á su Redactor, para ese artículo de mi viaje á España, cuya hoja pondré bajo la protección del nombre de usted.

Los demás puntos de su muy estimada carta sí serán contestados en ésta, pues ninguno de ellos daría materia para capítulo aparte como el que acabo de nombrar.

Me habla usted de la George Sand y de Alejandro Dumas, dos genios, me dice usted, cuyo mérito es tan alto, que el que no lo reconozca está ciego. Y como yo soy uno de esos ciegos voluntarios, quiero dar á usted no mis disculpas, que nunca querría llamarlas así, porque sería como reconocer una falta, si no mis razones: usted no conoce todavía lo que es aquella mujer á quien llamo fría y concienzudamente abominable y quiero llamarle la atención sobre ella. No la conoce, porque una honrada é inocente madre de familia como usted, no ha podido leer todas las obras de esa infame mujer sin tirarlas por la ventana, salvo que la misma sanidad de espíritu en usted le haya ocultado sus tendencias, dejándole ver solamente el innegable y peligroso encanto de su estilo. Yo he tenido la paciencia de leer sus obras, su biografía y otras obras en que hombres de su escuela la retratan; y además, teniendo como tengo mucha menos penetración, tengo la malicia propia de mi sexo y las comprendo, bajo ese aspecto, mejor que usted. Ya he dicho que su estilo es encantador: agrego que tiene bellísimas descripciones de paisajes y aumento que es tal vez el escritor francés que escribe mejor su idioma. Ya ve usted, mi honrada amiga, que hago plena justicia al mérito de aquella desventurada, en lo que realmente lo tiene; pero usted y yo

(y la incluyo á usted á la par de mí, porque conozco sus delicados gustos en literatura y en virtudes), no podemos rendir culto ciego á la forma, sino á la idea. Con palabras mal sonantes é inmorales pueden construirse períodos numerosos, eufónicos y bellísimos, gramaticalmente hablando; pero esos períodos no entran nunca por las puertas de la casa de usted: tampoco entrarán por las de la mía. La George Sand está en ese caso: su estilo es bello; pero las tendencias de todas sus obras van siempre á justificar la vida de la autora infeliz, es decir, á santificar el adulterio ó las otras pasiones. Recibirá usted la visita de semejante escritor en su casa? Gózome en recordar cuál es la sociedad que se honra visitando la casa de usted para contestar por usted misma: no!

¿Por qué soy implacable con la George Sand, cuando no lo soy de mío con nada ni con nadie? ¿Por qué tiro la primera piedra á la mujer adúltera, cuando además de ser discípulo aunque indigno del que dió esa lección divina á la miserable humanidad, no estoy libre de pecados?

Porque esa desdichada no cayó una vez, sino que ha vivido constantemente en ese estado: porque hace gala de su desenfreno: porque en su obra de *Elle et lui* insulta á uno de sus amantes, ya en la tumba, y que no valía menos que ella ni por el mérito literario, ni por la inmoralidad de sus escritos: porque en el libro que Paul de Musset dió bajo el título de *Lui et elle*, defendiendo á la víctima, prueba que ella fué la infame: porque ha criado á su misma hija en su misma escuela: porque ahora, vieja como está, acaba de hacer representar su última producción *L'autre* que es *d'une inmoralité revoltante*, según se expresó un periódico de París.

Por todo eso le arrojo no una piedra sino una granizada de piedras, defendiendo no sólo mi casa sino las de mis amigos. Por eso llamé á mi ceguera voluntaria.

Hubo un tiempo en que la desdichada se dió por convertida y empezó á publicar obras *morales*. La más moral de todas, según sus defensores, era el bellísimo cuadro de costumbres llamado *La Mare au Diable*. Lo leí y encontré esta escena: la heroína sale corriendo de una casa, huyendo de un hombre . . . . . lo que sigue se le puede contar á la autora, pero no á una dama de Bogotá.

Leí también una de sus obras *convertidas*, *El Marqués de Villemer*. Una mujer de carácter falso en literatura, está perpetuamente en una posición falsa: he aquí la obra.

Si viera los títulos de sus obras completas, indicaría el extracto de cada una de ellas, pues el título me recordaría la materia; pero no recuerdo más títulos, porque ni tengo ni quiero tener sus obras.

Usted, adoradora de la libertad, como buena colombiana, encuentra sin embargo en la George Sand un mérito: el de no haber pertenecido á la *tratería* del imperio. La historia privada de la vida de esa infeliz hace creer que no pertenece á la corrupción del imperio porque pertenecía á la de la demagogia.

No creo en los católicos que porque llevan el nombre se creen dispensados de las virtudes, y mucho menos en los liberales que no las practican. Por lo mismo que la causa de la libertad es humana, pues su reino no alcanza sino hasta el sepulcro, necesita apoyarse en virtudes sólidas. Existe tan cerca de usted y en doble modelo el tipo respetable de un liberal sincero y honrado, que es

inútil hacerle la descripción de ese bello ideal, más común en Colombia que en Francia. El que fué buen hijo y es buen esposo y padre; el que es republicano apacible, honrado en su vida, leal en sus amistades, fino en sus modales como limpio en obras y en vestido, puede ser un liberal, y aunque difiera en puntos adjetivos de un conservador, éste no verá nunca en él un enemigo. Mas la canalla que con harapos en el alma, más asquerosos que en el cuerpo, grita agolpada en una plaza: viva la libertad! dejo al espectador el derecho de preguntarle: cuál es la libertad que victoreáis? La propia ó la ajena?

Creo que más se ahoga la libertad en vicios que en cadenas: y creo también que la libertad como el amor, como la felicidad, tres bienes que nunca serán completos en la tierra, es un compuesto de modestas y austeras virtudes acompañadas de la bendición de Dios.

Teniendo tales ideas, no puedo creer que la George Sand no haya pertenecido por virtud á la corrupción del imperio, sino que perteneció á la demagogia que era también muy corrompida por sus vicios.

Respecto de Alejandro Dumas, me perdonará usted que le baje de su pedestal algunos metros. No fué á mi modo de ver, un genio, sino un gran talento. Le hubiera creído indiferente en moral, tal es la ligereza con que habla de ella, si entre todas sus obras no encontrara siempre escenas de venganza ó de sensualidad. Era, pues, vengativo y voluptuoso; y de estas dos pasiones la primera es horrible y la segunda asquerosa. Le hubiese creído indiferente en religión, cosa indigna de un hombre racional, pues todo hombre racional debe tener una religión, si al fin de su vida no se hubiese declarado y en ocasión

solemne, ateo. Como novelista, si no venció al sublime ingenio de Wálter Scott, creó la novela francesa de á franco la línea. Le hubiera creído un hombre extraordinariamente fecundo, si Maquet no le hubiera ganado el pleito que le quitaba la mayor parte de sus obras. En sus dramas hay bellezas literarias sin número: pero adoptó todos los resortes, inclusive los que producen buen efecto en los oídos y malo en las conciencias.

Su vida fué múltiple, desde propietario hasta choricero, y sus obras copiaban las fases de su vida. Su facilidad y gracia para escribir eran asombrosas y fué una lástima que no hubiera pertenecido á una buena causa moral ó literaria. Su gran talento sirvió para todo, inclusive para falsear la historia. Él ha creado una Francia artificial; *haciendo suyo cuanto encontraba*, son palabras suyas, para disculparse de un robo literario que confesó.

Dijo un Académico español, hablando del erudito Feijoo, que se le debía erigir una estatua y quemar sus obras al pie de ella; y siento que ya esté dicho tan hermoso juicio crítico, pues si no, lo emplearía yo hablando de estos señores. Los comparo á pintores de mano maestra, que en lugar de pintar objetos *presentables*, dejaron una serie de cuadros magníficos pero obscenos. El gabinete pompeyano del Museo de Nápoles tiene en sus puertas un letrero que dice: "Objeti obsceni," y yo devolviéndome, dije á mi compañero: para ser comprensibles deberían haber escrito: "Librería francesa."

Tal es mi juicio sobre estos autores: una reacción de honradez, más que de poeta, es lo que me ha hecho tan admirador de nuestra Fernán Caballero que entra á las

casas como un zahumerio de alhucema: á unos gusta, á otros no; pero á nadie daña. . Pongo mi juicio sobre esos literatos franceses, bajo el de usted, y rectificaré con gusto lo que usted me corrija. "Propio es de los hombres errar, y sólo de los necios perseverar en el error," decía un gran filósofo antiguo: yo no podría ser tenaz delante de la cantora de la "quietud y la paz doméstica," la "del modesto y sosegado hogar," que quien así ha comprendido la vida y la virtud, tiene que comprender mejor que yo, que poco entiendo, los libros.

Me habla usted también de las cosas que han sucedido en nuestro Bogotá durante mi ausencia. Una de ellas es la de que el Béntham se convirtió en cuestión de partido. Así lo vi con gran asombro mío en los periódicos, felicitándome sin embargo, por la valiosa renuncia que hizo el respetable Rector de la Universidad cuando le quisieron imponer textos. Con Béntham y Destut de Tracy no se pueden hacer partidos sino escuelas: una muy atrasada, que rechazaron todos los autores filósofos liberales de Europa y otra que ha estudiado más la ciencia y adopta textos menos monomaniacos. Tuve el gusto de oir de la boca de Castelar, en una conversación, palabras idénticas á las que había oído en Bogotá al respetable señor Doctor Ancízar sobre aquellos dos maniáticos.

Mal puede ser el soñador inglés materia ni objeto de partido, cuando todos los conservadores y la plana mayor de los liberales lo rechazan. El actual redactor de *El Liberal* lo impugna: el actual redactor de *El Tiempo* lo impugnó en bellísimos artículos que imprimió en el año 1868: el Doctor Samper Agudelo, liberal probado, ha escrito una obra rebatiéndolo. Cuando se trató de ello en el Congreso, algunos liberales muy distinguidos, entre

ellos el que añade ya nueva honra al nombre de José María Quijano, cuyo liberalismo es tan poco sospechoso, como notoria su inteligencia. En suma, Béntham no está bien quisto con la mayoría de los colombianos, pues los que lo sostienen son contados. Su atrasada filosofía y su repugnante monomanía de reducir todos los actos del alma á una cuestión de cálculo, será pues cuestión de disputa, pero de ninguna manera de partido.

Y la cuestión de ortografía me dice usted, también se ha vuelto cuestión de partido? Ésa á lo menos es cuestión de gramática. No conozco los pormenores de la discusión; pero aunque los conociera no los comprendería, si ellos se encaminaran á probar que la ortografía figuraba en nuestros programas políticos. Muchos liberales, entre ellos el que fué su jefe de 1861 á 1866, el señor General Mosquera, usan la ortografía española. El actual redactor de *El Liberal*, Doctor Galindo, la usó en su obra clásica, la traducción del *Paraíso Perdido*, lo que prueba que la sostiene.

Dos eminentes compatriotas nuestros, el señor Caro y el Doctor Ancízar, usaron la ortografía chilena por algún tiempo: viendo que la mayoría no los acompañaba, volvieron á la ortografía que se usaba entonces, dando una buena señal de cordura y de inteligencia; de la misma manera todos los demás escritores que reflexionen sobre este asunto, volverán por el peso de su propia razón al camino de la mayoría, y éste es el de la española: los espíritus serios se alarmarán con la anarquía que reside en Bogotá, y sean liberales ó conservadores, se opondrán á la anarquía en obsequio de sus hijos.

Yo sigo la ortografía española, por pocas pero buenas razones:

1.ª Porque soy inclinado á la justicia: ya que hablo el idioma de España observo las reglas de su gramática, y una de las partes de la gramática es la ortografía. El día que hable chibcha haré otro tanto: escribiré con la ortografía del P. Lugo que la recogió de los chibchas.

2.ª Porque soy republicano. De cerca de cuarenta millones que hablan y escriben el español en los dos mundos, treinta y ocho por lo menos, escriben con la ortografía de la lengua, y un milloncito escaso en Colombia y Chile la han variado. Yo me agrego á la mayoría.

3.ª Porque soy enemigo de la anarquía. En la imprenta de Echeverría Hermanos, siguen la ortografía que propuso Bello; en las de Ortiz, Borda, Espinosa, Gutiérrez y Mantilla, la Academia; en la de Pontón, una templada y en la de Gaitán una cruda. En esta última, y por eso la llamo algo cruda, han sujetado ya los nombres extranjeros á la reacción y escriben *Lonjeville, Aujerau etc.*, por Longeville, Augerau. Siguiendo esta regla, los idiomas serían ilegibles á pocas vueltas, y el nuestro llegaría á un estado deplorable. En efecto, los mismos que hoy escriben *jeneral* y *espresiva*, porque suenan casi lo mismo que *general* y *expresiva*, por qué no han de escribir dentro de pronto *onbre* y *umilde* que suenan lo mismo que *hombre* y *humilde*?

Sí reparé en cierta vez que se quería hacer cuestión de partido la ortografía, pues cuando cayó el señor Gutiérrez Vergara, Gobernador de Cundinamarca, los miembros del Directorio liberal que de él triunfaron, cambiaron acto continuo la ortografía del periódico oficial. Yo estaba entonces retirado del mundo por mis dolencias, y no pude advertirles que esa ortografía que derrocaban

no había sido impuesta por el señor Gutiérrez y su Secretario el señor Holguín, sino por el Gobernador señor Aldana y su Secretario Doctor Santander. En tiempo de ellos fué que se introdujo en la imprenta oficial la notable mejora de la ortografía española; y ahí está la colección de *El Cundinamarqués* que no me dejará mentir.

Hoy la mitad por lo menos de los periódicos de la República, salen con ortografía española: dentro de pocos años serán las dos terceras partes, y cuando se vea solo el *Diario de Cundinamarca*, si está todavía en manos de su inteligente fundador, volverá por deber republicano á juntarse con la mayoría. Respecto de un espíritu tan dócil al bien y tan alto como el de usted, no dudo que pronto abrazará esta reforma; pero si usted juzgare conveniente resistir á ella, puede, á pesar de eso, enviar sus bellas producciones á *El Mosaico*, con la ortografía que tenga por conveniente, y aquí no será una pena sino un placer obedecer á usted; que en donde pueden dar órdenes damas como aquella á quien tengo el honor de dirigir esta carta, nunca han desobedecido servidores tan respetuosos como el que se ha tomado la libertad de dirigírsele.

(De El Mosaico, número 17, de 28 de Mayo de 1871.)

UNA VISITA Á ENRIQUE CONSCIENCE

I

CURIOSIDAD tenía yo, es cierto, al pisar las playas europeas de conocer sus famosas ciudades y en éstas sus monumentos; pero mucho mayor era la que tenía de conocer sus grandes hombres. Mi alma, como todas las almas había tenido sus enfermedades que habían sido curadas ó aliviadas por ciertos libros, y á sus autores era á quien quería conocer, sin que este deseo fuera una curiosidad pueril sino una especie de romería intelectual á los santuarios de la virtud y del ingenio. Este deseo me arrastró á Bruselas. Allí tenía uno de mis ídolos literarios, el autor de *Rosa la ciega*, *La tumba de hierro*, *El azote de la aldea* y tantos otros libros perfectos por la intención aun más que por la forma. Henry Conscience es el Fernán Caballero del Norte, como el buen Fernán es el Conscience del medio día. Ambos se han de ganar el cielo ganando corazones y quemando esencia de laurel ante los altares domésticos. So pretexto de escribir cuadros de costumbres han escrito Kempis mundanos que han producido mucho bien. Tales eran mis ideas al dirigirme á Bélgica, y desde que el tren en que iba salió de París, ya sonreía en mí este grato pensamiento: dentro de dos ó tres días habré visto á H. Conscience.

Llegué á la ciudad de Leopoldo en el mismo día: por la tarde fuí á buscar un amigo americano que vivía allí

para que me sirviera de guía y por la noche recorrimos gran parte de las famosas librerías belgas, preguntando en cada una de ellas la dirección de la casa de Conscience. En la primera donde entramos hicimos la pregunta: sabe usted donde vive el escritor belga M. H. Conscience? H. Conscience, me contestó el librero? No conozco ni aun su nombre. *Je ne connais pas même son nom.*

—Ésta es la gloria? dije volviéndome á mi compañero. Se escriben cincuenta volúmenes describiendo un pueblo para que un hijo de ese pueblo no conozca ni aun su nombre?

—Ésa es la gloria, me contestó Peralta. Se ercriben cincuenta volúmenes que traen á un hijo de América á Bruselas á buscar al hombre que los ha escrito.

Esta respuesta me dejó callado y pasamos á otra librería y de allí á otra. Los libreros tenían sus libros de venta; pero ignoraban donde vivía el autor que los hacía ricos. Seguimos nuestra peregrinación y cuando me despedí de mi bondadoso compañero, á la una de la mañana, ya sabíamos donde vivía mi soñado autor. M. Henry Conscience era Director del Museo Wiertz y habitaba el mismo edificio.

II

Al día siguiente le dirigí una esquela en que le decía sencillamente que yo, hijo de Sur-América, había leído sus obras y deseaba tener el honor de conocerlo. La respuesta no se hizo esperar: me contestó que al día siguiente, á medio día, me esperaba en su casa. Acudí á la cita y como había tiempo sobrado por mi anticipación púseme á estudiar al poeta por la habitación; pues todo

hombre se retrata en el modo de vivir. Un usurero no vive en una casita campestre que tenga un emparrado ni una enredadera, ni un poeta escoge una casa que tenga fornido portón y carezca totalmente de flores. Ambos necesitan paisajes análogos que les inspiren: el segundo para cantar el corazón y el primero para sacarlo.

Wiertz fué lo que se llama un *original* y sin disputa un genio como pintor. Cuando venció y se impuso al público con todas sus *excentricidades* y el Gobierno le dió un capital para que estableciera su Museo que regalaba á la Patria, en vez de hacer un museo, hizo un establecimiento mitad rural, mitad urbano, en los alrededores de Bruselas no lejos del Jardín zoológico y en el camino que conduce á una de las más grandes tumbas de la humanidad: Waterloo. Hizo una casita de dos pisos para su habitación, al lado una baja para su museo, que no venía á ser, en puridad, sino un salón de trabajo, y al otro lado una gran huerta que dividió en acirates gigantescos, dando al inmenso jardín la misma disposición de Europa, y situando convenientemente las ciudades, copiadas en flores. Entre éste y la casa, en una praderita engramada, levantó unos arcos derruídos sobre los cuales sembró y cultivó plantas de esas con que los siglos coronan las ruinas. Aquellos arcos eran copia exacta de las clásicas ruinas de Pœstum. Todo el nido estaba dispuesto para encerrarse en él sin necesidad de viajar ni de buscar sociedad ó inspiraciones fuera de él mismo. Asomándose al balcón de su casa, podía ver y admirar las ruinas de la antigüedad, ruinas construídas, es cierto, pero ideales no sólo por la fidelidad de la copia, sino porque al hacerlo les fué dando todas las cortaduras y las arrugas de la vejez y sembrándoles las plantas especiales que como el musgo y las lianas

son las canas que el Tiempo hace nacer en los edificios muertos. Asomándose al otro balcón podía ver verdura y flores, en lontananza la sombría obscuridad de una montaña, y recorriendo con los ojos los caminos artificiales veía la situación de París ó Berlín, y hacía vagar la mirada de Madrid á Estokolmo.

La casa de habitación, sin embargo, no tenía en el frente nada que la distinguiese de las otras. Su pared lisa y sus balcones simétricos no decían nada. El pintor no lo veía porque no quería salir de ella y por lo tanto, no la adornaba. No embellecía sino lo que había de ver.

Muerto Wiertz, Conscience que se trasladó á vivir á ella como Director del Museo, tendió las ramas de una enredadera por el frente de la casa y con esto sólo le varió el aspecto. Los poetas son menos egoístas que los pintores, y esto se comprende: el paisaje de los segundos es finito y el de los poetas inmenso. Wiertz no tenía necesidad sino de lo que miraran sus ojos: Conscience de lo que miraran todos los ojos. Con esta sencilla decoración, la casa se transformó al punto.

Pasé de la casa al Museo y me detuve largo rato admirando los cuadros del pintor. En aquel salón no hay cuadros sino del dueño que lo creó. Unos están pintados en tela, los otros en la pared. Nunca quiso vender cuadro alguno, y por eso están reunidos allí todos los tesoros de su inteligencia. No me corresponde hacer la crítica de aquellos cuadros, porque además de no ser voto en pintura, respeto mucho al genio para criticarlo; pero admirando los prodigiosos efectos que Wiertz logró en la perspectiva, no admiré lo que constituía su orgullo: su descubrimiento de la pintura mate, ni sus cuadros de grande escala, ni sus asuntos psicológicos, confusos á

fuerza de ser ideales. Confieso para su gloria, que yo también, como todos, dí un salto cuando distraído llegué al rincón donde está pintado un conserje dormido, creyendo que lo había despertado; y que empujé yo también esa puertecita que pintó en la pared y que todos los visitadores empujan para salir por ella. Ay! esa puerta es como la de la felicidad: se ve pero no se abre. Está pintada en la pared.

El tiempo pasaba rápidamente y á pesar de que no me había saciado de ver las maravillas de ese original museo, salí de él porque había llegado la hora de la cita. Atravesé el patio que divide las dos casas y me presenté en la puerta del escritor á quien iba buscando. El conserje me introdujo al salón, me brindó asiento junto de la encendida chimenea (estábamos en Octubre, pero en Bélgica madruga el invierno) y salió á avisar al poeta. Mientras tanto, pasé revista á todos los muebles del salón. Todo era limpio y sencillo, y había un ligero olor de zahumerio en la atmósfera. Bien, me dije, ya sé parte de lo que quería saber: Conscience es hombre honrado: es feliz y debe estar casado. La disposición de esta pieza cuenta eso y mucho más. Cómo? Lo ignoro; pero ello es que á mí por lo menos me lo cuenta. Muchas veces he adivinado al ver una sala que el dueño de la casa tiene una desesperación y que la oculta. Por lo que hace al estado civil, se adivina aún más fácilmente. Cuando los taburetes no están puestos en orden y no hay zahumerio, el dueño de la casa es soltero. Por lo demás, el lujo no indica nada: no es sólo tonto sino mudo: lo mismo encubre la dicha que el duelo del alma. Pero aquí había muebles sencillos, sin lujo y con gusto, y por eso me decía yo: este hombre debe ser honrado. Los muebles lujosos

son otro afeite distinto pero igual en intención del que se pone en las mejillas: ambos sirven para disimular las arrugas de la cara ó del alma.

Estaba ocupado en estas reflexiones, que me guardaré bien de llamar discretas, cuando se abrió una puerta y apareció Conscience.

Conscience manifiesta unos sesenta años de edad: no es pequeño pero tampoco de prócera estatura. Es grueso, tanto de cuerpo como de cara, la que lleva siempre afeitada con excepción del mostacho que conserva, acaso como recuerdo de su tiempo de *Conscripto.* Tal es la parte material de su ser. Por lo que hace á su fisonomía es risueña y le da un aire de juventud que á primera vista hace creer que apenas tendrá unos treinta y cinco años. Después al verle las arrugas es que se le puede calcular su edad. Instalándonos junto al fuego, conversamos como dos viejos amigos, pues es él franco y cordial. Me preguntó largamente sobre mi Patria, queriendo comprender cómo es nuestro clima tropical. Díle cuenta de todo, y de mi relación lo que más le llamó la atención fué nuestra carencia de estaciones y la consiguiente perpetuidad de la verdura. Cuando le nombré algunas clases de nuestra extensa Fauna, cogió al vuelo, puede decirse, nuestras mariposas de Muzo, sobre las cuales me hizo tres ó cuatro preguntas. *Son esmeraldas que vuelan,* le contesté para explicárselas mejor, y esta frase le hizo sonreir.

Habla el francés con elegancia, hasta donde podía juzgar yo, pero teniendo por de contado el acento flamenco. Me habló de la traducción de sus obras hecha en París por Wocquier y me dijo que á pesar de la destreza del traductor, no salían sus cuadros de costumbres con *el aire del original,* cosa que él sentía porque su principal em-

peño era copiar la fisonomía del pueblo. Me preguntó si este género era bien aceptado en español, y le dí por respuesta el nombre de Fernán Caballero, á quien el rey Leopoldo había concedido una condecoración sin saber que era mujer, gracia que retiró al saber el sexo del agraciado por una indiscreción de un admirador suyo. Le hablé también de nuestros escritores colombianos que tanto sobresalen en el género de costumbres. Á todas éstas ignoraba yo si él conocía el español: le hice la pregunta y obtuve con gran dolor mío una respuesta negativa. Yo contaba con hacerle leer á Fernán Caballero en español y hube de contentarme con enviárselo posteriormente en francés: "Y no extrañe usted, me dijo, que ignore el español: daría algo por leer á Cervantes y Calderón; pero á pesar de mis deseos, mi pobre juventud se pasó en trabajos que me imposibilitaban ese estudio, y hoy estoy muy viejo para emprenderlo."

—En qué se ocupa ahora la pluma de usted? le dije: pinta todavía *Leones de Flandes?* —Sí: pero en historia, me contestó: estoy escribiendo la historia de Flandes y allí *sale el león.*

Hablamos á este propósito de la dominación española en Bélgica. Acostumbrados mis oídos, pero no mi corazón, á oir en mi Patria aquello del león de Iberia y de las tres centurias de ignorancia, creí que él á su vez me diría y con mayor razón que mis compatriotas, algo contra España; pero no fué así. Me habló de la dominación castellana con palabras de imparcialidad honrosa para él y para ella.

Mi reloj sacado discretamente me advirtió que era hora de levantarme y lo hice; pero todavía me conversó un rato más, aunque estábamos ya de pie, y supe entonces,

porque me pidió permiso para subir á su cuarto á traerme un recuerdo, que tenía familia. Es casado; pero ha perdido ya crecidos á sus hijos. Esto ha desgarrado mi corazón y mi vida, me dijo; pero mi esposa y yo sabemos que hemos de volver á verlos y *aguardamos.*

III

Para completar estos pormenores insignificantes para quien no admire como yo al ilustre y cristiano novelista flamenco, insertaré aquí su biografía, traducida del *Diccionario de celebridades.*

Enrique Conscience nació en Amberes (Bélgica) el 3 de Diciembre de 1812. Su padre que era de origen francés, y empleado largo tiempo en la marina imperial, se estableció después de 1815 en Amberes donde especulaba comprando y construyendo navíos. Enrique, dueño de sus acciones, tenía una sed devorante de instruirse y leía mucho pero sin discernimiento. La soledad en que se hallaba imprimió temprano en su alma una gravedad melancólica cuya señal se encuentra en sus obras. En 1829, su gusto por los libros lo hizo hacerse institutor, y en medio de estos estudios lo sorprendió la revolución belga de 1830. Inmediatamente sentó plaza como voluntario y pasó seis años en el servicio militar. La vida militar disciplinó su espíritu soñador: en breve se convirtió en el poeta del ejército, y sus canciones francesas llenas de entusiasmo y tan al caso, corrieron de boca en boca. En 1836, después de haber obtenido el grado de Sargento Mayor dejó el servicio, pero con motivo de molestias con su madrastra se vió obligado á abandonar su familia y vivir solo y pobre pero independiente. Ganaba trabajosamente su vida, y fué sucesivamente jardinero, empleado en los Archivos de Amberes y escribano de una Academia artística. Al fin recibió en 1845 el título de profesor agregado en la Universidad de Gante y encargado de enseñar á los hijos del rey Leopoldo la lengua y la literatura flamencas.

En la época en que Conscience dejaba el servicio militar se había

organizado un partido bastante numeroso cuyo elemento católico hacía su fuerza, el que procuraba reconstituir en Bélgica una literatura flamenca, en señal de odio al espíritu francés y á las ideas filosóficas del siglo XVIII. Siendo entonces angustiadamente pobre tuvo la fortuna de consagrarse á esta causa que era para él el resumen de todas las antiguas glorias de su país. El primer libro que publicó, el *Año de los milagros, (In hot wonder haer*, Gante, 1837.) es, más bien que una novela, una serie de brillantes cuadros dramáticos del período español en Flandes. Tuvo este libro bastante buen éxito; pero este dichoso principio de su carrera literaria, le acarreó la cólera de su padre, quien lo abandonó completamente. Un amigo suyo, el pintor Wappers, le obtuvo que el rey Leopoldo lo salvara de la desesperación dándole un subsidio merced al cual pudo dedicarse á componer un segundo volumen, *Phantasia* (Amberes, 1837.) conjunto de leyendas y de poesías flamencas, el cual, por su estilo elegante y sobrio, tuvo muy buena aceptación. Pero la obra verdaderamente original y que puso el sello á su reputación de novelista nacional es *El León de Flandes*, cuyo héroe es el conde Roberto de Bethume, el adversario de Felipe el hermoso. Dejando las leyendas de la edad media, Conscience ha hecho revivir, con su elegante pincel, las costumbres de la Flandes moderna en las siguientes novelas: *Horas de la tarde*, escenas familiares llenas de candor; *El Hijo del Verdugo*, la *Nueva Niobe*, *Rikke-tikke-tak*, el *Conscripto* y el *Gentilhombre pobre*, una de sus novelas más tiernas, etc. En 1845, publicó su *Historia de Bélgica*, relato elocuente, hábilmente tomado de las crónicas antiguas, pero donde no se encuentran las letras y artes en el alto lugar que deberían tener allí.

Fuera de las obras ya citadas ha publicado entre otras *El Conde Hugo, Quintín Metzyz, Algunas páginas del libro de la naturaleza, Jacobo de Artevelde, Rosa la ciega, Aureliano, Batavia, Los ciudadanos de Darlingen, El demonio del dinero, El demonio del juego, Dramas flamencos, El Azote de la aldea, La guerra de los campesinos, El joven doctor, El Mal del siglo, El mercader de Amberes, La tía Job, La Huérfana, Escenas de la vida flamenca, Recuerdos de la juventud, La tumba de hierro, El Tribuno de Gante*, etc.

Desde que Conscience ha tomado á su cargo la restauración de un idioma abandonado, no ha querido volver á dar á sus ideas otra forma que la del flamenco, protestando sin cesar contra la introducción de la lengua francesa, que él maneja sin embargo muy bien.

Aparte de un patriotismo exagerado, este autor que los pueblos del Norte han adoptado ya como propio, se ha señalado por su talento lleno de vigor y claridad en sus composiciones dramáticas; pero la pintura de las escenas familiares y de la vida doméstica, parecen convenir mejor á su pluma ingeniosa y tierna. Después de haber sido traducido en los idiomas inglés, alemán, danés, italiano y español al fin vino á conocerse en Francia, gracias al señor León Wocquier

Hay quien llame *exagerado* al patriotismo. Pero recuérdese que el autor del Diccionario es francés y el criticado es belga. Á fe que á los belgas no les parecerá exagerado el sentimiento que el francés le critica.

VI

Pocos minutos después bajó de su cuarto y me trajo su retrato. Al pie de él había escrito:

Souvenir affectueux offert à M. (y aquí mi nombre.) *Conscience.*

Ésta es la prenda que conservo como recuerdo de aquel día. Desde entonces me acompaña y alguna vez al verlo creo estar oyendo hablar al original. Si quiero oirlo, abro un volumen de sus obras y así completo la ilusión, pues Conscience escribe como habla y como piensa, y por eso es que se pueden leer sus obras. Él no se atrevería á pensar lo que escriben los novelistas franceses, sino lo que piensan los hombres de bien. Por eso sus obras le conquistan amigos por todas partes, lo que vale más que apasionados.

(De la Revista de Bogotá, 1871-1872.)

EL CORREÍSTA

TIPO interesante y azás olvidado de nuestra galería de tipos es el Correísta, á pesar de lo bien caracterizado que está y del gran papel que representa en nuestra existencia. Qué! ¿ os sonreís ya, lector adorado? Y juzgáis sin más ni más aventurada nuestra aserción, cuando aseguramos que el correísta representa un gran papel? Es porque no habéis vivido en provincia, ni os habréis apartado de alguna persona que haga parte de vuestro corazón.

Entre los muchos conductores de balija que entran diariamente, al trote largo detrás de una mula cargada, por las calles de Bogotá, el mejor, sin duda es el que trae la balija del Sur; del Sur, ese nido de tempestades políticas, cuyos relámpagos se ven desde Bogotá. Y el correísta que conduce aquella balija es neivano.

Vedlo! su ruana larga y angosta, su calzoncillo flotante de lienzo, camisa de cándido lienzo gordo como el calzoncillo y su sombrero de paja trenzada anuncian al *calentano.* Pero si os fijáis en los rasgos de su fisonomía formalota, y vais repasando su cuello largo de prominente *manzana,* sus pies largos y huesosos, sus piernas siempre dobladas como de quien empieza á andar, sus brazos delgados y de pronunciados músculos; y si oís el dejo de su voz, precipitada al principio de la frase y languideciendo al fin de ella, notaréis que viene del *Vaye,* que es hijo glorioso de *Yanogrande.* Ése es el neivano; pre-

guntadle por los Ortiz y los Durán, por los Buendía y los Perdomo; puede ser que sea hijo de Carnicerías ó vecino de Paicol, y entonces muy bien podréis informaros de los Cabrera y de los Borrero. Él los conoce á todos; y en sus respuestas os dirá en qué punto del valle estaba, al tiempo de venirse, cada uno de los quinientos individuos por quienes os informéis. Pero seguid observándolo y si le veis una lanza engastada en un palo de guayacán, sin caja, y lo veis seguido de un compañero de camisa azul igualmente armado; al trote largo, en pos de una ó dos mulas; ya estáis seguro de quién es: es . . . . aquel que tan ansiosamente se espera cuando hay revolución, ¡es el CORREO!

Son las diez de la mañana: el correísta está ya entrando en la casa de correos, y dentro de un instante descarga su balija de vaqueta. Del lunes al miércoles tiene tiempo y le sobra para despachar los encargos de sus conocidos, y sobre los cuales gana su pequeñísimo pre. Los encargos son sencillos como sus costumbres: entregar un pliego en la Curia para llevar unas dispensas matrimoniales; comprar una libra de maná para el cura de Anapoima, una onza de piedra alumbre para el compadre *Donisio*, un pañolón colorado para Doña Gertrudis la de *La Ceiba*, nolí para éste, un cuadernillo de papel para aquel otro, dos libras de pólvora para el de más allá, dos onzas de acero para el herrero de Tocaima; tales son sus comisiones que son despachadas en un solo día.

Agrégase á esto la entrega de encargo: una rueda de tabacos para Fulano, una guasca neivana para Don Fabricio, una *pastorita* de Suaza para Casilda, y masatos de la Villa para Menganejo. Concluído esto se apresta para volver á recibir la balija que se cierra á las doce del

miércoles. Recibidas las cartas comienza á insacular pequeñas y fuertes cantidades de dinero: algunas veces lleva dos mil ó más fuertes; un capital como éste, con sólo un mal pensamiento en el honrado neivano, es como figurarse peras en un sauce. Y sin embargo aquel hombre que lleva dos mil fuertes no gana por su trabajo en diez y ocho días sino doce pesos.

Á las dos y media de la tarde ya está firmada la planilla, cerrada la balija y empieza á cargar; á las tres pasa por el Paréntesis. Sigue su camino con la lanza tendida sobre los dos hombros y sobre el cuello, y los dos brazos suspendidos del asta: desde Bogotá empieza esa marcha acompañada del rudo golpe de sus *quimbas*, incansable, obstinada, sin igual marcha que, prolongada por ocho días, rinde á una mula, el animal más fuerte y más constante.

Á las once de la noche llega á la Mesa y al día siguiente á las ocho sigue otra vez después de tomar la correspondencia de aquel pueblo que en un tiempo fué capital de provincia.

Atroz es la vida del correísta durante el largo camino al través de climas ardientes: sus horas están contadas y el más ligero descanso entre día viniera á formarle un retardo de dos horas al fin de su destino, hora que se le tomaría severamente en cuenta y le acarrearía una rebaja en su exiguo sueldo. Almuerza y come de pie y dando vueltas en derredor de su mula cargada que nunca abandona. Una jícara de chocolate y un pedazo de carne asada son regularmente sus comidas entre día. Desde que llega al principio de la bajada que va á terminar en la casa donde acostumbra desayunarse ó comer, comienza á llamar gritando á la casera, antigua conocida:

—Eh ! señora Chepa ! que me asen un pedazo de carne . . . ! aquí van sus encargos . . . ! apure, que el Administrador es el que come sentado y duerme la siesta! El cacao, no se olvide, señora Chepa, que voy de prisa!

Y dando estas voces va bajando y cuando llega, la señora Chepa que estaba con el oído alerta y oyó sus voces á tiempo, ya le tiene sobre el mostrador lo que ha pedido. Grande economizador de tiempo, no toma agua en la venta, sino que sale mascando su panela serrera, para ir á beber en el río ó en la quebrada más inmediata donde piensa abrevar su mula.

Á las once de la noche, entre las espesas sombras de una noche negra, por un camino solitario y pedregoso que sube y baja en recodos tortuosos, todavía se oye el andar apresurado y sonoro de la mula arreada sin cesar y de las suelas de cuero de los dos conductores que caminan á paso largo.—Algunas veces desde el tambo solitario donde yo había colgado mi hamaca, me ha despertado el viento de la tempestad de Neiva que pasa barriendo el suelo y arrancando los árboles: las sombras se condensan más, se establece un profundo silencio en toda la naturaleza asustada, y las mulas del viajero corren á refugiarse en derredor del tambo bajo el ancho alar. El silencio termina al fin por una formidable expresión; un trueno larguísimo que suena al mismo tiempo entre el suelo y en los aires recorre el monte y hace oscilar los estantillos del tambo. En pos del trueno que viene sobre cien mil vientos llegan mil huracanes de relevo: el rayo traza sus caminos luminosos en derredor y encima del viajero, y al fin desgarrando árboles incendia algún *chiminango* viejo que sigue ardiendo á pesar del agua en medio del bosque. El aguacero cae á torrentes y el aire ya no es caliente

sino candente. El ruido del aguacero sobre la palmicha del tambo viene á hacer sonar la última nota de horror en aquella gigantesca ópera . . . . . .

De repente se oye cerca del tambo el sonido de una campanilla, en medio de aquella soledad primitiva; el caminante que está despierto y sobrecogido en su hamaca alza la cabeza al oir la campanilla y ve venir hacia él rápidamente una linterna encendida, cuya luz menguada en comparación de la del rayo, alumbra la figura de dos hombres y una mula que van pasando . . . . . .

Es el correísta.

Cuando se considera que tiene un término perentorio para recorrer una distancia de sesenta leguas, distancia que debe andar por la posta, y tomándosele en cuenta un retardo de media hora: cuando se reflexiona que tiene que atravesar montes escabrosos, llanos ardientes de suelo pedregoso, callejones llenos de fango, bajadas rapidísimas y subir cuestas en cuya ascensión no respiran sino se ahogan jinete y caballería, y atravesar ríos traicioneros y correntosos; entonces se viene en cuenta de que el correísta es un héroe.

Mirad! estamos á orillas de un río de caudalosas olas que viene de la cordillera arrastrando empalizadas y rugiendo como una fiera. Una caravana cada vez más numerosa por los viajeros que se le van juntando, hasta formar aquel grano á que compara el primer delito, nuestro poeta nacional.

Rueda! y en cada vuelta crece, avanza . . . . . .

Otra caravana espera en la otra orilla: ambas se dirigen miradas de increible agonía que pueden traducirse así: "oh! si yo estuviera en tu lugar!" Pero nadie se atreve

T

á pasar: sería tentar á Dios; y el marino y el caminante nunca lo tientan, ni le mueven querella. De repente un ruido extraño interrumpe el silencio de los que aguardan. *Chumb bung* . . . . qué es eso? Una mula que cae al agua? son dos mulas empujadas por dos hombres que se arrojan detrás; el uno se devuelve de la orilla á seguir custodiando las balijas que están en la arena de la playa á distancia de dos líneas de las aguas. Es el correísta; su compañero va pasando las mulas mientras baja la creciente; si cuando están las bestias al otro lado, no ha bajado todavía el aluvión, pasarán las enjalmas. Últimamente pasará en una barqueta sus balijas arrostrando el torrente furioso. Los paseros no pueden dudar ni esperar cuando se trata del correísta; el correísta tiene que pasar aunque no sea posible, aunque se ahogue; una hora de retardo le sería puesta en cuenta!

Á media noche, llega á alguna casita aislada en el monte, en donde vive algún conocido ó compadre: ésa es la posada ordinaria del correísta. Allí duerme dos horas mientras pastan sus mulas: á las dos llueva ó truene vuelve á cargar y sigue impasible, obstinado como el destino. La madrugada en los valles de la zona tórrida es opaca, densa: ningún ojo humano á excepción de los del correísta puede ver el camino ni tantear el precipicio, ni calcular el salto de una barranca . . . .

Á la hora señalada, minuto por minuto, entra á su destino: llega á Neiva y entrega la balija. Si se retarda una hora ó dos, no le hagáis un cargo, señor Administrador; porque cualquiera otro hombre se hubiera retardado tres días: esa hora de retardo supone que el correísta ha tenido que luchar no con mil obstáculos como de ordinario, sino con diez mil imprevistos y repentinos!

El viaje redondo le vale la suma de *doce pesos!* recibidos éstos va con seis de ganancia á su casa, á encontrar á su mujer y sus hijos que no ha visto hace diez y ocho días. En esa semana vendrá otro conductor á Bogotá: pero en la siguiente vendrá Marcos otra vez: el mismo que hemos visto ya en la penúltima. El papel que representa, le da una superioridad sublime en los caminos por donde pasa: se le espera, se le desea, se le dicen tres súplicas y tres cariños en las tres únicas palabras que puede oir mientras se para un instante, para tomar vuestras cartas si vivís en el camino, lejos de un pueblo para recibir el recado que le encargéis para vuestra familia.

—Marcos, dígamele á mi pobre Eduviges que ya estoy mejor, y que me escriba. Tome este real para su *trago*, Marcos. Hasta la vuelta, tráigame razón de mis hijitos, Marcos.

—Sí! sí, patrón! Arre! Capitana! Entregaré su encargo! hasta la vuelta, Don Primo! Ah mulita zonza! Arre! Y sus últimas palabras ya no se oyen, porque todas las que anteceden las ha oído, ó las dijo caminando á paso largo: no se paró sino un instante mientras se amarraba una quimba, ó tomaba un trago que estaba servido en el corredor, desde que lo alcanzó á ver la persona que esperaba al correísta.

—Eh! Doña Paula! buenos días! Hay posada? Ya entregué la balija, y tengo tres horas de descanso. ¿Dónde pongo las mulas? ¿Ya se curó Timoteo? ¡Á ver la comida, Doña Paula!

—Ah! Don Marcos! Qué milagro es verlo! U. sí que había echado la bendición á la Mesa! De dónde viene?

—De Neiva. Voy á Bogotá á que me hagan *dotor* que ya estoy aburrido de andar á pie. Llevé seis mu-

las á Bogotá, á tres las ordenaron y á tres las *graudaron;* y tuve que venirme con las cargas á cuestas. Eh! quién es esa que se asoma á la cocina? La niña *Trenidá?* Si me habían dicho que se la habían robado! Vaya! con que volviste por fin?

—Ahora sí! contesta toda avergonzada Trinidad que es una muchacha de diez y seis veranos, lozana y bien graciosa. Ahora sí, quién iba á robarme?

—Pu! cualquiera. El día que *querás* irte, no *tenés* sino avisarme: en las ancas de la Retinta té llevo.

—Calle, Don Marcos! grita Doña Paula. Estará bien *aburrido!*

—Jua! jua. jua! Pero Doña Paula! qué es esto? se le olvidó ponerle sal al *sancocho!* Cristiana! si esto sabe á matrimonio de viejos!

—La sal! el salero! gritan todos los de la casa; porque entre todos goza Don Marcos de una popularidad inaudita: y le sirven y lo festejan durante la hora que está en la casa y cuando después de ir á despachar sus pequeñas diligencias al mercado, vuelve á la casa, ya están enjalmando las mulas, y todavía están comiendo maíz y cogollo, cuidadas por todos, inclusive la niña *Trenidá.*

Algunas veces el hombre de los amigos por excelencia, tiene uno ó dos enemigos. Pero entiéndase que no son enemigos de él: quién se atrevería á tal cosa con el correísta? sino que él lo es de ellos. He aquí la historia.

Juancho, el pasero de Tocaima, le ha cobrado el *paso* por algún insignificante *sobernal.* Marcos paga su medio, y guarda su parte de rencor, porque la otra se queda allí mismo en forma de indirectas del padre Cobos contra el desafortunado Juancho.

—Ah caratoso! dice Marcos, mientras está enjalmando

rápidamente sus mulas que chorrean el agua negra del río Bogotá. Dios me libre de estos que están señalados con las uñas del diablo. Anda, cara de res barcina!

Á la vuelta, á los seis días, todavía se acuerda de quemarle un poquito la sangre á ese desgraciado Juancho: todavía se saca la estaca del medio que le hizo pagar, ó de cualquiera otra pequeña impertinencia. Llega al paso y haciéndose como el que no ha visto á Juancho, comienza á contar á cualquiera persona que encuentre, á su compañero si no encuentra á nadie, al aire si se ha atrasado su compañero, éstos ó semejantes enredos:

—La fortuna, la fortuna es que ya vi en la administración de Bogotá el plano; y ya traje el dinero que van á gastar en este puente. Van á hacer puente, compañero! Antes de seis meses estará entejado, porque así me lo dijo el Gobernador de Bogotá. Eso sí! yo he de ver lo que hace entonces un caribarcino que yo conozco, y que no quiero nombrar porque más vale comerme mi panela. He de pasar el puente taque taque taque con mis mulas! Á ver quién me cobra! soy el correísta!

Mientras tanto, Juancho apoyado en su canalete y doblando el cuerpo, cubierto por las ramas del guácimo proverbial de la orilla, oye tristemente aquellas crueles palabras. Conoce ya muy tarde, que él es un insectillo cerca del correísta; que la palabra afluente y chistosa de su adversario lo mata, lo anula. Y cuando llega el instante de entrar á la barqueta, dejando aquesta orilla, en su modo de llevar el canalete timonel, se echa de ver su profundo abatimiento. Salta á tierra el correísta y dos minutos después ya ha desaparecido en los recodos del camino.

Ahora, lector mío! *reflexionad*, si sois mi superior en

edad, dignidad y gobierno: *reflexiona* si eres algún ente de menor cuantía: decidme ó dime qué os parece el correísta?

Sabeis, mi mayor en dignidad, sabéis lo que trae ese hombre? Escuchadme. Empezando por lo que empiezan todos menos yo, trae dinero. Dinero! don dinero! Un pago que os hace vuestro deudor en provincia: una remesa de vuestro padre ó de vuestro corresponsal.

Después del dinero vienen las encomiendas. Libros, ropa, un retrato, papeles, expedientes cerrados en que os viene la decisión de un pleito, caucho, goma, semillas, tabacos, etc., etc.. En seguida las cartas. Empezando por lo principal, viene un exhorto contra vos mismo: declaraciones, cuentas, qué sé yo qué más: uno de esos paquetes cerrados con media libra de lacre so pretexto de grabar el sello, dice en el anverso: contiene un exhorto para notificar una demanda á . . . . (aquí el nombre que queráis) que remite el juez del Agrado, (ó de la Plata) al juez del primer circuito de Bogotá. Las cartas son de vuestra familia, de vuestros amigos, de vuestros acreedores, de vuestros deudores, de vuestros corresponsales . . . .

Ved qué mundo de emociones tristes, alegres, rabiosas, encantadoras, detestables, benditas, amargas, vivificantes y matadoras!

¿Comprendéis ahora por qué representa gran papel el correísta? Y esto en tiempo de paz: porque en medio de una revolución, hay en todos los corazones un deseo superior hasta al de tener dinero: y ese deseo no es otro sino éste: si llegará hoy el correo!

(De EL MOSAICO, números 1.° y 3.°, de 24 de Diciembre de 1858 y 9 de Enero de 1859.)

UN PAR DE VIEJOS

El sol esconde ya sus últimos rayos . . . . dejémonos de sol y de crepúsculos. Yo no sé por qué los escritores andan siempre (y yo entre ellos) á caza de frases prestadas para decir lo que estará mejor dicho dejando hablar al corazón, y apelando á los recuerdos propios que, en todo caso, tienen por lo menos la ventaja de ser originales.

Á las cinco de la tarde de un día de Diciembre de 1848, un grupo de *chinos* y de albañiles de menor cuantía cerraba el paso en la esquina de la Tercera, á tiempo que las alegres aunque roncas campanas de la Veracruz fatigaban los ecos, llamando á los fieles al acostumbrado rosario complicado esa tarde, con no sé qué fiesta.

Lo que había reunido á los pilluelos no era por cierto la devota intención de entrar á encomendarse á la Virgen, sino la malévola idea de estudiar los ademanes de dos viejos que venían del lado de las Nieves, camino de la Veracruz, á donde por último se entraron. Los dos ancianos tenían, preciso es confesarlo, mucho y muchísimo que llamara la atención. El sombrero de paja amarillenta de la anciana era evidentemente compañero del de castor de su esposo, que éste compró sin duda en Lima en 1798. La capa color de pasa del viejo hacía juego con la tela y el corte de los vestidos de su compañera que caminaba á un lado, tosiendo ambos á duo, y atravesando palabras de una conversación doméstica. La criada con

un farol apagado, un paraguas enorme, que iba cerrado, y una alfombra quiteña tan anciana como los viejos, parecía una acémila cargada con los despojos de un saqueo. Mientras los dos ancianos venían caminando muy trabajosa, pero apaciblemente, los chinos repartidos en alas, observaban y hacían comentarios en voz baja.

Llegados al templo de la Veracruz, penetraron hasta cerca del presbiterio. El anciano se quedó en la primera silla de los escaños que hay en el cuerpo de la iglesia y la anciana tomó cuarteles dos pasos más adelante. La criada, depuso en el suelo el paraguas y el farol, y desplegó la alfombra, vieja pero bien conservada sobre el húmedo suelo. La alfombra en que se arrodilló la anciana, tenía florones colorados y amarillos, y en derredor un marco lleno con letras mayúsculas, que decían así:

* SOYDEDOÑAJOSE *

RELIGION 1802 PHABERMUDESY

* BRITOBIBALA *

Por lo que hace al anciano caballero, puso en la silla su sombrero de castor y sacó de su chaquetón de paño azul un grandísimo pañuelo de hilo, á grandes cuadros, que dobló en cuat[ro y col]ocó sobre el ladrillo en que iba

á arrodillarse. Hechas todas estas operaciones, sacaron sus camándulas de gruesas pepas negras y lustrosas ensartadas en trenzas de seda roja, y con cruces de azabache incrustadas de nácar, que contenían en el centro una partícula del *lígnum crucis*, y acompañaron el rosario que rezaba en voz alta el Capellán. Cuando terminó la función, ya era muy entrada la noche, y por lo tanto no pudieron volver á ver á los viejos los chinos que habían esperado largo rato, y que al fin de fastidio se retiraron.

Caminando tres cuadras después de la Tercera, por el camellón de las Nieves, y volteando á la izquierda, se encontraba una casa baja de anticuado gusto y viejísima construcción, con tres ventanas á la calle y al lado de ellas un zaguán empedrado, húmedo y obscuro. Al entrar al corredor se divisaba por primer objeto un enorme cuadro al óleo que representaba á San Cristóbal: á la derecha se encontraba la sala, con todos sus adornos especiales que bien merecen una descripción detallada. No había cielo raso ni tampoco artesonado. El *enchuscado* empañetado y blanqueado hacía sus veces; y las vigas descubiertas estaban recargadas de festones de flores pintadas. Las paredes sin colgadura, tenían también su pintura que consistía en jarrones de flores, cenefas y marcos, todo pintado con brocha gorda. Un ancho canapé forrado en tripe, seis silletas antiguas y dos mesas de pata de águila con urnas de *Nacimientos* eran todo el mobiliario. La estera de anchas *empleas* revelaba aunque no estaba rota, una vejez envidiable.

En la testera, una puerta abierta dejaba ver la alcoba nupcial, con su cama de *pabellón de macana*, cuyo pabellón, obra maestra del Socorro, había resistido incólume el peso del polvo y de los años, sin que uno solo de sus pliegues se hubiese roto ni rozado.

Apenas llegaron los dos ancianos á su casa, después de un breve reposo en el canapé para *refrescarse* de la agitación del paseo, se levantaron para colgar cuidadosamente en una percha de la alcoba la capa color de pasa del viejo, con los sombreros, la mantilla y la saya de Doña Josepha Bermúdez y Brito, que tal era su nombre si damos crédito á la habladora alfombra que así lo decía.

La criada, mientras tanto, había ido á revivir la soñolienta candela de la cocina, la que soplada no sólo por los fuelles mugrosos sino por los robustos pulmones de la india Claudia, alzó al momento sus llamas coloradas que hicieron sonar pronto la olleta en que hervía el agua destinada para hacer el chocolate. Una gran sartén recibía *masas*, carne y tamales pequeños que iban á constituir indudablemente la cena de los dos viejos. Claudia vino dentro de media hora á la sala, y arrimando un velador al canapé en que estaban conversando los dos ancianos, tendió una servilleta, colocó sobre ella la bandeja que contenía el frito, y luégo dos tazas llenas de caliente chocolate, cuya espuma hacía visos azules y rojos á la luz de las velas. Los dos ancianos al ver lista la cena, se movieron en sus asientos y se miraron cariñosamente.

—Cenamos ya, Josefa?

—Como usted guste, Don Raimundo, contestó la anciana, acariciando con su mirada profundamente cariñosa la faz llena de arrugas del anciano.

Don Raimundo recibió aquella mirada y sus arrugas se despejaron al devolvérsela más llena de afecto, si cabe; y ofreciéndole con la mayor galantería la mano, vinieron á sentarse juntos en torno del velador donde los aguardaba la cena ó *refresco*.

Ajiaco, frito, chocolate: todo el prosaico tren de la

cena santafereña, adornada con *retoritas* tiernas y doradas y terminada por un plato entre cuyo almíbar grueso y cándido se transparentaban las purpúreas fresas, y á la postre un jarro de plata lleno de agua almacigada; tal fué el refrigerio de aquellos dos bienaventurados viejos.

Nada más perfumado, ni más puro ni más risueño, que la conversación que entablaron. Las palabras eran perfectamente corteses, la familiaridad llena de respeto y los modales llenos de atención. Tras una breve lucha sobre quién serviría primero, cedió la anciana, pero eludiendo diestramente la preferencia que tenía que aceptar, con pasar de su plato los mejores bocados al de su galante compañero, y hasta que éste hubo acabado de servir ambos platos.

—Hoy hace cuarenta años que á estas mismas horas estábamos en nuestra mesa de bodas, dijo tras breve silencio Don Raimundo.

—Cómo se pasa el tiempo! Me parece que fué ayer!

—Me hace usted el favor de tomar á mi nombre esta presa?

—Con mucho gusto; pero usted jamás come por cuidarme.

—La cuido menos de lo que debiera y de lo que usted se merece. Desde esta mañana estoy cavilando y no doy con el nombre de aquel á quien se le cayeron los dulces que llevaba entre un pañuelo, la noche de nuestro casamiento . . . . se acuerda usted?

—Pues! Era . . . . permítame usted . . . . era Isidro González.

—Cabal. No he vuelto á verle desde entonces. Qué muchacho aquél!

—Sí, le vimos . . . . en aquellos días . . . . de la capilla . . . .

—Basta, basta, Josefa. No me acordaba ya de las personas que entonces nos ayudaron. Pobres gentes! y todo para qué?

—Fusilar un muchacho de veintidós años! Jamás me ha salido de entre la cabeza semejante cosa, ni acierto á comprenderlo.

—Pobre Carlos! Preciso era que Santander tuviese muy mal corazón. Qué día aquél!

—Hoy no estaríamos tan solos, mientras que sin Carlos no habrá quien entierre el último que se muera de nosotros dos.

—Para qué piensa usted en eso! Será lo que Dios quiera, y nada más.

El recuerdo de Carlos siempre que se atravesaba en la conversación la cortaba al fin para dar lugar á un doloroso silencio. Pero hasta el recuerdo de Carlos, por muy triste que fuera, se había gastado ya á fuerza de hablar de él tres veces en cada día, siempre á medias palabras, siempre invitándose mutuamente á no hablar de cosas tristes, y siempre volviendo á las andadas.

Á pesar de que pudiéramos referir de corrido, como muchacho que dice su lección, los acontecimientos que pasaron en una noche y en los días siguientes á los dos viejos, henos aquí que hemos tardado dos semanas en decir á qué hora se acabó la cena y qué término tuvo la conversación entablada. Si los lectores tienen la bondad de refrescar sus ideas y ponerse en el punto donde quedamos, seguiremos narrando aquel sencillo drama que, según dijo no se quién, huele á pan y á rosario.

Es fuerza ya decir quién era Carlos cuyo nombre ha sonado en la conversación de los dos ancianos, como un

recuerdo de tristeza y una lástima incesante. Cuando Don Raimundo pretendió allá por los años de 1802 á la graciosa doncella de quien salió más tarde Doña Josefa Bermúdez y Brito, ésta vivía al lado de su familia, separada únicamente de una hermana á quien amaba mucho, y que habiéndose casado con Don Juan José Rincón, noble hijo de Tunja, había seguido á su esposo, aunque con alguna pena, á la ruinosa capital de los antiguos zaques. Breve fué la ausencia porque breve fué su felicidad y su vida. Al año cabal murió pasando á mejor lugar (no hay duda que es mejor la Gloria que Tunja) dejando un niño de un mes de nacido. Mientras tanto, los amores de Don Raimundo seguían, é iba á hacerse un matrimonio cuando sobrevinieron algunos sucesos que lo impidieron y no logró verificarlo sino en Diciembre de 1808. Don Raimundo era pobre si Doña Josefa no era acaudalada, y por lo tanto el novio no podía hacer ningún regalo de valor á su desposada, porque es fama, que en 1808 no se fiaban los muebles ni los perendengues. El refrán de la *bota chirriando y el bolsillo silbando*, no se inventó hasta 1820, época en que trajeron por primera vez á Bogotá, las botas chirriadoras. Esto lo hemos descubierto revolviendo archivos, movidos solamente del deseo de ayudar á las ciencias, fijando la fecha importantísima de la importación de las botas con música de que tanto han abusado los cachifos después. Como íbamos diciendo, imposibilitado Don Raimundo para obsequiar espléndidamente á su bella y vergonzosa novia, dió en cavilar tanto, que al fin encontró el regalo; y una mañana montó á caballo, y la del alba sería cuando él ya estaba á dos leguas de Bogotá, camino del Norte.

Quince días después estaba de vuelta, y entraba en el

patio de la casa de Doña Josefa, trayendo sobre una almohada en la cabeza, forrada en plata, de la silla, á un infante, gordo de carrillos, travieso de ojos, llamado Carlos Rincón, menor de cinco años y con generales. Era el hijo de la hermana que tanto había llorado Josefa. Fácil es adivinar cómo logró Don Raimundo inclinar al padre de Carlos á que le diera el niño, si se atiende á que lo traía á la capital, donde todos los provincianos de medianas proporciones se educaban, y que lo conducía al lado de su familia, bajo su propia responsabilidad. Tal fué el regalo de bodas de Don Raimundo, regalo que Doña Josefa recibió llorando de alegría y dolor, porque si gusto le daba ver á aquel suave retoño de su hermana, también la hacía llorar el parecido de las facciones del niño con las de la madre, que le recordaba más vivamente que aquélla ya no existía.

Ocho días después se verificó el casamiento, pasándose á vivir los novios á la misma casa en que los encontramos la noche en que empieza esta relación, en Diciembre de 1848.

Á falta de hijos, que no los hubo Don Raimundo, fué reputado tal el niño que había traído de Tunja: Carlos fué mimado y consentido por los dos esposos, rivalizando éstos en amor por el huérfano. Ya mancebo, era por su educación esmerada y generosos sentimientos el encanto de sus padres adoptivos, á quienes pagaba con usura de cariño lo que les debía. Pero toda felicidad tiene un término repentino é imprevisto; y la de los dos esposos la tuvo: supieron una noche á deshoras que Carlos acababa de ser preso, acusado de haber entrado en una revolución.

En vano Don Raimundo y Doña Josefa revolvieron este mundo y el otro por salvarlo. Tras un rápido suma-

rio, fué sentenciado á muerte con otros compañeros, y ajusticiado en la plaza mayor de Bogotá.

Desde esa época hubo siempre una lágrima en los ojos de Doña Josefa, un recuerdo doloroso en la memoria de Don Raimundo y una sombra en la sala de la casa sobre el asiento vacío que ocupó Carlos durante tantos años. Todos los días hablaban de él, y todos los días concluían por suplicarse mutuamente que olvidaran recuerdos tristes, como lo hemos visto que sucedió en la conversación que tenían la noche en que empieza esta historia. Volvamos ya á los ancianos que hemos dejado apurando sus jícaras de aromático chocolate.

Doña Josefa vestía un camisón de zaraza, de talle alto, y tenía la cabeza amarrada con un pañuelo de color. Su cara llena de arrugas interesaba á su favor: sus ojos negros tenían mirar apacible y bondadoso, y en su color blanco y despercudido y en la regularidad de todas sus facciones, se descubría que en su juventud habría sido muy hermosa.

Don Raimundo era de color moreno, nariz larga y expresión seria pero bondadosa: y la limpieza de su vestido y el esmero con que estaba afeitado anunciaban su educación distinguida. El chaleco blanco de solapa, la camisa y la corbata de hilo eran de resplandeciente blancura: el chaquetón de pana y los pantalones de paño no tenían ni una motita ni una mancha. La edad había blanqueado y disminuído sus cabellos; pero los pocos que le quedaban estaban perfectamente arreglados.

Concluída la cena, conversaron otra hora todavía, y luégo sacando Don Raimundo algunos libros leyó la vida del santo con sus oraciones y reflexiones, y un trozo de otra lectura espiritual; en seguida volviendo á calarse sus antiparras engastadas en carey, leyó una media hora más

en un tomo de Feijoo, interrumpiendo á cada paso la lectura con observaciones cada uno de los dos ancianos. La regularidad con que había abierto los volúmenes indicaban que tal era la costumbre diaria, y la atención de Doña Josefa daba á entender lo grato que le era la lectura espiritual del padre Croisset y la de pasatiempo de Feijoo.

Cuando concluyeron la lectura eran ya las diez de la noche. La india Claudia sentada en un rincón de la sala, estaba inmóvil, so pretexto de que atendía, pero en realidad lo que hacía era dormir como un lirón.

Al sonar las diez, se levantaron los dos viejos, llamaron á la criada para que fuera á dormir sobre su junco, y ellos se retiraron á su alcoba.

Media hora después estaba á obscuras y en silencio la casa.

Las campanas de San Francisco tocaban á misa de cinco; y su tañido alegre y agudo se hacía oir más distintamente al través de la niebla que vagaba majestuosamente sobre los tejados de la ciudad. Doña Josefa, que tenía la costumbre de dispertarse á esa hora, oyó el primer repique y se incorporó en el acto para levantarse, con ánimo de asistir á su misa favorita. Dos ó tres veces llamó á su compañero; pero dormía profundamente, y parte por el respeto que siempre le había profesado, como por su cariñosa solicitud, no se atrevió á insistir en dispertarle, y dejándole cubierto hasta la barba, se levantó sin hacer ruido, vistió su saya y salió para la iglesia.

Tres cuartos de hora pasaron, poco más ó menos, cuando después de haber oído la misa de cinco, regresaba la anciana, alegre y tranquila, y llena de infantiles esperanzas.

El día anterior lo habían celebrado como una fiesta, por ser el cuadragésimo aniversario de su casamiento, fiesta que guardaban religiosamente todos los años, no

trabajando, pasando el día en dulces conversaciones y yendo vestidos de sus modestas y mejores galas á los ejercicios piadosos de San Francisco y la Veracruz, que eran las iglesias que frecuentaban.

El día siguiente á aquel de tan dulces y apacibles recuerdos, tenía también algo de fiesta, pero de menos recreo. ¡ Qué risueña perspectiva la de Doña Josefa ! Veía, en primer lugar, el almuerzo cercano, la conversación con su amigo, el descanso tras el almuerzo; por la tarde, la asistencia á la iglesia para rezar sus devociones, un paseo á San Diego después; luégo, la noche con su calma; y por último, el momento de la muerte lejano, muy lejano todavía, aunque eran ya muy viejos los dos esposos, por que el hombre aun más allá de la edad de ochenta y de cien años, todavía espera vivir !

Ocupada en pensamientos de color de la aurora, más rosados aún por el reciente y piadoso ejercicio de la misa, iba caminando la buena señora. Cuando llegó á la casa, oyó el ruido que hacía en la cocina la india Claudia empezando sus tareas diarias, moviendo las cacerolas, lavando la loza y previniendo todo. Penetró en la sala, cerrada todavía á la luz azulosa de la mañana; se quitó, sin hacer ruido, la saya y la mantilla, y luégo se acercó á la cama, un tanto sorprendida por el sueño de su esposo. Puso el oído atentamente para oir la respiración del anciano; acercóse más, y púsole la mano en la cara, alarmada por su silencio. Hallólo frío é inmóvil; arrojóse desesperada á la ventana, y la abrió por entero. ¡ Qué espectáculo !

Yacía Don Raimundo dulcemente cobijado hasta la barba y en la misma postura de un hombre dormido. Sus ojos, que se habían cerrado para el grato sueño, cerrados habían quedado por el sueño de la muerte. Su cuerpo

no estaba recto, pero la rigidez de los miembros se adivinaba por encima de las cobijas que lo dibujaban. Su boca entreabierta para dejar escapar su último aliento, se había quedado así; y una de sus manos, inerte, fría y blanca como el mármol, estaba debajo de su cabeza pesada como un plomo.

Doña Josefa no se engañó creyendo que era un accidente, pues los síntomas de muerte no dejaban duda. Detúvose un instante pálida y asombrada, cuando el torrente de luz que entró por la ventana, le mostró la faz amadísima de su esposo. Pulsóle el pecho y las sienes, levantóle los cabellos que caían sobre su frente: en seguida se arrodilló á su lado, le tomó la mano que estrechaba entre las suyas y rompió en llanto, pero sin gritos y sin desesperación.

Así permaneció al lado de su difunto amigo, más de una hora. Cuando entró Claudia la envió á que llamara al P. Cruz, el confesor y amigo de ambos, excelente religioso franciscano. Á éste le recomendó el entierro, que él hizo con gran pompa en la iglesia de su orden. Con gran pompa, hemos dicho, porque Doña Josefa dejaba su casa y algún dinerillo al convento, y éste había entrado inmediatamente en posesión de los bienes, porque por la tarde cuando fué la Comunidad por el cadáver, hallaron á Doña Josefa arrodillada y muerta, sobre la mano de su marido, que estaba vestido de gala, en su cama de respeto.*

No dejaron ningún pariente, y con ellos se extinguieron sus apellidos en Nueva Granada.

(De El Mosaico, números 18, 21 y 25, de 9 y 30 de Mayo y 27 de Junio de 1860.)

* Tal como refiero esta muerte, sucedió en Bogotá, en 1843.

CABALLOS NACIONALES

Si la memoria de los varones se perpetúa por medio de las biografías; ¿por qué no ha de hacerse lo mismo con la de los caballos célebres? Dumas, escribiendo *El último caballo de Napoleón*, ha dado un ejemplo digno de seguirse. Y estas biografías hípicas tendrán sobre las otras una ventaja inapreciable, la imparcialidad, que es la dote más indispensable en el biógrafo que escribe la vida de un hombre. En tanto que los caballos sean incapaces de narrar los hechos de sus semejantes, se conservará en sus biografías escritas por el hombre ese tono desapasionado que las hace apreciables en las muy pocas imparciales que el hombre ha escrito del hombre. ¿Qué mala pasión puede torcer la pluma, tratándose de caballos? Ni la interesada adulación, ni el miedo servil, ni la esperanza de honores ó riquezas, ni el temor de los ofendidos, nada puede desviar la verdad de su cauce, (suponiendo que la verdad sea como un río).

Es útil y conveniente, antes de entrar en biografías, recordar que el caballo entró á Cundinamarca junto con Gonzalo Jiménez de Quesada, y que no bajó de cincuenta el número de estos nobles animales, que entonces vinieron. Trajéronlos también Belalcázar y Fredermán pocos años después. Lugo y Lebrón importaron junto con las primeras mercaderías de lujo que por aquí se vieron, damas españolas para los conquistadores y hembras andaluzas para sus heroicos corceles. Unas y otras fueron muy bien

recibidas, según se ven de pobladas las ciudades y las dehesas, cada cual respectivamente; no vaya á creerse que hubo confusión. Mas hubo esta notable diferencia entre las dos razas: que la humana se cruzó con la indígena y aún con la negra, importada por el Padre Las Casas; en tanto que la caballuna ha conservado pura la sangre, porque no encontró con quién echarla á perder. Se puede sentar, pues, el siguiente axioma: entre los caballos no hay indios ni mulatos: todos son de raza española. En aquellos tiempos un caballo de mediano mérito se vendía al contado en cinco mil pesos de buen oro, y aún en más, según asegura quien lo vió. Los historiadores de Nueva Granada no vuelven á nombrar el caballo después de la conquista: desde que dejó de ser caro, casualmente.

"Tal es la maña de los hombres todos,
Sean sajones, celtas, francos, godos:
No mencionar sino las bestias raras,
Hombres, caballos ó mujeres caras."

El primer caballo famoso de que hablan nuestras crónicas posteriores á la conquista, es el bayo en que el sacristán Pedro de Hungría, complicado en el asesinato de Jorge Voto, hizo una jornada de Tunja á Ibagué, gastando en atravesar estas ochenta leguas, desde el sábado á las diez de la mañana hasta el domingo por la noche. Rodríguez Fresle, que cuenta este suceso, dice que Hungría dejó su caballo en un hato cambiado por otro y añade: de este caballo bayo hay hoy raza en las llanos de Ibagué. Pasó este verídico suceso en 1554.

Á fines del siglo pasado mereció nombradía en Santafé, por su rara inteligencia, el morcillo de Don Hono-

rato Vila. Sucedió que hablaba Don Honorato con un su amigo una tarde, en la pesebrera donde estaba el morcillo á cuerpo de rey y concertaron no sé qué viaje, para el cual debían montar á las cinco de la mañana. El bueno de Don Honorato, á pesar de ser un gran médico, era un insigne dormilón: cogióle el sueño, porque en Santafé la cama es deliciosa á las cinco de la mañana, hora del proyectado viaje, y aún á las seis y media; y hay quien sostenga que á las ocho y cuarto todavía es encantadora. Dormía aún Don Honorato, y ya eran las cinco media, cuando le despertaron golpes repetidos á la puerta de su cuarto. Abrió apresurado, creyendo que fuese su amigo que venía á reconvenirlo por su pereza, y se encuentra de manos á boca, *oh mirabile facto!* con su morcillo que venía á recordarle su compromiso. Este morcillo de proverbial hermosura fué el que sirvió para que hiciera su entrada triunfal en Santafé el Virrey Amar y Borbón.

Famosas fueron en cien leguas á la redonda las fiestas que se hicieron en Santafé, cuando la jura de Fernando VI; y la mejor parte de su fama les vino de que el alférez real, Don Tomás Prieto, hijo del fundador de la Casa de Moneda de esta ciudad, echó, como suele decirse, la casa por la ventana, y podemos asegurar que era una gran casa. Sacó estandarte de terciopelo, cojín de la misma tela, las armas castellanas bordadas con oro en ambas piezas, para gritar: España por Fernando VI; en todo lo cual gastó veinte mil pesos de buen oro. Pero el detalle imperecedero de aquellas fiestas, y el único que las ha sobrevivido, fué el de que el despilfarrado alférez herró su caballo con herraduras de oro, por lo cual el padre Terreros, ex-jesuíta y tío del alférez, le dijo que le

parecían mejor los cascos del caballo que los del jinete. Citamos este caballo como un animal afortunado, así como entre las biografías de los hombres las hay de algunos que no han tenido otro mérito que el haber sido afortunados, es decir, haber cargado herraduras . . . . pero de oro.

Mucho influye en las prisiones,
El metal de que están hechas;
Pues las de amor son de oro
Y de fierro las de guerra.
Lo mismo en las herraduras
Y hasta en los yugos, oh mengua!
Si los de oro pesan menos
Pesan más los de madera.

Entre los hombres se usa encomiar mucho á los que fueron patriotas, ó partidarios de la independencia de su Patria. Y por qué se les encomia? Por contraposición ó contraste, como sucede en muchas cosas; porque si hubo algunos que no favorecieron la independencia, hubo otros que murieron por ella. Lo mismo sucede con los caballos. Los hubo á millares que prestaron dócilmente el lomo á la silla del dragón español, y otros que se rebelaron contra el orgullo de los Pacificadores. Notable fué á este respecto el hermoso rucio rodado que pertenecía á Don Matías Defrancisco. Era este señor muchísimo más partidario del Gobierno de Fernando VII que de morir en un patíbulo; teníale además su miedecillo al General Don Pablo Morillo, que se acercaba á Bogotá, al frente de su gran ejército, precediéndole la justa fama que ya le señalaba como á un malvado y vil asesino. Morillo no venía á afirmar el dominio español sino á matar, á perseguir; así es que persiguió hasta á los

realistas, entre ellos al Doctor Duquesne, cuyas opiniones contra la independencia eran bien conocidas. Atendidos todos estos antecedentes, Don Matías que había tenido algunas debilidades con los independientes, quiso congraciarse con el sátrapa altivo, y le ofreció su caballo para que pasease. Aceptó Morillo, haciendo con su aceptación un evidente favor á Don Matías: trajeron el rucio que además de ser hermosísimo era manso como todas las hermosas (sólo las feas son bravías) y montó ...... Oh desgracia! á las dos cuadras ya había medido el suelo granadino con sus malditos huesos el pacif .... el pacificador. El caballo se había encabritado, había disparado como un león al sentir encima de su noble lomo á Don Pablo Morillo. El pacificador nunca le perdonó á Don Matías que le hubiera dado un caballo insurgente, y por poco le cuesta la vida á Defrancisco.

Justamente con el rucio de Don Matías, tenían fama en aquella misma época otros hermosísimos caballos que había en Bogotá. Uno de ellos era el rucio blanco llamado el *Mantequillo*, que pertenecía al prócer de nuestra independencia, al ilustre José María Arrubla. Otro era un tercer rucio perteneciente al prócer José Gregorio Gutiérrez, y que antes de él había pertenecido al Barón de Carondelet. La historia de este caballo fué muy semejante á la del Babieca del Cid. Era en sus principios un potro de fea catadura, ningunas carnes y exigua estatura; pero tenía cabeza fina y descarnada y ojos inteligentes. Trajéronlo á la sabana de Bogotá, y lo echaron como cosa inservible á no sé qué potrero; al año lo vieron, y no lo conocieron. Había tomado con la gordura un desarrollo tal que llegó á ser el de mejor estampa que aquí se conoció; y en lugar de ser zonzo y duro de movimien-

tos como lo fué al principio, tuvo tanto brío y dulzura de pasos que hechizaba á los jinetes. Entre las biografías de los hombres hay una semejante á ésta: la de Don Rafael Mosquera, apellidado en su niñez *burro de oro*, porque siendo hijo de padres muy ricos, era muy tonto y apagado, y que cuando menos lo pensaron se convirtió en el aventajado ingenio y gran talento que conocimos.

Uno de los caballos más beneméritos entre los que viven en la memoria de la posteridad, es el *Chamelote*. Era este sujeto, rosado, carinegro, de siete cuartas de alto y buenas prendas. Había nacido el año de 1811, es decir, ya en suelo republicano, y pertenecía á la raza de Casablanca, en uno de cuyos potreros pastaba cuando acaeció la memorable batalla de Boyacá, que puso en libertad á la Nueva Granada, oprimida aún por los *pacificadores*. El Virrey Sámano, vejete de mal carácter, y que era más valiente cuando era el *Coronel Sámano* en Quito, que cuando era Virrey en Santafé, comprendió perfectamente que esos cañonazos que sonaban al Norte, en Boyacá, eran los últimos que se disparaban contra el poder de Fernando VII y de sus satélites; y . . . . . . se dejó de ruidos y salió corriendo, seguido de su guardia virreinal y preguntando al correr: *ahí vienen esos cobardes?* Los *cobardes*, que mientras tanto vencían á doble número de enemigos en Boyacá, venían al galope sobre la capital para coger al Virrey. El bravo Coronel Infante, negro de tez y de ilustres hechos, venía al frente de la vanguardia persiguiendo á los funcionarios españoles; llega á Bogotá, han marchado! Sigue tras ellos, su caballo se cansa, coge de pasada el Chamelote en los llanos de Casablanca, y sigue á todo correr. Llega á Guaduas: Sámano va adelante; llega á Honda . . . . . . ya ha pasado el Magdalena. In-

fante enfurecido espolea su caballo y pasa á nado el gran río; llega al otro lado, y sabe que Sámano se ha embarcado hace dos horas. El alcance es por lo tanto imposible. Infante vuelve á pasar el río en su caballo, y vuelve á seguir camino para la capital á donde llegó al día siguiente, y en donde vendió al punto el caballo en que acababa de rendir aquella homérica jornada. Á que el lector me preguntará con qué derecho vendió Infante el Chamelote, si no era suyo. Oh! por lo que es eso, contestaremos que vender caballos ajenos no es resabio porque es maña vieja. Los más gallardos militares, los más inmaculados patricios desde que tienen charreteras se creen autorizados para quitar caballos y disponer de ellos. Esto viene desde la guerra de la independencia. Honor y grande honor sea hecho á los generales que viajan en bestias propias! Honor sea hecho al General París que entra en campaña en las mulas de su hacienda de Peñasblancas, y al General López que no cabalga sino en las bestias de su hacienda de Laboyos! Y honor sea hecho á las pocas excepciones más que pudiéramos citar!

Á propósito de esto de bestias ajenas, nos vemos en la precisión de referir un episodio. Hablaban los prisioneros del Oratorio de la última organización que había dado á su ejército el General Mosquera, cuando asediaba á Bogotá, y se dijo que al General Reyes lo había nombrado Cuartel maestre, y de no sé qué otra cosa al Coronel Level de Goda: Januario, cuya broma no había muerto ni aun entre prisiones ya muy largas y estrechas, se hizo de las nuevas, y so pretexto de que el apellido de Level de Goda era desconocido en Nueva Granada, preguntó con picaresco candor, qué era eso de *cuartel maestre* y qué lo de *level de goda*. Uno de los militares pre-

sentes vió una ocasión calva de echar un párrafo de erudición, y arqueando el brazo y el talle, para tomar un polvo con majestad, dijo: oh! ésos son grados de la milicia francesa, que yo conozco mucho! Cuartel maestre es el encargado del Depósito, y level de goda el que corre con las bestias!

El que corre con las bestias, tornó á replicar Januario, cuando no está en la carcel, es usted

Hablaremos de un muleto, si la moral nos lo permite. Muleto, como el lector humano sabe, que para el lector caballuno esta explicación sería perogrullada, muleto quiere decir bastardo. Los caballos, mucho más morales que los hombres, han logrado poner un sello imborrable sobre el fruto adulterino de la yegua. Acá en las sociedades humanas, cuando una reina logra jugarle una á su marido, da á luz un infante tan sumamente parecido á todos los infantes, que cualquiera lo toma por príncipe, inclusive el padre putativo, que no tiene medio ninguno de averiguar la certeza. Así es que, *acá entre nos los hombres, en materia de sucesiones*, dice Don Juan Sala, *hay que estarse á la buena fe de la madre, hasta que pueda encontrarse un medio*, agrega su comentador, el Doctor Zaldúa, *por el cual se conozca cuáles niños son acreedores á sus parafernas, y cuáles á que los remitan francos de porte al Hospicio á buscar padre y herencia.* Pues bien! ese gran medio tan buscado por los jurisconsultos, lo han encontrado los caballos. Que una yegua *faga entuerto*, y es seguro que allí, en medio de la dehesa, en faz del caballo padre, y de la sanción de sus compañeras da á luz un muleto, es decir, un bastardo!

La herencia del caballo no será repartida con intrusos:

les toca exclusivamente á los potros, y los muletos se largan á buscar paja, según opina el Doctor Zaldúa.

Pues bien, un miserable bastardo de yegua es el héroe de las aventuras que voy á narrar. No todo ha de ser rigor: demasiadas preocupaciones pesan ya sobre los hijos naturales: es justo reconocerles sus virtudes cuando las tengan, para inclinarlos así á todos á la moral. Por otra parte, Fígaro dice con muchísima justicia: *est-ce ma faute, si mon père n'a pas époussé ma mère?* Que traducido literalmente, dice así: Si hubiera nacido yo á tiempo para hacer que mis padres se casaran, cuando todavía no lo eran . . . . !

Los españoles (vuelta con ellos) desterraron á España á los pocos patriotas que no enviaron al patíbulo. Entre los desterrados marchó el grande Arzobispo Don Fernando Caicedo y Flórez, que entonces era Provisor, y más tarde edificó el suntuoso templo de la Catedral que hoy existe en Bogotá. Se fué el señor Caicedo á su destierro, caballero en un muleto bayo de buenos pasos, que lo llevó hasta Mérida; de allí se venía su Obispo, el señor Lasso de la Vega, á Santafé, y el señor Caicedo le dió su muleto; vino sirviendo hasta Bogotá; al llegar á esta ciudad, se necesitó de una bestia mular de mucha confianza para enviarla á Honda, á servir al Arzobispo Sacristán que venía al interior. Volvió sirviendo el muleto (ya macho, es decir ya hombre) á Bogotá, donde lo ensilló un socorrano que lo compró y lo hizo servir hasta el Socorro, donde terminó tan estupenda correría. Qué dice usted, señor lector? ¿ Haría usted un viaje igual?

Con frecuencia se citan grandes jornadas como elogios de los jinetes; y nunca se acuerdan de elogiar al caballo. Esto recuerda la famosa respuesta que dió Bolívar á un

oficial que le pedía el grado de coronel por haber hecho una estupenda jornada. ¿ En cuántos caballos la hizo usted ? preguntó Bolívar.—En uno solo.—Pues entonces, nombro coronel al caballo, contestó el Libertador.

He nombrado á Bolívar, y su nombre me trae á la memoria, naturalmente, el célebre *Rucio Bolívar*. Este noble sujeto era quiteño y se llamaba el Pastor. La persona que lo regaló á Bolívar, lo compró en $1,000 : según la proporción de este precio, en aquella época, hoy valdría $8,000. Bolívar lo usó con predilección y al tiempo de irse lo regaló al General Francisco Urdaneta, quien lo vendió algunos años después para padre de la familia del Chamelote, en el seno de la cual murió.

¿ Quién no recuerda el caballo negro del viejito Fierro ? El señor Fierro tenía tienda de comercio en la primera Calle Real ; y su casa de habitación por la Candelaria. Venía de la casa á la tienda, caballero en el caballo negro que se mantenía siempre tan bien y con tan buena salud ! Al llegar á su tienda, le amarraba las riendas y lo despedía ; y el caballo regresaba á su casa, sin extraviarse nunca, ni dejarse coger por otra persona. Á la hora de comer se repetía la escena á la inversa : soltaban el caballo en la casa y llegaba solo á la tienda á recibir y traer á su amo. Esta vida duró así por más de doce años.

La nobleza de carácter, que es la primera de las cualidades que pueden hacer ir un hombre y un caballo al *Templo de la Fama* (literatura fósil), era la mejor dote del rucio ibaguereño, tan conocido en Bogotá con el nombre de su poseedor el señor Fallon. Perteneció este caballo á un rico particular el señor C . . . . cuya esposa cabalgaba en él en un viaje por los pueblos del Norte. Por equivocación tomó la señora una trocha que termi-

naba en una angostura formada por una laja resbalosa en el suelo, peña á un lado y un abismo al otro. La vuelta era imposible á causa de la estrechez de la senda; seguir adelante más imposible aún, porque al resbalarse el caballo caerían al abismo. La situación era crítica; lo comprendió perfectamente el rucio Fallon, y doblando con suavidad las cuatro patas, se acostó para que la señora pudiera salvarse á pie como lo hizo. Luégo, jugando el todo por el todo, recogió todas sus nervios, hizo un ovillo de su cuerpo, dió un salto colosal, y cayó al otro lado de la laja, en donde volvió á recibir á su señora y siguió su camino sin hacer la menor alusión á su hazaña. Siempre que se hablaba de este acto de nobleza delante de él, volvía modestamente á otro lado el hocico.

El General Melo, á quien tuvimos que aguantar de Dictador desde el 17 de Abril hasta el 4 de Diciembre de 1854, tuvo dos caballos notables: uno, el hermosísimo overo en que está montado, en el retrato colosal litografiado que se hizo del ridículo personaje. Otro, el zaino, que fué cogido el 4 de Diciembre por el General Mosquera, quien lo remitió á su hacienda del Coconuco. Este zaino era un dandy de primer orden: todos los días subía la escalera del cuartel, llegaba al salón de Melo, se veía en un grande espejo que allí se hallaba, y después que se miraba y remiraba volvía á bajar la escalera y se dirigía á su cuadra.

En las carreras de 1847 se hicieron famosos el *Ombligón* del señor Aquilino Quijano y el *Cisne* de los señores Latorre. Eran dos corredores insignes: ambos han muerto ya, pero todavía apuesto al Ombligón.

Han conseguido nombre, y viven en la flor de su vida, el pintado de Borrero, nacido en la Habana y avecindado

en Potrero-Grande; el negro de J. Corredor; el Torito de los Latorre, el moro de M. Escobar, los Azaeles de E. París, etc., etc., y otros muchos que no nombro por no ofender su modestia y porque espero montarlos todos para saber cuáles son dignos de ser eternizados.

(De EL MOSAICO, número 33, de 27 de Agosto de 1864.)

JACINTA

HISTORIA REFERIDA Á TRES AMIGOS Y DEDICADA Á

D. ANTONIO DE TRUEBA

PARTE PRIMERA

EL viajero que pasa por el pueblo de T.... en la República de Colombia, habrá creído, al mirar distraído las montañas que quedan hacia el Oriente, que detrás de ellas no puede haber sino otras montañas habitadas únicamente por pájaros y por fieras. Pero si viviera unos tres meses en el pueblo de T... podría ver muchas cosas en los paseos que hiciera por sus alrededores.

Primero conocería las haciendas de los contornos hasta que se hastiara de conocer haciendas.

Después iría todas las tardes, durante quince días, á

ver pasar las gentes en el camino real, hasta que se las aprendiera de memoria.

En seguida tomaría otro rumbo é iría á sentarse, al caer de la tarde, en las márgenes del río, y allí pasaría largas horas viendo correr las aguas. Á los ocho días de este ejercicio, se retiraría fatigado á no ser que después de haber contado los árboles, las hojas, las piedras y las ondas del río se hubiera fijado en la parte más obscura del monte. Hubiera visto entonces lo que no á todos los viajeros es dado ver; nada menos que un sendero angosto y sombrío que viene de la montaña, del lado de Oriente y desemboca en el río ó quebrada, donde tiene de cinco á seis piedras que atraviesan el angosto cauce y sirven de puente que comunica la población con los incógnitos lugares á donde va el sendero de que hablamos.

Mas nada de esto puede ver ningún viajero, por la sencilla razón de que nadie se está tres meses en T . . . . en donde no hay comercio, ni diversiones, ni ilustración. Yo me estuve cuatro, porque encontraba silencio, soledad, y una naturaleza virgen; y porque me importa un bledo no encontrarme nunca con diversiones, ni con ilustraciones, ni comercio.

El sendero va atravesando una vega montuosa, y subiendo por entre un estrecho, se encuentra, á las tres horas de camino, con un valle que, según el juicio del viajero, no puede abrigar sino pájaros y fieras.

¡ Bondad de Dios ! ¡ Cómo se engañan los viajeros ! El vallecito (tendrá unas cien fanegas) es cultivado y limpio, y su suelo ondulado como la superficie de un mar que agitan ligeramente los vientos. La montaña, desarbolada en parte por las estancias de los colonos, rodea el circuito del valle refrescando las aguas que bajan á él. Decir que

hay cincuenta casas, sería exagerar algo, pues, contando las más pequeñas no resultan sino cuarenta y dos pobres cabañas techadas de paja, con las paredes pintadas de tierra blanca ó amarilla y rodeadas de huertas. Las cercas de las huertas son de limoneros, y las esquinas están reforzadas por robustos y floridos chirimoyos; y no hay uno solo de los cuarenta y dos patios de las cabañas que no tenga por lo menos seis granados en flor. Por en medio del valle serpea un riachuelo que, al salir de la montaña para caer al valle, forma una cascada de salvaje hermosura, coronada de árboles seculares. Hay multitud de caminos trillados que comunican las cabañas entre sí ó van de éstas al camino real que sale fuera del valle. Hay á intervalos verdes manchas de platanales sonantes, y en derredor del valle maizales floridos, dominados por unos pocos árboles altísimos que dejan los labradores para sombrío.

Agregad á este paisaje una capilla sobre una arruga del terreno y cercada para defender sus paredes de las vacas que vagan pastando; poned la alegre campana bajo el alero de paja, llamando al rosario en que lleva la voz un anciano, y tendréis idea del valle.

La capilla, además de la reunión cotidiana, tiene otros destinos: sirve para velar á los muertos y para bendecir los novios. El cura de T . . . . viene algunas veces á apacentar esa parte de su rebaño.

Así estaba todo cuando yo fuí, cuando gasté un día entero corriendo por sus caminitos trillados. Todo estará lo mismo en el día en que escribo, porque allí nada se muda y hay flores en todo el año.

Sólo la casa de la pobre Aleja estará bien triste . . . . porque está sola . . . . Ya no esperáis, lector mío, sino que os diga el nombre de aquel rinconcito del mundo.

—¡ Pero si no tiene nombre !

—Por lo menos su situación geográfica ó el verdadero nombre del pueblo T . . . .

—Me guardaré bien de decirlo; no seré yo el que llame gente á aquel paraíso donde las desgracias que llevan consigo los hombres civilizados no han ido sino una sola vez.

El único hombre que podía satisfacer vuestras preguntas murió en la última guerra; la pobre mujer que vivió en medio de vosotros y que nació en el valle de que os hablo, primero se hubiera dejado arrancar el corazón que revelaros el lugar donde está el nido en que ella fué herida y aprisionada; y yo . . . . yo me guardaré bien de contarlo.

La Iglesia se ha olvidado de enviar un sacerdote á aquel rebaño de cuatrocientas almas. El Gobierno se ha olvidado de enviar alcalde y jueces á aquel gremio de ciudadanos. La civilización se ha olvidado de enviar libros, en donde aprender aquellos pobres ignorantes todos los errores que poseemos en las ciudades en donde no hay limoneros ni caminitos trillados. Por último, nadie ha ido á plantar el árbol de la ciencia del bien y del mal en medio de aquellos fragantes chirimoyos.

¡ Qué contento estoy de todos estos olvidos ! Me pesa el primero, pero lo acepto en cambio del restante. De aquí resulta que como no tienen jueces, no hay pleitos; y como nadie es sabio, ninguno es ignorante. Yo llamaría un sacerdote si encontrara alguno tan discreto que nunca revelara al mundo el secreto de aquella población; porque ¿ sabéis lo que haría el mundo ? ¡ Enviaría á los ricos y á los sabios á que atormentaran á aquellos pobres simples de espíritu !

Sin embargo, como lo veis, no carecían enteramente de pasto espiritual. Unas diez veces al año suele llegar al valle el cura de T . . . á bautizar los niños y unir los adultos. Va á hacer ochenta y un años que se establecieron en el valle (llamémoslo así) sus tres primeros colonos. Los hijos de aquéllos se fueron casando entre sí y han formado un pueblo. Los hombres toman mujer de diez y seis años antes de cumplir ellos los veinte, y hacen sus cabañas en derredor de las de sus padres; como los hijos de Jacob, acampan rodeando la tienda del anciano. Suele verse encima de una colinita una casa en donde viven entre el silencio dos viejos que se calientan juntos al sol, vuelven juntos á la casita, juntos rezan y comen, juntos se acuestan sobre un lecho que les ha dado descanso durante cuarenta años. Pero, tended los ojos por los contornos y mirad las seis cabañas que están al pie de la colina. Oid qué gresca de muchachos que lloran y de mujeres jóvenes que cantan. ¡Qué alboroto de madres que regañan á los chicos y de trabajadores que vuelven cantando de las estancias!

Todos ésos son hijos, yernos, nietos y biznietos de los dos viejos que están hablando al amor de la lumbre ó del sol. Las únicas personas de la familia que faltan son las hijas, porque éstas, siguiendo á sus maridos, han ido á cercar la choza de otro anciano, su suegro; pero esta noche los veréis cuando vengan á recibir la bendición.

El sol se esconde; á las seis de la noche es la hora en que se cambia la escena. Los trabajadores están de vuelta en sus casas y sorben el caldo refrigerante al lado de sus mujeres y de sus niños. En seguida van subiendo á la colina; en la casa *grande* se encuentran todos los herma-

nos y los primos; todos vienen á besar la mano y dar las buenas noches á los dos viejos que reviven en sus cincuenta descendientes.

La abuela Aleja es hija de uno de los tres fundadores de la colonia y nació en ella á los diez años de haber plantado su padre el primer estantillo de la casa. Veintidós años tenía cuando oyó decir que había guerra en el país; no conocía la guerra y nunca supo qué cosa era.

Aleja disfrutaba de cierto prestigio; su alma era sabia como la vejez y sencilla como la infancia. Su marido fué un robusto é infatigable labrador que desmontó muchas hanegas de monte, plantó el árbol de María que se ve aún junto de la casa, é hizo esa misma casa que hoy se está cayendo, porque la soledad pesa sobre ella más que la vejez.

La naturaleza les dió bienestar; la virtud sencilla les hizo encontrar la dicha en su apacible afecto y en su retirado valle.

Empero, tuvieron algunas pruebas que sobrellevaron con cristiana paciencia.

—Dios nos la dió y Dios nos la quitó, dijo Aleja cuando murió su primera hija; y su esposo contestó santiguándose:

—¡Hágase su santísima voluntad!

Les quedaba un hijo: éste se casó y tuvo á Jacinta. Mas la muerte vino á dejar huérfana de padre y madre á la pobre niña, que no tenía sino seis años de nacida. La abuela Aleja dividió desde entonces su existencia entre sus rezos sobre las tumbas de su marido y de sus hijos y el cuidado de su nieta.

Tenía ésta catorce años cuando la conocí. ¡Qué figura

tan linda! Su estatura era elevada y su talle flexible y delgado; sus labios parecían tintos en nopal, y sus dientes como granos de arroz; el color de su rostro moreno como las manzanas que el sol madura, resaltaba con sus mejillas que tenían el color de las flores del granado.

Cuando volvía de la quebrada de lavar la ropa de su abuela y la suya, con la batea puesta en la cabeza, con el pelo suelto y mal peinado saliendo bajo el ala de un sombrerito viejo, era cosa de pararse uno á mirarla y bendecir á Dios.

Pero cuando se ponía á tender la ropa en las sogas del patio, y al alzar sus brazos, se veían los hoyuelos de sus hombros que la camisa no cubría; vaya, lector, era cosa de volverse uno loco.

Aleja vivía fascinada por su traviesa y locuaz nieta.

¡Era de verse cuando la regañaba por alguna travesura, y cuando saltaba como un pájaro la linda joven sobre la anciana y la abrazaba y la hacía reir! Todo regaño terminaba por una sonrisa, y toda sonrisa por una bendición. En mi vida he visto un *toche** más inquieto que Jacinta; saltaba todo el día, cantaba sin cesar y con todos tenía algo qué hacer. Pero en cambio, ¡qué corazón tan puro! ¡qué bondad de alma! ¡qué caridad con los viejos y los pobres!

Por muy bonita que os haya parecido esta pintura, mucho más bonita la retrataba en su imaginación Antonio, el novio de Jacinta.

Antonio era hijo de una de las familias del valle y un excelente muchacho. Se había criado con Jacinta y la adoraba; tenía ocho años más que ella y parecía que le

* Esta graciosa avecilla americana es de color de oro y lleva las alas negras. Canta melodiosamente.

tenía miedo, tanto era lo que la quería. De buena figura, trabajador y valiente, tenía además la ventaja de haber heredado una estancia que le producía más de lo que necesitaba para su vida de soltero. Su familia y Aleja miraban su casamiento con Jacinta como cosa segura y bendecida de Dios. No esperaban sino que la muchacha cumpliera diez y seis años para celebrar el matrimonio.

Un año se había pasado así, cuando una mañana la abuela llamó á Jacinta, que estaba en la casa, y le mostró sonriendo á un hombre que estaba abriendo hoyos en un llanito, doscientos pasos más abajo de la casa de Aleja.

Á un lado del hombre había un montón de gruesas estacas, cortadas ya á propósito como para formar una casa.

Jacinta apenas vió esto, se arrojó en los brazos de su abuela ocultando un vivo rubor que la abrasaba.

Lo que había visto era . . . . era la choza nupcial que con tiempo empezaba á preparar Antonio.

Cada golpe del hacha sobre el robusto madero resonaba en su pecho y hacía saltar su corazón.

¡ Quién sabe si su viva imaginación de joven le representaba de un golpe la cabaña hecha ya y rodeada de árboles !

¡ Quién sabe si se figuró á ella misma habitadora de la casa, acariciada por el hombre honrado que iba á ser su guardián ; y quién sabe si, salvando su pensamiento el tiempo futuro, á pesar de su rubor de sensitiva, creyó oir un niño llorando en la cuna suspendida de un árbol ! ¡ pobre Jacinta ! ¡ Qué feliz sueño pudo tener en ese momento en que estrechaba á su anciana abuela que le devolvía, sonriendo, sus caricias !

Faltaban apenas seis meses para el matrimonio. La inconstancia ligera de la edad había borrado de la mente de Jacinta toda emoción fuerte. La casa seguía adelantando lentamente, porque Antonio quería hacer por sí solo la habitación de Jacinta. Los arbolillos que había sembrado en derredor, estaban ya echando retoños, y un hilo de agua que había sacado del arroyo, atravesaba el patio y formaba una cascadita al salir de un tubo de guadua. Los chirimoyos empezaban á botar las hojas secas: cuando estuvieran bien verdes sería el tiempo señalado: con las primeras flores se verificaría el matrimonio.

Las gentes del valle pasan de vez en cuando al pueblo de T . . . . Todos los domingos van uno ó dos individuos á hacer sus compras y las de los vecinos que se quedan; y las familias mismas van en ocasiones solemnes, como el Corpus, la Semana Santa y la Nochebuena.

Jacinta había estado tres veces en su vida en el pueblo, y quiso ir con unas vecinas á comprar por sí algunas prendas de ropa en T . . . . Fué, y estuvo contentísima: había estado en la casa donde se había apeado una familia de la capital que había ido á mudar de clima: volvió el domingo siguiente, y fué la última vez que la vió Aleja.

Desde las tres de la tarde, hora en que debían llegar los viajeros, estaba Aleja en el patio de su casa por ver si llegaba su hija; pero ninguna figura se destacaba en el verde horizonte al lado de la entrada del valle. Eran las seis de la noche y todavía no había llegado. Aleja había rezado sola su rosario interrumpiéndose á cada ave María para enjugar las lágrimas que su desesperado afán le arrancaba.

Por la noche vino un mozo diciendo que los vecinos se

habían quedado en el pueblo buscando á Jacinta que había desaparecido. Aleja pasó una noche terrible, pidiendo á la Virgen por su hija, y pidiéndosela á todas las gentes que pasaban cerca de su choza. Á media noche se fué Antonio, cansado de aguardar noticias que no llegaban, y preso de la más violenta inquietud.

Llegó la mañana, y Jacinta no parecía.

Llegó la tarde, y vino otro muchacho que dijo lisa y llanamente que Jacinta se había escapado para Bogotá.

El dolor de la abuela Aleja fué espantoso: ni una sola lágrima brilló en sus marchitos ojos; pero la desesperación hablaba en vez de lágrimas. En pocos momentos se estableció un silencio sepulcral en todas las cabañas, y á las cinco de la tarde, en lugar del alegre vocerío que se escuchaba en esa hora, no se oían sino los cantos de los labradores que volvían de las estancias, y que se iban callando conforme llegaban á sus casas y sabían el luto del valle.

Por la noche estuvo casi toda la población en casa de la infeliz anciana, á quien se llevaron á otra cabaña. Todos preguntaban y ninguno sabía responder. Las dos mujeres con quienes había ido Jacinta al mercado y que volvieron solas y llorosas al día siguiente, no pudieron dar más explicaciones: se habían estado en el pueblo hasta que supieron terminantemente que estaba lejos, camino de Bogotá. Unos pasajeros encontraron una muchacha cuyas señas coincidían perfectamente con las de Jacinta. Iba montada en un caballo castaño, y llevaba por compañía un *cachaco*.*

* Pisaverde, libertino.

Antonio llegó por la tarde en un estado de dolor que daba agonía verlo.

PARTE SEGUNDA

Si exceptuamos el dolor, cada vez más hondo de la pobre abuela, y la desesperación, cada vez más sombría del desgraciado Antonio, el valle había vuelto á su tranquilidad anterior, y nada anunciaba la desgracia que hemos referido.

La casa de la abuela estaba abandonada: el lavadero de Jacinta no había sido ocupado por ninguna otra mujer, y la cabaña que empezó á hacer Antonio estaba en el mismo estado, porque había suspendido la obra desde el sábado que precedió al fatal domingo en que salió del valle Jacinta.

¡ Pobre niña! un mes había pasado y no se tenía la menor noticia de su paradero.

Antonio hablaba algunas veces con Aleja, que vivía ahora en la casa de una anciana, pariente de su marido. Una mañana en que aquellos dos desgraciados habían nombrado por la milésima vez á la fugitiva, Aleja se echó á llorar y dijo que sentía morirse por momentos, y que moriría con el pesar de no haber podido bendecir otra vez á Jacinta. Antonio alzó la cabeza y advirtió por primera vez, en medio de su dolor, que la pobre Aleja había envejecido un año en pocos días: comenzó á sentir inquietud por su vida y á preguntarle qué le mandaba para su alivio. Aleja le pidió por el amor de Dios que fuera á Bogotá á buscar á Jacinta y á traerla. En lo que menos pensaba Antonio era en buscar á la mujer que tan villanamente lo había abandonado; pero la súplica de aquella

pobre madre, las lágrimas de aquella anciana que tan serena había visto aun en las más amargas circunstancias, todo le inspiraba una compasión sin límites, y le ofreció ir á buscar á Jacinta. ¡Quién sabe si el amor, aun el amor burlado, ayudó á convencerlo! Nosotros hemos visto los efectos de grandes pasiones entre las gentes del campo; maravillas de sensibilidad y de delicadeza como entre los corazones educados. Vimos morir repentinamente á un pobre jornalero al oir el grito (y él creyó que era el último) que exhaló su amada esposa cuando daba á luz con grandes dolores á su primer hijo. Cuando la moribunda volvió á la vida, ya era viuda, y cuando nació la niña, á precio tan costoso adquirida, ya era huérfana. Hemos contado una que otra vez este suceso en medio de la sociedad civilizada, y hemos tenido ocasión de divisar las sonrisas de burla con que solemnizaba aquel milagro de sensibilidad y de ternura.

Antonio preparó su doloroso viaje y vino á noticiárselo á Aleja, trayendo un vecino piadoso que se encargaba de ir á T . . . á rogar al cura que pusiese una carta, á nombre de la anciana, para llevarla á Jacinta.

La abuela se deshizo otra vez en lágrimas, aprobó la idea y se quitó el rosario del cuello para dárselo á Antonio, encargándole que se lo entregara á Jacinta. Antonio lo suspendió á su cuello, y al día siguiente, cuando el sol apareció, ya el pobre mozo había cerrado su puerta y se disponía á emprender su triste viaje. Aleja, y aun Antonio mismo, estaban persuadidos que el único trabajo que tendrían sería encontrar la fugitiva; y que encontrada, hallarían la misma Jacinta que los había hecho tan felices. ¡Ah! ¡no sabían lo que la compañía de un

hombre y la habitación en la ciudad podían haber hecho de la hermosa é inocente aldeana!

Una mirla, cuyo polluelo hubiera sido robado de su nido, si se hubiera puesto á buscar á su hijo, al fin lo hubiera hallado en la ciudad, en una jaula, y saltando alegremente entre los dorados alambres. Pero si se hubiera logrado abrirle la puerta de la jaula, el pájaro habría volado y vuelto á su bosque alegre y cantando, y sin ningún recuerdo de la ciudad.

Mas, ¿quién puede esperar que vuelva con su alegría y con su canto, con su inocencia y su risa, la pobre niña que vivió entre los hombres civilizados?

¡Ay! ¡al volver, si vuelve, se notará que sus labios y sus mejillas no tienen ya el color de la flor del granado, y que sus ojos no son limpios y suaves como el cielo de su valle, y que ya ni puede, ni sabe cantar y saltar como los pajarillos de su bosque!.

Antonio llegó cuatro días después de su salida del valle á la populosa ciudad, donde se encontraba mil veces más solo y más abandonado que si le hubiera cogido la noche en medio de la montaña donde tenía su estancia.

Ningún conocimiento, ningún amigo, ningún extraño, lo guiaba en las calles de Bogotá, donde se perdió muchas veces. Mas poco importaba esto: como no tenía posada fija, en cualquier parte donde le cogía la noche buscaba una tienda, compraba comida y pedía posada.

La tendera, al ver su buen aspecto y que tenía plata en la bolsa, no tenía inconveniente en permitirle que se acostara sobre el mostrador. Al día siguiente seguía caminando.

¡Dios sabe si pasó un día en derredor de una manzana,

y vino á dormir á la tienda contigua á la que le había dado posada la noche anterior, y creyó, al acostarse, que había caminado media ciudad !

Dios sabe también si le amanecía en Santa Bárbara y la noche lo encontraba en alguna callejuela de las Nieves, siempre desorientado, siempre buscando, siempre preguntando en las tiendas: " ¿ U. conoce una muchacha *así* y *asá*, que se llama Jacinta ? "

Pasaron ocho días, y ocho más, y no había encontrado la más pequeña huella de la que buscaba.

Una tarde bajaba por la calle de los Carneros, desalentado ya y pensando en su valle, cuando entre las voces de las gentes que iban á paseo (era domingo) oyó una que le hizo estremecer como si le hubiera dado frío. Paróse alineado en una pared y siguió escuchando: la voz que le había herido el corazón venía de arriba, y se fijó con los ojos y con el alma. Dos mujeres cogidas del brazo y hablando y riendo bajaban en dirección á la Capuchina. Ambas vestían trajes de seda, gorra y chales. La una era hermosa todavía, pero flaca y de aspecto de mala salud: unos ojos más civilizados que los de Antonio habrían descubierto que su color rosado no era sino pura y simplemente colorete.

La otra, era hermosa como un sol de Mayo: sus ojos brillantes y alegres, su cara juvenil, sus carnes mórbidas, su acento gracioso, todo comunicaba al desgraciado Antonio que era Jacinta.

Pasó riendo y hablando junto al aldeano, que habría querido más bien que la tierra se lo comiera, antes que Jacinta, tan linda y tan bien vestida, lo reconociera y lo llamara, á él tan rústico y tan atónito.

Sin embargo, Jacinta no sintió la mirada de fuego que

iba tras ella: siguió caminando con su ligero y gallardo andar, alegre como estudiante en vacaciones.

Antonio dejó que se alejaran mucho; antes de volver en sí, y cuando notó que la había perdido de vista, echó á correr atropellando gente, y á poca distancia las alcanzó. Desde entonces no abandonó la pista: caminando algunos pasos atrás, fué tras ella hasta San Diego. Volvieron por el callejón de las Nieves y se entraron á una casilla pintada por de fuera; se paró en el portón, y oyó risas y palabras en la sala. Á las ocho de la noche, entró en la casa un caballero muy bien vestido y perfumado, y media hora después salió con Jacinta y tomaron en dirección á la plaza. Antonio iba detrás, y los vió entrar en una casa en cuya puerta había mucha gente: preguntó á un hombre cómo se llamaba esa casa, y supo que era el teatro. Preguntó á otro cómo se llamaba ese señor que estaba parado en la puerta comprando un billete, y le dijo que era Perico Ruiz, el *cachaco* más brillante de Bogotá. Preguntó en seguida por el nombre de la señorita que iba con él, y le contestaron que se llamaba la Esmeralda. Este nombre no le pareció nombre de cristiana, y tornó á preguntar por qué se llamaba así.

Su amable interlocutor le dijo que era un sobrenombre por su belleza, y por lo mucho que estaba á la moda, y que su verdadero nombre era Jacinta.

Antonio dió un grito é iba cayéndose de bruces en el arroyo. El que había satisfecho su curiosidad lo alzó del brazo, y le preguntó bruscamente: ¿U. conoce á esa mujer? Antonio iba á decir era .... mi novia, y se arrepintió y dijo: es de mi pueblo.

La gente acabó de entrar al teatro, y no quedó en la calle sino un grupo de criados y de pilluelos.

El compañero entró también, y Antonio se sentó en el dintel de una puerta y aguardó hasta las once de la noche á que salieran de la función.

Se acercó á la puerta, y no pestañeó hasta que vió salir á Jacinta con su pareja.

Dejó que anduvieran un poco y volvió á seguirlos como en la venida.

Llegaron á la casita, se despidió el señor D. Perico, y ella entró cerrando el portón por dentro.

Pero apenas hubo doblado la esquina el señor D. Perico, cuando Antonio salió de su escondite y de un salto se puso en la puerta de la casa de Jacinta; golpeó, é inmediatamente le contestaron de adentro ¿ quién es ?

—Yo soy, dijo Antonio, y una muchacha abrió la puerta. ¿ Puedo ver á la señorita Jacinta ? preguntó.

—¿ Qué quería ? contestó la voz.

—Darle un recado.

—*Dentre*, dijo la criada.

Antonio siguió tras ella, y al abrir la puerta de la salita vió á Jacinta que se adelantaba hacia la puerta. Empezaba á desprenderse el tocado, y se había ya soltado su poblada cabellera.

—¿ Quién es ? tornó á decir ; y Antonio, adelantándose, con la cara empapada en lágrimas, y con una expresión de dolor que asombraba : ¡ Yo soy ! contestó.

—¡ Antonio ! gritó Jacinta.

—El campesino no respondió sino alargándole la carta y el rosario.

—¿ Y mi abuelita ? tornó á preguntar Jacinta.

—¡ Muriéndose y aguardándola ! contestó Antonio con un sublime laconismo que su alma le inspiraba en su di-

fícil situación; Jacinta cayó sobre un canapé hecha un mar de lágrimas y sollozó un largo rato.

Cuando alzó la cabeza estaba sola; Antonio había desaparecido.

La pobre niña no tenía dañado el corazón todavía, cuando puso sobre él la cruz del rosario de granates que le mandaba la anciana.

Vais á reiros, lector mío, pero vuestra risa no me impedirá seguir creyendo que el rosario hizo su efecto y convirtió á la pecadora. La agonía le dió fuerzas: no quiso llamar al que con tanta justicia huía de su presencia después de cumplir su piadosa misión; pero se levantó, y embozándose en un pañolón, llamó la criada, le dió un recado y salió.

No empezaba á aclarar el día cuando ya ella estaba lejos de Bogotá. Á pie fué hasta Fontibón, y allí encontró bestia y sirviente para seguir su camino y volver al lugar de donde nunca debiera haber salido.

PARTE TERCERA

La cabaña de Mercenaria, la que había recogido á la abuela Aleja, presentaba un triste espectáculo el día 4 de Diciembre de 1853. Aleja estaba agonizando y toda la familia de Mercenaria lloraba y rezaba en derredor del lecho de guadua donde se extinguía poco á poco la vida de la buena anciana.

Á medio día llegó el cura de T . . . porque las súplicas de Aleja habían sido tan ardientes que dos vecinos marcharon á la madrugada en su busca. Ella quería por único premio, por único consuelo, confesarse y comulgar;

y Dios, contra la esperanza de los vecinos, le había cumplido su deseo.

Alcanzó á confesar las pocas faltas que habían manchado su larga y virtuosa existencia; se confesó también como de un pecado del dolor que le había causado la muerte de su marido y de sus hijos, y de la poca conformidad con que había sobrellevado la huída de Jacinta.

El cura, por toda penitencia, le dijo que bendijera á la fugitiva, para que Dios le perdonara su huída. Aleja lo hizo sin ningún trabajo, y en seguida recibió el cuerpo de Jesucristo sacramentado.

La agonía empezó entonces y á la media hora expiró.

La cabaña estuvo llena de luces durante toda la noche; todas las familias vinieron á rezar el rosario por el alma de la difunta. Por la noche llegó Antonio, y la pasó llorando al pie del cadáver que, al día siguiente, llevaron á enterrar; el cementerio está á la entrada del valle.

Habían puesto el cadáver en el suelo para acabar de abrir la fosa, cuando aparecieron en la mitad del valle dos personas.

Eran Jacinta y un peón.

Jacinta venía vestida de seda todavía, aunque su ropa estaba muy desgarrada.

Para hacer más fuerte el contraste de aquel cuadro indecible, la agitación, el dolor, la emoción que sentía al volver al valle después de dos meses de ausencia, y la alegría de la esperanza al acercarse á la abuela Aleja, todo le daba una hermosura sobrenatural que era aumentada por el desaliño de su vestido y por la maravilla de su aparición.

Su compañero, tosco aldeano, hijo de la *Sabana*, seguía los pasos de su gentil compañera.

Ambos se encaminaron al grupo, porque veían que estaban allí todos los habitantes del valle. Antonio estaba en el primer término del cuadro, y al ver á Jacinta se adelantó maquinalmente, y se detuvieron al encontrarse.

Ambos estaban avergonzados: Jacinta por su huída, por su falta y por su vestido; Antonio por lo que sufría Jacinta, y por su amor engañado.

Ambos sufrían; pero Antonio tenía la ventaja sobre Jacinta de no llevar vestido de seda.

¡Si supierais, lector mío, qué fea se ve la riqueza del vestido sobre el campo verde!

Al acercarse al grupo, todos los ojos se volvieron á ellos, y todas las bocas enmudecieron.

En el silencio general no se oían sino los golpes de barra de los trabajadores que abrían la fosa.

Los viajeros llegaron por fin al grupo; Jacinta habló y nadie le respondió; se acercó más y Antonio le mostró con la mano un objeto: Jacinta siguió la dirección del brazo extendido y vió á la sombra de un árbol, coronado de flores, un cadáver . . . . el de Aleja. Dios había castigado terriblemente las faltas de Jacinta. Es imposible explicar cómo no se quedó muerta en el instante.

Los gritos que daba resonaron en el valle y eran devueltos por los montes. Se arrojó en la tierra y sobre las piedras, y se tiñeron de sangre los vestidos con los golpes.

Derramó tantas lágrimas que por la tarde su rostro estaba desconocido.

Un dolor tan espantoso y tan grande que daba, no

lástima sino dolor también, reconcilió con la desventurada criatura á los buenos vecinos que se habían alejado de ella, cuando llegó, y que se acercaron al fin y la levantaron en sus brazos.

El cadáver de la pobre anciana, cuyo semblante era el único que tenía paz y alegría en ese momento en que todos los semblantes expresaban el sufrimiento, fué puesto en su tumba, después de haberse llevado medio muerta á Jacinta unas mujeres piadosas. Jacinta estaba herida de muerte, y pasó dos meses en medio de lágrimas continuas; la juventud y la robustez triunfaron al principio, y pudo levantarse aniquilada á pasearse por el valle.

¡ Ay ! iba ahora trabajosamente, flaca y triste, la alegre y hermosa niña que pocos meses antes saltaba corriendo por todos aquellos caminitos trillados á la sombra de aquellos granados floridos !

El dolor y el remordimiento volvieron á adquirir su imperio y triunfaron al fin de la juventud y de la robustez.

En sus últimos días quiso ver á Antonio; éste recibió el recado que llevaba Mercenaria, y después de una corta resistencia, al oir que estaba de muerte, fué y la vió acostada en el mismo junco que había soportado el martirio de la virtuosa Aleja. Jacinta le pidió perdón, y le refirió la triste historia de su falta. Le dijo cómo en la visita que había hecho á la familia X . . . . . que encontró temperando en el pueblo de T . . . . había visto un joven que le habló de lo que era Bogotá con tales ponderaciones que le despertó la curiosidad. En seguida describió á T . . . . . . y sus alrededores de una manera tan ridícula á los ojos de Jacinta, que la pobre campesina se avergonzó hasta las uñas. Preguntóle cuándo volvía al mercado y díjole que no sabía. Pidió informes del

Y

lugar donde quedaba su habitación, y la incauta niña le enseñó el camino.

Esto era en domingo, y el joven le dijo que lo aguardara á la entrada del valle, el martes para que lo guiara en el paseo, para lo cual se comprometió tontamente Jacinta. El martes fué efectivamente, y ella cometió la falta de ir á la cita. Él la comprometió á que fuese el domingo á la población, y se separaron. Todavía estaba pura la pobre niña, pero ya la serpiente la había mordido el corazón.

Fué el domingo, y sin saber á qué hora, cuando volvió en sí, ya iban fugitivos. Ella estaba fascinada por el lujo, y las palabras chistosas y la conversación infatigable de Perico. Llegaron á Bogotá, y los primeros días fueron pasados en lágrimas de día, cuando estaba sola, porque los remordimientos hablaban alto ya, y en risas de noche, cuando venía Perico que ejercía una fascinación increible sobre ella.

Últimamente las fiestas, los trajes y los amigos la habían aturdido, y casi era dichosa cuando la aparición de Antonio la hizo salir de ese sueño que la llevaba al último fin de su aplaudido deshonor.

Concluída esta triste y común historia de seducción, volvió á suplicar á Antonio que la perdonara para poder morir con más tranquilidad. Un sollozo terrible desgarró el pecho de bronce que ocultaba un corazón tan noble, cuando tuvo que abrir los labios para decir á la infeliz moribunda que no sólo la perdonaba, sino que . . . . .

Su alma era muy elevada, muy inteligente, pero carecía de palabra y su lenguaje era incorrecto: no pudo concluir su tosca frase con lo que quedaba guardado entre su corazón.

Lo que quería decir era que no sólo la perdonaba, sino que la amaba todavía, ó volvía á amarla, al tocar de cerca esa inmensa desolación en aquella alma de niña que había conocido con tan inmensa felicidad.

Á los pocos días se postró otra vez Jacinta: volvió el cura de T . . . . . al valle, reconcilió con Dios y con los hombres aquella alma despedazada, y la acompañó hasta que se fué á la eternidad.

Antonio había cavado una tumba en la mitad de la casita que había empezado á construir. Como es un agüero entre las gentes del valle, que no se puede vivir sobre la tierra que oculta un cristiano, comprendieron que, al enterrar allí á Jacinta, Antonio quería decir que no se concluiría la choza, es decir, que no se casaría.

El lector va á encontrar otra vez que yo soy un fanático, porque voy á hacerle notar que Perico Ruiz murió en la acción que se dió en 1854, y en que fué tomado el pueblo de T . . . . . . á las fuerzas dictatoriales, por lo que he mirado su muerte como un castigo de Dios.

¿Comprendéis ahora por qué no quiero revelar dónde queda el valle de . . . . . . ni el verdadero nombre de T . . . . . .? Todavía hay muchas Jacintas en el dichoso vallecito, y yo no quiero que los sabios, los ricos y los hombres de mundo vayan á atormentar á esos pobres simples de espíritu, ni á herir á aquellas avecillas cuyos cantos y alegrías son una bendición de Dios.

(De la Revista Latino-Americana, entrega primera, de 1.° de Junio de 1874.)

EL SEÑOR EUGENIO DÍAZ

El día 21 de Diciembre de 1858 estaba yo en mi cuarto de estudio, en ocupaciones bien ajenas de la literatura, puesto que eran libros de cuentas los que abrían sus páginas ante mí, cuando tras de un golpe que sonó en la puerta, y un *adelante!* con que respondí al golpe, se presentó en mi cuarto un hombre de ruana.

En nuestras sencillas costumbres republicanas no se usa portero, que es una comodidad aristocrática, de manera que no hubo quién me anunciara el nombre de mi interlocutor. Por otra parte, la cristiana cordialidad española no exige las fórmulas usadas por el egoísmo inglés, para tener el menor número posible de amigos. El individuo que me hacía aquella visita, conocía mi nombre, puesto que demandándolo, había llegado á la puerta de casa, y esto bastaba para él: yo no conocía el suyo, pero era un hombre, y esto me bastaba, para que le ofreciera asiento y esperara cortésmente su demanda. En el breve instante dentro del cual nos saludamos y nos sentamos, uno al lado del otro, eché una rápida ojeada por toda la persona de mi visitante. Era un hombre de edad madura: las canas de su cabeza acusaban en él cincuenta á sesenta años; pero la vivaz mirada de sus ojos, que atravesaba poderosamente los lentes de sus espejuelos, le daban un aspecto juvenil que contrastaba

con su cabeza blanca. Venía primorosamente afeitado y aseado. Vestía ruana nueva de bayetón, pantalones de algodón, alpargatas y camisa limpia, pero sin corbata y sin chaqueta.

Este vestido, que es el de los hijos del pueblo, no engañaba, porque él lo llevaba con desembarazo. Se veía sin dificultad que si así vestía era por costumbre campesina; pero su piel blanca, sus manos finas, sus modales corteses, sus palabras discretas anunciaban que era un hombre educado.

—Por acá me manda Don Ricardo Carrasquilla, me dijo al sentarse.

—Viene usted de buena parte. Y qué órdenes da Don Ricardo?

—Que me haga amigo con usted. Yo soy Eugenio Díaz.

—Cuente usted, señor Don Eugenio, con que la letra está aceptada á la vista, contesté viendo aquel aire apacible, de hombre no sólo bondadoso, sino honrado, no sólo honrado sino inteligente, tres cualidades que se encuentran raras veces reunidas.

—Fuí esta mañana á casa de Don Ricardo, continuó él con su franca mirada y su cordial sonrisa, á proponerle que diéramos un periódico literario, y me dijo que viniera á hablar con usted.

—Con que usted . . . . es èscritor?

—De *costumbres del campo*, nada más.

—Como quien dice: "no tengo más riqueza que una mina de oro." Y ha escrito usted ya algo?

—Sí, señor, aquí traigo la *Manuela*.

—Qué cosa es la Manuela?

—Una colección de cuadros de *trapiche*, la *roza de*

maíz, la *estanciera*, y otros escritos de esas tierras donde he vivido.

Y dicho esto, sacó de debajo de su ruana unos veinte cuadernillos de papel escritos, que puso en mis manos y que yo hojeé, leyendo una línea aquí y otra más allá.

—Cuándo saldrá el periódico?

—Lo más pronto posible, dije, al ver que el texto que había adoptado el escritor era éste:

Los cuadros de costumbres no se inventan, sino se copian.

—Qué nombre le ponemos?

—Le parece bueno el de *El Mosaico?*

—Buenísimo. Y cuándo vamos á la imprenta?

—Ahora mismo, le contesté, porque acababa de leer rápidamente esta frase de *La Manuela:* "Salió de la cocina una mujer de enaguas azules y camisa blanca, en cuyo rostro brillaban sus ojos bajo sus pobladas cejas como lámparas bajo los arcos de un templo obscuro . . . ."

Y nos fuimos en dirección de la imprentilla que estaba montando Don José Antonio Cualla, quien aceptó al punto la propuesta, que sobre el asunto se le hizo y nos previnimos para dar el número 1.° el 24 del mismo mes, lo que sucedió tal como lo habíamos dispuesto.

He aquí cómo se fundó *El Mosaico;* y cómo fué su fundador el señor Don EUGENIO DÍAZ, que en paz descanse, porque el día once de este mes se nos fué adelante, dejando en su periódico una página negra, ésta que conmemora su muerte, y muchas imperecederas, las que contienen sus escritos.

II

Otro día he de hablar del bondadoso impresor que dió á luz el primer número de *El Mosaico*, hace ya cinco años y medio. La biografía del señor Cualla es larga é importante, porque á la sombra de su bondad hicieron sus primeras armas nuestros literatos desde 1835, hasta 1850, en *La Estrella Nacional*, en *El Día*, que duró ochocientas treinta y cinco semanas, en *El Duende* de imperecedera memoria, en *El Albor*, y en cien periódicos más.

Los materiales del primer número de *El Mosaico* se fueron aprestando en dos días. Borda escribió el prólogo, la Revista y las *Fiestas de Cherburgo*. Don Juan Francisco Ortiz un artículo titulado: *Vamos á la ópera*. Marroquín unas redondillas á Cándido Rincón, que un año después se fué á Roma, y murió al regreso, tres años después. Don José Joaquín Ortiz nos dió su fábula de *Los dos ermitaños;* y yo farfullé *El Correísta*, y un prólogo para *La Manuela*. *La Manuela* quedaba de repuesto para el segundo número; y Carrasquilla aguardaba para escaramucear con sus letrillas.

Vuelvo al fundador de *El Mosaico*.

III

Díaz nació en el pueblo de Soacha, en 1804, y pertenecía á una honrada y antigua familia de Bogotá. Hizo sus estudios en el Colegio de San Bartolomé, á donde iba á seguir facultades mayores, en los tiempos en que estu-

diaban el Doctor Florentino González, el Doctor Ezequiel Rojas, y otros sujetos de esa generación. Un incidente decidió dė su destino. Yendo al campo á visitar á su familia, cayó su caballo, dándole un golpe terrible en el pecho, que le dejó enfermo por mucho tiempo; por lo cual tuvo que abandonar su colegio, en donde, al decir de sus contemporáneos, era reputado como muy buen estudiante. Retiróse á vivir en la hacienda de Puertagrande, que era propiedad de su familia. Pasó después á *tierra caliente*, donde unas veces fué propietario y otras mayordomo. De 1850 para acá dióse á escribir, no porque pensase en publicar sus escritos, sino porque se reveló, aunque tarde, enérgicamente su vocación de pintor de costumbres. Con la mirada del ingenio, que á semejanza de los anteojos, afinan é idealizan los contornos de las figuras, descubrió que esos cuadros campesinos que lo rodeaban, y que se miran por todos como cosa vulgar, eran una rica mina de artículos porque estaban llenos de poesía. Además, Don EUGENIO tenía ideas políticas, ideas muy sensatas, que constituyeron al fin en su cerebro, un sistema político acabado. Viendo nuestras costumbres populares, observando los efectos de nuestra anárquica organización política, y la ligereza que preside á la deliberación de nuestros Congresos, redujo su sistema á esta fórmula: "La República se debe fundar de abajo para arriba: de la parroquia para el Congreso."

Con su *Manuela* se proponía mostrar lo vicioso de nuestra organización política y hacer un cuadro donde los legisladores vieran los resultados buenos ó malos que daban sus leyes en el municipio campesino.

Para pintar esos cuadros necesitaba de pluma, papel y tinta; y en las retiradas haciendas en que vivía, ganando

apenas lo necesario para sostenerse, no era fácil proporcionarse estos útiles.

Para suplir los libros había leído en la naturaleza; para suplir la pluma, tajó una caña seca de guinea; el vástago de plátano le suministró tinta y todas las cubiertas de cartas que hubo á la mano se convirtieron en páginas de su novela.

Con estos útiles y con aquella imaginación ingeniosa y artística trazó cuadros admirables: la *tierra caliente* quedó trasladada al papel, como si se hubiera empleado para ello el daguerrotipo.

Sus novelas carecen de esas peripecias que abundan en la novela del siglo XIX: no tienen más situaciones dramáticas que las que aparecen en la vida. Sin embargo, agrupa los cuadros que quiere pintar, en derredor de su protagonista, de manera que le resulta una trama interesante aunque sencilla. Nunca *enreda* como A. Dumas; pero siempre describe como Cervantes y Wálter Scott. Su estilo es caloroso y pintoresco, lleno de imágenes de buena ley, graciosas, originales; su lenguaje es incorrecto, mas con la ventaja de que no conociendo más idioma que el suyo, y desconociendo la literatura extranjera, nunca incurrió en galicismos ni en neologismos.

Excusado es decir que siendo tan ingenioso y delicado observador, no dió entrada en sus cuadros *á lo feo y repulsivo*, es decir, á lo inmoral. Por el contrario un suave tinte de moral cristiana baña sus escritos, como la tibia luz crepuscular dora los campos cuando va á ausentarse el sol.

En 1857 tuvo que trasladarse á Bogotá, á acompañar á su madre enferma y anciana. Por modestia, por costumbre, y aun por no tener de sobra los recursos, no

quiso vestir traje de cortesano. Se exhibió como escritor, pero de ruana: nunca le dió vergüenza no tener levita. Este traje formaba parte de sus virtudes: una de ellas era la de ser tan sincero republicano, tan sincero cristiano, que se iba al *cuaquerismo.* No tomaba vestido cortesano; no toleraba que los domésticos le llamasen amo; no hallaba á nadie inferior á él. No tenía embarazo ninguno, ni se mostraba sobrecogido cuando hablaba con personas de alta posición; en cambio no tenía orgullo ni manifestaba desdén ó tosca familiaridad cuando hablaba con un criado. Eran para él literal y prácticamente iguales todos los hombres. Era fervoroso creyente de los dogmas de la Iglesia católica con todo el dulce y tierno fanatismo de las almas honradas y de los espíritus rectos; pero sin la intolerancia de las almas incultas ó malas. Su programa en política era conservador; y á pesar de ser un perfecto republicano, ó mejor dicho, por la misma razón de ser un perfecto republicano, no aceptaba la democracia política, fundada sobre absurdos en sus tres cuartas partes. Nunca escribió sobre política de partidos, ni intervino en ellos. En sus amistades era constante y delicado, sin imponer ni aceptar pretensiones, sin cultivar cumplimientos, sin cambiar nunca lo cordial por lo familiar.

Tal era el hombre que conocí entonces como escritor de la bellísima novela que empezó á salir en *El Mosaico,* y que no siguió publicándose porque Don EUGENIO no quería poner en limpio los confusos borradores. Rogábale yo que lo hiciera; y él tomaba papel para obedecer; pero en el acto sentía el convite que la pluma hacía á la imaginación; y en lugar de copiar y pulir la novela que tenía por delante, improvisaba otra no menos larga, no

menos ingeniosa, no menos rica. Ya había publicado *Una ronda de Don Ventura Ahumada*, y luégo escribió *El rejo de enlazar*, *Las fiestas de Chapinero* y las *Aventuras de un geólogo*, tres novelas de no menor mérito. Cuando empezó á publicar *La Manuela* me decía Don Julio Arboleda que era una novela admirable, y en prueba de ello, repetía de memoria, acompañando la narración con la mímica que en él se indica, este trozo tomado del capítulo primero:

"Iba el lector en un pasaje interesante de su lectura, cuando fué interrumpido por Rosa, la que poniendo un pie en el extremo de la barbacoa, levantó el otro con destreza y agilidad para alcanzar á cortar un pedazo de carne de la pieza que colgaba suspendida en cuerdas del techo, y con la necesaria interposición de totumas y tarros que garantizan de ratones. Si al viajero había parecido Rosa, dándole posada, una mujer bondadosa, ahora, suspendida en un pie de la punta de una barbacoa, los brazos alzados y el cuerpo lanzado en el aire, advirtió que era elegante, y en aquella postura y recordando que estaba ocupada en su servicio, le pareció el ángel del socorro."

Ó bien esta otra observación social: "Son los *chiribicos*, dijo Rosa, después de examinar los dobleces de la sábana.

—Y qué se hace con ellos? preguntó Don Demóstenes.

—Con los chiribicos y con Don Tadeo, el tinterillo, no hay remedio que valga."

En los años de 1859 á 1860 dió á luz la mayor parte de sus artículos. En la *Biblioteca de señoritas*, cuyo culto redactor, el señor Eustasio Santamaría, le puso un pequeño sueldo, y en *El Mosaico* salieron los siguientes:

Á mudar temperamento.—El Boquerón.—El trilladero

de la hacienda de Chingatá.—El viaje de Carlitos á las grutas de San Diego.—Una elección de prior.—Un preceptor de escuela.—Una cascada nueva.—Un recuerdo del Doctor Melendro.—La Ruana.—El Predicador.—De gorra.—Mi pluma.—La mujer en la casa.—Un paseo á Fontibón.—Las fiestas de Monjasburgo.—Federico y Cintia.—Modismos del idioma.—La variedad de los gustos.—Un muerto resucitado.—La hija y el padre.—El caney del Totumo.—La Palma.—María Ticince ó los pescadores del Funza y *El trilladero de la hacienda de El Vínculo*, que fué el último artículo que escribió, y salió en *El Mosaico* hace un año.

Entre estos artículos y otros cuyos nombres no puedo recordar ahora, hay algunos excelentes, pinturas de primer orden, siempre grandes por la verdad y la maestría, y siempre rebajadas por el lenguaje incorrecto. Si el señor EUGENIO DÍAZ, hubiera poseído el lenguaje, como poseía ingenio, hubiera figurado en la primera línea de los escritores castellanos.

IV

Una enfermedad crónica, incurable y dolorosa, le postró en cama desde 1861. En ella sobrellevó con resignación sus dolores, sin más consuelo que su pluma, de que hacía uso sin cesar entre su lecho, aunque sus achaques no le dejaban ni la posibilidad física de escribir, por lo cual tenía que escribir acostado. En todo el tiempo de su prueba y su martirio, escribió algunas de las novelas que dejamos apuntadas, y algunos artículos sueltos que, como sus novelas, yacen inéditos.

Últimamente, desde el mes de Marzo último, las horas

de su vida, que habían ido mansas y silenciosas, comenzaron á precipitarse, al acercarse la de la muerte, como las calladas ondas del Funza al acercarse á la catarata. Los primeros días de Abril los pasó en el último dolor; el once comenzó su agonía por la mañana, y al empezar la tarde, entregó su alma á Dios.

Todos sus amigos y admiradores concurrieron desolados á alzar sobre sus hombros el féretro en que vestido de un hábito de franciscano, descalzos los pies, la cara apacible y serena, yacía el ingenioso escritor Don EUGENIO DÍAZ, cuyo cuerpo está ya entregado á esta tierra, sobre la que siempre se cernerá su memoria.

Bogotá, Abril 13, de 1865.

(De EL MOSAICO, número 12, de 13 de Abril de 1865.)

UN MANOJITO DE HIERBA

CARTA DIRIGIDA Á LOS SEÑORES D. JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ Y D. MÁXIMO VERGARA

I

DE BAYONA Á SAN-MALÓ

ESTIMADOS amigos míos: Al remitir á ustedes un puñado de hierba que hallarán adjunto, tengo que contarles una larga historia que les explique la de mi regalo. Mas como nadie nos urge, y hay el remedio, en caso de que les parezca muy larga esta carta, de no leerla ó de dejarla para el año siguiente, no extrañarán ustedes que vaya larga, muy larga en efecto. Para ello tengo que referirles una página de mis viajes, y si me he equivocado en la cuenta y no es una página sino cinco ó diez, apliquen ustedes el remedio indicado.

Venía yo de España, un si es no melancólico por dejar (y para siempre tal vez) aquella patria de nuestra raza y cuna de nuestros abuelos. Como si no tuviese ya de sobra dolorosos recuerdos, había ido á conocer y amar amigos que debía ver por poco tiempo y dejar de ver para siempre. Á esto se agregaba el triste aspecto de la Francia, por donde venía yo, de viaje para mi Patria.

Su triste aspecto se debía á la doble influencia del invierno y de la guerra, que á un tiempo agostaban y destrozaban aquel hermoso suelo; pero ay! el invierno llevaba en sí mismo el germen de la futura vida y hermosura, y la guerra no encerraba ninguna promesa de primavera! Aquellas hermosas Landas de Bayona que yo había conocido llenas de follaje y que me recordaban las llanuras de mi América, eran ahora un campo muerto, quemado por el frío. Burdeos, que había visto en tiempo de paz y de primavera, lleno de gente y de flores, rivalizando en movimiento y animación con París, estaba ahora solitario; y cuando salía á recorrer sus calles las encontraba desiertas, ó si había algunos grupos eran de gentes de guerra. Su poderoso Garona, aquel río que cantó Marcial y que gemía bajo el peso de cien y cien naves que traían á la hermosa ciudad los ricos productos de América y de Asia, para llevar en torno los brillantes géneros franceses, no tenía ahora sino unos pocos barcos que aguardaban la hora de la salida para volver á recorrer los mares, con las velas caídas ó las chimeneas apagadas, como aguardan los caballos en el establo y los perros en el patio, con las orejas caídas y los fuertes músculos en reposo, á que vuelva á empuñar la trompa de caza el amo enfermo. Ay! en esta vez el amo enfermo era la Francia; y sus caballos y sabuesos del mar ya no podían salir á cazar la gloria ó la fortuna en las olas.

Quince días permanecí en Burdeos aguardando á que hubiese buque para Inglaterra, para donde se iban mis compañeros de viaje, á quienes no quería abandonar sino cuando los hubiera visto en camino seguro para Londres, donde debíamos volver á juntarnos, pues yo me iba por tierra á buscar otro puerto (después diré por qué) para

pasar el Canal. Quince días aguardamos, y la comunicación antes diaria con Inglaterra permanecía muerta. Durante aquellos días entretenía el ocio en ver los preparativos que se hacían en el elegante edificio del Teatro para convertirlo en local de la Legislatura, que se había de reunir allí á representar la última escena del sangriento drama de la guerra prusiana. De vez en cuando corría el pueblo á ver entrar los actores que venían á representar sus papeles ensayados. Uno de ellos traía camisa roja y una cara de anciano: se llamaba Garibaldi. Otro, también con canas y arrugas, pero vestido con traje civil, llegó en esos días: era Víctor Hugo. Otros dos ancianos vi entrar también: uno de ellos ágil y de miradas juveniles: era Thiers; y otro lleno ya de canas, pero menos viejo que los que he nombrado: era Julio Favre. Así vi desfilar de uno en uno muchos de esos hombres á quienes ha tocado la triste suerte de asistir á sus mismos funerales y de poder hablar con su posteridad. Todo era análogo en aquellas escenas: el rigor de la estación y el de los destinos de Francia; la nieve que cubría los árboles y la barba de los personajes, y la tristeza que se sentía en la atmósfera y en los ánimos.

Salí de Burdeos en los momentos en que la larga agonía de Francia terminaba por un *consummátum est* en el tratado que Thiers no pudo anunciar á la Cámara, porque los sollozos le embargaron la voz. Yo no quería salir de Francia por aquel puerto, sino por otro que iba buscando para visitar memorias y tumbas: iba á embarcarme en San-Maló. En el mismo día llegué á Nantes, que no me recordó en esta vez como en la primera que la vi, su famoso edicto, ni sus terribles escenas de 1791, ni el nombre del monstruo que salió de su seno. Recuerdos

menos lúgubres y solemnes me vinieron en el momento en que saltaba del tren á los anchos andenes, y me dirigía desde la orilla del Loira por sus viejas é históricas calles á buscar mi antiguo alojamiento. Un amigo, que estaba en la campaña, había regresado por casualidad y con una licencia de pocos días á su ciudad natal y llegaba á ella en los mismos momentos que yo. Pasé la noche con él y con otro amigo que firmaba humilde y modestamente con un gran nombre: era descendiente directo de Montesquieu. Puede, como los Borbones, escribir la historia de su familia por la de la Francia. Cada una de las vicisitudes de la gran Nación, ha aumentado las de su familia; y la última, la que estaba atravesando, lo había arrojado de su casa en París á encontrarse en nuestra modesta casa de la calle de Crebillón con el más desconocido americano, de quien hizo un amigo suyo. Conversamos largamente durante la noche: él me refería historias ya estériles de su raza y de su pueblo, y anécdotas tradicionales del autor del *Espíritu de las leyes;* otras veces me hacía conocer sus modestas aspiraciones y calculaba conmigo las probabilidades del tiempo en que volvería á ver á su anciano padre, que se había quedado en París. La aurora empezó á disolver las sombras del cielo en una dulce claridad. Era la hora de la partida del tren en que yo debía seguir, y me despedí de él con un adiós que no pensé había de ser "hasta luégo," engañado en esta vez como en otras en que diciendo un "hasta la vista" ignoraba que estaba dando un adiós.

Despedíme, salí á la calle, obscura y solitaria todavía, y que hubiera estado por entero silenciosa si no se hubiera percibido el chirriar del tosco carretón en que un mozo de cordel traía mi equipaje. Llegué á la Estación,

tomé mi billete, acomodé mi equipaje de mano junto á mí, después de haber entregado mis baúles en la oficina. El tren se movía ya como un caballo que se apresta á caminar; el vigilante de los carros pasaba cerrando portezuelas; el silbato sonó y el tren se puso en movimiento, y yo hundía mi mirada entre la obscuridad tratando de ver por última vez á Nantes, cuando por entre la ventanilla pasó un brazo y sentí una mano que cogió la mía: era la de Montesquieu que venía á darme el último adiós, trayéndome las llaves de mis baúles que había dejado yo olvidadas en la chimenea de mi cuarto. Sin su afectuosa solicitud hubiera pasado yo en el camino todos los trabajos de quien no trae nada ó trae una arca cerrada, que viene á ser lo mismo. Hubo tiempo de recibir las llaves y el adiós, y el tren salió de su madriguera bufando y azotando sus crines de humo, y se lanzó por los campos.

Corrimos, corrimos sin cesar hasta el punto en que debía dejar yo aquella línea que me hubiera llevado á Napoleón-Ville y me desmonté allí con prisa, pues el tren de San-Maló que debía tomar iba á llegar al instante, y apenas habría tiempo para tomar el billete, entregar el equipaje y subir al coche. Mi prisa fué inútil, porque pasaron minutos y el tren no parecía; pasó media hora, y el telégrafo no lo anunciaba; pasó una hora, y el telégrafo de la más lejana estación, interrogado por el del lugar en que yo estaba, contestó que aun no tenía noticia de él. Había, pues, dos horas de expectativa, y me fuí á almorzar al restaurante de la Estación. Sabida es la puntualidad y fijeza con que llegan los trenes: la tardanza, pues, no se explicaba sino por la guerra. Á las dos de la tarde, mis ojos clavados en la aguja del telé-

grafo, le vieron moverse, y al punto me dijo el telegrafista: *ahí viene.* Un cuarto de hora después llegó en efecto el misterioso animal como rabioso por la tardanza. El viento frío del invierno despedazaba la columna de humo que salía de la chimenea y el vapor acezaba como un caballo fatigado. Entró rugiendo en la Estación y se paró á un silbido del Jefe. Hubo media hora más de detención y durante ella me entretuve en recorrer la línea de coches. Tras de los de la máquina que traían el nombre de la línea, venían otros, los de pasajeros, con los nombres de muchas otras líneas francesas. Allí encontré los coches de la línea de París á Versalles. Aunque no hubieran tenido el letrero, yo los habría reconocido por su color de caoba y por su elegante interior. Aquellos trenes de placer destinados al paseo dominical; esos coches que yo había ocupado tantas veces yendo á Versalles; aquellos elegantes coches que vi siempre llenos de gentes dichosas, habían venido huyendo también de la invasión y empujados de estación en estación, de línea en línea, habían concluído por salvar sus fronteras y se encontraban ahora, no sólo lejos de su comarca nativa sino convertidos en coches del común. En vez de las elegantes y perfumadas damas que llevaban á pasar un día de fiesta en la Corte del Rey Sol, se veían ahora atestados de soldados, de comerciantes ó de rústicos lugareños. *Quantum mutatus ab illo!* Tomé de preferencia uno de aquellos coches, por cariño á los amigos ausentes, en vez de tomar alguno de los otros que venían desocupados, y esta preferencia me fué fatal. Siempre lo ha sido á los intereses el culto á los recuerdos; pues así como el corazón no va bien entre el portamoneda, las monedas ó sean los intereses materiales se escurren cuando se les echa entre el

corazón. Subí y me posesioné de un rincón: acaso en ese mismo iba la última vez en que me rodeaba una familia que en el suelo extraño me improvisó familia y Patria. Mas ay! en vez de aquella hermosa y tierna madre iba á mi lado un sacerdote desconocido, de cara austera que me miraba con malos ojos porque mi saco de noche puesto á mis pies incomodaba los suyos. En vez de aquellos niños cuya ruidosa y expansiva alegría diluía mi tristeza, compañera constante, tenía al frente unos zuavos que me miraban de hito en hito, para descubrir en mi fisonomia forastera si yo era prusiano. Fuese como fuese, no quise abandonar mi puesto ni cambiar de coche, por estar una vez más con algo amigo aunque fuese una tabla. El tren empezó á rodar y las reclamaciones del sacerdote contra mi maleta empezaron también. Por fortuna, apenas se estableció una ligera y superficial conversación, cayeron las antipatías: el sacerdote vendeano me perdonó mi maleta y los zuavos se convirtieron en amigos míos, puesto que me ofrecieron una parte de su almuerzo que tomaban sobre las rodillas. Rehusé los alimentos, pero acepté un trago de vino tomado no á boca de jarro, pues no lo había, sino á boca de botella que era el vaso. El trago era á la salud de las armas francesas y de las armas pontificias! Decía yo á mis compañeros ya completamente humanizados conmigo: Un día un paisano vuestro, un bretón, tomó también un trago en mi América, y hoy lo tomo yo con sus bretones, en los momentos en que voy á buscar su tumba. ¡ Por la gloria de Francia católica! añadí llevando á mis labios la botella: la Francia no hubiera sido vencida si, como en tiempo de Juana de Arco, hubiese llevado una cruz en sus pendones y en la empuñadura de su espada!

Figúrense ustedes, mis buenos amigos, cómo sería recibido ese brindis por un sacerdote vendeano y por dos zuavos de Chanzy! Cuando llegamos á la Estación próxima, bajó el clérigo con otros compañeros. Nos quedamos solos mis dos zuavos y yo, y apenas se cerró la portezuela me dijo uno de ellos:

—*A présent, à nous deux!*

Esto quería decir que había que concluir con la botella, y el compromiso era todavía más urgente porque el otro zuavo tomando la botella agregó:

—*A la gloire des heros des Queseras del Medio!* (Las Queseras del Medio.)

Yo les había contado esa batalla para amenizar el ocio del viaje, ó el ocio de mi corazón. El sacerdote á quien había contado que en nuestra guerra de independencia habíamos tenido un padre Coronel Mariño, que combatió como un bretón, se había interesado en mi relato: á los dos zuavos á quienes había referido que 150 compatriotas míos habían batido 5,000 vencedores en Bailén, se les hacía la boca agua. Las cuerdas de la religión y de la independencia resuenan siempre en los corazones bretones, y á juzgar por el mío en el de los colombianos.

Y siguió la conversación más animada. Uno de mis dos zuavos era delgado, tenía barba negra, ojos brillantes de negros y valerosos y una pierna baldada, que le hacía cojear del lado contrario al de la espada. Era católico y estaba herido porque había peleado como soldado aunque era Capitán. ¿No tenía yo razón en recordar al Coronel Jacinto Ruiz? El otro era fornido de pulsos y ancho de espaldas; tenía á pesar de su musculación hercúlea, cara bondadosa y llevaba barba entera de color castaño. Éste

me recordaba á otro compatriota: á Carlos Urdaneta. Mientras la conversación iba cada vez más cordial, el tren expreso avanzaba rápidamente dejando á un lado y á otro pueblos y castillos, y acercándose al mar. Por desmontarme y llegar á uno de esos castillos que, según me decían mis compañeros, no quedaban muy lejos, hubiera dado algo; pero era imposible. Tenía urgencia de llegar á San-Maló para poder hacer lo que iba á hacer y no perder el buque que, según mi libro de viaje, debía partir al día siguiente para Inglaterra. Para conseguir ambos fines contaba con hacer mi piadosa romería á la luz de la luna, si la había, ó entre las sombras, como habíamos caminado siempre aquel grande hombre cuya tumba iba á buscar y el desconocido salvaje que iba á buscarla. Así como un árbol y una hierba del suelo pueden contemplar á un mismo tiempo el abismo del Tequendama, en cuya orilla han nacido, sin que la majestad y alteza del uno sea un título para verlo más que la humildad de la otra; así hemos nacido al borde del abismo de las pasiones el hombre cuya tumba buscaba y yo. Él, el árbol que se inclinaba sobre el abismo desafiándolo y ofreciéndose á la admiración del pasajero; yo, la hierba que el mismo pasajero huella.

Por eso no me detuve para entrar al castillo á donde fué René á buscar motivos para llorar más, y pasé mirándolo. Ay! ¡ el tiempo es la mejor riqueza de los ricos y la peor angustia de los pobres ! Los ricos compran tiempo y los pobres lo perdemos, sin poderlo fijar en un solo placer. He aquí la diferencia.

El tren se detuvo al fin; yo salté á un suelo desconocido, y no sabía por cuál calle había de tomar; pero mis dos zuavos se [illegible] á mi incertidumbre, y tomando

cada uno una de mis maletas, me dijeron: *por aquí*, y echaron á andar. Á pie, como un verdadero peregrino, entré á la ciudad de San-Maló.

II

SAN-MALÓ

¿Saben ustedes, amigos míos, por qué son tan largas las relaciones de los viejos y tan frescas y rápidas las de los jóvenes? Porque en los primeros los recuerdos son más profundos y se enlazan con todos los otros caminos que surcan el corazón, como los caminos comunales que salen á un camino real; al paso que en el corazón de los jóvenes hay un solo camino recto. Por eso mi relación es también larga. Un joven hubiera empezado por contar lo que iba á contar: yo, viejo de pesares aun más que de años, tengo ya la manía de los recuerdos, como los octogenarios. Las memorias se enlazan místicamente en el alma: por seguir tras una hay que recorrer otras, hasta que, á la aventura, se encuentra la que se busca. Los años se enredan entre sí en la memoria como serpientes entre su nido; duermen enroscados. Una vez que uno ha tomado esa manía de divagar, huyendo de nombrar su dolor, porque no lo olvida, contrae esa costumbre para todo. He aquí por qué voy rodeando, por qué no voy derecho á mi objeto. Por otra parte, el viaje tan solitario que hice en esta vez me sirvió de prólogo para venir á ver una tumba, y por eso lo he contado

Estábamos ya en San-Maló. Yo había encontrado felizmente posada en la misma calle que había designado

á mis compañeros; en ella un buen cuarto, y en él una ventana desde donde se abrazaba el horizonte en una grande extensión. Una parte de la ciudad, la muralla diez veces secular, los suburbios cubiertos por la marea, y que por la mañana se ven secos, una parte de la costa y del mar; todo esto se ve desde mi ventana. Por primera pregunta hago la de si parte por fin el buque para Inglaterra mañana, como me lo dicen unos, ó si como me lo asegura mi huésped, no partirá porque es domingo, y los protestantes, dueños de la línea, guardan el día. Respuesta negativa; no habrá viaje hasta el lunes: tengo, pues, que pasar todo el domingo en San-Maló. Qué contrariedad tan agradable! Nunca estuvo más contento un prisionero. Llaman á comer y bajo al comedor. La familia misma á quien pertenece la casa come con los huéspedes: por lo tanto, es una comida de familia la que voy á hacer. Esto tiene su mérito para un viajero. Busco asiento de preferencia junto á los niños; y me encargo de hacerlos amigos míos: al uno le parto el pan, al otro le ofrezco avellanas, y al tercero le escancio sidra. Helos aquí que ya charlan conmigo, me preguntan mi nombre y me dan los suyos. Se llaman *Edouard*, *Elise* y *Auguste*. La madre se ha fijado en que el huésped es amante de los niños, que ha acariciado los suyos, y después de la comida, me invita á pasar la noche en su salón, donde una señorita maluína toca piano, mientras los demás conversan ó juegan al ecarté. Yo me enrolo en el grupo de la madre y de los niños, y conversamos hasta las doce de la noche, en que me retiro á mi cuarto.

Al día siguiente al abrir mi ventana, lo primero que veo en la plazoleta es mi zuavo cojo que me aguarda para

darme los buenos días y una carta que hay para mí en la Estación y para ir á mostrarme la iglesia en que debemos oir misa. La carta es de Montesquieu y me trae otro adiós. *Soyez heureux*, me dice al fin, *et ne m' oubliez pas*. No está en mi mano lo primero, pero cumplo lo segundo. Pobre joven! Él, que me desea felicidad, no la tiene: si la tuviera no se acordaría de la mía, porque el corazón humano, todo corazón humano, es egoísta en la dicha. Se llena y recoge con la felicidad y se expande en un solo dolor. Así es en el mar: cuando está tranquilo, las naves que lo cruzan se apartan: cuando se agita, se encuentran las naves, una que sube en la ola que la lleva, otra que baja al abismo que se abre ahí junto. Ambas van á perecer, y por eso se buscan en vez de huir una de otra: cada una espera que la otra la salvará: ambas obedecen al impulso que las arrastra.

Leída la carta, me aguarda otro momento agradable. Salen los niños y me saludan como á amigo viejo: nuestra amistad tiene doce horas de edad; pero ya es amistad.

Nos vamos á misa. La iglesita está llena: el pueblo bretón es no sólo católico sino devoto. Tomo mi silla y abro mi libro. Al tiempo de repartir el pan bendito (costumbre fraternal que subsiste en la Vendea y en la Bretaña) el bedel tiene la cortesía de llevarme no el cesto lleno de pedazos para todo el pueblo, sino una torta en una bandeja. Mi cara morena entre tantas blancas y de ojos azules, les había dicho seguramente que soy forastero y me hacen los honores de tal. Después de la misa me voy con mi constante zuavo, (que fué mi compañero por todo el día) á recoger mi equipaje en la Estación y traerlo

para consignarlo en la oficina de la línea de vapores. Lo consigné á *debe* para pagar su porte al recibirlo en Londres; y el Director de la Agencia, bretón de aspecto formalote y de hermosa cara, me advierte que pagando el porte allí, obtendré un descuento.—Sí, le contesto; pero no tengo aquí dinero sino para mi pasaje, y en Londres podré pagarlo.—Pues entonces, me contestó M. Godín, tome usted de mi caja el dinero que necesite y me lo devolverá en Londres.

Refiero esta anécdota porque con ella pinto el carácter bretón: franco, hidalgo, confiado. ¡ Dios quiera que las ideas del siglo no se lo varíen nunca!

Una vez cumplidos los deberes del día, pues le basta á cada uno su propio afán, según la poética y divina expresión de Jesucristo, me volví á casa, almorcé rociando el almuerzo con la seductora sidra bretona, y emprendí mi correría. Para poder conocer mejor la pequeña é histórica ciudad me subí á la muralla y le dí la vuelta viendo á la derecha las casas bien encerradas por el muro como ovejas dentro de la cerca del aprisco, y á la izquierda la campiña, los lugares vecinos más ó menos lejanos, los canales y esteros que por la tarde llena la marea, dejando la ciudad como entre una isla; la playa, una colina pedregosa y por último el mar. El mar, el mar! Qué hombre no se hace poeta al verlo, y qué poeta no enmudece en su presencia!

El mar! La extensión, el infinito; la fuerza y la calma! Un monstruo inmenso que se mueve, y en vez de hablar, ruge! Tumba de hòmbres, de naves, de riquezas y de pueblos; universo no comprendido, imagen terrena de Dios. Yo lo veía y pensaba; pero el telégrafo no hubiera alcanzado á escribir mis impresiones sucesivas con

sus rápidos signos. El pensamiento abarcaba ese abismo, lo medía, lo cruzaba y lo sondeaba; pero la voz, pero la pluma no pueden dar cuenta de esas impresiones tan movibles y varias como las olas. Aquella parte del mar, el golfo de Gascuña, es en donde guarda sus cóleras: siempre agitado como la nación que allí toca, cuando no despedaza naves azota escolleras. Los ojos de mi alma estaban deslumbrados ya de puro mirar aquellas olas que serían rojas si las tiñese la sangre de todas sus víctimas, y para descansar los volví á la tierra. La pequeña ciudad enviaba en ese momento humo por todas sus chimeneas. Entre el humo y la niebla del invierno y la bruma marina que se elevaban juntos, se distinguían á intervalos sus campanarios y sus azoteas. Los campanarios son las facciones de las ciudades: ellos les dan cara y fisonomía. Como por allí se acercan los dolores terrenos al cielo, pueden llamarse la chimenea del alma, del alma que algunas veces semeja un vapor y otras una cocina.

La brisa marina deposita su sal en los edificios dándoles un baño de hierro: mármol, granito, madera, todo se reviste de ese color fúnebre que se ve en Londres y en todas las ciudades cercanas al mar. San-Maló ha recibido también, y más que otras, ese baño de venerable vetustez. En una de las calles paralelas á la playa, y que reciben por lo tanto de lleno el aliento del mar, había tomado una puerta tal color negruzco y tal pulimento, que yo me llegué á tocarla para ver si era la puerta de hierro de una caja fuerte ó la de un cuarto: era un portón de roble que tendría siglos de edad y acaso habría presenciado la gloria de la Bretaña. Hoy me contemplaba á mí, simple y desconocido curioso, y probablemente se encogería de hombros entre su marco de sillares de granito,

al ver lo que sus paisanos hubieran llamado mi *naïveté*.

Ya había acabado de recorrer toda la pequeña ciudad: había examinado atentamente todo su muro circular; sus bastiones hechos para desafiar la artillería antigua y que temblarían al ver la moderna; sus puertas y sus puentes levadizos, que tal vez no resistirían el peso de una ametralladora de hoy como resistían el peso de un escuadrón de guerreros cuando se bajaban ante ellos. ¡Qué diferencia de las guerras antiguas, en que las armas no valían nada y en que el valor era todo! Hoy el valor no vale nada y las armas todo; y un químico de menor cuantía puede hacer producir una explosión bajo los cascos del caballo de Bayardo ó del Cid. Por eso la política de hoy es tan innoble y alevosa como sus armas: ya no se combate pecho á pecho, sino espalda á espalda. Aquiles sería derrotado hoy por una combinación de gabinete del Barón von Moltke: en cambio von Moltke no habría alcanzado para el desayuno de un perro de la jauría de Aquiles.

Eran ya las once de la mañana; el camino á la playa estaba perfectamente seco y debía irme á mi peregrinación para poder estarme el tiempo que fuera menester, antes de que viniese la marea. Se lo indiqué, pues, á mi zuavo, y nos dirigimos al punto objetivo de mi romería.

Mas, antes de que lleguemos á él, tenemos que pararnos un rato en esta otra playa, la de los recuerdos, para explicar el motivo que me llevaba á una tumba solitaria. No era sólo el tributo de gloria que todos le pagan el que iba á pagar yo también: era algo más íntimo unido á ese tributo.

III

LA TUMBA DE CHATEAUBRIAND

Niño, muy niño yo, tuve la desgracia de que me enseñaran á leer. La ilustración tomada en conjunto es buena: aplicada distintamente como remedio universal, es mala. Hay personas á quienes se les hace un mal con enseñarles la cartilla temprano, y otras á quienes se les hace con enseñársela tarde. Un sabio, un hombre que para merecer el nombre de filósofo sepa muchas ciencias, no haría aprender la cartilla á todos los niños á una misma edad, así como no afeitaría un barbero á todos los adolescentes al cumplir una misma edad, tuviesen ó no barba. Ciertas naturalezas se mejoran dándoles ese sexto sentido que se llama lectura; otras se estragan. La mía necesitaba de algunos años más de vida física, y ésta se acabó para mí con la lectura.

Apenas supe leer comencé á devorar libros, y entre los que devoré se encontraban dos: *El Quijote* y *El Genio del Cristianismo*, que encontré en los estantes de mi padre. Extraña mezcla á primera vista, y venían á ser para mí una misma cosa. Ambos me inspiraron ideas que ya no se usan.

Leía yo muchos años después, en las excelentes Pláticas doctrinales del Padre Parra, el símil relativo á la educación: la vasija se impregna del primer licor que recibe . . . .

Aquellas dos obras decidieron de mi carácter y con él de mi suerte. No hablaré aquí del *Quijote* por haberlo hecho ya en mi viaje á España, sino de *El Genio del*

Cristianismo, que apegándome por todos los hilos del corazón á mi creencia (bendito sea !) me la hizo conocer, sin embargo, bajo un aspecto demasiado poético para mí. Aquel libro hubiera convenido á un carácter austero para darle ternura: el mío se hizo soñador y exageró todo lo que podía exagerarse en mi corazón. Allí vi citados fragmentos de *René* y de *Atala;* y pocos años después, apenas pude conseguir esos dos libros los devoré igualmente. No habrá un solo lector á quien sea menester advertir que esas dos lecturas son peligrosísimas para los corazones juveniles, y que, por lo tanto, lo fueron para el mío, más débil que otro alguno. ¿Dije que había leído esos dos libros? Hice algo más: los releí varias veces. De allí viene una de mis poesías, *Atala*, que sin tener mérito alguno es, sin embargo, una copia de mis impresiones.

El amor fanático que cobré por el autor de esos libros me hizo leer después todas sus demás obras. Por fortuna, *El Genio del Cristianismo* me sirvió de cota contra los *Estudios filosóficos*, y por desgracia *Atala* me hizo desabrida la lectura de los dramas y poesías. Al fin llegó á mis manos aquella obra tardía, innecesaria, tan llena de defectos como de bellezas, tan juvenil y tan octogenaria, en que se pinta romántica la política y llena de política la poesía: hablo de las *Memorias de Ultratumba*, escritas con la pluma cansada de un cisne, cánticos preciosos modulados por una Raquel expirante. Pocos lectores, estoy seguro de ello, seremos los que hemos podido acabar ese libro enfermizo, que pudo haber exterminado una gloria menos grande que la de su autor; pero aquel hombre maravilloso tenía un don funesto: grababa en granito tanto sus virtudes como sus debilidades. Así es que

cuando maldice de sus *Estudios filosóficos*, lo que hace es inmortalizarlos. Como el Midas de la fábula que volvía oro cuanto tocaba, hasta los alimentos, así este avariento de poesía, logró por el abuso de su genio, obtener el mismo castigo: daba gloria hasta á los enemigos que maldecía. Tocó con su espada la sombra de Napoleón para herirla y la hizo más grande. Se encaró con él para exterminarlo y le hizo sagrado con su mirada. La inmortalidad salía de su pluma como la tinta de la mía. Mas su pluma no era pluma: unas veces buril, otras pincel, ponía inscripciones sobre la arena del desierto de Oriente, que el viento no ha borrado, ó pintaba sobre una tela desconocida paisajes de los desiertos de América, que no han podido borrarse. Ansioso de la inmortalidad, logró inmortalizar sus mismos dolores, que le acompañaron hasta la tumba. Se embriagó con el vino de las Musas y después en vano buscó loto para olvidar. Su misión en Francia fué solemne y dolorosa como la de un profeta: él alzó más altares que los que alcanzó á derrocar una generación entera; pero el aspecto de tantas ruinas enfermó su corazón. Hombre prodigioso, en todos los caminos que se dignó recorrer, obtuvo el primer lugar. Como viajero aclaró ó adivinó puntos científicos ó históricos. Como político inventó sistemas liberales que después fueron *inventados* en Francia á medias, y sin embargo fueron vistos como un progreso. Como diplomático pudo haber salvado y regenerado la Francia, si sus principios le hubieran permitido obligar á Luis XVIII á que se arrodillara ante él en vez de arrodillarse ante ese anciano que por ser la encarnación expiatoria de su raza contaba ochocientos años de edad. Como poeta creó un reino de poesía en donde nadie ha vuelto á reinar después de él y

en donde están su trono y su tumba. Reedificó los altares al sonido de su lira como Anfión las murallas de Tebas con la suya, y hubiera vuelto á llevar los huesos de sus Reyes á San Dionisio, si ese polvo pudiera ser conducido por otro viento que por el del postrer día. Chateaubriand se enorgullece y con razón de haber criado el tipo de René, superior al de Wérter; hay que lisonjear su vanidad guardándole el secreto de que René no es una creación sino una copia, y que si es grande es porque es copia del que la pintó. Chateaubriand, que había nacido en Francia y tocado en sus viajes con América, Atenas, Jerusalén, Roma y Granada, fué un sol que pasó por todos los puntos del equinoccio. Vió en su carrera la cuna y el sepulcro de la Humanidad, y por un poco de dicha y juventud que encontró en América, duplicó sus dolores embebiéndose en los de Grecia, Jerusalén y Granada. Vió nacer la gran República del Norte y morir el gran Imperio de Occidente; empezar la gloria de Wáshington y acabar la de los Borbones. Napoleón, su enemigo y su rival, su amor y su odio, cupo dentro de su vida como una palabra dentro de un paréntesis; y el héroe de Santa Elena, más que de Marengo, murió sin haberse atrevido á decidir si amaba ú odiaba á aquel poeta, porque cuando se alzó de pie sobre su siglo y vió una muchedumbre de Reyes y de Naciones caer de rodillas ante él, sólo á un hombre, hosco pero hermoso, alcanzó á divisar de pie, lejos, pero mirándole frente á frente; desafiando su cólera, pero en poesías inmortales. Ese hombre era Chateaubriand.

Sin embargo, aquel Rey de su época vivió abrevado de dolores y todo le fué contrario, desde los Reyes, sus amigos, hasta la suerte, su esclava. No encontró amor

como él lo sentía ni en sus padres ni en su esposa: si Lucila no hubiera sido Amelia habría sido su esposa, y tal vez ese amor hubiera hecho de él un hombre mediano y feliz, porque la grandeza de espíritu no se junta con la dicha del corazón, como los Reyes no se hombrean con los campesinos. Nació á orillas del mar en su golfo más tempestuoso y su alma se vació en ese crisol de borrascas. Yace hoy á orillas de él y por primera vez descansa, porque para este espíritu no podía haber otro reposo que el de la tumba.

Su tumba era la que yo iba á visitar, pensando todo esto mientras atravesaba la desierta y arenosa playa, donde quedaban por un momento señaladas las huellas de mis pies, que no debían existir á mi vuelta. Poco durar era éste; pero mucho menos será el de las que deje en otro arenal, el de la vida.

IV

LA TUMBA

Forma la orilla del mar una ribera peñascosa y dentellada, donde si hay peligros durante el temporal en que la invade el mar, en cambio pueden ir las mujeres hasta la orilla, durante la bonanza. Esta orilla es tajada y está erizada al pie de rocas agudas que el mar pule y afila al azotarlas. Tras de la temible escollera se ve el monstruo enroscado en un golfo lleno de bajíos y de corrientes. De las rocas para arriba viene una pendiente cascajosa que tiene de vez en cuando algunas hebras de hierba, y que forma una colina. Este islote se llama el Gran-Be. Tras de esta colina hay un bajío arenoso que

el mar inunda todas las tardes, y después de este bajío se sube á la otra colina en tierra firme, donde está edificada la ciudad. Salí por la puerta correspondiente, bajé hasta el arenal, lo atravesé, subí la colina solitaria hasta llegar á su cumbre, busqué con los ojos el monumento que deseaba y que está en la mitad de la falda al lado del mar; se le ve solitaria. Yo tenía una falsa idea del monumento: me había figurado *algo* no sé qué de mármol: debía haber no sé qué de adornos griegos, de recuerdos romanos. La tumba de Cecilia Metella que había visto en la Vía Apia de Roma me hacía creer que Chateaubriand hubiera dado la idea de una cosa, si no parecida, de un orden extraño y único. Pero al ver este monumento me sentí herido en mi vanidad, porque había creído comprender al poeta y su genio, y me había equivocado totalmente. Él me había engañado como Zeuxis á los pájaros con la sencillez y la verdad. Nada de fantasmagoría ni de aparato: lo que encontré allí y que era tan diferente de lo que había soñado, si hirió mi vanidad artística y mi inventiva, me hizo comprender y admirar al hombre que ya admiraba. Siete pies de tierra, lo suficiente para esconder un cuerpo humano y no un alma, tienen en derredor unas piedras que detienen en el declive la tierra que se amontonó sobre su cuerpo. Encima no hay flores ni se ha sembrado orgullosamente un laurel. Una grama tupida como la de todas las campiñas verdea allí, y á la cabecera plantada entre la cabeza y el corazón del muerto, hay una cruz tosca de piedra común. Una verja de hierro rodea el sepulcro.

Ni un nombre! Mas, para qué nombres? Allí se lee y se leerá siempre: CHATEAUBRIAND! Este nombre escrito en un mármol se borraría con los siglos y algún

sabio futuro no podría deletrearlo. En vez de mármol se conserva en la memoria de los hombres, más seguro. De generación en generación se irán diciendo al despedirse una de otra y al ver la tumba solitaria: CHATEAUBRIAND! En un rico panteón pueden ser violados los huesos por robarse el oro: aquí nadie irá á robar un puñado de tierra por descubrir los restos hechos tierra.

No ocultaré que tuve esperanza de ver la sombra de Chateaubriand sobre su tumba: no ocultaré tampoco que cuando el sol rompió una barrera de nubes, no alcancé á ver otra sombra que la de la cruz sobre hierba verde. Segunda lección para mi vanidad: ¿á qué buscar en los sepulcros otra sombra que la de la cruz?

Gracias á Job, uno puede hablar delante de las tumbas. *Pasé como una flor. Mis días se secaron como el heno. Creo que mi Redentor vive y en el último día me he de levantar de la tierra. Qué es el hombre . . . ? Lo visitas par la mañana, y al momento lo pruebas.*

Pero el que ignore las palabras de Job no puede hallar nada delante de esos montecillos que el Rey de la creación forma con sus huesos. En la tumba no puede verse sino la Nada ó Dios. Una cruz sobre una tumba lo dice todo. El que allí yace creyó y oró, y al morir esperó. Habrá sido confirmada su esperanza? La cruz lo asegura. No se adopta un signo de infamia por mil generaciones, si por algún medio no hay seguridad de que es ya signo de gloria. Un esclavo mendigo muerto un día antes de Jesucristo no hubiera aceptado para su tumba semejante distintivo: un Rey al morir, poco después de Cristo, no hubiera pedido para su tumba ninguna imagen,

ni la de su corona, sino ésa, que pocos años antes recordaba á los esclavos ladrones. Para que esto suceda es preciso que la cruz diga y signifique mucho!

Dí la vuelta al derredor de la tumba, lento cual si contara los pasos: ocupé tanto tiempo como el que empleé en derredor de la de Napoleón en los Inválidos. En ambas me preocupaba la historia del muerto. Pero acaban peregrinaciones más largas aún y ésta también acabó. Me senté en el escalón de la tumba y me recliné en la reja que la circuye y recé. Sí, recé: descendiendo de las poéticas regiones de la gloria humana y de la poesía terrena, recé despacio un Padre Nuestro en sufragio de esa alma. Le deseé en prosa cristiana, que es la verdadera poesía, que Dios le diera su eterno descanso, y que luciera para él la eterna luz. Largo rato pasé después meditando por qué arte de magia cabía tanta grandeza en tan pequeño espacio. Con el brazo izquierdo enlazado á un balaústre de la reja, reclinado sobre el otro que apoyaba en mi rodilla, permanecí allí buen espacio, mientras mi zuavo, que no tenía ganas de meditar, tentaba un descenso hasta la escollera. Reconstruí mentalmente toda mi vida desde el día en que cayó en mis manos el primer libro del muerto, cuya tumba honraba, hasta ese instante. Vi el ancho corredor de Casablanca en que leí ese libro y en que quince años después escribí en la pared el borrador de unos versos á Atala. Poblé aquella casa querida con las sombras de mis muertos y volví á pasar el mar para encontrarme allí, solo y desconocido, en una playa de Bretaña, meditando en una lengua que no me entendería ninguna de las muchas personas que andaban ese día por allí. Volvió el zuavo de su peligrosa excursión, llamándome á gritos que cortaron mis coloquios y ahuyentaron

las sombras evocadas. Llegóse él también á la tumba á pedirme noticias sobre el muerto, de quien no conocía sino el nombre. Interesaron mis respuestas á las personas que por allí andaban y se acercaron. Había una pareja de recién casados, unos artesanos y una madre con dos jovencitos. Todos ellos se sentaron en derredor de la tumba: el novio se sentó junto á mí y al lado de él su novia que cogía una de sus manos entre las suyas. Todo mi auditorio conocía vagamente á Chateaubriand y el que más adelantado estaba sabía que había sido un *guerrero!* Fué menester, pues, rectificarles las ideas. Como yo tenía la palabra y todos oían con atención, menos la novia que no veía sino á su esposo, menos la chiquilla que, como una mariposa, revolaba en torno de la tumba, se estableció un completo silencio en el cual no se oía sino mi voz, que en una lengua extraña para mí y despacio, porque no la poseía lo suficiente para hablarla como propia, les contaba la vida del hombre sobre su cadáver. Esto era extraño y extraña también la escena de un americano hablando de un bretón en una playa de Bretaña. De vez en cuando una ola más recia sonaba al despedazarse en los escollos ó se oía el viento en una ráfaga más silbadora.

Chateaubriand, les decía yo, nació en aquella casa que se ve allí, y se la mostraba con el dedo, en 1768. Era descendiente de poderosos caballeros y nobles señores; pero su familia había venido á menos con el tiempo, que aumentaba su nobleza y disminuía su fortuna. Sus dotes extraordinarias para la poesía le vinieron de su madre, y de un tío materno, que eran poetas. Con el nombre de su padre Renato, el carácter de su hermana Lucila y el suyo, forjó después su *René*, y pintó como escenario de su novela el Castillo de Combourgo, en que se crió y que

vosotros conocéis, pues no queda lejos de San-Maló. Como era segundón, tuvo que labrarse su suerte. Destinado primero á la carrera eclesiástica y después á la de la marina, no siguió ni una ni otra por tomar la de las armas, que dejó por la de viajero. Entonces estuvo en mi América, de donde volvió trayendo una prisionera que había cogido en los desiertos de la Florida, á Atala.

—Atala! me dijo la novia: yo la conozco.

—Seguramente, la repliqué. Quién no conoce á Atala!

—Yo la he visto en los grabados de una posada. *(Je l'ai vue dans les gravures d'une auberge.)*

—Pues bien, esa Atala fué la que trajo de América.

—Y se casó con ella?

—No era una mujer: era un carácter, una novela. Las Atalas, agregué, no sirven para esposas. Los tipos de pasiones exageradas apenas alcanzan á servir para heroínas de novela.

Á su regreso á Francia, su familia le proporcionó un buen casamiento con una señorita noble, bella y rica; tales cualidades no le inspiraron una pasión á ese hombre que vivió enamorado de fantasmas creadas por su imaginación. María Teresa de Lavigne, que fué su esposa en 1792, le acompañó hasta su muerte y le sobrevivió. Ella le amó; pero él no la hizo dichosa, aunque sí supo estimarla. Es dado á los poetas cantar la felicidad, pero no sentirla ni darla. Sus Musas son celosas y echan amargura en toda copa que no se libe con ellas. El cielo no concedió más hijos á aquel matrimonio que las obras del esposo, hijos que se aman más antes de tenerlos que después de que nacen: tales son los libros. Su nacimiento es tan doloroso como el de los hijos verdaderos; pero una

vez nacidos se separan de sus padres y van á sonreir á otras almas.

Siguió la gran revolución que, so pretexto de arreglar los negocios de Francia, torció los del mundo. Chateaubriand, como noble y como bretón, como poeta y como realista, tomó parte en la causa de esos reyes que se iban como los dioses de Roma. Su vida fué entonces una larga carrera de desventuras de que no sacó otro fruto que poder escribir uno de los libros de *Los Mártires*, aquel en que Eudoro cuenta su vida de soldado. Soldado, combatiente, herido y después emigrado pasó á Inglaterra, donde apuró la miseria hasta su último grado: una noche cayó desfallecido de hambre en una calle, y en otra durmió en un cementerio, porque no tenía otro refugio, aunque á la verdad es el único que tienen todos los desgraciados, pero no para pasar una noche de la vida. Escribió en esa época su *Ensayo sobre las revoluciones*, libro odioso, volteriano, indigno de su genio y de su corazón. Después se convirtió y escribió en compensación el *Genio del Cristianismo*, que deshizo en pocos días la obra de la impiedad de muchos años. Allí probó que la civilización es cristiana y la barbarie incrédula. Volvió al fin á Francia y obtuvo destinos del mismo Napoleón, á quien se los devolvió airado el día que supo el asesinato del Duque d'Enghién. Cuando cayó aquel coloso, á quien él admiraba y odiaba al mismo tiempo, recobró en la Corte Borbónica el rango debido á su nacimiento noble y á sus servicios. Fué Embajador en Roma y después en Londres, donde pasó en carroza por la calle en que un día se arrastró de hambre. Después de alcanzar hasta la dignidad de Par, que renunció, y de haber figurado noblemente en las

más peligrosas intrigas en favor de los Borbones destronados por los Orleanes, se retiró á su tierra de Vallée-aux-Loups que había comprado con el producto de sus obras, y en donde "hacía sombra á los árboles que había sembrado," esperando que se la devolvieran cuando ellos fueran jóvenes y él viejo. Sin embargo, no pudo conservar esa tierra ni su casa de París; fué separándose de todo, y al morir no poseía sino la casa de su madre que se ve allí y estos siete pies de tierra que había pedido de regalo al Ayuntamiento de San-Maló cuando era Ministro poderoso. ¿Comprendéis el doloroso apólogo de su vida? De todas sus prosperidades no le quedó sino su tumba. Él mismo señaló su lugar, que es éste: desde aquí se ve el balcón de la alcoba de su madre, en que él nació, y el mar que lo arrulló. ¿Comprendéis este otro apólogo aún más doloroso que el otro, y que como el otro puede aplicarse á toda la humanidad? Desde su cuna pudo mirar su tumba.

Para conseguir este suelo de su enterramiento gastó tres años desde el día en que lo pidió hasta el día en que se lo concedieron. El año en que yo nací le dijeron sus compatriotas "Ahí tenéis ya el lugar de vuestra sepultura, ¡y ojalá esté por largo tiempo vacío!"

Antes de ocupar su sepulcro, tuvo que hipotecarlo. En sus últimos años se vió precisado á vender sus *Memorias de Ultratumba*, para poder sostenerse y dejar un pan á su viuda para los primeros días del duelo. La Francia, que cubre doce ó veinte veces cualquier empréstito que se levante en su nombre, no quiso cubrir ni una el que levantaba en el suyo Chateaubriand, ni el que después levantó Lamartine. Para ambos fué sorda, y ambos tuvieron que vender su sudario. La humanidad ha sido

hecha de barro, dice la Escritura, y la Escritura se prueba todos los días.

Yo hablaba, hablaba animado por el silencio de mi auditorio. Mi zuavo azotaba con su varita las escasas hierbas que crecían en las grietas del peñón, y mis dos novios se miraban sonriéndose y entrelazando sus manos, sentados en el borde de una tumba, como lo hace siempre la felicidad en el mundo, mientras el viajero americano les contaba la historia de su mismo compatriota que ellos ignoraban. Yo no hubiera podido hablar tanto en una lengua extraña si no me hubiera servido muchas veces de las palabras mismas del muerto, que se me habían quedado en la memoria cuando leía su libro póstumo en la Biblioteca Real de París. Así, según he leído en un libro de viajes, había una tribu en América que acababa de matar al enemigo caído con las armas que le quitaba cuando ya no podía defenderlas.

Mi zuavo me recordaba que era hora de partir, porque si no podíamos quedarnos incomunicados cuando la marea viniese á ocupar sus nidos de la noche. Nos levantamos para irnos, pero antes metí tres veces mi brazo por entre la verja de hierro, arrancando en cada vez un puñado de grama, y destinando cada uno para dos amigos que tenía en mi lejana Bogotá, y á quienes conocía como admiradores del mismo que yo admiraba: el tercer puñado era para mí. Chactas, dice Chateaubriand, guardaba una magnolia del desierto que le había dado Atala: yo quiero guardar conmigo unos hilos de la hierba que cubre los restos del cantor de Atala. Los otros son los que envío á ustedes, amigos míos, y he ahí la historia del manojito de hierba.

Aquí debía concluir esta carta, pero una vez que la

pluma empezó á correr descifrando recuerdos, tengo pena en cortarlos quedándome en la mitad de mi jornada. Todo ese día y el siguiente fueron solemnes para mí, y por lo tanto seguiré mi relación hasta donde la pluma se canse. Así como le puse prólogo, he de ponerle epílogo á la relación de ese viaje, pues realmente aun no he concluído con Chateaubriand. Me falta nada menos que ir á la *casa donde vivió*, como dice mi amigo Trueba en una de sus bellas poesías.

Cuando les canse esta relación, sírvanse ustedes avisarme: apagaremos entonces la lámpara que nos está alumbrando y que sirve de pretexto para prolongar la velada.

V

LA CASA DONDE VIVIÓ

Nos despedimos de la tumba y emprendimos el camino volviendo á saludarla en el recodo en que la perdí por última vez de vista. Pasado aquel recodo de la angosta senda, ya no se ve sino la bajada á la ciudad, que va á perderse en la playa. Volví á pasar por ella: la marea ya venía avanzando lenta al principio, precipitándose en tumbos después. La primera ola era bebida por la arena: apenas daba un paso se perdía; pero la segunda pasaba sobre ella é iba á morir un poco más allá. La tercera avanzaba sobre ambas, moría también y servía de calzada á la siguiente. Aquello era en pequeño un campo de batalla en que las primeras filas preparan con su muerte el paso á las últimas. Yo bajaba embebecido en ese juego doloroso y pensando en

que en la naturaleza toda muerte abre paso á una vida, como toda vida da origen á una muerte. Cuando llegamos al fondo del arenal y atravesábamos el lecho de la marea, ya ésta lo había humedecido todo, avanzaba y se retiraba como un niño jugando en el prado; pero cada vez avanzaba más y se retiraba menos, dejando atrás una prolongación del mar. Así es el dolor en la vida, pensaba yo: va ganando terreno á fuerza de lágrimas hasta que por fin lo inunda todo y se une con la muerte para formar un solo mar. Mi zuavo me seguía, recogiendo algas secas y hierbas marinas que probablemente venían del otro lado del Canal, de ola en ola como va la vida de ilusión en ilusión: unas llegan y otras se engolfan. Los dos novios triscaban como corderillos, persiguiéndose. Ella, como todas las Galateas, huía para hacerse alcanzar y trataba de esconderse "se cupiens videri." Por aquí recogía conchillas, por allí fingía que se iba á entrar en el agua, con gran susto de su novio, que seguía sus pisadas que se grababan en la arena ya húmeda.

Aquella Galatea bretona me recordaba en todo á la de Gil Polo, que

Junto al agua se ponía
Y á las ondas aguardaba,
Y al verlas llegar huía;
Pero á veces no podía
Y el blanco pie se mojaba.

Y al ver aquella copia fiel de un cuadro antiguo y cómo huía de su novio, que la seguía, sin cesar, completaba yo el cuadro recitando la otra quintilla:

Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo;
Y aunque más placer te sea
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

Al fin pasamos el hondo pliegue del terreno donde empieza la subida para la ciudad: estábamos ya fuera del dominio de la marea. Desde allí veíamos allá abajo sus progresos: el agua filtrándose lateralmente iba á llenar las huellas que habían quedado estampadas en la arena húmeda, marcando así el camino que habíamos traído. Los novios subían adelante enlazados por las manos, envidiados pero no envidiosos. Había en las miradas de él una expresión de profunda ternura al ver aquella joven que era suya, y en los de ella ese sentimiento casi filial de la mujer por el hombre á quien pertenece, de quien se reconoce esclava porque sabe que es su esclavo. El amor es una esclavitud mutua, por eso es tan dulce!

La corta y tortuosa salida terminó en la puerta de la ciudad. Allí me despedí de ellos con un adiós para siempre! que nos dijimos no sin pena, y seguí sólo con mi zuavo. Éste me guió por calles traviesas á la casa de Chateaubriand, que es hoy un mesón. En las paredes de la calle un gran letrero anuncia el mejor timbre de aquella casa secular; que allí nació Chateaubriand. Entramos por el portal al patio solitario. Mi imaginación me prevenía para ver cosas maravillosas en aquella mansión de un hidalgo de antiquísima estirpe; pero no encontré nada de particular, sino su soledad y su tristeza. Una mujer nos concedió el permiso para subir y nos dió la llave de la estancia del segundo piso, donde se conserva el recuerdo del grande

hombre que allí vivió. Los otros cuartos están ocupados por huéspedes, y uno de ellos, joven ilustrado, á cuya puerta llegamos en demanda de la cámara que buscábamos, al oirla, quiso ir á dirigirnos. Á los pocos pasos nos encontramos un corredor descubierto, al fin del cual hay una puerta encima de la que se lee que allí nació Chateaubriand. Introduje en la cerradura la llave que me había dado la portera y entramos. Es un aposento cuadrado é incomunicado con las piezas vecinas, con salida á un corredorcito casi oculto entre los techos de las casas contiguas y con vista al mar. En un lado y en la mitad está el lecho, antiguo en su forma ; á uno y otro hay en la pared dos magníficos grabados que representan escenas de Atala. Al pie del lecho y en la mitad del aposento hay una mesa y tres sillones dorados, viejísimos, reclinados contra el lecho : en el suelo un hermoso tapiz gobelino muy viejo. Al frente está la chimenea y encima de ella un espejo. Á la derecha un excelente retrato al óleo del poeta y á la izquierda el cuadro heráldico de los Chateaubrianes.

El lecho está preparado con todas sus ropas. Los viajeros ingleses pagan cincuenta ú ochenta francos por dormir en él una noche, y de esta manera se ha hecho una especulación para el arrendatario de la casa la conservación de aquella cámara, que sin tal aliciente no se conservaría. Las reliquias del poeta son guardadas no por respeto, como la piadosa anciana de Megara guardaba los de Filopemen : en el siglo XIX se conserva sólo lo que produce dinero.

Propúsome mi zuavo que durmiera yo aquella noche en el lecho y rechacé la propuesta. Yo no era rico para hacer tales gastos, y aunque lo hubiera sido tampoco

habría admitido. ¿ Á qué alzar un insecto del suelo para acostarlo en el nido de una águila ?

En ese lecho visitado por la diosa Lucina en la noche del 4 de Septiembre de 1768 nació Francisco Renato de Chateaubriand, y veinte días antes, el 15 de Agosto, había nacido en una isla francesa un niño llamado Napoleón Bonaparte. Alejandro precedía á Jeremías: la espada se templaba antes que se encordase la lira. ¡ Singular destino el de esos dos niños nacidos en las playas marinas y con almas tan grandes como el mar mismo ! Aunque nacían casi al mismo tiempo nacían bajo constelaciones diferentes, y el mar que arrullaba ambas cunas ignoraba que en aquella playa crecía un león y en ésta un cisne. La revolución francesa que en esos momentos comenzaba ya á rugir, no sabía que en esos dos niños estaban ocultos sus vencedores.

Pocos años pasaron y la misión de uno y otro fué cumplida. El uno rehizo el trono galo y llevó sus legiones á todos los puntos del Viejo Mundo: el otro volvió á levantar la Religión, y llevó sus suspiros á todos los puntos del Nuevo y del Antiguo Mundo. De la obra del primero, la resurrección del trono de Clodoveo, no quedó nada: de la del segundo, la resurrección de la religión de Clotilde, quedó todo. La lira fué más poderosa que la espada, y sin embargo el dueño de la espada se creía el fuerte. El león cayó en el arenal y el cisne se remontó al espacio. Éste, comprendiendo mejor los dolores de la vida, volvió á descansar á orillas del mar junto del cual nació; aquél, comprendiendo peor las miserias de la gloria, volvió á las orillas del Sena que tanto amó. Napoleón tiene tres tumbas: Waterloo, Santa Elena y los Inválidos. Chateaubriand una sola.

Salíme al balconcito y me recliné en la baranda: desde allí se ve todo el mar y á poquísima distancia el islote del Gran-Be, y en él el cercadito de hierro que marca la tumba del poeta. Si desde su tumba se ve la cuna, desde ésta se ve aquélla, Ochenta años gastó ese glorioso peregrino en recorrer el espacio que media entre las dos, y que sin embargo puede recorrerse con una mirada de soslayo. Un niño lo andaría en un mes, una oruga en un año; y él gastó ochenta dando la vuelta por todo el mundo. Así, la peregrinación de los hebreos duró cuarenta años en atravesar una región que hoy atraviesa el viajero en pocos días, porque ellos se paraban en cada prevaricación y él toma el camino recto sin pararse sino una que otra vez para hacer beber su camello.

En aquel momento, las cinco de la tarde, la marea había ocupado ya todo su lecho nocturno: el brazo del monstruo había vuelto á unirse con su cuerpo, y la tumba del poeta se veía en ese instante como debe verse mejor: rodeada de agua, rodeada de Océano. Él es en ese instante el único habitante del islote, y todos los días, durante doce horas, se aísla del universo conocido quedando á solas y faz á faz con el cielo y con el mar.

Anochecía ya. La pálida luna de invierno luchaba contra la luz moribunda del día y yo tenía que ir á hacer mis preparativos de marcha. Volví al cuarto y sentado en la silla dorada del Vizconde de Chateaubriand, escribí al pie de mi nombre en mi tarjeta las palabras de René al volver al Castillo de sus padres: "Venía á buscar lágrimas y recuerdos," y la deposité en el espejo de la chimenea: última memoria que dejaba yo al poeta que tanto amé en mi infancia y en mi juventud.

Saliendo de aquella estancia y de aquella casa me volví á la mía, donde después de la comida bretona, tuve un rato de sabrosa velada hasta las nueve en que vino á llevar mi equipaje un mozo de cordel, con quien me trasladé á bordo de la Fanny para no tener que levantarme á las tres de la mañana, hora en que debía partir el buque para Inglaterra. Mi protector, M. Godín, me había obtenido este favor que no se concede á todos los pasajeros. Á las tres de la mañana, en efecto, me despertó el ruido de la tripulación que levaba el ancla, y cuando apareció el pálido sol de invierno, ya la cáscara de nuez en que íbamos, luchaba á brazo partido con el furibundo Canal de la Mancha.

Como saben ustedes, amigos míos, el Canal es un mar que se entra por un angosto caño. La Inglaterra, situada frente á Francia, es quien forma aquel estrecho por donde pretende pasar todo el mar, que semeja allí un río. Incómodo en el angosto lecho, mientras recobra su libertad, se agita y se azota, viniendo en estado de tempestad hasta que sale al otro lado. Ya se me hacía insoportable el continuo y extremado movimiento, cuando por ahí á las dos de la tarde obtuvimos un breve descanso, porque el buque llegó á Cherburgo á dejar pasajeros. Cerca de una hora estuvo parado en la mitad del puerto, abrigado por las obras de arte que se le han hecho; y yo, parado en el puente, y sin permiso de pasar á tierra, me estuve conociendo con el anteojo aquella bonita ciudad que debe su moderna existencia al amor con que la distinguió la bondadosa Emperatriz Eugenia. El buque se puso otra vez en movimiento, y yo permanecía en el puente viendo perderse la costa francesa que ya no volveré á ver. Saludé esa tierra ya

querida para mí recitando aquellos versos de María Estuardo al dejarla:

Adieu, beau pays de France!

Á las ocho de la noche entramos á Southampton: me acosté en el salón de espera de la Estación, gozando de un gratísimo fuego que ardía en la chimenea y sin dormir, pues las memorias en que divertía mi pensamiento me desvelaban: oí sonar la una de la mañana y con ella el pito del ferrocarril que partía para Londres. Dí un salto al coche, y cuando el sol hacía vanos esfuerzos para probar su supervivencia mostrándose en el horizonte, atrevesaba yo las calles de Londres en el coche que había tomado al dejar el del ferrocarril. Al atravesar las calles que rodean á *Óxford Street*, donde debía encontrar el mesón cuyas señas había dado á mi cochero, mi imaginación que no había olvidado aún á Chateaubriand, me traía la imagen del poeta tambaleando de hambre en esas mismas calles durante la proscripción. Pasó aquella hambre: vino después la prosperidad y la gloria hasta saciarse de ella: pasó todo *eso* también, y hoy no queda de lo uno y de lo otro sino lo que queda de todo hombre: una tumba de la cual arranqué este manojito de hierba, que remito á ustedes, amigos míos, como una doble memoria del poeta que admiramos y del que es de ustedes verdadero amigo.

(De la Revista de Bogotá, 1871-1872.)

EL ÚLTIMO ABENCERRAJE

Ó BIOGRAFÍAS DE MIS CABALLOS

Á J. M. SAMPER

Yo he sido siempre muy aficionado á poseer caballos, *haciendas*, casas y almacenes de comercio. Lo único que no he deseado nunca son carboneras y minas de azufre. Qué diablos quería usted que hiciera yo con un depósito de tres ó cuatro mil arrobas de azufre, por ejemplo?

No piense, Pepe, que voy á espetarle la historia de las haciendas que he pensado comprar, ni de las casas que aun no he comprado, ni de los almacenes que me han ofrecido en venta, y que no he comprado porque no pudimos convenirnos en . . . . los plazos. Voy á hablar solamente de mis caballos.

He tenido ocho, por junto. Todos ellos tenían la ventaja de marcar las lecturas que acababa de hacer. El primero, titulado *Rodín*, lo compré poco después de haber leído el *Judío Errante.* Era un negro manso, *petacón*, que aguantaba perfectamente no una jormada larga, sino la espuela. Tuvo siempre un profundo desprecio por este instrumento: no le hacía ningún caso. Me costó $80 en dinero, y lo vendí en $60 á cambio de *féferes.* El segundo se llamaba el *Gólgota*, porque acababa de leer yo varias poesías sumamente románticas: este sujeto era moro, farolón, boquiduro, de mucho brío y buenos

movimentos. Me costó $120 ; me sirvió lealmente cuatro años y murió, no entre mis brazos como mi fino amor lo deseaba, sino entre mis piernas, porque iba yo caballero en él el día que le dió un torozón mortal.

El tercero llamóse el *Cólera:* me daba tres porrazos por día, un día con otro, unas veces porque le quedaba la cincha floja y otras porque estaba apretada. Había adquirido la loable costumbre de caminar arrimándose á la pared, cuando andaba en las calles de Bogotá, por cuyo motivo adolece una de mis rodillas de un dolor que, algunos médicos, con una lucidez digna de otro enfermo, han calificado de reumático. El Cólera me costó $200 y lo vendí á plazo por igual suma. El plazo se cumplió, pero . . . no sé cómo explicármelo . . . el pago no se ha cumplido. El Cólera era bayo, mayor de edad y sin . . . No, señor: ahora que me acuerdo, sí tuvo un general en la guerra de 1854 ; pero ya *no era* mío.

El cuarto se llamó el *Cacique.*

Qué bien lo coronaron !
Qué bien su porvenir adivinaron
Los que velaron su primera luz!

En mi vida he visto un sujeto más digno de ser cacique. Tonto, resabiado, coleador, haragán, de poco aliento y de muchísima soberbia. Creerá usted que un día (delante de mi amada) porque le arrimé un poquito la espuela, volvió su feo hocico y me mordió, ay! ay! ay! la espinilla? " Hombre, le dije yo, caray! qué genio! qué modales! Es usted un . . . . grosero: dispénseme la palabra." Eso sí: él no dijo: *esta boca es mía.* Sería seguramente porque calculaba que yo estaba convencido de que esa boca era suya. Excusado es decir, que el

Cacique era morcillo. Dí por el Cacique una silla chocontana, las obras de Say un relojito de mala conducta y un lapicero de plata. Cuando lo vendí recibí una obligación de un quebrado, *á ver si la podía cobrar*, por valor de $800; una resma de papel ministro; la colección de láminas representativa de la conversión del judío Ratisbonne, una cartera y un chaleco de seda. No pude cobrar la obligación; ahí la tengo todavía, y si usted quiere, se la negocio por *chécheres*. Este caballo no me proporcionó más ganancia que la extensa erudición que tengo en materia de concurso de bienes; porque para *ver si podía cobrar*, me aprendí de memoria á Pardesus y Robrón. Bien es cierto que la tarea nocturna que tuve me costó una reuma y la reuma mi dentadura de marfil, y ambas cosas un ataque de nervios, que me obligó á ir á temperar, y gastar . . . . no lo creerá usted! exactamente la misma suma de mi obligación. Y dicen que no hay casualidades! En aquellos estudios que hice *á la vela*, adquirí un profundo horror por esta clase de trabajo. Por eso, cuando me cuentan que en el Pacífico anda un buque *á la vela*, digo yo: pobre buque! Cómo le quedará la dentadura! Y si me agregan que el susodicho buque navega de *conserva*, exclamo: peor por ahí! si la *conserva* es un veneno para los dientes!

Después del Cacique tuve el *Suspiro*. ¡ Maldito sea el Suspiro, la yegua, su señora madre, el padre que lo engendró y los pastos que lo criaron! El Suspiro era alazán, cenceño, tan cenceño que se podía atravesar con un alfiler. Engordaba en seis meses y se adelgazaba en media hora. Las gentes decían que yo le ponía corsé: pura calumnia! El Suspiro tenía un pasito corto, un galopito corto, un trotecito corto, y el aliento no era muy largo.

Le monté en Bogotá, para pasear en las calles, y resultó que era afeminado y boquirrubio: delante de las ventanas donde había señoritas, enarcaba el cuello, abría las narices, tascaba el freno; y seguro de que la jornada no lo había de matar, se ponía á dar salticos, salticos . . . . Yo saludaba con la mayor elegancia, y el caballo daba salticos, salticos; iba á seguir, y el Suspiro se estaba dando salticos, salticos. Avergonzado de mi posición horrorosa, le apretaba los diminutos tacones de mis botas, y el Suspiro, acariciado por aquel suave aguijón, que no le dolía, seguía dando salticos, salticos! Al fin reventaban las carcajadas de las lindas muchachas de la ventana, viendo ese indescribible espectáculo, y el ruido de las risas animaba al Suspiro, quien seguía dando salticos, salticos! Todas las ventanas se abrían, todas las familias se asomaban, las cocineras y las *chinas de adentro* (la última escala de la sanción social) salían á los portones, á ver aquel nunca visto cuadro; y el Suspiro entusiasmado con la concurrencia, seguía dando salticos, salticos!

Al fin la noche, criada por Dios para tapar los dolores y la vergüenza, echaba su velos de merino sobre la ciudad; se cerraban las ventanas, se retiraba la gente, y yo ciego de vergüenza y de cólera, me desmontaba y cogía de cabestro al fementido animal, quien, visto que terminaba la función, cogía ese trotecito que toman los cómicos cuando se van de las tablas á desvestirse. Por eso, cuando leí en Olmedo, que para ponderar las gracias del caballo dice

Que da mil pasos sin salir del puesto;

tiré el libro indignado exclamando: si hubieras montado en el Suspiro. Toma tus saltos!

El Suspiro me hizo echar á perder como cuarenta matrimonios que armé en distintas calles. Á pie, me trataban favorablemente las muchachas: en el saludo á caballo, era Troya. Salticos, salticos!

El Suspiro me había costado $300 en vales de 8.ª clase, y lo vendí en igual suma por vales de 3.ª; pero los vales de 8.ª se cotizaban con mucha demanda al 80 por 100 por moneda de talla mayor; y después que yo poseía mis delgados vales de 3.ª, dijo un Congreso que ya se habían pagado muchos vales de 3.ª, y que por lo tanto, no se pagaran más. Aquella ley se llamó "Ley de arbitrios fiscales, autorizando al Poder Ejecutivo para levantar el crédito nacional." Yo la llamé: la *ley del Suspiro* é hice una poesía que empieza así:

Salve, decreto, próvido, ilustrado!
Salve, noble alazán, piel de carey!
Mas ¿quién hiló, decidme, más delgado,
El Suspiro ó la ley?

Hubo un tiempo... Mi Patria, ay! era esclava
Del español sultán...!

Ay! dónde están mis vales, los de octava?
Por lo que hace á los otros, *aquí* están!
Aquí! Sabes tú donde? En mi cartera!
Pichincha! Juanambú!
Qué recuerdo! Ayacucho! La Porquera!
Fué en la Porquera que naciste tú?

Luchamos y vencimos! Yo te admiro,
Bolívar colosal!
Mas yo puedo decir que en un suspiro
Se fué mi capital!

La salida del Suspiro me costó no una pulmonía, sino un déficit en mis fondos: el balance del presupuesto no

vino á verificarse sino después de tres años; pero el saldo de los números colorados, todavía afecta mis libros.

Tras el Suspiro vino el rucio *Ilusión*. El Ilusión era una maravilla, un asombro. Qué dulzura de movimientos! Qué brío! Qué boca tan dócil, qué estampa tan linda! El bellaco orejón que me lo vendió, se hizo de rogar un mes: al fin *abrió gola* al trato, me lo dejó montar, y anduve desde San Diego hasta San Victorino, y volví por el camellón de los Carneros hasta San Francisco. Oh! yo me sentía elevado á las nubes!

Me encontré con el Presidente de la República, y dije para entre mí: pobre hombre! mire usted con lo que se ha contentado, con ser Presidente! El orejón tenía un airecito como de quien aguarda á que le devuelvan su cigarro recién encendido; se le conocía en la cara que hubiera vendido todo, menos su lindo caballo. Se dejó rogar, le eché empeños: hablé con un amigo mío que era primo de un concuñado suyo; y todos juntos le rogaron en mi nombre que me trasladara su ilusión! Al fin dijo que sí, de mala gana, le hablé de precio, y me dijo él que ofreciese. Yo, con el color de la vergüenza y del pudor en mis mejillas, le dije: quiere usted . . . . cuatrocientos pesos? El pícaro orejón volteó la cara y comenzó á silbar un valsecito que ya no se usa, y que él aprendería en algunas fiestas en Ubaque.—Cuatrocientos . . . . cincuenta? Don Pablo silbó entonces el principio de una contradanza. Sabía contradanzas ese monstruo! Yo me moría, estaba ebrio de dolor y de amor.—Cuánto, le dije, en última instancia?—Seiscientos pesos.—Nada menos?—Ni esto, me dijo haciendo sonar su uña contra los dientes. El bribón tenía dientes, cosa envidiable para mí! Estuve por decirle en mi aturdimiento: seiscientos

pesos por el rucio y los dientes! Pero afortunadamente me contuve.—Con qué condiciones?—Al contado.—Da algún plazo?—Con buena firma. Como se ve el taimado era lacónico. En dónde diablos pudo aprender laconismo,

> lengua, que Agesilao
> aunque viejo, la hablaba en *champurrao?*

Como no cedió *ni esto* (y haga él la seña) yo tuve que salir á hacer mis quiebras. Pude dar $200 al contado: se los llevé en oro, y cuando quise descontarle el premio, empezó á silbar otra contradanza. ¡El desdichado sabía dos contradanzas!

Fué menester dárselo á la par. Por los $400 restantes le otorgué escritura con hipoteca de un solar por San Diego. Cuando se concluyó el negocio, llevé mi criado con el galápago y ensillé el caballo. Al salir del zaguán, cuando ya el caballo era mío y muy mío, creí notar una expresión de profunda alegría en el moreno semblante de Don Pablo, y dije para mi saco: "Este hombre es capaz de reirse de un entierro. Vea usted que alegrarse al perder este caballo!" Ya montado, le pregunté: cómo se llama el rucio?—*Ilusión.*—Quién le puso ese nombre?—Eugenia, mi hija.—Póngame á los pies de esa señorita.—Se *los* apreciará mucho.

Y puse mi caballo al paso largo.

El primer mes todo fué dicha. Resultó que el rucio Ilusión era *engordador*, que comía de todo con buena gana, y me ahorraba así muchos pesos por mes, propinándole en tres dosis diarias los desperdicios de la cocina. Además, era manso como una oveja mansa, porque las ovejas de las *manadas* lo que menos tienen es ser mansas. Yo podía darme el placer de llevar mis amigos á

la caballeriza, y manosear delante de ellos todo el cuerpo del caballo, sin que él se enojara. Le golpeaba amigablemente el vientre, las ancas, las corvas, y con pedirle la pata ! la pata ! ó bien la mano ! la mano ! levantaba la pata ó la mano y la dejaba tomar por mí. Averigüé toda su genealogía y condiciones : por el diente se vió que tenía ocho años, la juventud del caballo ; supe que era *sogamoseño*, es decir, que no era de ninguna parte. En Bogotá, cuando no conviene al dueño de un caballo revelar su origen, para que hagan rectificaciones de sus palabras, dice que es sogamoseño, lo que quiere decir en buen castellano, que uno no debe tener la indiscreción de seguir preguntando. Monté á Ilusión varias tardes, y fuimos en las calles la admiración del mundo entero. Algunas veces, acompañado de dos ó tres amigos solía ir hasta Chapinero ó Aranda. En la Sabana era mucho más sabroso que en las calles. Por aquellos tiempos, y gracias á la poderosa cooperación que me prestaba la hermosura de mi rucio, pude anudar mis relaciones con Luz, la más querida de mis cuarenta escogidas. Se atravesó un proyecto de paseo al Salto, y yo lo apoyé enérgicamente, porque allí esperaba que el rucio me haría vencedor al fin en la lucha amorosa que había empezado. El día solemne llegó ; yo había conseguido que Juan Sáyer me prestara un bayito alhaja que tenía ; ensillé mi Ilusión con la montura de Luz, y como el bayo era igualmente *aco*, dejamos atrás á los padres, á los amigos y nos embriagamos de amor, de soledad, de aire y movimiento, cuatro drogas que componen la píldora que llamamos juventud, cuarta parte de esa otra píldora más grande que se llama vida. Mas de repente, oh Dios ! qué hay durable en este mundo ? Ni el amor, ni la dicha, ni el

imperio de los persas, ni Roma, ni Puentegrande! Cayó Ilusión en el camino, maltratando horriblemente á Luz. Permítame que ahorre detalles, y cuente el resumen. Ilusión padecía de una enfermedad que no le sobrevenía sino en viaje un poco largo. Esa enfermedad vergonzosa, era talvez el resultado de una mala conducta . . . . . Ay! cómo me atreveré á decirlo . . . . . ? ¡ Ilusión padecía de *mal de perros!*

* * * * * *

Es forzosa una pausa . . . . . La emoción me ahoga.

* * * * * *

Desde que adquirí la certeza de aquella fatal y vergonzosa enfermedad, no dejé persona á quién no preguntara con qué remedio se curaba. A favor de esta imprudente conducta hice público el espantoso secreto, de tal manera que al decir *Ilusión*, todos agregaban *mal de perros*. Yo le quité el nombre y en recuerdo de los *Misterios de París*, le puse D'Harville, que mi paje pronunciaba *ardil*, y que al fin se convirtió en *ardila*. El rucio *ardila* fué vendido por mí en la cantidad de $200, á un caqueceño recién llegado á Bogotá, y que esperaba que en la tierra templada se curaría de la enfermedad, porque yo lealmente le descubrí el secreto. Cuando me encontré con Don Pablo y le hablé del mal de perros, sacó de su bolsillo copia de la escritura en que me reconocía yo deudor de $400 por *valor recibido á mi satisfacción*, sin decir cuál era ese valor. Mientras yo leía él silbaba una contradanza que yo no le había oído por primera vez. ¡ El desdichado sabía tres contradanzas!

Luz, la postrer luz de mi vida, debía consolarme de mis desventuras. Pero ay! el mal de perros de mi caballo le había inspirado hacia mí la misma repugnancia que

sentía por su esposo la señora de D'Harville cuando descubrió que su esposo tenía también mal de perros. En vano le insté con mi ardiente amor; en vano le dije: *est-ce ma faute si mon cheval a de mal de chiens?* Ella volvía la cabeza; y en una de las veces que la volvió, vió al que es hoy su feliz esposo.

El séptimo caballo que compré fué un pisador retinto, de crin guedejuda, ojos saltados, casco negro y acopado, ancho pecho y resonante nariz. Me costó $200 (los mismos que me dieron por Ilusión *ardila*), escogido entre una corraleja de potros cerreros. Lo hice quebrantar en mi presencia. Al ver su soberbia figura lo llamé *Atila;* y ¡cómo si me hubiera oído! No se dejó amansar nunca. Lo vendí á la diabla, que es un precio innominado muy significativo.

He aquí la historia de mis siete caballos: fáltame referir la del octavo:

> Voy á llorar la historia dolorosa
> La historia del postrer Abencerraje,
> Mas voy á descansar, porque esa historia
> Merece ser contada en pliego aparte.
> Descansad, pues, oyentes, mientras lloro;
> Luégo comenzaré por punto acápite.

II

Musa antigua! Tú que inspiraste al poeta de Sorrento y al ciego de Albión! Tú que inspiraste sus inmortales cantos al cisne de Mantua, Musa griega ó romana, ven á templar las cuerdas de mi lira! Musa consoladora de mis dolores, ven y con tu auxilio cantaré el último Abencerraje . . . . !

—Qué tal Juan de la Mina, lo que digo?
Lloras! tu faz escondes!
—No! quién puede llorar cuando se escucha
Literatura fósil.

Cansado ya de poseer caballos indignos, me dirigí al señor Aquilino Quijano, dueño de San José y le abrí mi corazón. Contéle todas mis cuitas, y le rogué que me vendiera un potro sin ninguna de las cualidades de mis siete caballos: que no se cansara, que no diera salticos, que no fuese viejo ni mozo, ni tuviera mal de perros, ni fuera *pasador*, ni espantador, ni alto, ni chico, ni castaño, ni moro, ni rucio, ni sogamoseño.

El me hizo ver una recogida de 100 potros, y entre todos ellos escogí un peceño, cuya figura parecía, como el clima de Popayán, inventado por los poetas. Ofrecí ciento cincuenta pesos; pero el dueño no quiso dármelo sino por ciento, y tuve que tomárselo por este precio. En seguida me exigió que se lo dejara allí para que lo amansara su *chalán*, y que no lo llevara hasta que estuviera perfectamente manso y arreglado; y que últimamente, si me lo daba en ese precio, era con la condición de que siempre que se enflaqueciera se lo enviara allí para engordarlo. Yo suscribí suspirando á todas esas condiciones: era forzoso resignarme porque él estaba en su casa. Por la tarde me exigió que montara en uno de sus mejores caballos y fuéramos á pasear en los pantanos; y por la noche, tras una buena cena me hizo dormir en una buena cama. El hombre se resigna á todo.

Un año después me presentaron en el zaguán de mi casa, en Bogotá, un hermosísimo caballo peceño, manso, suave y brioso, perfectamente sano, gordo como un cerdo y manso como un perro. Lo monté, y abandonándome á

sus propios instintos, porque la rienda era un lujo en él, descubrí que tenía todos los movimientos conocidos. Unas veces echaba paso trochado de indecible suavidad; otras pasitrote de novecientos milésimos; ya galopaba sobre la mano izquierda; ya sobre la derecha; el galope era unas veces tan corto como el paso de un hombre, otras largo como el de un caballo vaquero. Le solté á la carrera y gané una apuesta contra un afamado corredor; le arrimé á una zanja de tres varas de ancho, y la pasó como si fuera un pájaro. Lo llevé en una larga jornada hasta Nemocón y llegó con más brío que el que tenía al salir de Bogotá y sin mal de perros. Yo les preguntaba á los pasajeros que alababan la hermosura de su estampa, qué remedio sería bueno para ese mal, y me decían que mi peceño moriría de todas las enfermedades conocidas, menos de mal de perros, porque era muy bien conformado. Lo hice avaluar y lo avaluaron en $400.

Al volver á casa, le tenía pensado ya nombre: le puse el noble dictado de *Abencerraje.*

Cuatro años viví dichoso con aquel excelente animal, durante los cuales no me dió ni una mala pisada. Como apenas tenía ocho, y un caballo cuidado dura veinte en buen estado de servicio (dígalo el rucio de J. M. Quijano), tenía por delante un porvenir entero: doce años de Abencerraje. Durante la última guerra lo mantuve escondido entre un cuarto de mi casa. Mas, un día que tuve que hacer una diligencia gravísima en Villeta, donde me esperaba un amigo moribundo, tuve que sacarlo á luz. Atravesé la Sabana como si fuera en coche de blandos resortes, é iba ya á tomar el monte, en donde yo sabía que mi Abencerraje avergonzaba á las más prudentes y fuertes mulas, cuando, oh desgracia! me encontré con el

impávido Coronel Samudio que marchaba en comisión á Ambalema.

No puedo decir más . . . . El Abencerraje fué declarado bagaje á pesar de mi resistencia.

En dónde yaces ahora, Abencerraje mío ? Has muerto en Neiva ó Mariquita ? Te hicieron transmontar la cordillera ? Vagas por el Cauca, ó pisas oro en Antioquia ? Te vendió el Coronel Samudio, como hizo el Coronel Infante con el Chamelote ? Has ido á dar á los llanos con aquellas partidas de bestias que llevaban unos señores militares ? Ay ! nada sé de ti, Abencerraje; pero en cualquier parte donde estés, muérete, Abencerraje adorado, muérete y verás lo útil y sabroso que es irse de la Nueva Granada, en donde ni un caballo de buena conducta está libre de un mal encuentro !

Pasado el período álgido de la guerra, vino el de los suministros, en que tiene que mantenerse el enfermo con caldo de pollo para que no haya una recaída. Yo me presenté con una información de nudo hecho de testigos buscados aquí y allá, que declararon que era cierto que yo había dado en suministro (voluntario ?) un caballo cisne que según su leal saber y entender valdría cien pesos. El Procurador opuso excepciones de pago que me dilataron mucho los términos del juicio ; pero después de dos años logré sentencia favorable y he recibido los cien pesos en bonos del 3 que he vendido al 20 por 100. De estos $20 he deducido $12 valor de las costas y del papel y me quedaron $8 : los voy á gastar en imprimir este artículo que será el único, el postrer recuerdo que en el mundo se tribute al *último Abencerraje.*

(De El Mosaico, número 34, de 3 de Septiembre de 1864.)

EL LENGUAJE DE LAS CASAS

I

LA CASA SANTAFEREÑA

LA casa del señor Don Pedro Antonio de Rivera, demora tres cuadras abajo de la plaza mayor. Se compone de dos grandes patios, dos corrales y una huerta. El primer patio es claustreado, pero sus tramos fueron edificados en distintas y lejanas épocas, y cada uno de ellos conserva el sello de la época en que fué hecho. El primero, que cae á la calle, tiene por fuera un balcón corrido de gruesos pilares redondos, y á un lado y otro grandes ventanas de fierro, que tienen en la mitad una P, una A y una R de fierro, entrelazadas. Son las iniciales del nombre del bisabuelo del actual propietario, que tenía su mismo nombre. Sobre el portón hay un Jesús tallado en piedra, y encima en un nicho, una tosca imagen de piedra, que representa á San José: al pie de la imagen había un gran farol que en el siglo pasado se encendía todas las noches, y que el espíritu del siglo XIX ha apagado. El ancho zaguán de suelo empedrado, tiene en los ángulos poyos de adobe para hacer los rincones *impermeables*. La segunda puerta del zaguán, que da al corredor de la entrada, tiene postigo para que entren y salgan los vivos, y gran portón que no se abre sino cuando hay que sacar los muertos. En tiempos pasados se abría también cuando salía la carroza, que, tirada por seis

mulas *herrerunas*, sacaba á pasear á Don Pedro Antonio I, cuando iba en el séquito del Arzobispo Virrey. El tramo de que vamos hablando fué hecho en 1760 y por dentro es de arquería.

El segundo tramo es de pilares de piedra y su tejado más bajo que el del primero: el tercero se une á la diabla en el tejado con el segundo y tiene pilares torneados de madera: el cuarto y último, de pilares de madera también, pero cuadrados, fué hecho en 1820. En el patio, hay aljibe plagado de ranas; rosales de Jericó, que crecen á su sabor y han perfumado con cien generaciones de rosas, tres de hombres que han habitado la casa. En un ángulo, al lado del tramo nuevo, se ve un grupo de madreselva, que como planta recientemente importada, se ruboriza de vivir allí, y cuyas rositas bajan ruborosas las cabezas ante las encendidas miradas de las rosas de Jericó que tienen al frente. El segundo patio tiene en su recinto el servicio interior, y en la mitad de él se eleva una pila seca, cuya cañería se dañó durante la Patria Boba (1814). En los corrales se ven papayos de troncos gordiflones, abonados con cascajo, que con las manos en la cintura, la frente alta y la cabellera en desorden, parecen campesinos que se quedan viendo una torre en la ciudad. De las papayas de estos semi-árboles se han hecho dulces para el Virrey Sámano, para Bolívar, para Don Joaquín Mosquera y todos los Presidentes que le sucedieron. En frente de los papayos, que son once, siete hembras y cuatro machos, están de pie con los brazos cruzados y el cuello muy almidonado, muy rectos y muy erguidos, unos catorce arbolocos, que son los hombres de estado de la naturaleza vegetal. Quien les ve su apostura tan gentil, piensa que son grandes hombres, porque viven tan pensa-

tivos; pero si se les examina, se les encuentra huecos. Estos señores se llenan de hijos que son tan sosos como sus padres, y que crecen tan rápidamente que alcanzan la estatura de sus mayores desde la infancia. Arrimados á la pared, y huyendo de la vista de los arbolocos, que les es odiosa, se ven unos grandes cerezos que *in illo témpore* se cubrían de sus racimos de frutas; y que viendo que los muchachos no las dejaban madurar, y cansados de oir malas palabras á los dueños de la casa que los insultaban so pretexto de que las cerezas producen disentería, se habían dedicado á criar *churruscos* de todas clases, en compañía de unos curubos de larguísimos bejucos que vivían apegados á los troncos retorcidos de los seculares cerezos. Los malvabiscos, la malva y la ortiga llenaban el espacio que quedaba libre aguardando los primeros que hubiese un constipado en la casa para que lo curasen con el cocimiento de sus hojas: la segunda, que hubiese un porrazo ó cualquiera otra enfermedad que se aliviase con un baño emoliente; y la tercera, á que unas *piscas* estériles que piaban en el corral vecino consiguiesen hijos de su vejez para que los criasen con ortiga tierna, que es el único suave alimento que pueden digerir aquellos suaves estomaguitos, que cuando grandes, tragan clavos de hierro y picotean tachuelas de cobre, sin que les cause mal ninguno.

Sobre los anchurosos tejados vive una República de esas aves que cargan con el nombre de domésticas, y que la historia juzgará con el nombre de palomas, que se habían encargado del ramo de las goteras, y cuya segunda atribución era no servir para nada. Se les tolera en la casa con la lejana esperanza de comer pichones; pero ni la familia gusta de ellos, ni ellos se dejaban coger á pesar

del adjetivo de domésticos que distingue á tales individuos.

Entre los patios y el corredor principal divaga un perro indeclinable porque á causa de su vejez, y de que ésta, y la sarna lo han pelado en partes, no se sabe si es perro, perra, ó ambas cosas; pero de una información de peritos resulta que pertenece al género masculino: hay también una prueba moral de mucho peso y es que lleva el nombre de Repollo. Este perro se ocupa en dar tarascadas á las moscas que se ríen de él entre sus barbas, y en andar en perpetuo movimiento echándose aquí y más allá, porque cree que lo que le pica es el suelo y no la sarna, y que por lo tanto, con mudar de puesto se alivia. Esta práctica es tomada de los hombres que creemos á menudo que la calentura está en las sábanas.

En el descanso de la ancha y descansada escalera de piedra está pintado al fresco sobre la desnuda pared un San Cristóbal gigante, que lleva en los hombros al niño Jesús, del tamaño de un hombre de los que se usan hoy, y en la mano, á modo de bordón, una palma de coco que acaba de descuajar para apoyarse en ella. El San Cristobalón está pasando un mar ó río, cuyas altísimas olas le llegan hasta las rodillas; y en la orilla se divisa á San Cucufato con su capucha calada y su linterna en la mano que viene á alumbrar el pasaje. El santo es del tamaño de su linterna, y de ésta salen rayos de luz pintados á manera de barbas de gato.

Por allá arriba, en los grandes aposentos, vaga como un proscrito un gato de talla mayor, llamado como la mayor parte de los gatos, *Michico*. Michico es como si dijéramos Juan, Pedro ó José entre los hombres.

El salón que tiene por subalterno el gran balcón de la

calle, tiene la filiación que á continuación se expresa. En las desnudas paredes campan unos grandes cuadros al óleo, y de las vigas labradas prolijamente tres guardabrisas y una araña centenaria, en que viven otras ídem que bajan de las vigas á los retorcidos brazos de cristal de la araña principal. El todo forma un conjunto pintoresco de cortinillas fabricadas gratis por los habitadores de la armazón cristalina.

Dos cornucopias empolvadas reposan contra la pared, sobre mesas de patas de águila; y veinte sillones de patas de águila y de león con cuatro canapés de la misma fábrica, forrados en filipistrín colorado completan el mueblaje. En las alcobas hay camas de pabellón de macana que abren sus dos grandes alas sobre las barandillas de tibar; sobre un mesón de cedro reposa un gran crucifijo con potencias de plata cubierto de polvo.

El cuarto llamado del estrado, está colgado de toscas pero vistosas telas de lana, con paisajes y dibujos: las ventanas, lo mismo que las puertas, están ornamentadas con cuadros de madera tallada y dorada. En todos los demás cuartos se ven adornos y muebles por el estilo: escritorio de carey, urnas del Niño Dios, mesas y mesitas de cedro, camas de pabellón, etc., etc.

Si con el permiso que tenemos de visitar toda la casa, conviene él en que abramos los roperos, los baúles, las grandes cajas de cedro y los cajones de los escritorios de carey y de rosa, pudiéramos hacer un donoso inventario. La familia Rivera que vive siempre entre las escaseces, con el día, como se dice vulgarmente, pasa por familia empobrecida: y ellos lo creen sinceramente. Sin embargo, veamos algunos de esos papelones. En un cajón de uso más frecuente se ven mal pergeñados legajos de

escrituras, recibos, y contabilidad llevada en tirillas de papel, cosa que ha dado al traste con todas las casas grandes de Santafé. Resulta del examen de esos papeles que la familia posee un caserón viejo por San Agustín, que se arrienda en veinte pesos al ricacho Don N, quien la tiene subarrendada en cuarenta: cuatro casitas por las Nieves, que producen unos sesenta pesos mensuales mal contados (porque sus dueños no saben contar bien): cuatro ó seis solares que reditúan veinticinco pesos: una casa por la Candelaria, sin escritura ni más título de propiedad que la posesión no interrumpida durante cincuenta años. Censos en diferentes propiedades que reditúan al 5 por 100 unos $600 al año. Documentos de dinero impuesto en las cajas reales, cuyos fondos tomó el Gobierno republicano, y cuya deuda no quiere reconocer porque, dice, que eso sería antipatriótico: documentos de suministros hechos al Gobierno colombiano, y que no fueron presentados á tiempo á la comisión fiscal, y por lo tanto fueron declarados virtualmente cancelados: insolutos de la misma República en gruesos y apolillados paquetes: escrituras de dos deudas con hipoteca hechas á favor de Don Pedro Antonio, que por no haber sido cobradas en treinta años, han prescrito; y así otras curiosidades, como alcances liquidados y no cobrados á mayordomos, corresponsales, agentes, censuatarios, etc., etc., en un espacio de ochenta años.

En los arcones de cedro hay vestidos sin estrenar de los que se usaban de 1790 á 1810; paño apolillado, paquetes de abanicos de marfil calado, y tercios de mercancías importadas en 1808, que aun no han sido abiertas porque desde entonces se está haciendo *entes* la familia de preparar convenientemente un almacén que posee en

la Calle Real, lo que se ha ido dilatando día por día y año por año, á causa de la escasez en que viven. Por los muebles de rosa y de carey, de cedro y de tibar que hay en la casa daría un conocedor seis mil pesos . . . . . con el objeto de ganarse otro tanto restaurándolos y vendiéndolos por menor. Como los abuelos Riveras vivieron en tiempos de Vásquez y fueron grandes admiradores de este artista, se fueron acumulando sus cuadros en la casa, y hoy se pudieran sacar hasta unos veinte de primer orden sin contar con los que quedarían haciendo milagros en la casa, á causa de representar santos de especial valimiento cerca de Dios, según la creencia de la devota familia.

Entre las alacenas hay algunas arrobas de plata labrada, que los criados van desamortizando poco á poco con el único objeto de acrecer la riqueza pública; y en las gavetas de las cómodas de oloroso cedro hay todavía algunos miles de pesos en joyas de oro.

Por último, no se encuentra en la vetusta casa nada cuya fecha sea posterior á 1825. El tiempo no ha corrido para ella, sino que la ha respetado como respeta un torrente la piedra colosal que está enterrada entre su cauce: prefiere lanzar sus raudales espumosos por uno y otro lado; pero ni sueña en arrancarla.

El lector habrá extrañado el silencio profundo que hay en la casa que hemos recorrido. No se oye hablar á nadie, no hemos visto ninguna persona. Tiene curiosidad de conocer las personas que la habitan? Pues, por la descripción de la casa puede asignarles fisonomía, edad, costumbres, vestidos, etc., etc. Y viva seguro de que no se equivocará ni en un cinco por ciento.

II

SANTAFÉ DE BOGOTÁ

LAS hijas de Don Facundo Torrenegra, prócer de la independencia, se habían refugiado en una casa baja situada en el barrio de la Catedral, después de que pasó la deshecha borrasca de la independencia, en la cual perdieron su gran fortuna, no quedándoles más que la casa en que se recogieron como en un puerto. Esta casa hacía esquina, lo que les proporcionaba la ventaja de tener luz á un lado y otro: esto era algo: ya que habían perdido la fortuna, les quedaba la luz.

Las grandes ventanas cuadradas de balaústres lisos, bien pintados de verdacho, adornaban por ambos lados las blancas paredes. Por el zaguán enladrillado se entraba á un corredor angosto que rodeaba el primer patio. Había en éste un confuso y gracioso jardín, en que maldito el caso que se había hecho en las reglas de arte de la jardinería. Se habían dejado crecer las plantas apiñadas, sin poda y sin dirección: unas en el suelo, otras en tazas de barro. *Claveles* de todos colores formaban macetas perfumadas; *rosas de Jericó* y *de la China*, asomaban sus hojas color de la aurora junto á las *rosas blancas*, que son uno de los remedios de los pobres. Un *jazmín de Arabia* crecía en buena compañía con un *naranjo*, que estaba un poco desmedrado y triste por el frío, al cual no se acostumbra. Dos *ciruelos* españoles y dos *manzanos* cometían la falta de mostrar hojas, flores y frutos, todo á un tiempo, cosa que se reputa imposible y bárbara por los que estudian los secretos de la naturaleza. Un *árbol del huerto* dejaba caer melan-

cólicamente sus ramos adornados de flores coloradas, heridos aún de la amargura que presenció en el Huerto, la noche que sudó sangre de agonía el divino Jesús. Un *raque* lleno de flores, volvía sus ojos llorosos al campo de donde fué traído, y sin el cual no podía vivir. Encendidas *clavellinas* y olorosos *cinamomos*, sitiaban una pobrecilla *malva de olor*, que se recogía y agazapaba, á ver si así podía huir de tan injusta obsesión. El *doncenón* enredaba en un pilar del corredor sus frágiles y quebradizos bejucos, cubiertos de flores, bien ajeno de que él iba á ser declarado planta vulgar algunos años más tarde.

Las pequeñas y modestas *trinitarias* alegraban su follaje verde y tupido, como alegran los ojos la cara, que sin ellos inspira lástima ó repulsión, como sucede con los ciegos, los dormidos y los cadáveres. Unas matas de *linaza* habían dicho: *á ver si cabemos aquí!* y se habían acomodado entre dos matas de claveles, que las estrechaban, y que seguras de que la casa era propia, echaban hojas y hojas á todo su sabor. Allí estabas tú también, modesta y olorosa *albahaca*, que por tu nombre y tu aristocrático olor recuerdas las huertas de Valencia y las vegas del Jenil y que si no echas de menos el aire tibio de Andalucía, es porque este suelo también se llama Granada y porque también hay aquí ojos árabes que te vivifiquen! Junto á ella estaba su prima hermana, la amable *mejorana*, de oriental origen; y más allá lucía su eterno verdor la *hoja santa*, que arraiga hasta en las piedras, que reverdece con el verano, y que, como la industria, no pide ni protección ni privilegio sino sólo el permiso de existir. Por último, un *curubo* trataba por juego, nada más que por broma, de quitarle la luz á las

ventanas del costurero, fabricando un toldo verde, de cuyo techo bajaban sus flores coloradas y sus frutos envueltos en terciopelo amarillo.

Examinemos las piezas. Á la derecha está la sala con canapés forrados en zaraza; mesas de pino barnizadas, recargadas con monos de porcelana, juguetitos de niños, pequeños espejos de cajón, llamados *tocadores*, y artefactos curiosos producidos por los indios loceros de Moniquirá, Ráquira y Timaná. Cuatro cuadros con marcos de cristal, con pinturas en lata, representando á San Francisco Javier, San Francisco de Paula, San Francisco de Borja y San Francisco de Asís, adornan dos de los lados de la sala; y en los otros dos lados hay cuatro cornucopias cuyos marcos igualan á los de los santos. Sobre una repisa de nogal hay un reloj inglés, de cuco, cuya curiosa muestra llena de círculos, señala á un tiempo el instante, el minuto, la hora, el día, la fecha, el mes y el año. Encima de la muestra hay un hueco por donde asoma un pájaro cuando da la hora, á cantar mientras suenan los campanazos. En medio de las dos ventanas se ve un retrato al óleo, que representa un gallardo joven de treinta y cinco años, con casaca azul de cuello de *cordero pascual*, cuello de camisa que ha sitiado el pescuezo y amenaza á los ojos con sus puntas; pechera de vuelo, almidonada; chaleco abierto, reloj con complicado pendiente y pantalones de casimir. Éste es el retrato de Don Facundo Torrenegra, fusilado por los españoles en 1818, por haber dado su fortuna á la Patria. En el suelo hay sobre la estera indígena, esteras de Chingalé y tapetes quiteños con su letrero circular acostumbrado: *Viva la patria, viva la religión.* En algunos más explícitos, se leía también: *Viva Bolívar.* Dos sonoras guitarras

sevillanas acusando que se hacía de ellas un uso frecuente, porque estaban templadas, yacían sobre los brazos de los canapés.

Tras de la sala hay una grande alcoba en que están las camas de Doña Carmen de Torrenegra y de sus tres hijas María, Inés y Rudecinda. Hay una quinta cama perpetuamente tendida: fué la que ocupó otra hija de la casa, Gregoria, muerta hace diez años en Tunja, á donde se fué recién casada. El lecho le sobrevivía; porque era la imagen del recuerdo que de ella conservaban su madre y hermanas.

Tras de la alcoba seguía el cuarto de costura, con sillas de vaqueta, bajas y de asiento semicircular; mesas enchapadas de carey y marfil, y cajas de costura pastusas con chapas y llaves de plata. Las paredes estaban cubiertas de imágenes de santos, entre las que lucían dos miniaturas entre marquitos negros: representaba la una á Doña Carmen de edad de diez y ocho años, blanca, de grandes ojos negros, con bucles y peinetón, camisón escotado, mangas con ahuecadores, talle bajo los hombros, largos zarcillos y muchas sortijas. La otra miniatura era la imagen del señor de Torrenegra con su casaca de cuello de *cordero pascual*. Las dos miniaturas eran un regalo de bodas. Al frente de la puerta del cuarto de costura, estaba sobre la baranda del patio una gran jaula de cañabrava llena de *toches* y *mirlas blancas*, á quienes se les daba la congrua sustentación porque cantaran, que en esto y en la vida *canóniga* se parecían á los canónigos. En los corredores había láminas en vidrio con marco dorado, que representaban varios pasajes clásicos, y al pie letreros dorados tales como éstos: *Sacrifice de Régulo. Coriolano cede á las oraciones de su madre y Roma es sal-*

vada. Morte de Atala y despecho de Chactas. Telémaco ante las ninfas demanda á su padre Ullyses. Didón convoca á Eneas y se suicida.

Al frente de la puerta de la calle queda el comedor, donde una grande y lustrosa mesa de nogal rodeada de sillas de brazos, ocupa la mitad del aposento y espera á que sirvan la comida. Allí también hay láminas: unos grabados franceses clavados con tachuelas, que representan lo que constituyó la delicia de nuestros padres, la tierna historia de Telémaco. Cada lámina tiene al pie la explicación en francés y en español, ó mejor dicho, en francés y francés. Véase un ejemplo: *Telémaco aborda la isla de Calipso. Las ninfas que son en el baño le rodean y el comienza la relación de su naufragio. Mentor obliga á Telémaco de se precipitar en el mar. Las ninfas brulan con sus teas el navío que había construído Mentor.*

Tras del comedor hay un cuarto aislado que se ha dedicado á oratorio. Allí hay un cuadro de Vásquez, que representa á la divina Señora, cuyo virginal busto ha sido el estudio de todos los pintores del mundo; varias estampas francesas de aquellas que dicen al pie: *Sainte-Anne*—Santa Ana, *Saint-Joachin*—San Joaquín, estampas de esas que han creado los franceses con el objeto de probar que las minas de bermellón y verdacho son inagotables. Á un lado del risueño oratorio que huele á incienso y á flores, está desarmado, es decir, en tosco acomodo, un pesebre quiteño, compuesto de la Virgen, San José, el Niño, el buey, la mula, los tres Reyes Magos, los Pastores y una comparsa innumerable de caballitos, mulas, burros, pájaros; acopio inmenso de lama para hacer rocas; pedazos de vidrios para figurar lagunas; papel blanco

para simular cascadas ; ídem dorado para fabricar estrellas ; ídem azul para fingir cielo y horizontes ; mermajas para hacer camellones ; cáscaras de huevo para hacer piedras del camino ; casitas de madera etc., etc.

El interior de la casa está compuesto de la cocina, despensa, cuarto de criadas, cuarto de ropa, y cuarto de aplanchar, que rodean un patio empedrado ; más hacia el fondo queda el corral de las gallinas, bien provisto de volatería, y un hermoso huerto sembrado de papas.

Toda la casa huele á alhucema. Con esta última noticia se comprenderá el carácter de sus cuatro habitadoras.

III

BOGOTÁ

Juan Manuel Doronzoro casó, hará tres años, con la señorita Matilde del Pino, y se fueron á vivir á la *casita nueva* de la calle de San Juan de Dios, que acababa de improvisar el señor Arrubla con los sobrantes de otra casa que él también había construído. La escala de la casa se puede calcular por este solo hecho : de un extremo á otro de la casa, y al través de las habitaciones, se percibió una vez el olor de pavesa que despedía una vela apagada en la alcoba. El fondo de la casa sumaba veinticinco varas y el ancho trece y media. En aquel terreno suponían que estaban viviendo Juan Manuel y Matilde.[1]

Un zaguán de vara y media de ancho, empapelado, esterado, con friso de tablas barnizadas, y cielo raso estucado, con florón, daba entrada á una galería de cristales

liliputiense, donde se ahogaban elegantemente dos divanes de tafilete y una mesita redonda con tarjetero y lámpara de kerosino. Sobre las paredes empapeladas estaban no el San Cristóbal, santo patrono de las buenas casas santafereñas, sino Garibaldi, Lamartine y la reina Victoria, en grandes marcos dorados y con hermosos vidrios. Á la galería salían cuatro puertas: una á la izquierda, era la del cuarto de hombre, á la derecha la de la sala, en un lado de la galería la de la recámara, y al frente, en el mismo bastidor de cristales, la que salía al corredor del *primer* patio.

El *cuarto de hombre*, empapelado de color gris, contenía una cama de cornisa, lavamanos con innumerables chismes de tocador y un ropero suntuoso. De este cuartico se pasaba á otro, quo tenía ventana á la calle, en el cual había una otomana, una mesa de escribir cercada de barandilla y unas silletas de paja italiana. En las paredes lucían dos hermosos grabados; el plano de la ciudad de Nueva-York y una vista de San Francisco de California, tomada á vuelo de gavilán, porque parece que California la tomaron al vuelo dos veces los yanquis.

La sala es un curioso museo de todos los objetos que se pueden romper. Pudiera escribirse *Fragility, thy name is extranjero*, cambiando la palabra *woman*, que dijo Shakespeare, en *extranjero*, por no ser impertinentes con Matilde, que es (acá entre nos) el mueble más quebradizo de aquella casa *à la dernière*. Hay dos sofás y doce taburetes con resorte, forrados en terciopelo rojo, y disfrazado el vulgar pino ó *chuguacá* de que están hechos, con un delicado y negro barniz de tapón, tan lustroso, tan brillante, que se lee en él *fragility* .... De *pata de gallo*, pero imitando *madera de rosa*, esa madera de que

hacían escaleras nuestros padres, es la *mesa redonda*, que no es redonda porque es ovalada, y en vez de una gruesa y única pata como tenían las mesas redondas, tiene cuatro patas largas, encorvadas, frágiles *(fragility)* que se reúnen en una flor de lis para volver á apartarse á buscar el suelo en que se apoyan. Encima de la brillante superficie de la mesa hay una bandeja de plata alemana llena de tarjetas, y debajo de la mesa una alfombra, con una pintura que representa un perro ahullando sobre una ropa ensangrentada.

Las tarjetas por sí solas constituyen una voz del lenguaje de las casas. Las hay de todas formas. Unas son tan delgadas ó lustrosas y transparentes, que uno adivina cuán grueso es su dueño *Raimundo del Valle*, cuyo nombre está allí en grande letra inglesa. Otras, aspirando al renombre de buen tono, son grandes y duras como una tabla, y en la mitad, en letra sumamente pequeña, dice: *José Córdoba.* Otras tienen medios relieves blancos; otras el letrero en blanco, en letras góticas, en donde se lee, por milagro, el nombre de su dueña: *Susana Perdomo.* Hay una imitando viruta de carpintero, en que se lee el nombre y se adivina el carácter de su dueño: *Rómulo Rocancio R.* Las hay también de matrimonio: unas evidentemente anticuadas, pues deben ser del año de 1854, están unidas por un lazo de cinta blanca; otras más modernas y más significativas, están amarradas con un primorcito de *hilo de oro* que se podía romper, más que romper, *quebrarse*, con una nada. Las de 1862 ya no se unen, sino que entran entre una argollita de espiral de las que antes servían para coger por detrás los botones del chaleco. Las de 1864 ya no traen ni argolla, sino una lentejuela, y las de 1865 ya no traen ni lentejuela

sino que vienen sueltas entre el sobre, como quien dice: *nada nos impide coger diferentes caminos.*

Estas últimas son un verdadero logogrifo: *grifo* y *logo* que adivinara un cachifo, y que vamos á describir. El sobre de papel, sumamente grueso y satinado, es color de ruana parda por dentro, y pretensiosamente blanco por fuera. Al abrir el sobre, se ve en letras blancas, sobre el fondo pardo, este nombre: *Rosa Rubiano.* De las dos tarjetas, la una dice: *J. Fernández* y la otra *R. Fernández.* De manera que no sabe uno si los que se casaron y dan parte fueron dos ó tres personas. En derredor de cada tarjeta hay la famosa cinta de oro que une los matrimonios del siglo XIX, y encima de todas se lee mentalmente: *fragility.* Las dos boletas, ya lo hemos dicho, andan sueltas entre el sobre, como si dijéramos duermen aparte. Entre el montón de boletas se ven muchas, muchísimas con nombres tan armoniosos como éstos: *Shtrhirlgs*, *Tghmygndt*, *Rmondfgt* y otros nombres de alemanes *diletantes.* Estos alemanes, cuando se les pregunta su nombre debieran, si son hombres de bien, contestar: me llamo *Abecedario;* pero los alemanes que vienen por acá no son hombres de bien porque nos dicen que sus nombres sí se pronuncian.

Sigamos con la sala.

Sobre dos consolas de *pata de gallo* charolado hay dos espejos con marco dorado, y entre las dos ventanas en un gran marco dorado, hay un emblema de la felicidad doméstica, como se usa en las casas felices, ó mejor dicho, un emblema nacional: hay . . . . . . un retrato de *Víctor Manuel!* Un primor de ocurrencia! En frente de las ventanas hay dos marcos dorados, redondos, hermosísimos: el uno tiene el retrato del príncipe de *Gales* y el otro el

del príncipe imperial. ¡Por todas partes los más tiernos emblemas de la paz doméstica! Los retratos están suspendidos de cordones de seda que vienen desde el techo, y tienen que bajar, por supuesto, cuatro varas para llegar al marco. Las ventanas y puertas están abiertas á la moda actual: si los aposentos tienen de largo seis varas, los techos tienen de alto treinta y seis. Parece que la fórmula arquitectónica que nos dejó Reed para saber la altura fué ésta: *multiplicar el largo por sí mismo.*

En una de las mesas hay un álbum . . . . pero no el *álbum* rococó, de versos y más versos, moda sumamente pasada, sino el álbum actual: retratos y más retratos; pero, qué retratos! Abrámoslo. Jesús! qué parecido! Quién? Alejandro Dumas! Siguen Eugenio Pelletán, el Cardenal Caraffa, el General Rebús, Víctor Hugo, Ravaillac, Russi, Napoleón III, la Pati, la Grisi, un grupo del mercado de las verduleras de París, otro ídem de la *Chambre des Députés*, el retrato de Juan Manuel con bata y gorro, el cigarro en la mano y un pie con pantuflas, alzado sobre una silla. El retrato de Matilde, de cuerpo entero, de medio lado, con gran crinolina de gran cola. Parece que lo que quiso retratar fué la cola. Excusado es decir que todas las amigas de Matilde le habían mandado los retratos de sus hijitos, pequeñitos sujetos retratados entre un sillón, con sus caritas redondas, que no se sabe si son del género masculino ó femenino.

Por qué en vez del retrato de Bolívar, de Nariño, de Zea, de Caldas, del Presidente de la Confederación, de Guarín, de Párraga, de Osorio, del Arzobispo, del General París, de los miembros de la familia del dueño del álbum, y de sus amigos íntimos, se tienen los de las no-

tabilidades europeas, y aun de los que no son notabilidades?

Pasemos á la alcoba. Una cama de sepulcro, con cortinas de pabellón, campa en la mitad de la angosta alcoba; mesa de noche y tocador, todo barnizado; ropero lleno de crinolinas forman el resto del mobiliario de aquella pieza en que la endemia está escondida tras de los infinitos perfumes del tocador.

En la recámara hay un *facsímile* de cuarto de costura.

El cuarto contiene unas tazas de hermosas flores, porque las flores son hermosas hasta cuando son de moda.

> Mas ni el alegre y frondoso *novio*,
> Ni el *doncenón*,
> Ni los pintados grandes *claveles*,
> Ni la purpúrea rosa temprana
> De *Jericó*,

alegran la vista. Hay tazas de cinerarias, lámparas colgantes, llenas de frágiles zulias, una rosa mosqueta, otra de Bengala, otra de princesa Elena. En el comedor canta un canario, devorando con la vista el pequeño patio á donde da la ventana; y queda concluída la descripción del primer patio.

En el segundo hay una despensita con estantes magníficos para guardar entre cajones de pino con tiraderas de cristal algunos terrones de azúcar, unas papas vergonzantes, pan francés, botellas de vino y abundante vajilla de blanca porcelana. En el cuarto de criadas, empapelado como el resto de la casa, hay cama de cornisa para la mercenaria sirvienta que entró ayer y se irá mañana.

Tras del cuarto de criados hay una cocina empapelada, un fogón de reverbero y maquinita para moler el café.

Y se acabó la casa.

Hemos concluído ya la descripción de las tres casas. Ellas representan bien á *Santafé*, á *Santafé de Bogotá* y á *Bogotá*: si el lector pone alguna atención en los detalles, entenderá claramente el lenguaje que hablan, y con tanta precisión que no se equivocará en una palabra.

(De EL MOSAICO, números 47 y 14, de 7 de Enero y de 29 de Abril de 1865.)

DON FERNANDO DE VERGARA

EL COLEGIAL

LOS ruidosos ecos de un baile sorprendían las calles, silenciosas de ordinario, que median entre la calle de Lesmes y la Carrera. La gran casa donde habitaba el Marqués de San Jorge, estaba resplandeciente de luces; y en el vasto salón lujosamente amueblado, estaba reunido lo más selecto de la sociedad santafereña. Aquel ruido, esas luces y esa reunión eran la fiesta nupcial de la hija de Don Jorge Tadeo Lozano.

Vestida de blanco, joven, bella y feliz, Manuela había jurado esa noche al pie del altar de la capilla arzobispal, amor eterno al hombre que amaba. Don Juan se lo

había ofrecido igualmente, y gozaba en medio de sus dos familas y de una numerosa reunión de amigos, de los placeres purísimos que apareja una unión feliz y simpática.

Esta escena pasaba en una de las noches de Enero de 1789. Dos años más joven que el novio era uno de sus hermanos que estaba allí y á la sazón contaba veinte. Su cara hermosa y risueña reflejaba su alegría: íntimamente ligado con Juan por la cercanía de edad, por haberse criado juntos, por ser el favorito uno de otro, y por haber hecho sus estudios en común, la fiesta era también para Don Fernando, quien gozaba más que nadie de la felicidad de un hermano que tanto amaba.

Don Fernando iba vestido con el lujoso y pintoresco traje que entonces se usaba: desde el zapato con hebilla de oro hasta la casaca de ancha falda, y desde el chaleco largo y bordado hasta la media de seda, que dibujaba el perfil de su pierna robusta, y el pantalón corto y abrochado sobre la rodilla, todo era lujo y elegancia.

La barba apenas comenzaba á sombrear su rostro; y su porte airoso y la expresión indeleble de melancolía reflexiva que tenían sus ojos negros, hacían de él un hermoso joven. Colegial del Rosario donde había empezado su carrera y donde ya había recibido el grado de Licenciado en leyes, había mostrado un gran talento y aprovechado hasta el extremo de granjearse una amistad particular y honrosa de parte del Virrey Ezpeleta. El único defecto que le hubieran puesto sus superiores era su imaginación apasionada y siempre calorosa, y sus atrevidas divagaciones aun sobre materias religiosas, en lo cual el más pequeño desvío era un escándalo terrible bajo la dominación del señor Compañón, que entonces regía la

Iglesia Neo-granadina. Este Arzobispo era el mismo que en una memoria que había elevado al Rey y cuyo borrador fué leído en Santafé después de su muerte, decía: "Hay que tener cuidado con los libros de texto para los colegios, porque los americanos son propensos á la impiedad."

Sin embargo, Don Fernando no era impío.

Aquella misma noche, volvió al colegio de donde había salido con licencia especial sólo para acompañar la fiesta de su hermano. Y ya estaba otra vez en el vasto dormitorio del Rosario, cuando los últimos ecos del baile alegraban aún las calles de Lesmes y de la Carrera.

DON FERNANDO

Ocho años habían trascurrido. Como en aquella primera escena, era de noche; y como en aquella noche, salían rayos de luz de un balcón, iluminando una faja al través de la Calle Real. Las puertas del balcón entreabiertas y la luz dejaban conocer que alguien velaba en la pieza de la esquina, en la casa con que empieza la tercera calle del Comercio.* La sonora campana del reloj de la Catedral había dado pausada y tristemente doce campanazos.

El cuarto que presenciaba aquel insomnio, estaba amueblado al uso de la época. El cielo raso blanqueado con yeso tenía en la mitad un florón de madera dorada; y el color obscurecido del oro en las roscas y labores, reflejaba y descomponía de una manera extraña la luz de

* La misma en que, diez y siete años más tarde, el 30 de Junio de 1806, nació Don Ignacio Gutiérrez y Vergara. Don Fernando y Don Juan eran tíos carnales de su madre, Doña Antonia de Vergara.

dos bujías. En rededor del aposento, bajaba hasta el suelo una colgadura de lana de fondo morado con ramazón y cornisa de cortinillas con fleco de seda. Un bastidor de lienzo pintado con dos puertas practicadas á los lados, dividía en dos el cuarto; en el interior era la alcoba. Una cama de granadillo cuyas cabeceras eran formadas por una triple serie de balaústres, cubierta con colgadura de angaripola de vivos colores, quedaba en un lado. Una mesa de baño, un ropero y tres sillas de brazos completaban su mobiliario. En la pieza exterior había un ancho canapé, y al frente un alto estante ordinario abrumado de libros. En medio de la pieza, una gran mesa forrada de vaqueta, con un pupitre de rosa y escribanía de plata: cerros de expedientes y papeles rodeaban confusamente la mesa. Junto á la ventana había dos escritorios de carey, y en las paredes colgadas algunas pinturas al óleo, con marcos taraceados: una de ellas representaba un Ecce-homo.

La persona que velaba era Don Fernando á quien ya conocemos. Á los veintisiete años todas sus formas estaban desarrolladas, y era una noble figura. Su barba y ojos negros aumentaban la expresión ya no triste sino amarga de su rostro, cuya hermosura varonil se aumentaba con la contracción que había en él, producida por un dolor interno. Con largos pasos medía repetidas veces la extensión de su pieza, y no tenía reparo, solo como estaba, en mostrar la agitación de su alma con exclamaciones interrumpidas.

De repente, parándose ante la mesa, fijó la mirada sobre un oficio con el sello del Virrey, que estaba abierto sobre el pupitre.

"Qué! decía, el mundo se obstina en colmar una am-

bición que no tengo, mientras que nadie sacia la sed de consuelos y de tranquilidad que siento! ¿Por qué esta nueva prueba de la afectuosa amistad de Ezpeleta no hace sino rebozar mi copa de amargura? Oh! Dios mío....!"

Y era cierto. Cada día se hacía más inconstante y descontento el humor de aquel joven, tan prodigiosamente dotado por la naturaleza y por la sociedad. En la mejor edad de la vida, se le veía unas veces buscando locos compañeros para diversiones ruidosas, y otras escondiéndose en la soledad y huyendo aun de su misma familia que lo quería entrañablemente; pero siempre recargado de trabajo. Los hombres habían creído adivinar una ambición gigantesca en esa carrera brillante, en ese relevante talento y en aquel trabajo incansable; y se habían apresurado á darle destinos que hubieran hecho feliz la vanidad y el orgullo de un joven. Pero Dios había visto un elegido en aquella alma fervorosa, y se había apresurado á hacer amargo todo pan que diera el mundo á aquel espíritu hambriento.

Graduado de doctor en ambos derechos á los veinticuatro años, había entrado al foro precedido de una reputación, é iba señalándose como uno de los mejores abogados de la Audiencia del Virreinato. Poco tiempo después había sido nombrado para regir las cátedras de Derecho en el mismo colegio donde había estudiado, en seguida Regidor de Santafé, y elegido por la Audiencia para una comisión reservada en Santamarta.

Su salud débil y complexión delicada unida á su irresolución en todo, hacían de él un mártir.

Nombrado últimamente por el Monarca Teniente Gobernador, Asesor y Auditor de guerra para la provincia de Popayán, cuando todos creían que aceptaría aquel empleo

cuya salida era para la Audiencia de Quito, se le vió más triste, más embarazado que nunca.

"Una novedad como ésta, y nunca experimentada en igual grado, dice su confesor en una carta, pudiera atribuirse á una hipocondría exaltada . . . . . . pero Dios era el que por este medio de bondad comenzaba á insinuarse en su corazón." Años tras años se habían sucedido, y cada vez era mayor la desesperación y angustia, deteniéndose á examinar las obligaciones que le imponía el nombre de cristiano, y el terrible juicio que sufre el alma al presentarse ante Dios.

Cuando el alba empezó á iluminar las calles de Santafé, el balcón que no había sido cerrado en toda la noche, dejó ver á Don Fernando que había caído de rodillas, sollozando, levantarse á la primera luz del sol, y á la última llamarada de su lámpara.

Envolviéndose entonces en una capa de paño mezclilla y cubriéndose con un sombrero de castor, salió pálido y encorvado, y se entraba poco rato después al convento de los Capuchinos.

El libro de los ejercicios, ese libro misterioso y terrible que San Ignacio escribió bajo el dictado de alguna inspiración que no fué sólo su gran genio, abrió sus páginas á los ojos de Don Fernando.

Apoyó las palabras tremendas la voz llena de unción del padre Aras: y la suerte de Don Fernando se decidió para siempre. Pidió el hábito de fraile capuchino, y su confesor, hombre juicioso y entendido le dijo: "Dejad que se aclare este misterio. Volved al mundo!"

—Por cuánto tiempo, padre?

—Por todo el que determine Dios.

Don Fernando quiso oponerse á esta determinación que

lo volvía á poner en el lugar de su suplicio: pero el padre Aras dijo:

—Pertenecéis á Dios, y en su nombre os lo digo: volved á vuestra casa, que no dejará de serlo vuestra el convento de capuchinos.

Desde entonces Don Fernando que había apagado ya con agua de humildad cristiana la hoguera del orgullo, obedeció al sacerdote que se encargó de llevarlo al cielo.

Tres años pasaron así.

EL FRAILE

En la huerta del monasterio de Santa Susana de la Trapa, en Aragón, estaba cavando su sepultura un fraile.

Acababa de ser enterrado junto á ella el padre Íñigo Gálviz, hijo de Santafé; y el que se prevenía para dormir junto al padre Gálviz, lo hacía alegremente. Imposible hubiera sido distinguir en aquel fraile que se llamaba Fray Ignacio, de rostro descarnado y manos enflaquecidas, al brillante joven abogado de Santafé. Y sin embargo era el mismo: era Don Fernando.

Pero tenía una expresión de alegría que nunca se le había conocido: esto también lo diferenciaba mucho.

Seis meses hacía que se le había concedido el hábito de San Bruno. El nuevo monje del Cister había edificado en tan corto tiempo á la numerosa comunidad, con la práctica de las virtudes cristianas y de la penitencia monástica en su último punto.

Había tomado el hábito el día de la Natividad de la Virgen en el año de 1803.

Se necesitarían muchas páginas para contar los obstáculos que venció para llegar á la Trapa. Habiendo

salido de Bogotá para la hacienda de Contreras, perteneciente á Don Luis Caicedo, su primo hermano, á cuya casa lo enviaban los médicos para que el temperamento cálido salvase su vida amenazada, había dicho en su corazón un adiós eterno á los hermanos que dejaba en Bogotá, y á otros dos que ya no debía volver á ver, y que se habían establecido en Popayán. Solamente su confesor sabía á donde iba: su familia se hubiera opuesto al viaje que proyectaba.

La fiebre amarilla lo apartaba de un buque desde que llegó á Cartagena: en otro, el capitán rehusaba admitirlo como pasajero, porque su aspecto enfermizo le hacía temer una cuarentena al llegar á la Habana. Antonio Villavicencio su primo, que diez y seis años, más tarde, el 6 de Junio de 1816, murió en el patíbulo como prócer de la independencia, interpuso en vano su amistad para que no se embarcara en el bergantín *Correo* que estaba infestado. Llegado á la Habana, sintió un horror invencible por la larga navegación que le esperaba, y además los capitanes de buques se denegaban formalmente á llevarle, por el temor de que se enfermase gravemente y sufrieran por él cuarentena en Cádiz. Dios, al fin, le hizo vencer el horror de la navegación, y le proporcionó un capitán de fragata que quisiese conducirlo. La fragata sufrió temporales, y se acabaron los víveres, cuando estaban aún á quinientas leguas de Cádiz. Socorridos casualmente por un bergantín portugués que les dió comestibles, llegaron, por fin, á Cádiz, donde la Junta de Sanidad, contra toda esperanza, no los detuvo en el desembarque sino veinticuatro horas. De Cádiz siguió por Valencia y Lérida, y últimamente golpeó, peregrino y suplicante, en las puertas del monasterio de la Trapa.

Los Superiores lejos de despedirlo, como él lo temía, al ver su mala salud y sus angustiosos temores, lo admitieron y tomó el hábito, como dije ya.

El 30 de Octubre de 1803 escribió así á sus hermanos: "Todo me ha hecho ratificar el que Dios quería que viniera á esta su casa, y más al ver que cada día me hallo más contento y como en el lugar de mi descanso ...... El monasterio es bello y está muy bien situado: es como una pequeña república, la más bien ordenada, en la cual brilla la moderación religiosa tanto como el aseo y primor en todo."

En la cuaresma de 1804, á pesar de su débil salud, se entregó á todos los rigores de la penitencia monacal.

El jueves santo bajó con trabajo á la iglesia para recibir la comunión junto con todos los monjes de manos del padre Abad.

Al volver á la enfermería, conoció que estaba en sus últimos momentos. Acostado sobre la ceniza recibió los postreros sacramentos, pidió perdón á sus hermanos, se recomendó á sus oraciones y, rodeado de ellos, expiró . . . .

El sol salía entonces en el cielo aragonés, alumbrando la mañana del 2 de Abril de 1804.

EPÍLOGO

Tal fué la vida y muerte de FRAY IGNACIO llamado en el mundo DON FERNANDO DE VERGARA.

* * * * *

En el mes de Julio de aquel mismo año, navegaban para España dos granadinos.

Uno de ellos Don Juan, hermano del que acababa de morir.

Viudo hacía algunos años, iba á establecerse en Madrid con el solo hijo que le había dejado Doña Manuela Lozano.

Á la mitad del viaje se sintió enfermo, y á la noche siguiente murió, tres meses después de su hermano.

Su hijo, de edad de once años, vió morir á su padre, y vió darle la sepultura que se acostumbra entre los navegantes, el mar . . . .

El niño que quedaba huérfano y solo, en medio del mar, llegó á España; y después de una vida llena de extrañas vicisitudes, murió en Bogotá el 19 de Junio de 1857.

Se llamaba el General José María Vergara.

(De La Caridad, número 41, de 7 de Julio de 1865.)

HERNANDO ARIAS DE UGARTE

I

La tradición refiere que una tarde cantó mal ó no cantó nada un monacillo en el coro de la Catedral de Bogotá, por cuyo motivo le regañó un canónigo, y pasando del canto llano á mayores llanezas, dicen que le dió con el revés de la mano con tan poca maña, que reventó las narices del acuitado monacillo. Hernando, que así se llamaba el mísero niño, enjugó la sangre que manchaba su

rostro y las lágrimas que salían de sus ojos con un pañuelo que escondió bajo una de las sillas, retirándose en seguida. La escena pasaba por los años de 1570 á 1573.

Los años habían pasado, y Santafé de Bogotá se preparaba el 7 de Enero de 1618 con grandes é inusitadas demostraciones á recibir al nuevo Arzobispo, del Reino, que iba á entrar en la ciudad en ese mismo día, puesto que la noche anterior había dormido en Fontibón, á tres leguas españolas de distancia de su metrópoli.

Las personas que venían en el séquito del Arzobispo y que se habían adelantado, y las que habían ido á saludarle y habían regresado, contaban cosas extrañas del nuevo Arzobispo que venía á suceder al señor Don Pedro Ordóñez y Flórez, que había muerto en 1614. Decían que había saludado por su nombre á todos los caballeros que á su encuentro salían y que al llegar á Fontibón se había informado con mucho interés de la suerte de una india de aquel pueblo, que había muerto algunos años antes. Á las doce del día, las campanas que acababan de dar esta hora, prolongaban sus alegres voces, lanzadas á vuelo, porque entraba ya en la ciudad el reverendo Arzobispo y su numerosa comitiva; y por muchísimo tiempo duraron los repiques, porque el Arzobispo, según el ceremonial que ha regido entre sus antecesores y sucesores, entraba á la ciudad no por la calle de San Juan de Dios, sino dando la vuelta por la alameda vieja y la calle real de las Nieves.

El señor Don Juan de Borja, sexto Duque de Gandía y séptimo Presidente del Nuevo Reino, que fué el primer magistrado de capa y espada que gobernó estos reinos, seguido de sus empleados, y de sus capitanes que bajo su

bandera habían adquirido gloria en la guerra con los Pijaos, venía en el acompañamiento, al frente de la Real Audiencia, compuesta de los Oidores Francisco de Herrera, Lorenzo de Terrones, Lesmes de Espinosa y Alonso de Torralba, Receptor de la Real Audiencia. Los hidalgos santafereños, con sus capas de grana, cabalgando en buenos caballos precedían y cerraban el acompañamiento, en cuyo centro venía cercado por su clero el ansiado Arzobispo, caballero en una mula castellana. Bella sería aquella fiesta de lujo, con esos caballeros vestidos á la española, aquella numerosa cabalgata que pasaba al pie de las torres, que se alzaban ya, dominando la feraz sabana, y en derredor la selva virgen aunque había visto pasar triunfante á Nemequene y veía ahora las capas castellanas y los pendones que acababan de ilustrarse en Granada y en Nápoles! Ochenta años no más hacía que se habían echado los cimientos de la ciudad; y aunque el no ser ribereña del mar no le ha dejado tomar grande acrecentamiento, sin embargo, desde el momento mismo de su fundación, siempre ha sido concurrida ya que no por la canalla andariega, sí por los muchos caballeros que han buscado su grato clima y deleitable suelo, y la cultura que ha presidido siempre su exigua sociedad.

El barrio de las Nieves tan poblado hoy, era entonces un suelo pantanoso donde entre talludo jaral se alzaban con su melancólica y bíblica belleza los cedros cuyo follaje busca el cielo y desdeña la tierra. El río de San Francisco, si bien no era de tan considerable caudal que fuera navegable, sí tenía entonces, antes que la tala de árboles y la quema lo disminuyeran, la agreste hermosura que tiene todavía en el boquerón de los dos cerros por donde pasa. Era entonces un gracioso torrente ceñido

por tupida arboleda, cubierto de espuma y resonando entre las grandes piedras que angustiaban su cauce, lo que es hoy un arroyo escaso y fétido. Los arrayanes y los *raques*, el mirto de los muiscas, y los gigantescos helechos cubrían la explanada desde la quinta de Bolívar hasta la alameda; y Diego Florido Tirado fundaba una estancia de pan y ganado mayor en todo el espacio que media entre San Diego y la iglesia de la Tercera.

Las doce eran por filo cuando el alegre pueblo, victoreando al de Borja, á su Audiencia y al nuevo prelado, hacía calle á éste que dejaba su mula al pie del vestíbulo de la Catedral, y entraba en el templo, con grande alborozo de las campanas. Llegado que hubo al altar mayor, y concluído el ceremonial de la posesión, agrega la tradición que el nuevo Arzobispo fuése al coro, buscó debajo de una de las sillas y sacó un pañizuelo empapado en sangre, y se lo mostró á un anciano canónigo, á quien la memoria de lo sucedido le vino al punto con una fiebre cerebral que le costó á los pocos días la vida.

El Arzobispo que había tomado ese día posesión de su Catedral, era el monacillo castigado y se llamaba DON HERNANDO ARIAS DE UGARTE.

II

Eran sus padres Hernando Arias Torero y Juana Pérez de Ugarte, hidalgos de notoria calidad. Por parte de madre era tercer nieto del capitán Baltasar Maldonado, uno de los compañeros de Belalcázar, y que fué en su juventud paje del Duque de Alba. Había nacido en Santafé á 9 de Septiembre de 1561, y lo sacó de pila el Mariscal Don Gonzalo Jiménez de Quesada. Fué acó-

lito de la Catedral donde empezó á estudiar, dándole los primeros grados el Arzobispo Don Fray Luis Zapata de Cárdenas. Pasó á España á la Universidad de Salamanca, donde con decente pasadía hizo sus estudios: graduóse de doctor en Lérida, y ejerció la profesión en Madrid. Traía desde las escuelas renombre de virtuoso y de sabio, lo que le granjeó el nombramiento de una comisión jurídica, cuyo buen desempeño le valió el de Auditor general del ejército de Don Alonso de Vargas en Aragón, con sesenta escudos de sueldo al mes, cuando las revueltas del Reino causadas con la fuga del Secretario Antonio Pérez. Á su turno el desempeño de este destino le proporcionó ser nombrado Oidor de Panamá, de donde fué promovido á la Audiencia de Chuquisaca, en que fué al mismo tiempo Corregidor de Potosí. Por promoción del licenciado Maldonado de Torres al Consejo de Indias, fué nombrado en su lugar Oidor de Lima; y el Virrey Don Luis de Velasco le nombró por su Lugarteniente. El Conde de Monterrey, sucesor del de Velasco, le hizo Gobernador de las minas de azogue de Huancabelica. Su carrera pública, por lo visto, no podía ser más honrosa, y al haber perseverado en ella hubiera salido para el Consejo de Indias ú ocupado quizás una plaza de Virrey. Mas el Señor que no escoge según el juicio de los hombres, le llamó repentinamente á su servicio; y como tenía adelantado el estudio de canonista, no hubo dificultad en pretender y recibir rápidamente las órdenes, que le confirió el Obispo de Santiago de Chile, que se hallaba á la sazón en Lima. Al ordenarse, el Rey le había concedido su permiso y el favor de que retuviese la plaza de Oidor: volvióse á su gobierno de Huancabelica, pero de allí lo sacó el Virrey, Marqués de Montesclaros, nom-

brándole su Asesor. Fué entonces Visitador del Tribunal de la Santa Cruzada. Fué elegido Obispo de Panamá, nombre que fué para él de buen agüero, pues por su Audiencia empezó la carrera de sus dignidades civiles, y por su Obispado la de sus promociones eclesiásticas. Apenas había recibido este nombramiento, le llegó el de su promoción á Quito; y antes de partir, le consagró el señor Lobo Guerrero, Arzobispo que fué de Santafé, y el de Montesclaros por demostrarle el cariño y estimación que le merecía, le regaló el pontifical y los costos de su consagración. Tan luégo como tomó posesión de su Obispado, lo visitó todo, sin más compañía ni comitiva que la de un Notario pagado de su renta para excusar gastos á la Curia. Acababa su visita pastoral cuando recibió letras de la Corte y bulas de la Santa Sede, que le conferían un título que debió de serle más caro que ninguno otro: el de Arzobispo de Santafé, su Patria, para donde se puso en camino habiendo recibido el palio de manos del señor González de Mendoza, Obispo de Popayán á su paso por aquella ciudad.

III

El señor Ugarte, como hemos dicho, entró el 7 de Enero de 1618 en Santafé de donde había salido cuarenta y un años antes, y fué en la lista de Arzobispos el undécimo Jefe de esta Iglesia. Había nacido para la vida activa, y desarrollado esta tendencia con sus viajes frecuentes por la Península y por el Nuevo Continente; y

aunque su edad (57 años) ya pedía algún reposo, no quiso gozar de él mientras hubiera algo en qué trabajar para gloria de su Iglesia y de su sociedad nativa, y emprendió lo que los pueblos llaman con la Iglesia "la santa visita." Ninguno de sus antecesores había intentado tan grande empresa, porque si realizaron la visita pastoral fué en los más cercanos lugares, dejando sin el favor de su presencia á los más lejanos: cosa lamentable porque en el siglo XVII el espíritu civil que era un niño ignorante, y el militar que era un adulto presuntuoso y baladí, no eran los llamados á desarrollar el progreso, como sucedía con los prelados de la Iglesia católica, que entonces guardaba exclusivamente el germen de la libertad popular y de lo qué fué más tarde *igualdad legal.* El señor Ugarte emprendió, pues, su visita con tanta obstinación como paciencia, con tanta caridad como audacia, porque tuvo que arrostrar grandes peligros. En el caudaloso río del Oro (provincia de Pamplona) cayó y estuvo á punto de ahogarse, y si se salvó fué haciendo la pérdida del diario de su vida que llevaba escrupulosamente desde la edad de diez y seis años. Después de este suceso tornó á escribirlo y lo continuó hasta su muerte, dejándole de seiscientas fojas. En los Llanos de Casanare se perdió; y anduvo tres días á la ventura, hasta que con el auxilio de una aguja de marear, orientóse y salió á donde su comitiva había quedado. De regreso á su Sede, celebró Concilio provincial en 1624; fundó el Monasterio de Santa Clara de esta ciudad, gastando en su fundación y dote setenta mil pesos, dos capellanías, una para parientes suyos, que situó en sus casas arzobispales, y otra para el Deán de la Catedral de Bogotá. En esta iglesia costeó capilla para su bóveda y sepulcro, y dejó en ella su busto de piedra.

En 1625 recibió el nombramiento de Arzobispo de Charcas, donde también hizo la visita, celebró Concilio y trabajó las Constituciones sinodales. En 1630 fué promovido á la Sede de Lima, y allí ejecutó las mismas obras que en Santafé y Charcas, y más aún, porque repitió la visita pastoral.

Como hombre de vastísima ilustración, comprendía el señor Ugarte que la disciplina de la naciente Iglesia americana, alterada por la distancia á que estaban de las metrópolis romana y española, necesitaba reglas especiales para combatir la futura relajación y aun el peligro de la disidencia; y por este motivo, celebraba concilios en los arzobispados de que gozó, los que fueron al fin las cartas fundamentales de sus iglesias.

Su carrera estaba llena: había cumplido ya setenta y seis años, y era digno de recibir su descanso. Concedióselo el Señor el 27 de Enero de 1638, y fué enterrado en una capilla que fundó en la Catedral de Lima, dotándola con cuatro capellanías de á cincuenta pesos de renta.

IV

Fué el señor Arias de Ugarte de noble presencia y afable y simpática fisonomía, según un retrato suyo. Su talento é ilustración eran tan reconocidos, que en la Corte española, cuando él vivía en América, se le nombraba como uno de los más grandes hombres de su siglo, y el Sumo Pontífice lo llamó en Consistorio *sacerdote de sacerdotes*. Caso que no lo hubiese sido en la extensión de la palabra, no fué por eso menos cierto que ilustró el nom-

bre de su Patria, de esta Santafé por quien profesaba un ardoroso cariño y que refleja su gloria. Se decía entre sus contemporáneos que vivió y murió virgen y se habló de su canonización.

La vida del señor Ugarte fué escrita por el Licenciado Diego López de Lisboa y León, su confesor, limosnero y mayordomo, y se imprimió en Lima en 1638.

(De La Caridad, número 33, de 12 de Mayo de 1865.)

INDICE

ÍNDICE

Terminóse la impresión de este
libro en Londres, el día
20 de Mayo del
año de
1885

